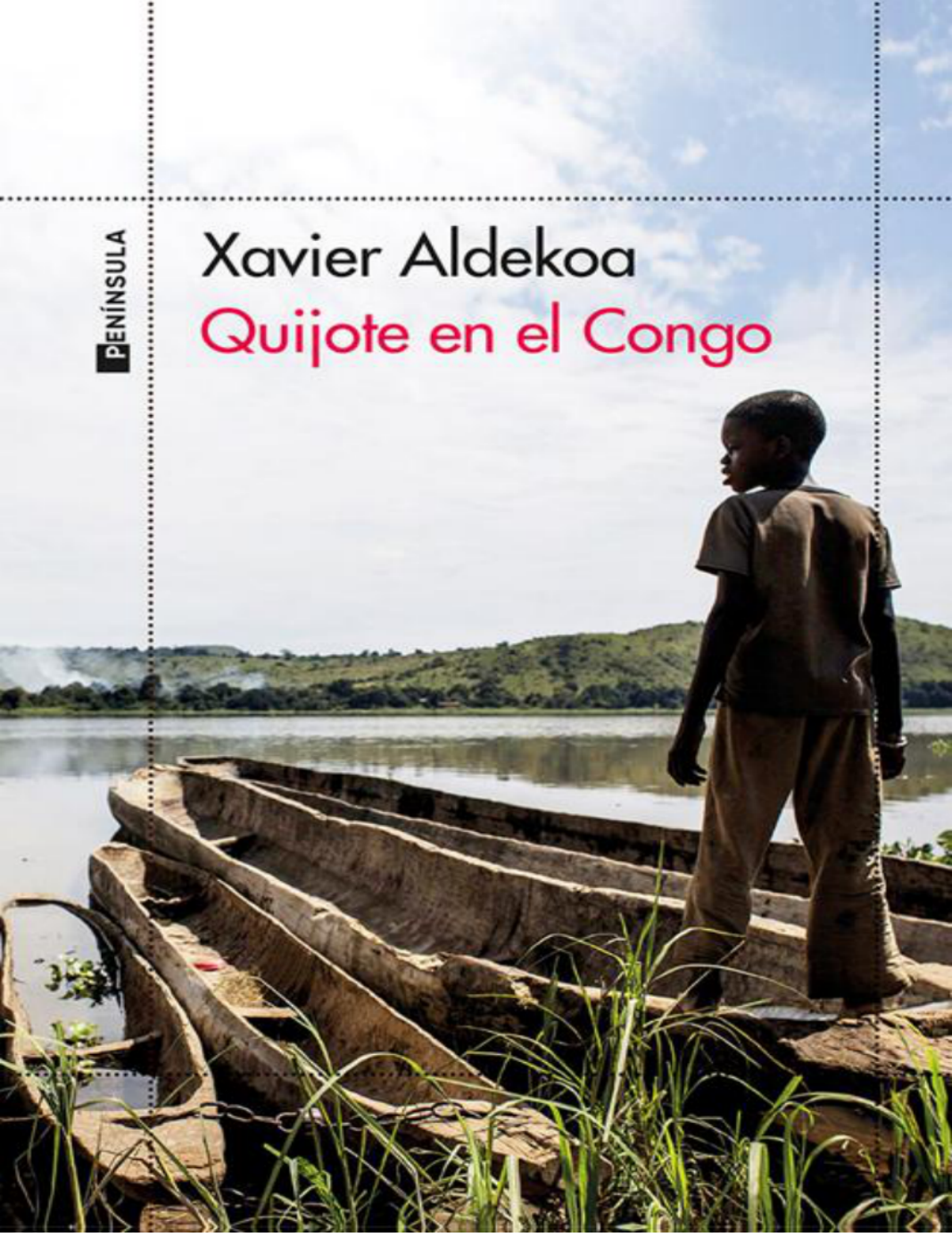
PENÍNSULA

Xavier Aldekoa

Quijote en el Congo



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Lema
Introducción
1. El vértigo
2. La fuente del mito
3. La fiebre del oro azul
4. «Ni hao, chinuá!»
5. Un barco para llegar jamás
6. Un laberinto líquido
7. El lago de las nubes negras
8. «Indépendance cha cha»
9. El dragón
10. Sirenas
11. Que Dios nos ayude
12. La huida
13. Tras las cadenas de Tippu Tip
14. Río Rebelde
15. La noche de las ratas voladoras
16. Una hora
17. La ciudad de los artistas
18. El puerto
19. Los dueños de la furia blanca
20. El antiguo teatro de Kisangani
21. Abandone el barco, señor espía
22. El doctor de las mujeres dignas
23. El Mampeza
24. «On est ensemble»
25. Tierra caníbal

26. Carne de mono
27. Una ciudad flotante
28. Arroz blanco
29. Congo y Sancho Panza
30. Palomas verdes muertas
31. Mbandaka
32. La guerra es un desierto
33. Un infierno en el océano
34. La pausa
35. Te vamos a robar
36. La despedida
37. Kinsasa
38. El mar
Agradecimientos
Láminas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

«Durante más de dos meses de navegación fui Sancho Panza. Como el escudero de la mayor novela de caballerías jamás escrita, fui testigo fascinado de aquel mundo desconocido que se abría ante mí, recorriendo un río quijotesco, casi místico, que se adentraba bravo y temerario en una selva infranqueable para construir a su paso una historia extraordinaria.»

A lo largo de más de 4.700 kilómetros, el río Congo, esencia de la riqueza y las cicatrices de todo un continente, es una puerta abierta a la historia, la cultura y las tradiciones de los pueblos que habitan sus orillas. Xavier Aldekoa ha recorrido el gran río africano desde sus fuentes hasta la desembocadura para adentrarse en la realidad de una región rica, herida y vital.

Quijote en el Congo

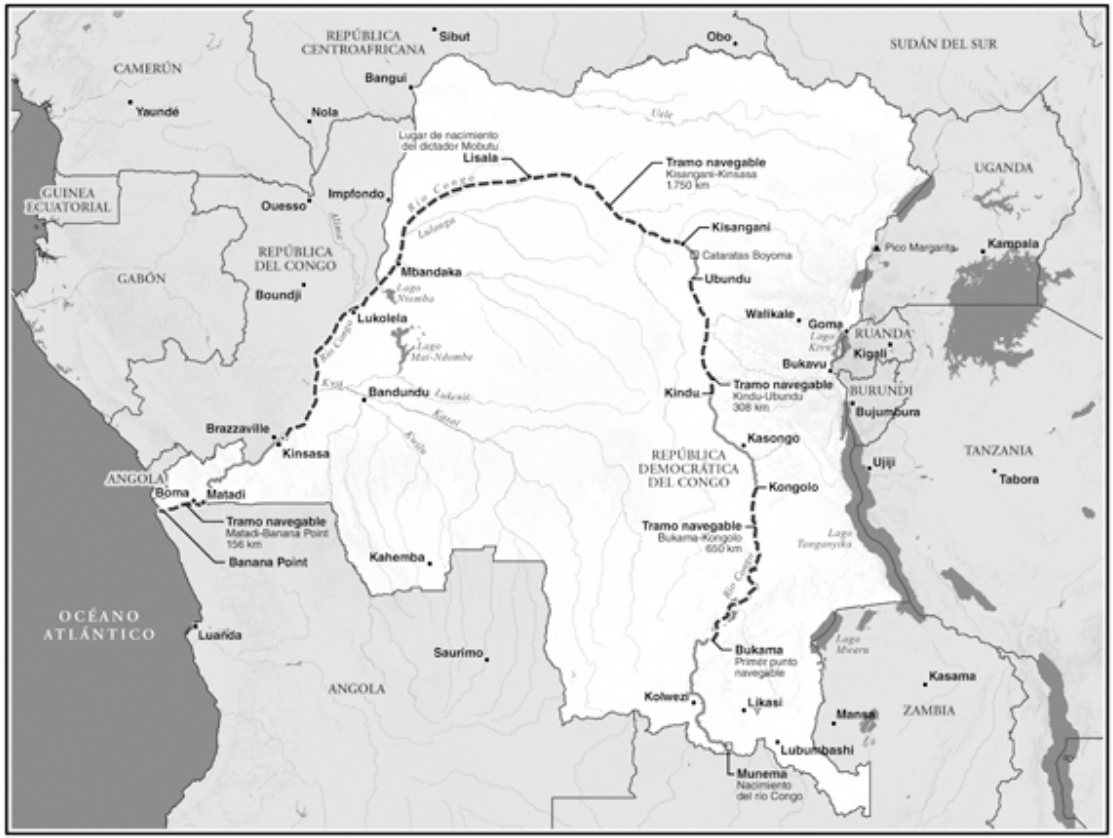
Xavier Aldekoa

ediciones península

A Júlia, Aina y Lena

La mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada.

Don Quijote de la Mancha,
parte II, capítulo LXXIV



REPÚBLICA CENTROAFRICANA
Sibut
Obo
SUDÁN DEL SUR
CAMERÚN
Bangui
Yaundé
Nola
Uele
Lugar de nacimiento del dictador Mobutu
Lisala
Tramo navegable
Kisangani-Kinsasa
1.750 km
UGANDA
GUINEA ECUATORIAL
Ouesso
Impfondo
Río Congo
Lulonga
Kisangani
Cataratas Boyoma
Pico Margarita
Kampala
REPÚBLICA DEL CONGO
GABÓN
Mbandaka
Ubundu
Boundji
Lago Ntomba
Lukolela
Walikale
Goma
Lago Kivu
RUANDA
Kigali
Lago Mai-Ndombe
Bukavu
Kwa
Bandundu
Lukenie
Kindu
Tramo navegable
Kindu-Ubundu
308 km
BURUNDI
Bujumbura
Brazzaville
Kasongo
Kinsasa
Kwilu
REPÚBLICA DEMOCRÁTICA DEL CONGO
TANZANIA
Ujiji
Tabora
ANGOLA
Boma
Matadi
Kongolo
Tramo navegable
Matadi-Banana Point
156 km
Tramo navegable
Bukama-Kongolo
650 km
Lago Tanganyika
Banana Point
Kahemba
Río Congo
OCÉANO ATLÁNTICO
Luanda
Lago Mweru
Saurimo
Bukama
Primer punto navegable
Kasama
ANGOLA
Kolwezi
Likasi
Mansa
ZAMBIA
Lubumbashi
Munema
Nacimiento del río Congo

Introducción

Eran ovejas y carneros, no soldados, y el río Congo avanzaba impasible al error. Su corriente descendía mansamente entre unas orillas de selva verde, salpicadas de palmeras como gigantes, al mismo tiempo que don Quijote de la Mancha espoleaba a Rocinante y salía a la carrera, lanza en ristre y valeroso. Todo era paz alrededor. Apenas se oía el rumor del motor de nuestra barcaza, el chapoteo de las olas al impactar con el casco o el graznido de un pájaro oculto entre la hojarasca, pero el manchego escuchaba el relinchar de caballos, el tocar de los clarines y el tronar de los tambores. Un pez saltó a lo lejos, el sol destelló en sus escamas plateadas, y Sancho Panza, escudero fiel, le preguntó a su señor si había perdido el juicio, porque quien levantaba aquella nube de polvo era un rebaño y no un ejército. No sirvió de nada. Don Quijote embistió dando voces por en medio del escuadrón, lanceando con denuedo a las pobres ovejas, mientras los pastores desplegaban sus hondas y le saludaban los oídos con piedras como un puño. Fue entonces cuando noté que algo andaba mal. En la cubierta de la plataforma flotante en la que viajábamos más de trescientas personas hacinadas, encajadas entre mercancías y contenedores oxidados, se había hecho un extraño silencio.

Un silencio inquieto.

Paré de leer, levanté la cabeza del libro y tragué saliva. Decenas de ojos miraban fijamente hacia la parte trasera de la embarcación, junto a la sala de mando, donde yo llevaba un rato leyendo en una silla de plástico. En algunos rostros se intuía curiosidad; en otros, temor; en algunos, suspicacia; en la mayoría, desaprobación.

—¿Qué demonios está pasando? —murmuré.

Metí el dedo índice entre las dos páginas, cerré el libro y le pregunté a Japhet, un amigo congolés que se había animado a acompañarme por el río desde Kisangani a Kinsasa, si sabía qué ocurría. Por supuesto que lo sabía: Japhet hacía rato que había visto que las cosas no iban bien. Con la mirada todavía clavada en aquel

grupo de mujeres y hombres, se levantó lentamente.

—Espérate aquí.

Antes de empezar a navegar el río Congo desde su nacimiento al sureste del país hasta su desembocadura en el Atlántico, escogí la obra de Cervantes como lectura porque sabía que, durante la travesía, iba a estar varias semanas sin electricidad ni internet, así que busqué un libro largo y que tuviera pendiente. Durante los más de dos meses de descenso por el río, el *Quijote* no fue un libro: fue compañero de viaje y de fortuna, apoyo durante esperas tediosas, abrigo en las largas jornadas de navegación y refugio cuando las fuerzas y el ánimo escaseaban.

Por poco no fue también el punto final de aquella travesía.

Japhet hablaba acaloradamente con un grupo de pasajeros y de vez en cuando se volvía hacia mí, me señalaba y volvía a sumergirse en una tensa conversación. Algunas frases inconexas, mezcla de lingala y francés, surcaron el aire y llegaron a mis oídos. Me confundieron todavía más.

—Hay que vigilar mucho a este tipo de personas... ¿No has visto ese libro tan grueso? No es normal... Tenemos miedo...

Al cabo de unos minutos, Japhet regresó a mi altura con una sonrisa congelada, casi de alivio. Me clavó la mirada y suspiró.

—Creían que eras un brujo —dijo.

Abrí mucho los ojos y lancé un soplido nervioso.

—¿Un brujo? ¿Yo?

—Como estabas leyendo un libro tan voluminoso, se ha propagado el rumor entre el pasaje de que eras un hechicero, porque solo los brujos leen libros así. Algunos incluso tienen miedo de que les lances un conjuro.

Me reí de la ocurrencia, pero Japhet no suavizó su expresión seria. Aquello no era divertido. La mayoría de los pasajeros, me explicó, venía de zonas rurales o de lugares donde la creencia en espíritus o fuerzas sobrenaturales es poderosa y, si no hubiera detenido el rumor a tiempo, podría haber ocurrido lo peor. Si, por ejemplo, un niño hubiera enfermado, el motor se hubiera estropeado o alguien hubiera caído por la borda al anochecer y se hubiera ahogado, todas las miradas se habrían dirigido hacia mí. «¡Es el brujo blanco quien ha traído la desgracia a bordo! ¡El extranjero ha maldecido el barco! ¡Se ha llevado el cuerpo desaparecido para hacer conjuros!»

Aquel pánico podría haber sido fatal.

—Quizás te habrían lanzado por la borda, quién sabe —señaló Japhet—. Pero les he explicado que eres periodista y escritor, y que por eso lees, y ahora está todo bien.

Aquel día, el *Quijote* me ayudó a comprender un poco más la realidad que me rodeaba, a percibir miedos que desconocía y a entender creencias ocultas a una mirada fugaz. Amagó con ser muro, pero se convirtió en puente.

El descenso del Congo, el río «madre» para el poeta y político senegalés Léopold Sédar Senghor, es probablemente un viaje chiflado, una travesía con aroma de aventura y llena de desventuras por una tierra diversa, remota y brutalmente natural. Es una incursión que duele y deja el cuerpo magullado, a veces. Que busca acercar mundos que se observan con recelo y desconfían. Pero ahí terminan las semejanzas. Yo no soy don Quijote.

Durante más de dos meses de navegación fui Sancho Panza. Como el escudero de la mayor novela de caballerías jamás escrita, recorrí fascinado aquel mundo desconocido que se abría ante mí, aquel río quijotesco, casi místico, que se adentraba bravo y temerario en una selva infranqueable para construir a su paso una historia extraordinaria. Como el bueno de Sancho, me dejé cautivar por la nobleza de aquel Quijote líquido, incapaz a veces de diferenciar lo real de lo irreal, desesperado por momentos pero rendido a un río que llegué a amar con locura. Dormí a la intemperie, recorrí caminos inexplorados, visité hostales zarrapastrosos y me enfrenté a mis miedos gracias al valor prestado de los demás. Conocí a compañeros de viaje fascinantes y hospitalarios, y también a seres malvados y violentos. Caminé por pueblos perdidos y descubrí culturas lejanas.

Aquella mañana en la barcaza, *Don Quijote de la Mancha* no fue un libro: fue un río portentoso, una puerta abierta a otras vidas.

Aquel día en que Japhet desenredó un malentendido que pudo ser amargo, el *Quijote* me hizo ser consciente de mis privilegios. De que no solo se trataba de cómo yo miraba sino de cómo me veían los demás. Me ayudó, en definitiva, a advertir la visión desfigurada que acompaña desde el principio a este libro. Porque yo, el autor, soy hombre, blanco y periodista con pasaporte europeo. Esta es, por tanto, como la del caballero manchego en su delirio, una mirada sesgada de una realidad ajena y desconocida, donde se me observa, trata y

acompaña de una manera distinta por ser quien soy. Es indiscutible que este viaje habría sido diferente sin ese privilegio. También habría sido imposible (un fracaso asegurado, de hecho) sin la generosidad de quienes me encontré en el camino, sin el tesoro incalculable del tiempo que cientos de congoleños me regalaron para que alguien como yo pudiera avanzar, entender y contar un pedazo de su historia.

Quijote en el Congo es consecuencia de esas conversaciones compartidas. De escuchar, observar y viajar lento. Una visión insensata, y poco cuerda en ocasiones, de un mundo que se transforma y se extingue.

Pero es sobre todo y también, como le dijo Sancho Panza a Quijote en su lecho de muerte, la decisión consciente de seguir caminando, cabalgando o navegando. Porque detrás de cualquier locura maravillosa a veces asoma una pizca de verdad desencantada.

1

El vértigo

El río Congo, la necesidad de navegarlo, surgió varios años antes de llegar a sus aguas. Con un grito:

—*Rassemblement! Rassemblement!*

Cuando oí aquel clamor de madrugada en mitad de la selva congolesa, a miles de kilómetros de la costa más cercana, pensé en el mar.

Primero fue un aullido animal, difuminado. Una e final sostenida en el aire. *Rassemblemeeeeeeeeent*. Pronto se volvió un rugido in crescendo que rasgó la noche y me dejó petrificado en la cama, un colchón sucio sobre tres tablones de madera. Lo pensé después, cuando ya era tarde: podría haber reaccionado de otra forma. Podría haber planeado una huida improbable a través de la vegetación, haber ideado una defensa heroica o buscado un escondite en aquella habitación diminuta de madera. Podría haber intentado algo digno de recordar. Audaz.

No hice nada.

Oí por fin el grito que había estado temiendo toda la noche, que me había mantenido en vilo desde la puesta del sol, con los nervios punzándome la piel como agujas, desde la sien hasta la punta de los pies, y no hice absolutamente nada. Me quedé tumbado en la cama, mortificado, y solo pensé en el mar.

Supongo que tiene sentido: desde que era un niño el mar siempre me ha provocado un profundo e inexplicable terror.

Aquel grito salvaje se acercaba. Como si aquella voz feroz, que parecía salir de las fauces de un animal, surgiera desde lo más profundo del bosque y avanzara penosamente entre los árboles hasta convertirse en un alarido insoportable incluso para la noche, callada todavía. Oí el aleteo de unos pájaros que habían estado dormidos en

unas ramas cercanas y que, desvelados de improviso, volaban hacia la oscuridad. Miré al techo y suspiré, inmóvil aún. Se coló entre las rendijas de las tablas de la pared una brisa fría y la estancia se impregnó de un aroma de olas de agua salada. Me estremecí, sin tiempo ya, pensando todavía en el mar.

—*Rassemblement! Rassemblement!*

Se oyó de nuevo, esta vez más cerca.

—*Rassemblemeent! Rassemblemeent!*

Cuando aquel rugido reverberó otra vez, a pocos metros de la choza donde me encontraba, Alfons, que dormía apretujado a mi lado, se movió ligeramente y el camastro de madera crujió. Yo seguía quieto, fosilizado, pensando en el mar. Un mar oscuro: en mi mente el océano se había vuelto un monstruo enloquecido, una bestia de olas espantosas que escupía espuma salada sobre un náufrago envuelto de furia. El océano se reía burlón ante aquel marinero indefenso, infeliz, aferrado a una tabla de madera desprendida de su barco hundido. Pensé que quizás aquel hombre zarandeado por el viento, embriagado por el horror, sin tiempo para preguntarse para qué o por quién luchaba por mantenerse a flote, sería capaz de encontrar, en la resignación de saberse atrapado, un instante de paz.

Cuando oí aquel grito terrible pensé en el mar porque presentí enseguida que, si las cosas se torcían en aquel rincón alejado de la selva, a varios días a pie de la civilización, sin carreteras ni vehículos accesibles, no tendría ninguna posibilidad de huir.

Supe también que la tormenta estaba a punto de empezar.

Unos pasos se detuvieron al otro lado de la puerta y tragué saliva. Me palpé la camisa, comprobé todos los lugares donde había escondido el dinero antes de acostarme y me miré la punta de las botas, que no me había quitado para dormir, por si había que salir corriendo. Unos nudillos golpearon la madera y ordenaron con firmeza que saliéramos: *rassemblement*.

Alfons tenía la vista hundida en la puerta. Nos miramos resignados. Abrimos.

Estaba amaneciendo. El sol asomaba por una colina lejana y sus primeros rayos aguijoneaban la bruma de la mañana. Frente a la puerta, una docena de hombres armados con kaláshnikovs y fusiles oxidados nos observaban con una mirada áspera. Era una estampa inquietante y patética: llevaban sandalias, camisetas rotas de equipos

de fútbol y uno de ellos un gorro con forma de perro de peluche sonriente y con un bigote de Dalí en la punta del hocico. Nos ordenaron que los siguiéramos, y avanzamos en fila india y en silencio hacia las afueras del poblado. En los tejados de paja de las chozas se filtraban las finas columnas de humo que anunciaban el desayuno. Mientras nos alejábamos, me giré para buscar la mirada de Alfons, que avanzaba con los labios apretados. ¿Era ahora el momento de huir? Seguí caminando, escoltado por dos adolescentes armados, y noté al final de la garganta un ligero, suave pero inconfundible sabor a mar.

Fue en ese momento cuando valoré en serio la posibilidad de que nos fueran a fusilar.

—*Rassemblemeeent! Rassemblemeeent!*

Antes de bajar una cuesta, los milicianos llamaron por última vez a los compañeros rezagados en un tono grave, con la última sílaba extendida, como si emularan un cuerno de guerra vikingo.

—*Rassemblemeeent! Rassemblemeeent!*

Aquel era nuestro quinto día en Ngenge, una aldea perdida en las colinas del este de la República Democrática del Congo, amén de cuartel general del grupo rebelde Movimiento de Acción por el Cambio (MAC), una de las decenas de milicias en activo en el este congolés. Aunque comparte parte de su nombre con su vecina República del Congo, con capital en Brazzaville, la República Democrática del Congo adopta habitualmente la palabra «Congo» para referirse a todo el país, y así se hará en este libro.

No había sido fácil llegar hasta allí. Tras ocho meses de conversaciones, había conseguido arrancarle al general Mbura, líder de aquella banda de desharrapados, el compromiso de que nos dejaría hacerle una visita en su campamento oculto entre la maleza. Mi objetivo no era él: quería contar la historia de Gloire y Rodrigue, dos niños soldados de doce años que constituían la guardia personal del general.

Cuando finalmente aceptó, el jefe rebelde puso una condición: debíamos estar perdidos. En ningún momento sabríamos con precisión dónde estábamos. Tampoco cuándo nos daría acceso. El general Mbura, un hombre desconfiado y de carácter inestable que dedicaba sus días a emborracharse, acostarse con chicas y gritar a sus guerrilleros, cambió en el último segundo y hasta cuatro veces las fechas de nuestra visita por cuestiones de seguridad. Cuando nuestro

avión estaba a punto de despegar hacia Congo, alegaba que habían empezado los combates con un grupo rebelde rival y pedía que esperáramos. Era huidizo. Para encontrarnos con él, nos dio las coordenadas de una aldea en un valle cercano, una dirección hacia la que caminar entre la selva desde allí y una promesa: «Vosotros avanzad por el bosque; mis hombres os encontrarán».

Su desconfianza combinaba bien con la geografía: la propia selva reforzaba el aislamiento y era una forma de protección para el grupo rebelde, creado en el año 2011 para, según su líder, proteger a los civiles de los ataques de las Fuerzas Democráticas para la Liberación de Ruanda (FDLR), otra banda sanguinaria, integrada por responsables huidos del genocidio de Ruanda en 1994, o de los pillajes de los Mai-Mai. Mbura juraba que no buscaba enriquecerse y que él no era como los otros grupos, que sometían a la población, explotaban las minas y cobraban peajes en los caminos a cambio de una supuesta protección. También juraba que no bebía alcohol y que las mujeres no estaban con él por miedo sino por amor.

Tenía más mentiras. Rodrigue y Gloire, añadía, más que su guarda personal eran sus hijos adoptivos, apenas unos huérfanos indefensos que él acogió caritativamente en su seno cuando un grupo rebelde de exgenocidas ruandeses mató a machetazos a sus padres: «Soy como su padre. Soy su padre».

Dejó claro aquel instinto protector desde el primer momento. El día de nuestro encuentro, Mbura se presentó bien entrada la noche, borracho, tambaleante y escoltado por aquellos dos niños, en una caseta de madera en lo alto de una colina. Rodrigue nos miró con cara inocente, aunque se esforzaba por parecer un tipo duro. Encima de una mesa de madera, a modo de agasajo, habíamos colocado queso, cigarrillos y varias botellas de refresco. Mbura alcanzó un zumo de mango, pero antes de beber ensombreció la mirada y ordenó bruscamente a Rodrigue que diera un paso adelante.

—Prueba —le exigió. Luego se volvió de nuevo hacia nosotros y añadió—: Es por si intentáis envenenarme.

Rodrigue obedeció sumiso, sin alzar la vista, y sorbió de la botella. Apenas un trago corto.

Parecía que había pasado un siglo entre aquel primer encuentro con el general Mbura y el resto de los milicianos del MAC y la mañana en que, tras despertarnos con aquel aullido animal, Alfons y yo

avanzábamos en fila india, custodiados por aquellos mismos guerrilleros cabreados porque no les hubiéramos dado ni un solo dólar, con la angustia atravesada en nuestras gargantas por si nos iban a pegar un tiro.

—*Rassemblement! Rassemblement!*

Mientras avanzábamos hacia la selva, observé a mi alrededor, respiré hondo y fui plenamente consciente de estar en un paraíso natural. La vegetación era densa y colosal. Los rayos de luz se colaban entre las hojas y resaltaban infinidad de tonalidades de verde. Entre las raíces, cientos de flores desplegaban sus pétalos de colores. Por un instante fugaz me sacudí el miedo y me sentí extrañamente eufórico y optimista. Vivo. Pensé en la belleza extraordinaria de aquel lugar y en la atracción que aquel país, Congo, había despertado en mí desde que era un niño.

Congo. CON-GO. Dos sílabas cortas como la vibración de un tam-tam, un grito que nace de las entrañas del alma, cinco letras que condensan la magia de una tierra que se declina en hipérboles: ignota, vital, herida, alegre, fabulosa, exuberante, exagerada, monstruosa, desgarrada, atrevida, festiva, luminosa. Congo. Pocas palabras albergan dentro de sí tanto poder. Dos sílabas que surgen de lo más profundo de la garganta, retumban en la mandíbula sin oposición y sorprenden a los labios y la lengua, aún inmóviles e incapaces de reaccionar al ver brotar súbitamente, en dos detonaciones secas, brutales, la fuerza de todo un continente. Congo. Un sonido que transporta a mundos lejanos, que estimula la imaginación y la arrastra a un lugar donde la naturaleza reina desde el inicio de los tiempos. Una tierra hija de un río. Un mito generador de mitos. Congo no es un lugar: es un universo de pueblos que avanzan ajenos al mundo, un océano por explorar, un cauce vigoroso que transporta en sus aguas los valores ancestrales de los pueblos que habitan sus orillas. Congo. Un símbolo que representa en dos destellos efímeros el nervio salvaje de un río ingobernable. Un río por navegar y recorrer de principio a fin. Hasta el mar.

Agarrado a aquella tabla en mitad del océano, a la deriva, me sentí en paz.

Delante de mí, uno de los rebeldes saltó de una zancada un riachuelo de aguas transparentes y, a lo lejos, un pájaro emitió un graznido intenso. La belleza me hizo pensar. Me juré que, si salía vivo

de aquella, regresaría para intentar hacer realidad un sueño infantil que de adulto había derivado en obsesión: navegar el Congo en su totalidad. Durante años había imaginado aquel viaje por el gran río de África, esencia de la riqueza y las cicatrices de todo un continente, para conocer la historia, las tradiciones y la cultura de los pueblos a las orillas del río. Mientras avanzaba por aquella selva congolesa hacia un destino incierto, me prometí que intentaría con todas mis fuerzas recorrer los 4.700 kilómetros de aquella arteria líquida, fuente de vida, comunicación y comercio, que estalla en un portento de la naturaleza: una cuenca descomunal que se derrama por hasta nueve países africanos. Un río por el que fluye una historia rica y de leyenda, cuyas corrientes han visto descender las canoas de exploradores inmortales como Henry Morton Stanley, David Livingstone o Pierre Savorgnan de Brazza, y que ha inspirado a escritores o intelectuales como Joseph Conrad, Isidore Ndaywel, Paul Lomami-Tshibamba, André Guide, Graham Greene, Javier Reverte, Fiston Mwanza Mujila o Lieve Joris.

Pronto comprobé que se trataba de un reto descomunal. Durante los meses anteriores al inicio de la navegación, la euforia y el vértigo convivieron conmigo a una sonrisa de distancia. A medida que se acercaba el día de partida desde Barcelona hasta tierras congolesas, la idea de navegar «el río que se traga a los otros ríos» se presentó como un desafío tan excitante como aterrador, que me desvelaba por las noches. Cuando explicaba a mis amigos la idea de aquel viaje, algunos trataban de sacármela de la cabeza y otros más cercanos, conscientes de que una vez se me había puesto entre ceja y ceja aquel empeño no iba a abandonarlo, me preguntaban cómo iba a sortear los riesgos de la ruta. A muchas de sus preguntas respondía con interrogantes.

El problema principal era el vacío. La nada. Aunque había abundante literatura sobre viajes por el río, sobre todo en la zona navegable central, de Kinsasa a Kisangani, del tramo que recorrió para la eternidad Marlow en busca de Kurtz en *El corazón de las tinieblas* no existían apenas referencias especialmente desde sus fuentes hasta Kisangani. Las llamadas a amigos y contactos congoleses recibían siempre una respuesta similar: el primer tramo, de unos dos mil kilómetros, era *terra ignota*. Nadie sabía casi nada. Aquella vasta región inicial, donde el río recibía el nombre de Lualaba o simplemente «*le fleuve*», era un enigma.

El tiempo también era un problema. Tras más de dos décadas como periodista en África, estaba acostumbrado a la poca precisión de las salidas y llegadas en los desplazamientos, pero en esta ocasión la horquilla se dilataba. ¿Cuánto se tarda en navegar el Congo? Cuando preguntaba, recibía hombros encogidos por respuesta. Los más osados se animaban a conjeturar: entre dos y seis meses, quizás más. A las vicisitudes del viaje, con barcos que podían estropearse, tardar semanas en zarpar o canoas incapaces de navegar bajo la tempestad, se unía el desconocimiento sobre muchos de los lugares por donde avanzaba el Congo. Había tramos de solo ochenta kilómetros, me advertían, para los que era necesario invertir tres días, y otros puntos, con zonas innavegables por los rápidos, en los que debería descender a tierra para seguir adelante hasta retomar de nuevo el río. Un militar congolés que había conocido años antes me confirmó uno de mis peores temores: me las tendría que ver con grupos rebeldes.

—Un poco más al norte del lago Upemba y hasta Kindu debes extremar la precaución. En esa tierra el gobierno no existe y el ejército no llega. El río y sus caminos están controlados por grupos armados.

Miré el mapa y calculé a ojo la distancia: más de 500 kilómetros de incertidumbre.

Ni siquiera la fuente del río era un punto indiscutible. Como me había ocurrido al recorrer el Nilo años atrás, descubrí que el origen del Congo era un lugar disputado entre varios pueblos. Aquel desamparo alimentaba mi imaginación. Aunque a menudo me asaltaban dudas y temores, y el sentido común aconsejaba arrojar la toalla, perseveré. Vivir es apretar los dientes.

¿Tenía miedo? Rotundamente sí. A no tener suficiente valor, suerte, compromiso o talento. Pero no era un sentimiento nuevo. Quizás la magnitud del reto multiplicaba la sensación, pero había tenido dudas muchas veces en mi trabajo; antes de subirme al avión para cubrir una guerra africana o una epidemia de ébola o al adentrarme en zonas controladas por yihadistas. Pero salir victorioso de esa pugna con el miedo, continuar adelante cuando perder es una posibilidad, es uno de los privilegios del oficio de reportero. En Occidente, el triunfo está sobrevalorado. A menudo el intento, la perseverancia y la tenacidad son la mayor de las victorias. ¿Podría navegar el río desde sus fuentes hasta el mar? Mi única certeza era que iba a intentarlo con todas mis fuerzas.

Decidí organizar y planificar al milímetro todo lo que fuera posible. Sabía que no bastaría con la preparación habitual de otras coberturas en Congo, un país que había visitado una decena de veces. Además de pelearme con la tediosa burocracia congolesa, de gestionar los permisos de prensa, de navegación, de la policía marítima, de contratar un seguro y de obtener los visados, me puse a entrenar, consciente de la exigencia física y mental que me esperaba. Salía a correr a diario, y aquellas carreras matinales daban rienda suelta a mis pensamientos. Visualizaba la inmensidad del Congo, imaginaba el resplandor anaranjado de sus atardeceres o creía oír el fragor de la selva al anochecer. Sin ni siquiera haber puesto un pie en su orilla, empecé a navegar. Me envolvió una inquietud pegajosa: quería evitar a toda costa dejarme embriagar por la belleza.

Para mí, el sentido de aquel viaje por el río iba más allá del esplendor de la naturaleza, del romanticismo salvaje o de una supuesta y obscena épica de un blanco que descendía el río; yo quería comprender y contar. Deseaba navegar el Congo, pero no quería narrar una aventura personal ni deportiva. Como mi presupuesto era escaso, avanzaría como la población local, en barcazas, en canoas o en barcas viejas, compartiendo motocicletas o a pie. Quería escuchar: que el río fuera una máquina de hacer mejores preguntas, que el avance por aquella corriente abriera una vía para entender otras realidades.

Mientras corría, pensaba en qué personajes podría entrevistar, qué perfiles podrían ayudarme a esbozar la historia y la cultura de sus pueblos. Contacté con historiadores, geógrafos, escritores, artistas y filósofos congoleses para citarme con ellos más adelante, en fechas inconcretas y lugares inexactos del camino. Viajé a Bélgica para verme con activistas exiliados, tomé cafés con excapitanes que habían navegado por el río o con congoleses que, presentía, podían ser el primer hilo que estirar de alguna historia interesante.

En aquellas conversaciones previas, recibí siempre entusiasmo, palabras de bienvenida y generosidad. A veces me advertían de las complicaciones de descender el río, incluso de su peligrosidad, pero también percibí la emoción de quienes querían contar su propia historia. De quienes, al visualizarse momentáneamente como portavoces de una cultura, pedían espacio para las cosas importantes. «¡No dejes de ver al mejor director de teatro en Kisangani!», «¡Entrevista a músicos y a poetas, los artistas son imprescindibles para

entender Congo!», «Habla con los ancianos, ellos te explicarán», «Escribe a mi amigo filósofo, ha escrito mucho sobre la trata...».

En aquellos meses anteriores al viaje hice acopio de una montaña de libros, me encerré a leer compulsivamente, renové mis vacunas y repasé una y otra vez lo que me iba a llevar. Acostumbrado, por mi afición al alpinismo, a ir ligero de equipaje me propuse llevar una mochila manejable, de solo ocho kilos, con lo indispensable: dos mudas de recambio, un chubasquero, un botiquín, un neceser, cuadernos y bolígrafos, cordino, navaja, mechero, linterna, pastillas potabilizadoras, baterías externas y un móvil con cargadores. También unos extras imprescindibles: una camiseta del Real Madrid y una bolsa llena de emblemas y bolígrafos del Barça para amansar a autoridades corruptas o levantar barreras de control en caminos apartados.

Para conseguir los mapas, acudí a una de mis librerías de referencia de Barcelona, Altaïr. Cada vez que bajaba las escaleras de su local del centro de la ciudad, Pere, Pep y Mario me llenaban la mochila de libros, amistad y consejos. Tras rastrear durante meses, me consiguieron unos mapas de aviación belgas, descatalogados y que tardaron semanas en llegar por correo, que mostraban con precisión cada recoveco del río. Me sumergí en ellos durante días, memorizando las aldeas e islas; calculando las distancias. Como los mapas desplegados ocupaban casi dos metros, le pedí a Jordi Juan, el director de *La Vanguardia*, que me dejara ponerlos en la pared de alguna sala de la redacción. Cuando escuchó mi petición, me miró de arriba abajo pacientemente y respondió con una sonrisa. «Solo te pido que no tengamos que ir a buscarte»; y me señaló la más cercana a su despacho: la sala Ryszard Kapuściński. Durante varios días, señalé en el mapa las poblaciones clave y marqué los tramos navegables con hilo azul, y con hilo rojo las zonas en las que debería avanzar por tierra.

A medida que el inicio del viaje se acercaba, mi excitación crecía y la emoción tapaba los temores y la incertidumbre. Tres días antes de mi vuelo a Congo, tuve un golpe de suerte: me crucé con Open Arms. Coincidí en una entrevista en la radio con el fundador de la ONG de rescate marítimo de personas, Òscar Camps, y nos quedamos charlando frente a la emisora. Nos habíamos visto en varias ocasiones y hablábamos a menudo de las rutas migratorias africanas, los abusos de las mafias del desierto —que secuestraban y torturaban

impunemente a los migrantes— o de las políticas europeas que condenaban a miles de personas a jugarse la vida en el Mediterráneo y criminalizaban a quienes, como ellos, llevaban a cabo la heroicidad de salvarles la vida. Cuando le expliqué mi proyecto a Òscar, en seguida se ofreció a ayudarme.

—Llevas chaleco salvavidas, ¿verdad? —No hizo falta ni responder—. Vale, me ocupo yo.

La opción de sufrir un naufragio en el río era una posibilidad y uno de mis vértigos inconfesables, así que, en mi objetivo vital de morir joven lo más tarde posible, su ofrecimiento de un chaleco salvavidas prestado supuso un alivio. Leía constantemente noticias de accidentes en el Congo que habían provocado cientos de víctimas; era habitual que embarcaciones viejas y sobrecargadas sucumbieran a las tormentas o corrientes traicioneras del río. Sin ningún sistema de rescate oficial, muchos pasajeros morían ahogados. La idea de verme sumergido en sus aguas oscurecidas por las nubes negras, a merced de las olas y los remolinos, me provocaba escalofríos.

Al día siguiente fui a recoger el chaleco al velero Astral, atracado en el puerto de Badalona. El capitán, Savvas Kourepinis, me explicó el funcionamiento de la prenda, con un mecanismo de aire comprimido que la inflaba automáticamente al entrar en contacto con el agua, y me dio un consejo:

—Si estás en un naufragio, recuerda una cosa: tu principal objetivo es sobrevivir. Apártate cuanto antes, porque, aunque lleves esto, si los demás se te agarran, te ahogarán. Y si están en el agua ahogándose, te aseguro que intentarán agarrarse.

Salí a cubierta abrazado a aquel regalo inesperado, y cruzando los dedos para no tener que utilizarlo jamás. En aquella mañana soleada, mientras caminaba en equilibrio por una estrecha plataforma de madera hacia tierra firme, no imaginaba que aquel abrazo no sería el último, ni mucho menos el más fuerte, que le daría a aquel chaleco prestado de Open Arms.

Sabía también que difícilmente saldría indemne de aquella navegación. Probablemente es justo. No se sale ileso tras recorrer el alma de una tierra golpeada durante siglos, cuya tragedia ha sido siempre tener los tesoros deseados por la economía mundial y para la que el contacto con el exterior ha sido siempre sinónimo de agresión, engaño y explotación.

Primero fueron los millones de esclavos. Durante siglos, los mejores brazos, los más jóvenes y robustos, fueron apresados por negreros árabes o europeos y transportados hacia el este o a las plantaciones del Nuevo Mundo. Para los habitantes de Congo, aquellos primeros contactos con el exterior derivaron pronto en una rapacidad de tal escala que quebró los lazos sociales y supuso la extinción de reinos o estados locales como el Kongo, el Kuba o el Luba.

El maltrato no se detuvo ahí. En el siglo XIX fue el marfil, que se transformaba en teclas de piano, estatuas religiosas o en figuras decorativas en las mansiones europeas. Poco después fue el oro blanco. En el año 1887, la invención del neumático con cámara por el veterinario escocés John Dunlop, unida a la popularización de los coches e instalaciones eléctricas en Europa, dispararon la fiebre por el caucho, obtenido de la savia lechosa de los árboles. La elevada demanda mundial y un sistema de extracción basado en el trabajo forzado disparó los beneficios, y Congo fue testigo de algunas de las escenas más sádicas de abuso y explotación de la historia, ideadas en salones y palacios europeos y ejecutadas a menudo por manos congolesas. La extraordinaria riqueza de muchas familias en Europa, que hoy se erige en modelo de civilización y modales, se levanta sobre aquel sufrimiento extremo de millones de africanos.

Un hombre tuvo un protagonismo especial en aquella salvajada. Entre finales del siglo XIX y principios del XX, Congo fue propiedad privada del rey belga Leopoldo II y un lugar donde las tinieblas estaban en el corazón de los verdugos: si los trabajadores locales no cumplían con las cuotas de caucho que les exigían los representantes de las explotaciones belgas, se los castigaba con la muerte o la amputación de sus miembros, o los de sus hijos e hijas. Aldeas de miles de personas desaparecieron y sus habitantes fueron vendidos como esclavos o asesinados para engrasar la maquinaria insaciable de la venta de caucho o minerales en pos del beneficio europeo.

También hubo humanidad entre la barbarie. En el año 1903, el cónsul británico y activista de la causa irlandesa Roger Casement desveló las atrocidades que se producían en el entonces Estado Libre del Congo, con poblaciones diezmadas o totalmente aniquiladas por la voracidad depredadora de quienes, a miles de kilómetros de distancia, tomaban civilizados cafés o tés en tazas de porcelana fina. Sus informes, además de las denuncias de otras personalidades, como los

escritores Joseph Conrad o Arthur Conan Doyle y el periodista Edmund Morel, provocaron un escándalo en Europa y un sinfín de manifestaciones que pusieron fin al vergel personal del rey Leopoldo, quien traspasó la administración del territorio del Congo al Estado belga cinco años después.

El cambio de poderes no acabó con el abuso. Nunca ha terminado. Con la llegada de la primera y la segunda guerra mundiales, los ojos europeos se dirigieron de nuevo hacia la riqueza del subsuelo congolés para conseguir el cobre necesario para la fabricación de balas y armamento militar. También el uranio de las bombas de Hiroshima y Nagasaki salió de Congo. Durante la Guerra Fría, el país fue una pieza disputada por las potencias mundiales, y el expolio y la corrupción, hermanadas desde fuera y dentro de su territorio, carcomieron las estructuras de un Estado a la deriva.

Congo es un paraíso para la ambición sin escrúpulos. Diamantes, marfil, algodón, madera, oro, cobre, coltán, cobalto... En el futuro probablemente será el agua potable y el poder de las corrientes para producir energía limpia en una África —un mundo—, amenazada por el cambio climático y la desertificación. Congo es una tierra fértil y rica capaz de producir todo cuanto el hombre necesita para vivir. Peor: para hacer fortuna.

¿Cómo salir intacto de una tierra tan malherida? Coincido con el reportero salvadoreño Óscar Martínez, editor de *El Faro*: el oficio del periodista no es ver cosas. No es estar. Reclama otros verbos. Ir, entender, dudar, escuchar, disputar, señalar, comprometerse, cuestionar y sentir con urgencia, con el objetivo radical de exprimirse, de dejarse las tripas en el intento. El oficio exige piel. Estar alerta y desprenderse de cualquier distracción para captar lo esencial de lo que nos rodea. Ir hasta el final. Y si es imposible salir indemne de un oficio que te devora por dentro de tal forma, aún lo es más si para ello debes sumergirte en las entrañas de un país traumatizado.

—*Rassemblement! Rassemblement!*

Este es el resultado de aquella promesa hecha a la desesperada en una selva congoleña mientras me rodeaba un grupo de rebeldes irritados. El resultado de un viaje lento a lo largo de un río inmenso a bordo de barcas destartaladas y canoas agujereadas, para encontrar las voces suficientes. Es un periplo lleno de errores, aciertos, enseñanzas, risas y desesperación por una tierra acogedora, a veces salvaje, pero

sobre todo excepcional. Es la historia de un mundo lejano y cercano a la vez, vibrante y magnético. De un río custodiado por ancestros y espíritus de leyenda, del que surge una cultura electrizante de personas buenas, supervivientes y malvados, herederos todos de la misma historia de abuso y explotación. De un cauce hostigado por autoridades corruptas, donde los activistas locales defienden con su vida un ecosistema apabullante y de un río que alimenta un país envuelto en contradicciones. Navegar por el Congo es, en definitiva, un viaje al presente, pasado y futuro por las entrañas de todo un continente.

También es un viaje improbable. En varios momentos del recorrido pensé que no lo conseguiría. Que simplemente me había embarcado en un reto imposible. Me desesperé y pensé en abandonar. Me arruiné varias veces. Pero este no es un libro sobre mí. Es un libro sobre las personas que encontré en el río, sobre sus vidas. Habla de quienes me sostuvieron. De su historia. Este libro es la suma de toda la gente que conocí y me dejó que la escuchara, de su generosidad o maldad, de las consecuencias del abuso y la avaricia sostenidos. De un río vivo y apasionante, agotador, que es al mismo tiempo salvación y cicatriz.

Aquel día, en la selva del este congolés, aquellos rebeldes furiosos no nos fusilaron. Conseguimos escapar. Pero ya contaré más adelante esa historia. Porque bajo aquellos primeros rayos de sol, rodeado de milicianos enfadados, ocurrió otra cosa.

Aquel día empezó este viaje por el Congo.

Hasta el mar.

2

La fuente del mito

Llevábamos horas en aquella carretera endiablada, que serpenteaba entre el sureste de Congo y la frontera de Zambia, porque teníamos el nombre de un lugar: Kilela Balanda. Aquel era el punto exacto donde brotaba el mito. Allí empezaba su curso el río Congo.

Cuando pensé que no podía faltar demasiado para que aquella aldea apareciera tras una curva, salimos volando. Los neumáticos del todoterreno resbalaron sobre el suelo arcilloso y se hundieron en el barro. El vehículo dio un bote y Sylvain y yo volamos de nuestros asientos, con tanta fuerza que nuestra cabeza impactó contra el techo.

—*Ai ai ai, Mon Dieu, la route de merde!* —exclamó él dolorido.

Deseaba con todas mis fuerzas llegar de una vez.

Cuando el vehículo se estabilizó, divisamos una silueta al otro lado del parabrisas, unos metros más adelante: un camión estaba encallado en mitad del camino dentro de un agujero gigantesco. El orificio era tan grande que la parte más alta del vehículo, cubierta por un plástico rojo, quedaba a la altura del suelo. Parecía como si el camino se hubiera resquebrajado de golpe y unas fauces de barro hubieran engullido al camión. Un chico en camiseta, lleno de barro, se afanaba en sacar fango con una pala para liberar las ruedas delanteras.

Durante todo el camino nos habíamos cruzado con decenas de camiones como aquel, cargados de piedras negras con reflejos azules: cobalto. Como los baches eran constantes, a menudo del vehículo mal tapado, se caían piedras enormes y brillantes que quedaban diseminadas por el suelo. Aquella riqueza ansiada por medio mundo descansaba esparcida por el lodo y contrastaba con la miseria de alrededor. Si había una mina cerca, la pobreza señalaba dónde: en el margen del camino se desparramaban asentamientos mineros, con

refugios de tela, paja y adobe, a menudo con un techo de chapa apuntalado con piedras para protegerlo de los fuertes vientos. La mayoría de los habitantes eran hombres jóvenes, aunque también había mujeres y niños. Se veían pocos ancianos.

Esa vida humilde a escasos metros de una riqueza formidable es común en el país. Pese a la enorme reserva de tesoros minerales de Congo, su población pobre es la segunda más numerosa del mundo, tras la de Nigeria y por delante de la de India. Un 73 % de sus habitantes vive con menos de 1,90 dólares diarios, la tasa estipulada internacionalmente para definir la pobreza. Eso son 80 millones de pobres. Todo el país es de una exuberancia desigual. A pesar de que Congo alberga más de la mitad de las reservas africanas de agua dulce, con ríos que podrían generar luz para todo el continente, solo un tercio de la población tiene acceso al agua potable y un 8 % a la electricidad. Y las paredes para escapar de ese pozo de escasez son de mármol pulido: de media, un congolés recibe una educación de apenas cuatro cursos y medio, lo que significa que la mayoría de la población deja de estudiar a los ocho o nueve años de edad.

Tras casi nueve horas de carretera, con los riñones doloridos y la cabeza llena de chichones, llegamos por fin a Kilela Balanda. Fue la primera sorpresa del viaje: las fuentes del Congo no estaban allí. Nada más frenar el vehículo, salió a nuestro encuentro una anciana con un gorro verde de lana calado hasta las cejas y una radio colgada del cuello. Se llamaba Mulopwe y, al escuchar el motivo de nuestra visita, arrugó la frente.

—Aquí no es. —Hizo una pausa dramática—. Todavía no habéis llegado, pero no falta mucho.

El Congo, nos explicó, brotaba en realidad en un lugar a menos de una hora en coche de allí, a través de un camino estrecho y cubierto de maleza, justo a las afueras de una aldea vecina llamada Munema. La mujer miró hacia el cielo y calculó que, si nos dábamos prisa, llegaríamos antes del atardecer. Al vernos saltar raudos hacia el vehículo, mudó el gesto.

—¡No, no, no! ¡No tan deprisa! —bramó—. Debéis saber que está prohibido visitar la fuente sin el permiso de los ancestros. ¡Ni se os ocurra ir sin su bendición o la selva os atrapará para siempre!

Aquella reacción furibunda me pilló desprevenido. ¿Por qué estaba tan preocupada aquella mujer? Aceptamos ir a ver al jefe

tradicional antes de ir a la fuente y la anciana recuperó la cordialidad y nos estrechó la mano con calidez. Nos pusimos en marcha. Una hora y media después, un cartel oxidado, con la pintura azul y amarilla descascarillada, anunciaba en letras oscuras el lugar.

«*Source du fleuve Congo, à 50 mètres*.»

Sentí un escalofrío en la espalda. Aunque no había nadie a la vista y una flecha estrecha y azul invitaba a seguir un pequeño sendero que se adentraba en el bosque, cumplimos la palabra que le habíamos dado a la anciana. Nos dirigimos a la aldea, un manojo de casas de adobe o ladrillo a lado y lado de un camino hecho trizas. Las lluvias habían convertido la calle principal de Munema en un fangal con charcas tan grandes que servían de recreo a los cerdos y a los patos. Mientras informaban de nuestra presencia al jefe de la localidad, nos recibió el padre Serge, a cargo de una de las cinco iglesias de la población. Al sur del camino, explicó, vivían los vecinos de la etnia ngalu y al norte los kikuyus. A estos últimos pertenecía el territorio donde se encontraba la fuente del Congo, así que era su jefe quien debía acompañarnos hasta el lugar. Si aceptaba hacerlo.

—Ahora mismo —nos contó el padre Serge—, nuestro jefe tradicional está hablando con los ancestros para preguntar si debe daros acceso. Ellos saben si el visitante viene con buenas intenciones y, si es así, os permitirá visitar la fuente. Si no, deberéis marcharos.

Serge era un ferviente cristiano, pero su fe no impedía que creyera vehementemente en la magia que rodeaba aquel lugar.

—¡Ah, la fuente del Congo es un sitio mágico! ¡Es imposible saber lo profunda que es, llega hasta el centro de la tierra!

Un grupo de curiosos se había acercado a escuchar la conversación y asentía cada vez que el padre Serge explicaba detalles, cada cual más asombroso y sobrenatural que el anterior.

—Dios colocó un puente natural de madera para llegar hasta el pequeño lago. Es obligatorio pasar por él si no quieres hundirte en el agua.

«*C'est comme ça! C'est comme ça!*», corroboraban los presentes.

—Cuando éramos Zaire —continuó el padre Serge, animado por el entusiasmo general, y utilizando el nombre que tuvo el país durante veintiséis años—, un grupo de mercenarios marroquíes leales al presidente Mobutu fueron a la fuente pese a la prohibición de nuestro jefe y los ancestros se enfadaron tanto que la selva se tragó a uno de

ellos. ¡Solo después de pedir perdón y celebrar una ceremonia, el soldado apareció tres días después!

De nuevo, los congregados confirmaron con movimientos de cabeza las palabras del religioso.

El padre Serge se entretuvo relatando otros milagros que habían ocurrido en aquel lugar hechizado, como el olor a perfume que envolvía la aldea algunas mañanas o la experiencia de un niño llamado King que, varias décadas atrás, había visto a un hombre blanco lavándose en la fuente antes de desaparecer como un fantasma. Pero sin duda, el día más traumático para todos ellos, la mañana que el cielo tronó y la aldea casi se partió por la mitad, fue cuando la fuente del río Congo se secó.

—Ocurrió hace algo más de una década. Fue culpa de aquellos locos.

Al parecer, los miembros de una secta local desafiaron una noche a los ancestros y accedieron sigilosamente a la fuente sin decir nada a nadie. Sabían que jamás les habrían concedido el permiso, por eso se escurrieron como serpientes. ¡Incluso intentaron llevarse agua sagrada en bidones!

Como consecuencia de aquella provocación, el agua desapareció. Se esfumó. Por la mañana, la fuente se había secado súbitamente y, cuando atraparon a aquellos pobres desgraciados, comprobaron que también el agua robada de los bidones se había evaporado. ¡Los ancestros entraron en cólera! Aquel fenómeno extraordinario provocó el pavor entre los vecinos, que jamás habían visto variaciones en el nivel del agua de la fuente, inalterable pese a las sequías o las lluvias torrenciales. El temor de que aquel desdén hubiera desatado la ira de los ancestros y el río se secara para siempre contagió a toda la aldea. Durante días se realizaron ceremonias y ofrendas a los espíritus para implorar su perdón. Hasta que un día los dioses escucharon: el agua simplemente volvió a brotar.

Tras aquella ristra de relatos extraordinarios, apareció al final de la calle el jefe tradicional de Munema, el guardián del manantial del que germinaba el gran río de África. Se llamaba Kampotela Nkiembe Valentin. Nos recibió frente a una casa de barro, sentado en una silla azul de plástico, y al vernos colocó sus manos una encima de otra, en horizontal y aplaudió suavemente con las palmas huecas en señal de bienvenida. Nos invitó a tomar asiento junto a él. Vestía un polo

granate, unos pantalones negros y unas sandalias medio rotas, y señalaba su posición de jefe tradicional con un gorro de piel de cabra parda que le cubría la cabeza. Tenía treinta y siete años y hacía trece que era el líder de la aldea. Tras las presentaciones, sonrió afectuosamente, dijo que los ancestros habían aceptado nuestra visita porque habían detectado bondad en nuestra alma y pidió cien dólares por barba para ir a visitar el lugar. Tras un rato de tanteo, bajamos «la ofrenda a los antepasados» a diez dólares en el caso de Sylvain y a quince (por blanco) en el mío.

Una vez cerrada la donación, Kampotela se puso al frente de la comitiva y nos dirigimos hacia las afueras de la aldea. El hombre se sentía orgulloso de ser el custodio de las fuentes del Congo, pero sus palabras traslucían también cierta vergüenza. Se lamentaba de no tener ni siquiera un teléfono y de que la aldea no contara con electricidad o una carretera decente para llegar a Kilela Balanda. El Gobierno, decía, no respetaba aquel lugar sagrado.

—Cualquier país del mundo haría una fiesta si tuviera en su territorio una fuente de un río tan importante como el Congo. Aquí estamos olvidados. A las autoridades no les importa este lugar.

Bajamos por un camino de tierra y llegamos a una bifurcación. Cerraba el paso una barrera de tres troncos de la que colgaba un cinturón de piel marrón. Kampotela nos pidió que le entregáramos cualquier arma u objeto punzante que lleváramos encima y, tras darle una navaja multiusos que guardaba en un bolsillo, nos hizo una señal para que lo siguiéramos.

—Los ancestros os dejan pasar.

Al entrar al bosque, se abrió bajo nuestros pies una plataforma de troncos colocados unos junto a otros, en una suerte de puente plano sobre la hierba. El agua nos rodeaba. En mitad de la nada, entre los árboles y la maleza, bajo una red de lianas verdes, descansaba un charco de aguas cristalinas. La vegetación cubría parte de la superficie, así que no era posible ver hasta dónde se extendía y tampoco se oía nada. Solo se oía el canto de los pájaros. Ningún borboteo ni el sonido de una corriente suave. Nada.

Kampotela juntó las manos, cerró los ojos y oró. Después de unos minutos sin mover un músculo, levantó la vista hacia el agua y habló con el río.

—Este es el inicio de todo el Congo. No solo del río: aquí empieza

nuestra tierra, nuestro país. Cuando hay guerra, la gente viene aquí a rezar a los ancestros. El río significa vida, pero también sufrimiento. Si no se respeta la fuente es normal que haya dolor, porque nuestros ancestros se sienten olvidados.

Kampotela pidió que sacáramos billetes de francos congoleses y los alzáramos sobre nuestras cabezas. Tras recitar unos versos, ordenó que lanzáramos el dinero al agua como ofrenda. Los billetes planearon mansamente hasta depositarse en la superficie transparente. Debajo, en el fondo y cubiertos de algas y barro, descansaban varios billetes antiguos.

—Habéis respetado y honrado a los ancestros —dijo—. Yo, Kampotela Nkiembe Valentin, jefe supremo de la fuente del Congo, jefe de Munema y protector de la fuente del río sagrado, declaro que nada os pasará. Estaréis a salvo durante toda la navegación y tendréis la protección de los guardianes del río.

Tras recitar la oración, Kampotela me invitó a tocar el agua. Mientras me lavaba las manos en cuclillas, el hombre explicó que a veces los ancestros no pedían unos billetes, sino el sacrificio de una gallina o un gallo para verter su sangre en la orilla. La ofrenda dependía de la pureza del alma del visitante y de los designios de los espíritus del río. Sus deseos no podían negociarse.

Me sequé las manos en la camisa y traté de divisar el final de la fuente, por donde el agua empezaba su largo descenso hacia el mar. No había mucho más que ver allí. El río Congo desaparece poco después de brotar. Después de discurrir dócilmente durante unos trescientos metros, se esconde de nuevo bajo tierra y no vuelve a aparecer hasta quince kilómetros más al norte. Varias fuentes subterráneas alimentan esos primeros pasos del río, que poco a poco va ganando músculo y velocidad. No se vuelve un cauce ancho hasta Bukama, al norte de la ciudad de Kolwezi. Ese era nuestro destino. Una vez allí, iniciaríamos el descenso de los más de seiscientos kilómetros del primer tramo navegable, hasta Kongolo. A partir de ese punto, llegaba la incertidumbre: la región estaba controlada por grupos rebeldes.

En aquel momento, delante del lugar donde brotaba el mito, aquellos nombres de poblaciones que auguraban aventuras futuras parecían lejanos, de otro planeta. ¡Estaba en las fuentes del río Congo! Me sentí abrumado por estar allí. ¿Qué me depararía aquel viaje?

¿Lograría completarlo? Me fundí en un abrazo con Sylvain y nos dimos un par de palmadas en la espalda.

—Aquí comienza todo —le dije.

—Aquí comienza todo —respondió Sylvain.

En seguida emprendimos el camino hacia Bukama. En cuanto noté la vibración en el bolsillo que indicaba que habíamos recuperado la cobertura, me lancé directo al teléfono móvil. Quería confirmar algo. Me conecté a internet y tecleé en un buscador. Creía firmemente que no encontraría nada. Nada en ningún medio serio. Cuando estaba a punto de darme por vencido, apareció. No me lo podía creer: Radio Okapi, una emisora fundada por la Misión de las Naciones Unidas en Congo, que emite en francés y cuatro lenguas nacionales —lingala, kituba, suajili y tshiluba—, había recogido la noticia en el año 2009. El texto hacía referencia a una extraña y repentina sequía que afectaba aquellos días a las fuentes del Congo. «Un fenómeno que sorprende a los vecinos de la región.» La noticia citaba la comparecencia ante los medios de la ministra provincial de medio ambiente y turismo, Thérèse Lukenge Kapibwe, quien había recibido informes de aquella anomalía: «Es una noticia singular, porque estamos en plena temporada de lluvias. Un manantial lleno de agua durante la estación seca que desaparece en medio de la estación lluviosa es cuando menos extraño».

Abrí la ventanilla del coche, observé callado el paisaje y pensé en la bendición de los ancestros a mi navegación.

Susurré un «gracias», por si acaso.

3

La fiebre del oro azul

El lugar en el que el cauce del Congo empezaba a ser navegable estaba al final de un tesoro azul. Para llegar a Bukama, a más de trescientos kilómetros de las fuentes, había que atravesar la región que albergaba las mayores reservas del planeta de cobalto, un mineral azulón clave para los dispositivos eléctricos. Era, además, un lugar aislado: para alcanzar las orillas desde las que iniciar el descenso del río tendría que viajar en motocicleta, dando un rodeo, y avanzar por carreteras secundarias. Una vez allí, debería encontrar un barco para empezar a navegar. No iba a ser sencillo.

Había otro inconveniente: para encontrar el camino hacia Bukama iba a tener que fiarme de quien aparentemente no debía.

Severine, un chófer veterano con las manos curtidas por varias décadas al volante, llevaba un día y medio atascado en el camino. Lo encontramos horas después de partir de Kilela Balanda. Su camión estaba atrapado en medio del paso, en un agujero de fango húmedo y de color café. Severine tenía los brazos manchados de barro hasta el codo, el pantalón teñido de ocre por el lodo seco, y descansaba apoyado en un extremo de una pala, clavada en vertical. Le ofrecimos ayuda, unas galletas y cigarrillos. Él rechazó cordialmente la ayuda, ignoró las galletas y aceptó los cigarrillos, y se interesó por nuestro destino. Nosotros debíamos abandonar el coche en la siguiente ciudad —el todoterreno era un préstamo de unos religiosos y debía volver a Lubumbashi— y encontrar algún medio de transporte para ir hasta Bukama. Al oír aquel nombre, Severine arqueó las cejas.

—¿Bukama? Evitad el camino directo.

Severine era un gato viejo en aquellas carreteras y nos aconsejó aprovechar una oportunidad: una empresa china que explotaba una mina de cobalto al norte de Kolwezi acababa de acondicionar una

carretera justo en el tramo que la unía con Bukama.

—Habéis tenido suerte, pocos lo saben aún.

Sobre el mapa, las palabras de Severine no tenían sentido: había una ruta más recta y corta desde la ciudad de Likasi.

—¡No, no, no! —Severine negó con la cabeza—. ¡Esa carretera está destrozada por las lluvias y el paso de los camiones!

Con el rodeo, aseguraba, ahorraríamos tres días. Quizás más.

La barba espesa de Severine, salpicada de canas, determinaba el peso de sus palabras: aquel hombre llevaba media vida transportando minerales en Congo. Aunque su situación, varado en mitad del barro, no transmitía la mayor confianza en su destreza, se conocía aquellas carreteras como nadie.

Severine apuró el cigarro de una larga calada y se encendió otro con la brasa de la colilla.

—Hacedme caso, no os arrepentiréis —insistió.

Miré a Sylvain y nos entendimos con la mirada. ¿Sería una trampa? Convenimos que no: Severine nos estaba ayudando.

Conocía a Sylvain desde hacía casi una década y confiaba plenamente en su lucidez. Poco a poco, a base de trabajo y buenos contactos, se había convertido en un referente entre los productores o *fixers* congoleses que trabajaban para medios de todo el mundo. Antes de que decidiera dedicarse a ese oficio, habíamos recorrido juntos el curso del río Nilo en su paso por Uganda, y aquella experiencia de hostales baratos y polvo de carretera, viajando en barca o de paquete en una moto entre elefantes y búfalos, nos había unido para siempre.

Sylvain era un tipo corpulento, de voz suave y sonrisa amable. La pandemia de la covid, que en el año 2020 llevó al cierre de fronteras y la parálisis del turismo y canceló coberturas de periodistas internacionales, le había dejado canino de empleo, así que cuando semanas antes de volar a Lubumbashi, la única ciudad con aeropuerto internacional en el sureste del país, le conté mis planes de navegar el Congo, Sylvain se ofreció a acompañarme unos días por el río. Hasta que le saliera algún trabajo, por lo menos. Ambos éramos conscientes de que yo jamás podría pagar sus tarifas —entre trescientos y ochocientos dólares diarios, según el cliente y el encargo—, pero él me juró que el dinero no sería un problema. Le hacía ilusión aquella navegación. Solo pidió un regalo a cambio.

—En Congo es muy difícil conseguir un iPhone 13, ¿me podrías

traer uno de Barcelona?

Su capacidad para leer la realidad congolesa me evitaba muchos errores. Porque en Congo, con una de las redes de carreteras y caminos más destruidas del mundo, el tiempo es un concepto borroso, y los traspiés se pagan con días. Llegar es solo una posibilidad, jamás una certeza. Del tamaño de Europa occidental (la superficie de Congo equivale a la de la suma de España, Francia, Italia, Alemania, Reino Unido, Portugal, Irlanda, Austria, Suiza, Países Bajos y Bélgica), el país no tiene ni una carretera que conecte el este y el oeste de su territorio —en realidad ninguna de sus principales ciudades están unidas por tierra—, su red de ferrocarril es anacrónica, y por ella casi nunca circulan trenes, y los barcos tardan semanas o meses en recorrer el mayor tramo fluvial navegable entre Kisangani y Kinsasa. Solo tiene tres mil kilómetros de vías asfaltadas, recuerdos del expolio, y en su mayoría conducen hacia el mar o a los países vecinos, y se utilizan para la exportación de minerales y la importación de mercancías. El clima excesivo tampoco ayuda. Las lluvias torrenciales castigan unos caminos arcillosos que, sin mantenimiento, reciben el tránsito incesante de camiones cargados con toneladas de rocas.

Lo habíamos podido comprobar aquellos días: los caminos, estrechos y sin asistencia posible, rodeados de una selva espesa e infranqueable, eran ratoneras con un código de comportamiento no escrito. Si un vehículo pesado quedaba atrapado en un charco y bloqueaba el paso, se iniciaba un proceso inalterable y lento para liberarlo, en el que el personal del vehículo apresado —a menudo junto al chófer viajaban un mecánico y uno o dos ayudantes jóvenes— se ponía a cortar ramas a machetazos para colocarlas debajo de los neumáticos, sin prisa. Solo las personas a pie o las motocicletas, que se colaban por cualquier hueco, proseguían su camino. El resto debía esperar.

Un contratiempo así formaba parte de la rutina de quienes transitaban aquellas rutas, así que nadie se alteraba ni pitaba ni mostraba su descontento. Los resignados ocupantes del resto de los vehículos salían a observar el rescate. Dejaban hacer. Si el atasco ocurría cerca de una aldea, los dueños del camión estaban de suerte: podían ir a buscar plásticos, cuerdas o incluso comprar ladrillos para colocar debajo de los neumáticos y facilitar así la tracción de las ruedas.

Si el barrizal era grande, uno de los ocupantes del camión abría un canal en un lateral para drenarlo en parte mientras otro se hundía en el agua achocolatada para sacar con una pala o con las manos todo el barro posible de debajo de las ruedas. Esta última era la tarea más pesada. Quien la realizaba terminaba manchado de la cabeza a los pies de una mezcla de fango, aceite y combustible. Se iniciaban después los intentos de liberar el vehículo. Una nube densa de humo blanco envolvía entonces el balanceo impetuoso del camión acelerado, que resbalaba como una culebra enfurecida. Si no conseguía zafarse, debía reiniciarse el plan de salvamento: más ramas, más canales de drenaje, más piedras o ladrillos bajo los neumáticos. Si era necesario, los trabajos se detenían para comer o, si caía la noche, para dormir en la cabina o sobre la rebosante mercancía en la caja del camión. Cuando finalmente el vehículo se liberaba, estallaba la alegría. Los pasajeros de los coches aplaudían y agitaban los brazos al cielo. El chófer respondía con una amplia sonrisa, blandiendo el puño o con el pulgar hacia el cielo. Todos estaban felices: el viaje, por el momento, podía continuar.

Si un camino estaba en mal estado, la lógica temporal saltaba por los aires y pedir precisión era un boleto hacia el fracaso. Por eso, ante las preguntas sobre el tiempo necesario para llegar de un punto a otro, el interlocutor respondía habitualmente con una mirada esquiva o incluso de sorpresa. ¿Cómo era posible saber algo así? ¿Cómo iba a ser capaz alguien de adivinar las eventualidades que depararía el camino? Si se insistía, se corría el riesgo de que, por agradar, la contestación se adaptara al deseo y no a la realidad. Si quien preguntaba transmitía prisa, quien respondía aseguraba que la distancia por recorrer se salvaba en poco tiempo. Solo hacía falta sacudir la cabeza o chasquear la lengua para que la contestación se adaptara. Diez horas. Bueno, siete o seis. O cinco. El tiempo se reducía lo que hiciera falta para que el viajero incauto se diera por satisfecho y reemprendiera feliz su camino.

A Severine, decano en aquellos caminos quebrados, complacernos le daba absolutamente igual.

—Ir en coche es más seguro, pero tardaréis más. Si sois fuertes y podéis aguantar, con la motocicleta no os quedaréis atrapados en los charcos.

Ofrecí otro cigarrillo al hombre como agradecimiento por sus

consejos, le aseguré que en Likasi buscaríamos una moto para continuar y emprendimos la marcha.

—Buen viaje y paciencia. Dios decidirá —espetó a modo de despedida.

Absolutamente todo en aquella región donde nos encontrábamos, la antigua Katanga, giraba alrededor del oro azul. También sus carreteras. Las minas determinaban los caminos, el abandono de las rutas o la creación de nuevas vías. Tenía lógica: en el subsuelo de aquella extensa sabana salpicada de arbustos dormían el 46 % de las reservas mundiales de cobalto, un tesoro formidable y tentador. Y para hacerse con él la velocidad era clave. Aquella fortuna estratégica había provocado una carrera desesperada entre dos colosos, China y Estados Unidos. Aunque Washington llevaba décadas de presencia e inversiones en Congo, el gigante asiático había tomado la delantera y, aprovechando el desinterés de Barack Obama —más ocupado en Afganistán— y de Donald Trump —indiferente a los *shitholes* o agujeros de mierda, como llamó a los países africanos inestables— se había hecho con dos minas de cobalto hasta entonces estadounidenses en el sureste congolés.

Que Europa, Rusia y Estados Unidos, sus grandes rivales en la partida de influencia en el continente africano, se enzarzaran en la guerra de Ucrania, no había hecho más que afianzar las posiciones de Pekín. Antes del conflicto ucraniano, Rusia era el segundo productor de cobalto del planeta, con 7.600 toneladas. Congo era el primero, a años luz de distancia: 120.000 toneladas, el 71 % de la producción mundial. No era extraño que China hubiera desembarcado en tromba en suelo congolés. Pekín es hoy el principal comprador de cobalto del mundo y destina más del 80 % de su consumo a la fabricación de baterías electrónicas de iones de litio, que duran más y se cargan más rápido sin sobrecalentarse. Se emplean en móviles, ordenadores y el boom tecnológico por llegar, el coche eléctrico.

A medida que avanzábamos hacia el norte por aquel laberinto de tierra y barro, constatamos una realidad: la zona estaba llena de soldados. El sureste de Congo no solo era el motor económico del país, sino que formaba parte de un coto militar. Los uniformados ejercían un control férreo, casi paranoico, sobre cualquiera que husmeara en torno a los minerales. Aquella vigilancia gubernamental contrastaba con la anarquía del noreste del país, donde grupos rebeldes

explotaban a su antojo minas artesanales de cobalto, oro o diamantes y esclavizaban a hombres, mujeres y niños, una realidad que aparecía a menudo en los medios de comunicación de todo el mundo, en parte porque las provincias de los Kivus están bien comunicadas con las vecinas Ruanda y Uganda y albergan las sedes de cientos de oenegés que dan apoyo a los periodistas. En cambio, del sureste congolés apenas se hablaba. La región, además, estaba en paz. La zona minera del sureste permanecía relativamente pacificada porque allí se hacían negocios de alto nivel: el ejército cuidaba de que las multinacionales estadounidenses y chinas, pero también europeas, rusas, australianas o canadienses, operaran sin interrupciones. El pastel era demasiado jugoso para echarlo a perder.

No era la primera vez que conocía de primera mano el celo de políticos y militares ante la presencia de ojos y oídos indiscretos. Un par de años atrás había viajado a Katanga con los reporteros (y amigos) Rodrigo Hernández y Álvaro Barrantes para hacer un documental sobre la explotación y los abusos en las minas de la zona, donde se utilizaba a niños como mano de obra. Al tercer día nos detuvieron. El marcaje a los periodistas era constante y, aunque teníamos todos los permisos en regla, un general menudo, de cabeza rapada y mirada de hiena, olió sangre cuando nos pilló filmando un desfile militar.

Apareció hecho una furia y escupió una sarta de amenazas e insultos.

—¡Esto es muy grave, muy grave! ¡Un gran problema! ¡Al calabozo! ¡Seréis deportados inmediatamente! —gritaba desbocado mientras nos apartaba de las miradas ajenas.

No atendía a razones —insistía en que su responsabilidad era la «seguridad nacional»— hasta que después de un tiempo prudencial puso entre interrogantes su única verdad:

—¿Cuánto dinero tenéis?

La corrupción generalizada y la asfixiante presencia militar formaban una mezcla explosiva en la antigua Katanga —en 2015 la provincia se dividió en cuatro: Lualaba, Alto Katanga, Tanganica y Alto Lomami—, donde había que escurrirse con sigilo para contar algo con libertad. Otra salida era buscar un cómplice de uniforme. Y en aquellos días de reuniones turbias en los mejores restaurantes de las ciudades de Lubumbashi, Likasi o Kolwezi, la mejor opción de

conseguir un salvoconducto para tener acceso a los bajos fondos del negocio era perderse una noche en la terraza del Skala.

Reservamos mesa para tres.

Al atardecer, cuando el humo empezaba a emborronar el aire y el alcohol a desatar las lenguas, el antro más popular de la región se llenaba de susurros, miradas furtivas y prostitutas en busca de clientes que patrocinaran sus besos. El local tenía una sala interior y dos terrazas en penumbra. Las mesas más discretas estaban ocupadas por hombres de negocios asiáticos, europeos o americanos que charlaban con porte serio con intermediarios congoleses bien conectados o militares sin uniforme con licencias de minas para el mejor postor.

Cuando llegamos no cabía un alfiler. En el interior del local un televisor emitía un partido del Manchester United, pero apenas un par de tipos seguían lo que pasaba en la pantalla.

La camarera, Grace, era simpática y discreta y servía los platos con la pausa justa para escuchar lo suficiente, nunca más. No necesitó que abriéramos la boca para calarnos.

—Periodistas, ¿verdad?

Apareció por la puerta el militar menudo que nos había detenido por la mañana. Tragamos saliva. Vino directo a nuestro encuentro con una sonrisa de oreja a oreja y nos dio unas palmadas vigorosas en el hombro.

—¡Mis amigos! ¡Mis amigos periodistas! —Estaba borracho y bajó la voz lo justo para barnizar sus palabras de compadreo—. Las prostitutas aquí están muy bien. ¡Muy bien!

Y se chupó la punta de los dedos.

Lo invitamos a una cerveza para sacárnoslo de encima y aprovechamos que se acaramelaba con una chica de la barra para irnos a la terraza.

Aquella noche la mejor mesa, la más oscura, la ocupaba un hombre de complexión fuerte y pinta de militar veterano. Nos sentamos cerca. Al cabo de una hora, el tipo despachó con un ademán cansado a los dos asiáticos trajeados que se sentaban frente a él y se quedó solo delante de una botella de cerveza de litro, fumando sin parar. La mesa estaba en un rincón a media luz y, difuminado por el humo, apenas se distinguía su silueta y el brillo de unos ojos que observaban alrededor. Noté que afinaba el oído para escuchar nuestra conversación.

Nuestras miradas se cruzaron. Él disparó primero.

—*Você é português?* —preguntó.

Le estreché la mano. Se llamaba Lokotongo André. Le expliqué que era de Barcelona y estaba hablando con mis amigos en castellano, pero que podíamos seguir en portugués, porque había aprendido un poco la lengua gracias a una novia brasileña de juventud y algunos viajes por Mozambique, Cabo Verde y Angola.

En cuanto pronuncié el nombre de los países, André levantó las cejas, señaló la silla vacía a su lado y fue escueto.

—*Sente-se, jovem.*

André tenía casi setenta años y hablaba un portugués salpicado de francés e inglés. Encendió un cigarrillo. Era coronel del ejército congolés, casi retirado ya, y había luchado en las guerras de independencia de Mozambique, Zimbabue y Angola. Había compartido trinchera, decía, con Samora Machel y Robert Mugabe, que luego estuvieron al frente de sus respectivos países, y me mostró orgulloso una condecoración a los héroes de la guerra zimbabuense. Me enseñó también una cicatriz en el brazo y recordó los amaneceres en las playas mozambiqueñas de Beira, donde estuvo desplegado a finales de los años setenta y principios de los ochenta.

Quizás fue el exceso de alcohol, que el bar se había vaciado o que lo escuchaba (y con eso a veces basta), pero André criticó abiertamente al Gobierno.

—Yo he luchado por ideales, jamás por el dinero. Fui libre. Y un hombre libre no tiene miedo de nada.

Tuve una intuición y até cabos. Pedí otra ronda de cerveza.

Unos meses antes, había ido a hacer un reportaje a Beira, una ciudad en el centro de Mozambique que fue uno de los epicentros de la guerra civil. Allí fui a visitar el Grande Hotel, un imponente edificio de 25 metros de altura, en primera línea de mar, construido a mediados del siglo XX para impresionar. Sus habitaciones de lujo, largos pasillos de techos altos y escalinatas de barandillas doradas acogieron a estrellas de Hollywood como Kim Novak, que pisó su moqueta roja después de largas jornadas de caza para acudir a cócteles exclusivos en los que se reunían las élites del sur de África.

Aquella euforia duró poco. Cuando tras la independencia de Portugal estalló la guerra civil mozambiqueña, el Grande Hotel fue abandonado y ocupado por militares. Las fechas y la edad de André

cuadraban, así que le pregunté si había estado en aquel hotel. Sonó bingo.

Se le abrieron los ojos como platos.

—¡El Grande Hotel! ¡¿Has estado allí?! ¡Oh! Fue nuestro hogar durante un buen tiempo, nuestra base militar. ¡Ah, Beira, qué maravilloso lugar!

Le expliqué que ya no quedaba casi nada de aquel esplendor del pasado. El edificio se había convertido en un barrio de chabolas vertical. Setecientas familias, casi cuatro mil personas en total, ocupaban cada rincón del edificio. El parqué, los muebles, los revestimientos dorados o incluso los cables de los sistemas eléctricos habían sido arrancados y en el recinto, sin agua ni electricidad, se acumulaban montañas de basura y excrementos. Había personas, la mayoría originarias de zonas rurales, ocupando las 116 habitaciones, los huecos del ascensor, la escalera, la cocina, el bar o la antigua sala de baile. La piscina olímpica semivacía servía de lavandería para enjuagar la ropa de los residentes.

Al coronel no pareció afectarle aquella decadencia. Se emocionó recordando las vistas desde lo alto del edificio.

—Desde el ático podías divisar toda la ciudad. Muchas familias de militares ocuparon las habitaciones. Era un buen lugar.

A André le hacía feliz revivir aquellos días.

Antes de despedirnos, con la mirada ya vidriosa, me confesó que estaba harto de los chinos, que eran unos mentirosos. Me propuso hacer negocios con él. Las minas de Congo, dijo muy serio, movían mucho dinero. Me dijo también que si necesitaba algo, cualquier cosa, se lo pidiera. Y cumplió. Hizo una llamada y conseguimos acceso a una mina artesanal de cobalto congolesa. No solo eso, sino que mantuvimos el contacto. Durante los meses anteriores a iniciar el descenso del río, había llamado a André varias veces para pedirle consejo sobre rutas o peligros a evitar y siempre me había atendido con entusiasmo.

Mientras nuestro todoterreno avanzaba hacia el primer punto de navegación del río Congo, le hablé a Sylvain de aquella complicidad inesperada con el coronel y me propuso desviar la ruta para ir a visitarlo. No iba a ser posible. Unos días antes de partir, volví a llamarle y ya no contestó. Extrañado por su silencio continuado, contacté con Zoé, uno de sus ayudantes, quien me dio la peor de las

noticias: el coronel André había muerto por covid.

Tras varias horas de carreteras desgarradas, continuamos hacia el norte. Seguimos las indicaciones del viejo camionero Severine y cogimos un desvío a Kolwezi donde pasaríamos la noche para, desde allí, avanzar por una vía alternativa que no aparecía en los mapas. Sylvain estaba convencido de que al día siguiente podríamos mojarnos los pies en el río Congo.

—De Bukama salen barcazas continuamente. Si tenemos suerte, en dos o tres días estaremos navegando.

Aquella noche en el hotel, la víspera de llegar al punto inicial de la navegación, intenté leer para dominar los nervios. Me embargaba la emoción de recorrer un cauce soñado desde hacía tanto tiempo.

«Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas...»

El Congo. Recorrer el gran río africano se presentaba ante mí como una empresa quijotesca. Como un viaje a un río delirante, feroz, monumental, irreal, exuberante, extremo y desvariado, que avanza ajeno a la civilización o la modernidad. Como una locura maravillosa.

«... subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y, por la puerta falsa de un corral...»

Di varias vueltas en la cama. No podía dormir. Había algo en la incertidumbre del río que me atrapaba; de alguna forma, la posibilidad del fracaso más estrepitoso daba sentido a aquel viaje. Era un deseo casi primitivo. En un mundo donde perder es lo normal, la duda de si aquel reto era posible me provocaba una placentera sensación de fatalidad.

Descender el Congo me brindaba otro privilegio: viajar al pasado. Rozar con los dedos los inicios del mundo, cuando la vegetación gobernaba en la tierra y la selva era su reina. Ansiaba rememorar aquel silencio abrumador propio de otros tiempos, deleitarme con los muros de bosque impenetrable a ambos lados del río y dejarme mecer por un cauce indomable. Dejarme sorprender. Quería observar las vidas de los pueblos ajenos al paso de la modernidad, detenerme el tiempo necesario y escuchar sus historias. Tenía sed de descubrir y unas ganas irrefrenables de emprender el camino.

«... salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con

cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo.»

Pocas horas después, Sylvain había conseguido que dos motoristas accedieran a llevarnos a Bukama, a doce horas de ruta, por un precio razonable. Su táctica de negociación había sido la media verdad y el disimulo: no les había dicho que uno de los pasajeros era un blanco. Sylvain se reía con cara de pillo.

—Si les hubiera dicho que eres europeo habrían duplicado el precio. Verás qué sorpresa se llevan.

Cuando todavía no había amanecido, partimos con los motoristas, que refunfuñaban entre dientes.

Tras cinco horas entre bosques y pistas de tierra, con la cara y la barba ya anaranjados por el polvo de la carretera, nos topamos con un río que atravesaba el camino. Era el Lualaba, que es como los locales llaman al Congo en su primer tramo, antes de llegar a Kisangani, lugar en el que el río adopta por fin su nombre más internacional. Para pasar a la otra orilla, a unos cincuenta metros, había que coger un transbordador que llevaba días estropeado. Si hubiéramos ido hasta allí en coche, habríamos tenido que dar la vuelta y dar un rodeo de un día más. Pero con las motocicletas había alternativa. Podíamos atarlas a una canoa de madera, entre el pasaje y la mercancía, y cruzar al otro lado.

Respiramos aliviados. Había sido un golpe de suerte. O, en realidad, la «suerte» de haber escuchado los consejos del viejo Severine.

En la otra orilla, junto al viejo transbordador, se erigían varios puestos de comida y una pequeña caseta de madera desde la que dos miembros de la Dirección General de Migraciones (DGM) nos observaban con unos prismáticos.

—¿Los ves? La *degém*. Nos están esperando —dijo Sylvain apuntando en su dirección con un discreto gesto de cabeza.

Los agentes de la *degém*, encargados de asuntos migratorios, eran un quebradero de cabeza y una pérdida de tiempo desesperante. Desperdigados por todo el territorio, cada localidad o camino en un lugar supuestamente estratégico contaba con un agente migratorio aburrido y mal pagado dispuesto a fingir problemas irresolubles que solo se desencallaban con el trasvase de francos o dólares de un bolsillo ajeno al suyo.

Tras sortear la corriente y a los uniformados, regresamos a la

carretera y atravesamos un cementerio de historia y hierro: las minas y la maquinaria pesada abandonadas por los belgas medio siglo atrás.

Entramos por fin a Bukama, llenos de polvo y agujetas, por una plazoleta sin asfaltar desde la que descendían varias calles hacia el río. Atisbé en el horizonte un resplandor metalizado, a un centenar de metros de distancia. Era el Congo. Aunque estábamos reventados después de todo el día en marcha, magullados por los botes y hambrientos, nos dirigimos directamente a la orilla. Quería ver de cerca el río.

Su cauce discurría imperturbable hacia el norte, como una lengua acuosa y adormilada. En una orilla reposaba el esqueleto carcomido de un barco semihundido de la época colonial. Dos chicos se habían subido al extremo que quedaba sin sumergir y desde lo más alto se lanzaban dando piruetas al agua.

Me senté en un muro de piedra junto a la orilla y suspendí la vista en la corriente, que avanzaba suave y plateada. No pude evitar estremecerme.

El Congo.

Por fin.

4

Ni hao, chinuá!

—Te lo digo con el corazón en la mano. No subas a ese barco, te matarán.

Habría preferido un mensaje más alentador unas horas antes de iniciar el descenso por el río Congo, especialmente viniendo de un policía.

Mutombe apuró otro sorbo de cerveza y me aguantó la mirada.

—Es por culpa de los chinos.

En las aldeas a lo largo de aquel tramo de río, explicó, alejadas de las ciudades y cualquier atisbo de modernidad, vivían comunidades desconfiadas de los forasteros y para quienes las supersticiones eran ley.

Era razonable. Desde tiempos de los primeros exploradores o los esclavistas árabes, o durante la colonización o en tiempos modernos, para los autóctonos el contacto con los recién llegados había tenido siempre el mismo apellido: explotación. Aquella desconfianza anunciaba nubarrones.

—Se ha corrido el rumor de que los chinos raptan a los niños para robarles los órganos. Hasta cuando alguien muere repentinamente o se ahoga dicen que es culpa de los chinos —continuó Mutombe.

Repliqué que yo tenía poco de asiático, pero no sirvió de nada.

—Quizás vosotros os veáis muy diferentes, pero nosotros no. Sois blancos todos. Y si las gentes del río te ven pensarán que eres chino y tendrán miedo. Los conozco bien: si piensan que eres un chino o un brujo blanco que viene a robarles a sus hijos, tendrás problemas. —Mutombe dio otro sorbo a la cerveza—. Problemas de verdad.

Llevaba tres días en Bukama buscando desesperadamente una embarcación que saliera cuanto antes hacia Kongolo y, como no

acababa de zarpar ninguna, mataba mi impaciencia en la cantina de Alphonsine. De paredes verde pastel, el bar estaba justo al lado de la radio comunitaria de la ciudad y tenía dibujada sobre la puerta la palabra «*restaurant*» en letras rojas y negras. Sentado en una de las dos mesas de plástico junto a la entrada, podía observar el trajín de la localidad. Las mujeres cargaban sobre sus cabezas palanganas llenas de frutas o pescado ahumado, los hombres caminaban presurosos a sus trabajos y un grupo de jóvenes con camisetas rojas y un balón bajaban hacia la zona antigua de la ciudad. Era la que conservaba los últimos vestigios de la presencia belga: casas coloniales, barcos abandonados, vagones desastrados que servían de hogar a familias enteras, piezas gigantes metálicas en mitad del mercado, raíles desahuciados que llevaban a ninguna parte, grúas inservibles cubiertas de malas hierbas y enredaderas... Cualquier rincón era un grito metálico de la huida precipitada de la comunidad belga cuando llegó la independencia y la violencia se dirigió también hacia los blancos.

Bukama era una ciudad pequeña, salvaje y bella. Viva. Las callejuelas del centro estaban llenas de tenderetes y, en la orilla, cientos de personas lavaban la ropa, charlaban y se bañaban. En lo alto de una cuesta, como si se deleitara con aquel hormiguero humano esmaltado, una enorme acacia desplegaba imponente sus ramas llenas de flores rojas.

La plaza del bar de Alphonsine era también lugar de partida y llegada. Delante de un cobertizo sencillo, con tejado de chapa y unas columnas pintadas de amarillo y azul, había aparcados tres todoterrenos de alquiler con los neumáticos gastados y la chapa llena de ralladuras. En la parte más alta del parabrisas, unas pegatinas resumían el carácter de su conductor: «Biblia», «*J'arrive*», «Real Madrid».

Aunque me consumían las ganas de zarpar, estaba a gusto en aquel bar. Los vecinos de Bukama eran amables y Alphonsine preguntaba siempre qué iba a querer al día siguiente para desayunar para ver si podía comprarlo en el mercado.

—Si lo encuentro, mañana lo tendrás —decía.

Alphonsine era una mujer poderosa que llevaba el pelo desordenado, recogido despreocupadamente en un moño en lo alto de la cabeza, y vestía una camiseta de tirantes negra y una falda marrón. Tenía una hija y no paraba de trabajar. «Para pagarle la escuela y que

estudie.» Desde muy temprano servía platos de alubias con tres cucharas soperas de azúcar espolvoreadas por encima. Cuando se hartaba de repartir bombas calóricas, preparaba la comida, luego la cena y aún le quedaban fuerzas para servir cervezas hasta la hora de cerrar.

Cada mañana iba a verla para que me preparara un café soluble con leche, que me servía en una jarra de cerveza a rebosar, y me sirviera bollos recién hechos o un plato de mango troceado.

Por la noche, agentes de las fuerzas del orden intercambiaban confidencias en el bar. Como las oficinas de los funcionarios públicos quedaban al otro lado de la plaza, tanto los uniformados como las autoridades migratorias de la ciudad pasaban por allí antes de volver a casa. Así es como conocí a Mutombe y a su compañera Mwayuma, también policía, que se aburrían como ostras en aquella localidad perdida donde casi nunca pasaba nada. Se quejaban de que los hubieran destinado a aquel rincón descarriado de Congo y aseguraban que todo era cuestión de contactos. A quien conocía a la persona indicada en los puestos de mando lo enviaban a ciudades amables como Lubumbashi o Kinsasa. A quien no, a pudrirse con un sueldo mediocre a un sitio como aquel.

Aunque al principio había desconfiado de su uniforme, Mutombe y Mwayuma eran buena gente y para mi sorpresa, no mostraron ningún interés en los dólares de mi cartera. Se sentaban en mi mesa del bar y me aconsejaban qué podía ir a visitar de la ciudad, dónde podía comprar leche en polvo o cómo debería comportarme una vez a bordo de un barco.

—Somos policías. Si tienes algún problema, nos avisas.

Y me dieron sus números de teléfono.

Por eso, porque habíamos estrechado lazos aquellos días de espera, cuando conseguí un barco para zarpar, el Lunda Nkimba, Mutombe intentó disuadirme. Estaba realmente preocupado por mi seguridad y me desaconsejaba que zarpara río abajo. Me pidió por favor que no lo hiciera. No me habló como un policía.

—Si no me haces caso, ten cuidado y sobre todo, cuando estés en el río, escóndete bien si pasas cerca de aldeas en la orilla.

Mwayuma se sumó a sus consejos.

—El río te atrapará. No cometas el error de creer que es solo agua en movimiento. Es como las personas: a veces, bueno; otras,

malvado.

Mutombe no escuchaba a su compañera.

—¿Sabes qué? Mejor no te escondas. Si te escondes mal y te ven pensarán que estás tramando algo malo. Será peor y se pondrán violentos.

Les prometí que tendría cuidado y bebimos en silencio. Al cabo de un rato, unos niños de unos diez o doce años se plantaron a tres metros de nuestra mesa, con la mirada clavada en mí. Tímidos, observaban con detenimiento mis gestos y acompañaban con la mirada cada sorbo, como si quisieran confirmar que sus ojos no les mentían y que aquel blanco bebía cerveza templada como los demás. Los miré, sonreí y levanté el pulgar.

—*Ni hao, chinuá!* —saludó el más mayor.

Mwayuma sonrió nerviosa.

—Creen que eres chino. Te está saludando en mandarín.

5

Un barco para llegar jamás

El Lunda Nkimba cortaba el agua plateada. Rugía el motor de fondo y yo no podía parar de mirar embobado el paisaje. La navegación había comenzado. No hacía ni una hora que habíamos zarpado de Bukama y la selva ya era dios. La vegetación lo envolvía absolutamente todo a nuestro alrededor. Árboles gigantes de un verde ilegal se alzaban en la orilla, zurcidos por lianas colgadas de ramas que se erguían poderosas hacia el cielo o se inclinaban hacia el río, como si quisieran tocar el agua. Detrás de aquellos cíclopes vegetales se extendía un enigma: en el interior de Congo palpita una de las selvas más desconocidas e intactas de la tierra, una jungla que, a diferencia de pulmones como el Amazonas, los bosques primarios de Norteamérica o las arboledas tropicales de Indonesia, se mantiene prácticamente inexplorada, ajena al turismo y a la industria agrícola o ganadera. Tras aquel muro botánico se derramaba un edén desencadenado. Un mar verduzco infinito y recóndito que pertenecía a la fauna salvaje, a los insectos y a los árboles. Un lugar oscuro y enigmático para el ser humano, en el que adentrarse suponía una amenaza a la supervivencia. Ningún hombre puede resistir demasiado en el interior de una selva oscura y resbaladiza en la que aguardan peligros en forma de enfermedades, fiebre, alucinaciones, hambre o fauces afiladas.

La selva emanaba un olor penetrante. El río y los árboles desprendían una fragancia de jazmín templado, de hojas tiernas, de madera húmeda y hojarasca podrida entre la tierra mojada. Un olor agridulce, intensísimo, permanecía suspendido en el aire al paso de nuestra embarcación. Había algo profundamente perturbador en aquella belleza indiscutible.

Conseguir una plaza en el Lunda Nkimba, una vieja barcaza de madera que comerciaba a lo largo del río, había sido un acto menos

místico. Tras varias negociaciones infructuosas, había convencido al capitán, David Itwa, un marinero de agua dulce de sesenta y siete años que llevaba media vida en el oficio, de que merecía la pena adelantar unos días su partida prevista, aún sin la bodega llena, para avanzar veloces hasta Kongolo. Le había explicado las bondades comerciales de llegar primero a aquella localidad y así regresar pronto a Bukama con productos frescos que vender a buen precio. Me miró con parsimonia y entendí lo que pensaba. Aflojarle unos cientos de dólares iba a ser una filosofía más convincente.

Sin horario de partida fijo, la salida de una barcaza podía dilatarse varios días o incluso semanas. Hasta que las embarcaciones no estaban a rebosar, los barcos no emprendían el viaje, así que la partida podía demorarse varios días. Muchos pasajeros vivían y dormían en el barco hasta que el capitán decidía soltar amarras.

El precio del pasaje dependía de la habilidad de cada uno para disimular. Revelar impaciencia se pagaba. Transmitir un bolsillo desahogado, también. La ignorancia, todavía más. La mayoría de los capitanes con los que había hablado aquellos días ponían a prueba mi conocimiento del trayecto antes de proponer un precio. Mentían como bellacos: exageraban las distancias para calcular al alza la cantidad necesaria de combustible y justificar sus desproporcionadas peticiones, y exigían auténticas fortunas para zarpar. Por suerte, yo había memorizado localidades y las distancias de cada tramo, lo que me sirvió para sortear engaños y ganarme algo de respeto de los dueños de los barcos.

En el puerto, que un *mundele* —hombre blanco, en lengua lingala — viajara a bordo de un barco de mercancías local había sido un acontecimiento. Una multitud de curiosos se había congregado en el embarcadero para verme partir. En la orilla aguardaba el Lunda Nkimba, de dos pisos y unos veinte metros de eslora, con la madera pintada de negro y verde, y del que sobresalía en proa una torre de mando de color azul y un techo de caña cubierto con una lona. El piso superior estaba rodeado de una barandilla y en un lateral se leía el nombre del barco en letras mayúsculas y una frase pintada en blanco: *Il a dit, il a fait* (dicho y hecho). La embarcación era robusta pero había vivido tiempos mejores. El motor tronaba como un demonio acatarrado.

Tres hombres cargaban pesados sacos y bidones en la bodega,

situada en el piso inferior de la embarcación y atravesada por varios tablones de madera. Los tipos pasaban en equilibrio sobre una estrecha tabla clavada en tierra firme y apoyada en la barcaza. Una niña con el pelo trenzado se columpiaba en la cuerda que unía la proa del barco a un hierro a modo de bolardo que sobresalía de un pedazo de cemento roto.

Mientras estaba sentado en las raíces de un árbol esperando, se me acercaron dos chicos de entre la muchedumbre. Heritier llevaba una camiseta azul cielo y una gorra roja. William, más alto y fornido, vestía una camiseta con el cuello tan desbocado que casi le llegaba al ombligo, y una chaqueta llena de agujeros. Eran buscavidas y tenían la mirada felina de los supervivientes.

No tenían empleo fijo, me explicaron, e iban cada día al puerto a ver si alguien les pedía cargar unos sacos a cambio de unas monedas. En los últimos días no habían salido barcos río abajo, así que no había mucho que hacer. La vida se les ponía cuesta arriba. Aunque eran veinteañeros, ambos tenían familia y William juraba que debía alimentar a cinco hijos de entre tres y siete años. Se sentaron a mi lado, William entre las raíces y Heritier sobre un muro cercano.

Querían saber de dónde venía y si quería ser su amigo. Les dije que no tenía demasiado tiempo para estrechar lazos porque estaba a punto de zarpar y contestaron que ya lo sabían. Todo el puerto lo sabía: se había corrido la voz de que un blanco tenía intención de viajar por el río hasta Kongolo. Me incomodaba aquella inusitada popularidad, pero no tenía forma de evitarla.

William y Heritier me pidieron mi teléfono para seguir en contacto. Me dieron tanto la lata que les escribí mi número de WhatsApp en un trozo de papel. Al cabo de unos minutos, el capitán David ordenó a los grumetes que subieran a bordo y el motor tosió enfurecido. Noté una mezcla de nervios e ilusión en la boca del estómago. Empezaba la navegación.

La silueta del puente de hierro de Bukama todavía se veía a lo lejos cuando recibí un mensaje en mi teléfono de un número desconocido. Estaba lleno de errores gramaticales, como si lo hubieran escrito apresuradamente.

«¡Peligro de muerte! Este es un mensaje muy importante. ¡Debes actuar ya! Un poderoso brujo ha maldecido tu viaje con magia negra y debes deshacer el hechizo o las peores calamidades te esperan en el

río.»

Por suerte, aquel samaritano anónimo tenía una solución a aquella condena. Recibí un segundo mensaje.

«¡Queremos ayudarte! Malos espíritus te acechan y la única manera de expulsarlos es enviando una transferencia de un millón de francos congoleses a este número, para que pongamos en marcha un conjuro protector. Si no lo haces te esperan enfermedades horribles, la mala fortuna e incluso la muerte. No te tomes este mensaje a la ligera.»

Suspiré e imaginé a aquellos dos pobres diablos apostados frente a la pantalla de su móvil, o quizás de un teléfono prestado, cruzando los dedos para que aquel blanco creyera en espíritus y supersticiones, el miedo surtiera efecto y les cayera del cielo una fortuna inesperada.

Buen intento, William y Heritier.

6

Un laberinto líquido

Sobre las cuatro y media de la mañana nos despertaba el rugido atronador del motor, que hacía crujir los tablones de cubierta. Como era imposible dormir con tanto ruido, adopté aquellos primeros días de navegación una costumbre que convertiría en rutina durante toda la travesía: iba a la proa de la embarcación a observar la salida del sol. Aquellos momentos de transición de la noche a los primeros compases del día, estando yo adormilado y legañoso, con la capucha de la sudadera puesta porque refrescaba, eran lo más parecido posible a despertar en el edén. A medida que el cielo se iluminaba y el sol asomaba perezoso detrás de los árboles, sobre el agua se extendía una neblina blanca que daba al río un aire espectral, casi mágico. A veces abrumador.

En aquellos primeros pasos, el río discurría benévolo aún, con una corriente prácticamente en pausa. Descubriría después que, a lo largo de sus 4.700 kilómetros, el Congo cambia constantemente de color y de personalidad. A veces apacible y manso, otras atroz, rebelde y asesino, el río iniciaba su curso navegable con una tonalidad oscura, de un verde intenso, casi negro. Su lengua verdosa se retorcía reposada entre la selva, que pronto dominaba absolutamente las orillas. Más que descender, deambulaba, como si quisiera demorar su partida hacia el lejano océano para disfrutar un rato más de aquel espectáculo natural. Tras varios giros, tenía la sensación de haber entrado en un laberinto líquido del que ya no podría escapar. Pese a la belleza y la calma constantes, el río y la inmensidad de la selva no transmitían paz ni eran un agradable compañero de viaje. El río se erigía como un ser vivo reposado pero implacable. Feroz. El Congo no era un amigo ni un acompañante: era el único e indiscutible rey. Un rey salvaje.

Ha sido siempre así, a lo largo de la historia. Mientras el otro gigante acuático de África, el río Nilo, fue la puerta de algunos de los imperios más importantes de la humanidad y albergó en sus fértiles orillas a egipcios, nubios, shilluks, griegos o romanos, el Congo nunca se dejó domesticar. Aunque la presencia humana en su cuenca está atestiguada desde hace unos 200.000 años por el hallazgo de restos de comunidades de pescadores o cazadores-recolectores, ningún reino local estableció un poder preponderante, con grandes ciudades a lo largo de su cauce. El Congo se mantuvo durante siglos como lugar de pesca y transporte, más que como una vía abierta a la conquista y al poder. La corriente de aquel gigante acuoso provocaba temor. Incluso el gran reino de Kongo, que le cedió siglos después el nombre y estaba situado en una gran extensión alrededor de la desembocadura, cerca del Atlántico, se levantó de espaldas al gran río de África. El Congo siempre ha sido indómito e insurrecto. Jamás ha cedido las riendas de su corriente a nadie.

Entre aquella grandeza, el Lunda Nkimba progresaba de la única forma posible: a merced de la corriente, con prudencia, a menos de diez kilómetros por hora. Aquella cafetera flotante iba a ritmo de caracol. Íbamos tan lentos que, cuando pasábamos junto a una aldea de pescadores, los niños salían a saludar y corrían durante largo rato en paralelo a la embarcación. Navegábamos de día y parábamos de noche para dormir, así que calculé que, a ese ritmo, tardaríamos siete u ocho días en llegar a nuestro destino. Fui a ver al capitán David, que pilotaba la nave desde la sala del timón, una garita de madera pintada de azul con dos tablones atravesados a modo de asiento. Tras escucharme, me juró que llegaríamos en tres días. Al intentar hacerle ver que a esa velocidad y con 650 kilómetros por delante era materialmente imposible, me miró como si le estuviera hablando en un idioma desconocido.

—A los blancos os gustan demasiado los números.

No era una cuestión de matemáticas, sino de universos distintos, de concepciones diferentes de mañana y hoy. Si una percepción laxa del tiempo era algo común en varios lugares del continente africano, en el río Congo el tiempo se volvía pegajoso. La vida no se regía por el reloj, ni siquiera por los ciclos de luz y oscuridad. En el río soberano de África mandaba su corriente. Ocurría sobre todo cuando el sol castigaba las cabezas desde lo más alto del cielo. A esas horas, el calor

convertía el aire en bolas de algodón caliente, y el bochorno, unido al vaivén del oleaje, sumía en una suerte de letargo a quienes navegaban sus aguas. Los minutos se volvían elásticos, relativos, viscosos. Las prisas resultaban triviales e insignificantes. A nadie parecía importarle cuándo se iba a llegar al destino. Los pasajeros se sumergían en el tedio de la navegación, los marineros se dejaban envolver por el ruido del motor y toda la tripulación se instalaba en un estado meditabundo y contemplativo. Daba igual si estaba previsto llegar mañana o ayer. Los pasajeros no protestaban, se limitaban a dejarse llevar. La corriente mandaba. La fortuna del trayecto estaba completamente en manos de un río caprichoso, de sus corrientes revueltas, de sus tormentas endemoniadas, de su oleaje imprevisible, de sus bancos de arena traicioneros. ¿De qué servía intentar oponer resistencia a los designios de un dios río?

Decidí combatir aquel estado de ensimismamiento. Si leía el *Quijote* u observaba el paisaje, pronto el calor me apresaba y me sumía en un estado de duermevela que me hacía bajar la guardia. Me forcé a mantenerme activo, alerta. Para evitar dejarme atrapar por aquella canícula hipnótica, aprovechaba para inspeccionar la embarcación y charlar con el resto de los pasajeros o la tripulación.

El piso superior, donde pasaba la mayor parte del tiempo, era un espacio alargado, de unos diez metros, asaeteado por una estructura de doce columnas de madera que sostenían el techo de caña, cubierto por una lona de plástico y una gran variedad de mercancías. Alphonse, Shikata, Heritier y Mukanda Ngandu, este último el hijo del capitán, ejercían de grumetes, marineros y chicos para todo. Los cuatro eran treintañeros, delgados y tenían los brazos como cables de acero. Recorrían el Lunda Nkimba de arriba abajo, ágiles como lémures y en equilibrio por la borda del barco, para asegurar con cuerdas la mercancía, cargar sacos o cumplir las peticiones del capitán.

Mukanda, de treinta y cinco años, era amable y divertido. Sabía francés y suajili, además de su lingala materno, porque había estudiado enfermería en la Universidad de Lubumbashi. Estuvo a punto de dedicarse a ello, pero abandonó un trabajo en un centro sanitario del interior porque, explicaba, los enfermeros ancianos, resentidos por la llegada de competencia joven, habían hecho magia negra para ahuyentar a los nuevos. Mukanda estaba frustrado.

—El problema de este país es que no importa lo que te esfuerces,

al final siempre es un sálvese quien pueda —decía.

Asustado por los conjuros de aquellos ancianos de bata blanca, abandonó su carrera y se fue a trabajar como conductor de camiones. Lo dejó poco después para acompañar a su padre en el negocio familiar del transporte de mercancías por el río. Sin carreteras practicables en una región trufada de grupos rebeldes, el comercio fluvial de cereales, piezas de recambio o carbón era una ocupación provechosa. Mukanda contaba con la bendición de su padre y esperaba heredar el Lunda.

Aquellos primeros días, Mukanda me hizo de cicerone. Me explicaba dónde estaba cada herramienta, para qué servía cada parte del barco y los nombres en lengua local de las cosas. Quería enseñarme hipopótamos. Yo no le había dicho en ningún momento que sintiera curiosidad por aquellos paquidermos, pero, desde el primer momento, me prometió que, si veía uno, me avisaría enseguida.

—Es difícil verlos, pero si veo uno vendré a decírtelo, ¿vale? Sabes cómo es un hipopótamo, ¿verdad?

Mukanda me caía bien.

El recinto superior era el dormitorio general. Era un espacio modesto, sin camas ni colchones, en el que dormíamos una docena de personas, entre grumetes y viajeros. Al caer la noche, extendíamos esterillas o trozos de tela sobre los tablones de madera a modo de camastros improvisados. Era todo de una sencillez práctica: como el techo era de caña, podía colgar de allí la mosquitera, y la mochila servía de almohada. A mi alrededor, todos defendían su rincón sin demasiados sofocos. Como mis dólares habían propiciado una partida precipitada, no había un número excesivo de personas a bordo. Era inusual: normalmente los barcos iban sobrecargados, con hasta medio millar de personas apretujadas, y no había ni siquiera espacio para tumbarse.

Prince, un hombre de barba blanquecina que viajaba hasta Ankoro, había traído consigo la única silla de plástico de la embarcación y viajaba siempre sentado. A mi lado, tumbado a pierna suelta, dormía Tsé, un niño de dos años al que acompañaba su madre, Corneille. Regresaban a Kongolo, donde vivía el padre del pequeño, después ir a Bukama para vender yuca y carbón. Cuando el niño lloraba por el hambre, Corneille le daba un mango con un corte en un

lateral y el pequeño se calmaba chupando las jugosas barbas naranjas que sobresalían de la pieza de fruta.

En el piso inferior, que formaba la bodega, había seis mujeres con sus hijos que no subían nunca y utilizaban los baos —las vigas de madera que sostienen la estructura de la embarcación— como bancos donde sentarse, apoyarse o dormir. Quienes llevaban la voz cantante eran Francine y Ogy, esta última, esposa del capitán. Cocinaban, limpiaban y ponían orden en las decenas de pescados abiertos en canal que se secaban al sol sobre unos sacos. Ogy era un torbellino de buen humor.

—Este es el territorio de las mujeres. ¡Arriba mandan los hombres, pero aquí nosotras! ¡Fuera de aquí, hombre blanco! —decía muriéndose de la risa.

En la popa, justo detrás de la sala de máquinas, había dos compartimentos verticales de madera con dos tablones cruzados a media altura y un agujero en el suelo: eran los lavabos. El motor, que salpicaba grasa por todas partes, hacía vibrar los tablones y había que mantener el equilibrio apoyándose en una de las paredes para evacuar a través del orificio del baño, que conectaba directamente con el río. Philipe, el maquinista y mecánico, convivía con aquel estruendo durante las diez o doce horas diarias de viaje, pero aquellos chasquidos, zumbidos y chirridos infernales no agriaban su carácter alegre. Se descoyuntaba de risa cada vez que me veía avanzar tambaleante hacia el baño y mirar con desconfianza el agujero del suelo, temeroso de que el barco diera una sacudida y me colara por aquel boquete infecto hasta el río.

La proa era el principal lugar de reunión. Para acceder había que avanzar en equilibro por la borda. Justo en el extremo más adelantado del barco había un pequeño espacio para sentarse entre unas cuerdas y el ancla. Como era el punto más alejado del motor y su murga quedaba amortiguada, se podía charlar. Cada tarde, Alphonse, Shikata y Mukanda se reunían allí para apurar un cigarrillo compartido, hablar de la vida u observar en silencio el horizonte.

Aquel rincón del barco frente al timón se convirtió en una oportunidad inmejorable para estrechar lazos con el capitán David y que soltara la lengua. El río, me contó, era su vida. Él tenía dos padres, me dijo. Uno, capitán de barco, le había enseñado todos los secretos para navegar por aquella serpiente de agua dulce que amaba

con locura. El otro era el río.

—El Congo es mi segundo padre. Me lo ha dado todo.

Tras trabajar unos años de pescador y comerciante, llevaba más de treinta al timón de barcos de mercancías. Había surcado sus aguas cientos de veces. Su aspiración era que uno de sus diez hijos le tomara el relevo. Y ya tenía candidato: Mukanda.

—Sé que lo hará bien. Ya ha aprendido a amar este río.

David no soltaba con facilidad el timón. Solo al final del día, cuando el sol perdía intensidad, se sentaba al final de la proa, con las piernas colgando hacia la corriente, e indicaba al timonel donde había rocas o redes marcadas con botellas o bidones flotantes.

Quería darle un futuro a su hijo, pero no es que le apeteciera retirarse. Su sueño, decía, era tener algún día un barco de metal, una embarcación maciza, hercúlea, capaz de aguantar las embestidas de las corrientes y llegar a tiempo a su destino. Casi tres décadas por el río no le habían hecho bajar la guardia. Conocía el Congo como la palma de su mano y por eso mismo sabía que una bestia salvaje nunca deja de morder.

—Hay piedras afiladas que surgen en el momento menos pensado y son capaces de abrir en canal la barriga de la nave. También hay barcos naufragados que son trampas mortales. El río nunca es el mismo y puede ser una tumba. He visto morir a mucha gente ahogada.

Su infancia había estado siempre ligada a la corriente. Recordaba a su padre orgulloso al mando de un barco, a él con seis o siete años bañándose con sus amigos en la orilla, vigilantes desde que un día un hipopótamo les dio un susto de muerte y casi le arranca la pierna a un chaval. A David se le ensombrecía la mirada al recordar el naufragio de la curva de Kalombo, la peor tragedia que había presenciado. Retenía detalles precisos de aquella desgracia porque ocurrió a unos pocos cientos de metros de su embarcación. Y tenía una herida abierta todavía.

—Era un gran barco y el capitán estaba cansado. Su gran error fue irse a dormir y ceder el timón a un grumete inexperto.

Aquella noche, el río se enrabietó de repente, sin avisar. Aunque en la superficie parezca apacible, las corrientes internas del Congo a veces rebrotan feroces y lanzan embestidas impredecibles; en cuestión de segundos el cauce se convierte en una emboscada fatal. El Congo —

explicó David— escupió media docena de olas furiosas como dentelladas. Parecía una bestia hambrienta.

En una de aquellas arremetidas, una ola se abalanzó contra el barco de David, que ya había disminuido la velocidad al ver venir el peligro, asió con firmeza el timón y atravesó por la mitad aquella fiera húmeda que se abalanzaba contra su barco. El impacto fue tan fuerte que el agua empapó la cubierta y mandó al suelo a algunos marineros. En el barco de detrás, los inexpertos grumetes cometieron un error fatal: en lugar de aminorar la marcha, giraron el timón y un golpe de corriente colocó de lado el barco. El impacto de una segunda ola, que golpeó el lateral del barco, fue tan violento que volcó la barcaza sin remisión.

En casi cualquier lugar del mundo, un accidente así, ocurrido tan cerca de otra embarcación, habría activado la lealtad marinera, que obliga a rescatar al barco naufragado. David no tenía opción.

—Íbamos sobrecargados y si todas aquellas personas hubieran subido a mi barco nos habríamos hundido también. No pudimos hacer nada. Solo mirar cómo toda aquella pobre gente se hundía para siempre.

Le confesé a David que pensaba que un oleaje súbito solo podía ocurrir en mares y océanos, y que en agua dulce apenas podía producirse un suave vaivén cuando se levantaba el viento. Nada capaz de someter a un barco y enviarlo a las profundidades de ríos y lagos. David se limitó a sonreír.

—Ya lo comprobarás.

7

El lago de las nubes negras

A David le incomodaba cada vez más detener el Lunda Nkimba para cargar mercancías o nuevos pasajeros. Al correrse la voz de que un blanco viajaba a bordo, el poblado entero se acercaba a la orilla y se formaba un alboroto alrededor de la barcaza. Decenas de personas se apostaban al borde del agua y observaban el más mínimo de mis movimientos. Al principio me pasaba un buen rato saludando, sonriendo y levantando el pulgar. Pero nadie parecía darse por satisfecho. Una hilera de hombres, mujeres y niños se quedaba de pie, frente a la barca, con la mirada fija en mí. La escena podía alargarse varios minutos e incluso una hora, el tiempo que los grumetes necesitaban para cargar los sacos en la bodega. Nadie movía un músculo.

Los niños eran los únicos que reaccionaban.

—*Chinuá! Chinuá! Ni hao!*

A David, aquella agitación a causa de mi presencia le inquietaba. En una aldea de pescadores poco antes de Kalombo, en la que teníamos previsto pasar la noche, hubo algo que le hizo desconfiar. Ordenó encender el motor de nuevo y zarpar hasta Kipamba, una localidad más grande y, creía David, más segura para un *mundele*. David era un tipo tosco, pero capaz de leer el río y sus orillas como nadie.

—No me gusta cómo te miran aquellos tipos de allá.

Señaló, detrás de la multitud, a un grupo de hombres sentados junto a un edificio semiderruido.

Eché un vistazo y solo supe ver a unos tipos aburridos que observaban con desgana al barco amarrado en la entrada de su aldea. Aunque para mí hubieran pasado completamente desapercibidos, algo en ellos hizo desconfiar a David. Para él no fue una intuición menor.

Desde aquel día, me prohibió bajar a tierra en pequeñas aldeas, al menos hasta pasar el lago Kisale.

—Luego creo que sí podrás.

Antes de partir, compré mangos, plátanos y cacahuetes tostados a una mujer que acercó su canoa hasta nuestro barco. Emprendimos la marcha sin demora porque todavía quedaban unas horas para nuestro destino.

Me senté en la proa a comer, pensando en las distintas profundidades de la mirada. Yo había sido incapaz de ver nada amenazante en aquel escenario y, sin embargo, David lo había percibido de un vistazo. Intenté no imaginar qué podría haber pasado si el capitán no hubiera estado atento, hubiera insistido en pasar la noche allí o simplemente hubiese pensado que aquel no era su problema.

Andaba distraído pelando mangos con mi navaja y no le vi venir. Se colocó a mi lado.

—No te preocupes demasiado, ¿vale? —me dijo David—. Eres mi responsabilidad, nosotros te protegeremos.

El rumor de que hombres asiáticos navegaban el río para robar órganos de niños no tenía ningún sentido, pero el riesgo de que el miedo de los autóctonos se desatara violentamente contra mí le quitaba el sueño a David. Por eso era precavido.

Le agradecí la delicadeza y bromeé con que solo en Congo me habían confundido tantas veces con un chino.

—No se trata de que seas chino, americano o español. La gente simplemente tiene miedo de las personas diferentes —sentenció.

Ha ocurrido siempre y en cualquier lugar del mundo. Las supersticiones, leyendas o tradiciones son una forma de establecer pautas de conducta sociales, de mantener un frágil orden o de justificar sistemas injustos. Y casi siempre pierden los mismos. En una aldea del oeste de Mali supe de la existencia de Daby, un pájaro maldito de cuatro alas que vive en los cementerios y ataca a las mujeres que salen solas de noche. Todos los vecinos creían que, si ellas abandonaban sus hogares cuando oscurecía, aquella ave demoníaca les escupiría tierra de las tumbas y haría que sus hijos enfermaran. Aquel miedo servía de excusa para mantener un sistema patriarcal, pero otros miedos tenían otros objetivos, no siempre predeterminados. En aquellas aldeas ribereñas de Congo, donde la

presencia de extranjeros se había traducido casi siempre en dolor y engaños, las supersticiones eran un sistema brusco pero eficaz de protección.

A David las leyendas le gustaban y aprovechaba cualquier excusa para contarme alguna. Señaló un árbol alto en la orilla, que se erguía varios metros por encima de los demás.

—¿Ves? A eso lo llamamos una escalera prohibida a las nubes.

Hace mucho tiempo, explicó, los ancianos de una aldea se subieron a la copa del árbol más alto de la selva para descubrir el secreto mejor guardado por los dioses: de dónde venía la lluvia. Al subir por primera vez a lo más alto de aquel gigante, las ramas se rompieron y no pudieron ver el origen de las tormentas. No se dieron por vencidos. Durante varios días cortaron troncos, construyeron escaleras con cuerdas y acumularon ramas anchas para ganar altura, alcanzar el cielo y desvelar aquel misterio. La posibilidad de hacer llorar a las nubes despertó una gran expectación en toda la comunidad. Se trataba de un acontecimiento que podía cambiar sus vidas para siempre: ¡poder provocar o detener la lluvia los convertiría en dioses!

El día que los ancianos iniciaron de nuevo el ascenso, el poblado entero se congregó al pie del árbol. Nerviosos y excitados, vieron cómo sus mejores hombres, los más sabios de la aldea, escalaban las ramas y desaparecían en dirección a la copa del árbol, en busca de aquel secreto guardado celosamente por los dioses. No regresaron jamás. Aunque los más aguerridos guerreros de la aldea fueron a buscarlos, no encontraron ni rastro de los ancianos. Habían desaparecido. Desde entonces, nadie se acerca a los árboles más grandes de la selva, y mucho menos para escalarlos. Según la leyenda, si alguien se aproxima a uno de esos troncos malditos, muere en el acto o se queda ciego. Son escaleras a las nubes, hacia el secreto de la lluvia, pero están prohibidas.

Dejamos atrás aquella escalera hacia el cielo y David amarró el Lunda Nkimba en una orilla desierta para pasar la noche. De madrugada empezaron los problemas. Eran más de las cinco de la mañana y el motor del barco, adormilado en un balanceo constante, seguía en silencio. Al verme despierto, Shikata se sentó a mi lado.

—Olas. Hasta que el lago no se calme, no podremos empezar a navegar hoy. Es peligroso atravesarlo así.

El perfil de Shikata se recortaba entre las sombras y la luz tenue de una bombilla que colgaba del techo de la embarcación. Llevaba una camiseta con letras chinas en el pecho que dejaban ver unos bíceps de cemento armado. Acababa de cumplir treinta años, pero lucía una barba rala que le sumaba unos cuántos más, y parecía el más veterano de los marineros. Tenía el tipo de complexión que prefieres no encontrar delante en una pelea y la mirada serena de quien quieres a tu lado siempre. Su nombre, dijo, provenía de unos cigarrillos de marihuana barata de origen indio que se habían hecho populares entre los jóvenes congoleses, que los fumaban sin parar en discotecas o bares musicales. Se había propagado el bulo de que fumarlos aliviaba el dolor de espalda. Eran tan potentes y tan dañinos, tan populares, que el Ministerio de Sanidad congolés persiguió su venta y desmintió las propiedades curativas de aquellos cigarrillos. Shikata juraba que él no fumaba hierba, y que le habían puesto aquel mote porque así se llamaba a los guardias de seguridad del presidente Félix Tshisekedi, tipos duros que, aseguraba Shikata, consumían aquella marca sin parar.

Me incorporé para alcanzar unos mangos y un racimo de plátanos para comer algo juntos y torcí el gesto: estaban llenos de mordiscos de rata. Desde aquel día, los roedores iban a ser nuestros acompañantes fieles durante todo el viaje. No había manera de esquivarlos. Si no cerraba bien la mochila por la noche, las ratas se las apañaban para encontrar cualquier resto de comida. Ni el neceser estaba a salvo: se abrían paso a mordiscos y se comían la pasta de dientes. La fruta había sido una presa fácil, porque durante la noche la había colocado junto a un poste, a unos pocos centímetros de mi cabeza.

Shikata me miró con más curiosidad que alarma.

—Hay muchas ratas. Se esconden entre el techo de cañas y el plástico, para ir comiendo el grano de los sacos durante el camino. Suben a bordo cuando atracamos, por las cuerdas.

Las olas no amainaron en todo el día, así que el capitán David decidió recorrer cerca de la orilla los ocho o nueve kilómetros que nos separaban de Kikondja, otra población junto al lago, y pasar una noche más allí. No había otro remedio que esperar. ¿Horas?, ¿días?, ¿semanas? Si preguntaba la opinión del capitán o los marineros, se encogían de hombros. Nadie lo sabía. El río diría. Aunque avanzábamos pegados a tierra, el barco se balanceaba de un lado al

otro, zarandeado por un ejército de olas.

Aproveché para descender a tierra en Kikondja, comprar galletas, arroz y agua mineral y cargar el móvil en un panel solar del tamaño de una tableta digital que me prestó amablemente *monsieur* François, el dueño de un colmado al final de la cuesta arenosa que salía del lago.

Cuando por la tarde regresé a cubierta, el capitán David me recibió con una sonrisa satisfecha. El cielo anunciaba una tregua al día siguiente. Una vez en marcha, en dos o tres horas cruzaríamos al otro lado, donde el Congo proseguía su curso como un río estrecho.

David tenía razón. A las seis de la mañana tronó el motor, las orillas desaparecieron y nos envolvió el lago. Solo había agua a nuestro alrededor. Parecía que habíamos zarpado hacia alta mar. Mientras observaba el paisaje, me sorprendió ver en el horizonte una nube espesa y negra que surgía del agua. Pensé alarmado que se trataba de un barco incendiado, engullido por la cortina azabache del fuego. Pero cuando me disponía a alertar al capitán, observé horrorizado que había otras dos columnas a mi derecha. Eran sombras oscuras, de varios metros de altitud. Parecía como si la boca de una chimenea sumergida en el agua vomitara humo hacia el cielo. Volví la cabeza y no me lo podía creer: a mi izquierda había otra silueta negra, esta incluso más alta, algo más cerca.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Eran barcos ardiendo? ¿Un ataque de bandidos? Un temblor me recorrió el cuerpo ante la posibilidad de que fuera un asalto pirata. Examiné aquella nube ennegrecida que se mantenía suspendida sobre la superficie. Era gigantesca, de varios metros de altura, y parecía resistirse a alzar el vuelo. De repente, un golpe de viento pareció alterar la quietud de la columna sombría, que hizo un movimiento extraño y se dirigió hacia el Lunda Nkimba. Me quedé petrificado al ver aproximarse aquel nubarrón a toda velocidad. En cuestión de segundos aquella niebla oscura iba a chocar contra nuestro barco.

Heritier llegó corriendo desde proa, gritando «*Drako! Drako!*» y me sacó de mi embelesamiento. Señaló a la nube negra que se abalanzaba sobre nosotros y luego mi mosquitera, que colgaba del techo de la barca. «*Drako!* —decía—, ¡rápido!» Al oír el zumbido aproximándose me di cuenta de mi error: ¡¡¡eran mosquitos!!!

En unas décimas de segundo, la cubierta se vio infestada de

millones de bichos diminutos que se colaban por nuestra ropa y se nos pegaban a la cara. El resto de los pasajeros y grumetes corrió a refugiarse debajo de mantas o esterillas para evitar las picadas. Corneille se sentó en el suelo, colocó a su hijo entre sus rodillas flexionadas y se tapó con una tela. Heritier, Sylvain y yo nos escurrimos de un salto debajo de mi mosquitera, con cientos de mosquitos pegados a la piel y la ropa. Jamás había visto tal cantidad de insectos juntos, tantos que en algunos momentos ensombrecían la luz del sol.

Al cabo de unos minutos, tan rápido como había llegado, el zumbido de la nube de mosquitos disminuyó y vimos alejarse la columna negra con un extremo pegado a la superficie del agua. En cubierta todavía quedaban centenares de ejemplares revoloteando sobre los tablones de madera y el techo de caña, o enganchados en la mosquitera o las mantas.

Cuando regresó la calma, Corneille y Tsé aparecieron de debajo de la tela. Al sacudirla, cayeron decenas de cadáveres de mosquitos en los tablones del suelo. Tsé no parecía asustado ni asqueado. Usando sus pequeñas manos como una escoba, amontonaba los cadáveres en montañitas, una al lado de la otra, que luego pinchaba con el dedo en la parte superior para transformarlas en diminutos volcanes de insectos muertos. Al cabo de un rato se cansó de jugar, dio un manotazo a las pilas y los mosquitos quedaron esparcidos por el suelo del barco.

8

Indépendance cha cha

Las lenguas se desataban especialmente al atardecer. Cuando caía el sol y el Lunda Nkimba avanzaba lento y flemático, Mukanda se acercaba a la proa para charlar con su padre y preguntarle si le dejaba un rato el timón. Si veía que no, se sentaba en el extremo de la proa, con las piernas colgando a cada lado, y oteaba el horizonte.

Constantemente aparecían pequeños asentamientos de pescadores de construcciones ocres de madera coronadas por techos de palmera. En las aldeas más grandes, había en el centro un edificio más alto que los demás, construido con los mismos materiales que el resto de las casas. Era la iglesia, vestigio de los tiempos de la colonización, cuando riadas de misioneros surcaron el río en busca de poblaciones perdidas para convertirlas al cristianismo.

A medida que avanzábamos, la presencia humana escaseaba cada vez más. Entre la vegetación acolchada, que impedía ver tierra firme, surgían de vez en cuando una o dos chozas de caña y paja aisladas, como si las hubieran lanzado desde el cielo y hubieran caído allí por azar. Esporádicamente nos cruzábamos con hombres y mujeres en sus canoas, siempre cerca de la orilla, que se preparaban para lanzar sus redes tejidas a mano con un gesto rápido de muñeca. Erguidos, con las piernas ligeramente flexionadas, cogían dos extremos de la red y, con un ademán veloz y girando el tronco hacia un costado, extendían los brazos y abrían las manos. En apenas un segundo, la tela de araña salía despedida y caía extendida en el agua antes de hundirse y convertirse en una trampa mortal para los peces.

Mukanda continuaba observando el río.

—Estoy obligado a amar este río —dijo una tarde por sorpresa.

Entreví una pizca de amargura en sus palabras.

—¿Te gustaría ser otra cosa en lugar de capitán? —pregunté.

Me lanzó una mirada fugaz y volvió a mirar al río.

—Me gustaría seguir los pasos de mi padre y ganarme bien la vida. O trabajar otra vez de enfermero sin que me dieran problemas. Pero lo que de verdad me gusta es conducir camiones.

Mukanda era un cuerpo extraño en aquel ambiente marinero. Rodeado de grumetes sin apenas educación, se acercaba a algunos pasajeros para debatir sobre política o cuestiones sociales. El resto del tiempo se mantenía en un estado de recogimiento interior, ensimismado en sus pensamientos. Su gran afición, y su válvula de escape, era la música. Las canciones eran su puente hacia el resto de los hombres de su edad. La música, escuchada en un móvil viejo, servía para acortar distancias.

Aquella tarde, Shikata y Alphonse aparecieron por el lateral de la borda y se sentaron junto a Mukanda en la proa. Les seguía Sylvain, que se llevaba bien con los tres. Colocaron un móvil en el centro, sin cobertura pero con algunas canciones descargadas, y empezaron a escuchar música sin parar.

Sonaron sobre todo temas de hiphop congolés, reconocí algún tema bailable de una estrella consagrada como Koffi Olomide, que rugía en todas las radios nacionales, e incluso *Buffalo Soldier*, de Bob Marley. Después del hiphop y el reggae, hicieron acto de presencia algunos de los clásicos que rezumaban historia de un país: los éxitos de la rumba congolesa.

Con los primeros acordes, todos empezaron a bailar. Incluso el capitán David, todavía en el timón y unos metros más atrás, movía los hombros divertido, al son de aquellos temas eléctricos y alegres.

Pocos ritmos explican mejor la esencia del país que la rumba congolesa o zaireña. Urbana, eufórica y festiva, creada para bailar, resuena en cualquier fiesta o celebración. Sus raíces se hunden, sin embargo, en un horror antiguo: el comercio de esclavos. Aquellos millones de personas apresadas en las costas africanas llevaron consigo músicas y compases ancestrales a través del Atlántico. Tras siglos de mezclas y evoluciones, aquellos sonidos familiares regresaron a Matadi, en la desembocadura de Congo, a bordo de los barcos europeos que contaban con tripulaciones mestizas de marineros caribeños. Una revolución musical surgió de aquel cruce de culturas. En las esperas para cargar las bodegas de los barcos, las canciones que sonaban en los viejos fonógrafos de los marineros se abrazaron con el

compás congolés y, al llegar a Leopoldville (la actual Kinsasa) y Brazzaville, surgió la fiebre por la rumba congolesa.

Pronto aquel ritmo se convirtió en símbolo de resistencia. En 1960 nada resumió mejor la euforia desatada de los días de independencia que el mayor éxito de la rumba congolesa: *Indépendance cha cha*. Con una letra en lingala, tshiluba, kikongo y francés, es un canto entusiasmado a la libertad recién conseguida y una alabanza a los grandes hombres de la lucha contra el yugo belga. La divertida y callejera *Indépendance cha cha* se ha mantenido imperturbable como el himno oficioso de los congoleses.

Los políticos congoleños eran conscientes del poder de la música y utilizaron los grandes nombres de la rumba zaireña a su favor. Si el dictador Mobutu Sese Seko, que gobernó el país desde 1965 a 1997, abrazó a los grandes músicos de la época para transmitir a través de la radio sus consignas a un pueblo en gran parte analfabeto, en el año 2005 Joseph Kabila propició, tras el fin de la guerra, un encuentro en el palacio presidencial entre los mejores compositores del país, algunos de ellos enfrentados. Era un mensaje: el nuevo presidente no solo había traído la paz y la reconciliación al campo de batalla, sino que iba a unir a todos los bares del país.

Pese a las injerencias políticas, la rumba resistía como un símbolo de libertad en Congo. En las terrazas populares, donde cualquier centímetro de cemento era una pista de baile, los congoleses se liberaban. Hablaban, opinaban, criticaban, chismorreaban, despellejaban... Eran libres. Esa expresión liberadora alcanzaba su cénit en el *sebene*, un intermedio musical, de varios minutos, en el que la percusión y los solos de guitarra empujaban a los bailarines a demostrar sus habilidades. Cuando sonaba el *sebene*, la pista de baile se convertía en un delirio, en un éxtasis general donde ágiles jóvenes exaltados y felices, concentrados en la música, compartían euforia, sudor y un arrebato casi espiritual. Cuando sonaba el *sebene*, la proa del Lunda Nkimba era una fiesta. Pese a las estrecheces, todos se ponían a bailar.

La popularidad de la rumba congolesa también coqueteaba con la vanidad. Desde inicios de los años noventa se popularizó el *kobwaka libanga*, literalmente «tirar piedras para llamar la atención», en lingala. Cuando sonaba el *sebene*, el cantante publicitaba, a cambio de unos dólares, una sarta de nombres de políticos o personajes populares.

Ocurre incluso hoy en los bares musicales de moda de Kinsasa o en sesiones de DJ en bares congoleses de Bruselas, donde el artista enumera, a modo de cuñas de ego patrocinado, a las personas que están de aniversario, que han aparcado los mejores coches en la puerta o que han comprado más botellas de champán en los reservados.

El capitán David interrumpió la fiesta y señaló el timón. Mukanda se levantó como un resorte para sustituirlo.

—Vale ya de jaleo, a trabajar.

David se sentó a mi lado. No habló enseguida, sino que observó el paisaje durante largo rato. Lo hacía a menudo. Me fascinaba verlo pasar horas en aquel trance risueño. Pese a que había recorrido cientos de veces aquel río, miraba la selva de la orilla o la suave ondulación del agua con regocijo, como si cada tarde fuera la primera vez que veía tanta belleza.

De improviso, con un ruido seco, algo oscuro cayó del extremo del techo de la embarcación al pecho de David. En un primer momento pensé que se habría desatado uno de los pescados salados que habían colocado sobre los plásticos para que se secaran el sol, pero un chillido agudo, animal, me sacó del error: era una rata. El roedor rodó por el pecho de David y quedó de espaldas sobre su regazo. Tras la sorpresa inicial, y sin demasiados aspavientos, David agarró al aturdido animal con un movimiento veloz y lo lanzó con fuerza por la borda.

Seguí la trayectoria en el aire de la rata, que voló dando vueltas en una larga parábola y se hundió con un gran chapoteo. Al poco emergió agitando las patas, desesperada para mantenerse a flote. David la miró un segundo y se giró con desdén.

—Ahora ya está perdida.

Vi cómo la dejábamos atrás y miré hacia la orilla. Calculé que debía haber aproximadamente medio kilómetro hasta la isla más cercana. Me pregunté si, en el caso de que no se la zampara algún pez tigre, tenía alguna posibilidad de alcanzar tierra firme. Entretenido con mis cálculos sobre las capacidades acuáticas de las ratas, no me di cuenta de que el semblante de David era otro. Se había olvidado de la suerte del roedor y miraba al cielo, de un azul eléctrico casi irreal, con el labio torcido.

—Este aire frío... *pas bon*.

Corría una brisa fresca y suave, casi imperceptible.

Un par de horas después ya era prácticamente de noche, pero David no parecía dispuesto a parar para dormir. Un extraño desasosiego que yo no sabía traducir sobrevolaba la embarcación. Una brisa húmeda atravesó la cubierta. El cielo a lo lejos, justo donde el río giraba a la izquierda y la selva se recortaba en el cielo azul oscuro, se iluminó con un estallido de luz. Alphonse y Shikata levantaron la cabeza. Los dos grumetes se miraron, se levantaron y desaparecieron por babor, tensos, en dirección a la torre de control.

Pensé que quizás la amenaza apremiante de lluvia explicaba las prisas de David, que quería llegar a un puerto grande para pasar la noche, aunque daba la sensación de que se había pillado los dedos. No nos iba a dar tiempo a llegar a ningún sitio. Miré a las nubes ennegrecidas y sonó un trueno lejano. Era cuestión de minutos que nos cayera encima la lluvia, pero me equivoqué. Aquello no iba a ser un chaparrón. No estaba a punto de vivir mi primera tormenta en el Congo: estábamos a punto de presenciar una lucha a muerte entre el Lunda Nkimba y un dragón.

David viró el rumbo del barco, que se introdujo en un canal secundario, bastante más estrecho que el cauce principal, y se dirigió mansamente hacia uno de los costados, en la orilla de una isla desierta. Era la señal definitiva: el Lunda Nkimba se preparaba para la batalla.

9

El dragón

Cuando empezó a llover era noche cerrada. El Lunda Nkimba se balanceaba temerariamente entre las olas junto a un terraplén de tierra y vegetación que se alzaba tres o cuatro metros sobre nosotros. Aquella isla deshabitada iba a ser nuestro parapeto ante el vendaval. El cielo rugía a lo lejos, pero todavía no teníamos los nubarrones más negros encima. Todos los grumetes trabajaban sin descanso, empapados y exaltados, clavando unas piquetas de hierro de dos metros en la tierra y atándolas con varios cabos a la embarcación. David daba órdenes agitado desde cubierta e instaba a Heritier a atar unos plásticos laterales a lo largo de la nave. Entre el resplandor de los relámpagos, cada vez más cercanos, y el espantoso bramido de los truenos, apenas se oía la orquesta de golpes metálicos de la orilla, donde Alphonse, Mukanda y Shikata aporreaban frenéticamente las varas con unas mazas pesadas, al compás: primero uno, luego el segundo, después el tercero y de nuevo el primero, y así sucesivamente. En unos minutos, apenas se veían unos centímetros de la punta de las piquetas, hundidas en la tierra con firmeza. Desde cubierta, yo observaba embelesado aquella sincronía de golpes, gritos y tensión. Tenía la piel de gallina. Corneille se sentó en el suelo, puso a su hijo en su falda y se cubrió con un plástico. Me fijé en el capitán David, que seguía dando alaridos, y por primera vez en todos aquellos días de travesía lo vi preocupado. Me sobrevino una punzada de angustia. ¿Yo era consciente de lo que estaba a punto de ocurrir?

Fue en ese momento cuando apareció la bestia.

Un alarido sobrenatural, como si el cielo se hubiera partido en dos, rugió sobre nuestras cabezas y una cortina de agua se desplomó sobre el Lunda Nkimba con tanta furia que la madera se estremeció. Una garra de viento azotó al barco desde estribor y arrancó de cuajo

una de las cuerdas que sujetaba los plásticos laterales, que se agitó rabiosamente hacia el cielo. La mitad de la cubierta quedó empapada al instante. Parecía que en cualquier momento el barco iba a salir despedido por los aires.

Corneille se puso a rezar en voz alta y Sylvain repetía «¡Dios mío!, ¡Dios mío!», apoyado en uno de los postes centrales de cubierta. Los bandazos eran tan violentos que todos los pasajeros nos agazapamos para no perder el equilibrio. Un continuo resplandor de relámpagos, como fogonazos lanzados desde las fauces de una fiera enrabietada, atizaba el cielo a nuestro alrededor. Los espadazos de luz centelleaban y recortaban la silueta de los árboles de la orilla como espectros que asistían a nuestro inevitable destino.

No se oía el viento: eran alaridos de animales salvajes. Ante cada furiosa embestida, las vigas del barco crujían y los hierros rechinaban desesperados. Después de cada estallido eléctrico, el cielo gruñía y lanzaba poderosos coletazos contra el barco. Aunque estaba aterrado, aquel espectáculo bestial me resultaba hipnótico, casi místico. No era miedo lo que sentía, o por lo menos no un miedo que hubiera sentido antes, sino una atracción suicida, un deseo inexplicable e irrefrenable de dejarme atrapar por aquel fervor salvaje y poderoso. Era una muestra de poder tan inmensa que tenía algo de divino. Sentí el magnetismo del horror.

Pensé que no había nada que hacer, que estábamos condenados. Eché un vistazo a mi alrededor, buscando la mirada del capitán para ver en ella si deberíamos saltar a tierra firme y dar por perdido el barco. Quizás aferrarnos a aquella isla inhóspita en mitad de la nada era nuestra única vía de supervivencia. La sola idea de caer en aquellas aguas agitadas de azabache, negras como el petróleo, me provocaba escalofríos. Me agarré al chaleco salvavidas que me había prestado Òscar Camps, y le agradecí con todas mis fuerzas aquel regalo que deseaba no tener que utilizar aquella noche. Era una sensación de seguridad absurda. Cuando los rayos destellaban en el cielo, aparecía entre las sombras una corriente agitada, revuelta como si en ella danzaran mil demonios. Si caía por la borda, pensé, duraría con vida apenas unos segundos. Un naufragio sería nuestra perdición.

Tras unos minutos eternos, súbitamente la pesadilla terminó. No disminuyó poco a poco la intensidad de la lluvia y los truenos; simplemente el dragón se alejó. Nos perdonó. Empapados pero

aliviados, agotados por la tensión, todos los pasajeros nos distribuimos por la cubierta revuelta aún aturdidos. Aunque había pasado lo peor, no había euforia a bordo. Era como si temiéramos que en cualquier momento la tormenta pudiera regresar; como si, ante una fuerza tan titánica y excepcional, solo pudieran conseguirse victorias momentáneas, jamás definitivas. Me puse ropa seca y volví a colocarme el salvavidas.

Al cabo de un rato, el agotamiento hizo mella y se hizo un silencio sepulcral a bordo. Los truenos retumbaban a lo lejos. Me tumbé sobre la esterilla, pero no cerré los ojos enseguida. Mi mente seguía fascinada por aquella pavorosa exhibición de ímpetu del cielo. Finalmente me dormí, pero me desperté poco después. Estaba tiritando.

Un aire gélido sobrevolaba la cubierta. Aunque llevaba un pantalón largo y una chaqueta con capucha, sentía un frío intenso. Me estaba congelando. Me vinieron a la memoria algunas noches de tormentas invernales en los Pirineos, en una tienda de campaña junto a mi hermano mayor, Dani. ¿Cómo era posible aquel frío glacial en Congo? ¿Era real? ¿Estaría sufriendo alucinaciones? Los interrogantes no me quitaban el tembleque y sabía que no podía quedarme tumbado, así que me levanté, caminé un poco para activar el cuerpo y entrar en calor y regresé a mi mochila para colocarme varias capas de ropa encima y un segundo par de calcetines. Seguía congelado. Me puse las botas, desplegué la capelina y me metí dentro por la parte ancha, como si fuera un saco de dormir. Todavía temblaba, así que coloqué la mochila como barricada entre mi cuerpo encogido y el lateral por donde entraba el viento.

No era el único que no podía dormir. En aquel momento tronó el motor del Lunda Nkimba y nos pusimos en marcha. David también quería salir cuanto antes de allí.

10

Sirenas

La lluvia se convirtió en una presencia constante los días siguientes. Eran chaparrones intensos pero cortos, que caían durante unos minutos, una hora como máximo, y se detenían súbitamente. Habíamos dejado atrás Ankoro, la ciudad más importante antes de llegar a nuestro destino, Kongolo, donde el río dejaba de ser navegable a causa de los rápidos. Desde allí deberíamos avanzar por tierra hasta alcanzar un nuevo punto donde descender con barca o canoa por el Congo.

Ankoro estaba situada en la bifurcación con el río Luvua, el primer gran afluente del Lualaba o Congo superior. Era un río de aguas caldosas que entraba por el flanco derecho como una espada ancha y se mezclaba con la corriente oscura sobre la que avanzaba nuestro barco.

Continuamos la marcha sin detenernos durante horas. Aunque el día poco a poco se apagaba, el río Congo se resistía a obedecer al sol: seguía rebelde, ingobernable, encendido. Sus aguas de caldo plomizo se revolvían ante el oleaje que provocaba el avance de nuestra barca y una brisa dulce balanceaba las hojas de las palmeras en la orilla, sobre la selva adormecida. Llevaba sentado un buen rato en la proa de la embarcación, emborrachado de aquella inmensidad y entretenido en avistar algún hipopótamo despistado, cuando lancé una pregunta al aire a Mukanda. Él estaba sentado un par de metros más atrás, a cargo del timón.

—Ey, Mukanda, ¿hay demasiada corriente aquí para que haya hipopótamos?

Me respondió el rumor del motor en la parte trasera de la embarcación, que desde proa se oía lejano, como si el barco farfullara un ronroneo incesante. Ante el silencio de Mukanda, me giré para

cerciorarme de que me había oído y en seguida noté que algo iba mal. Mukanda mantenía la mirada incrustada en el horizonte, con las manos apretadas en el timón de rueda, y desde sus sienes descendían unos finos surcos de sudor. Me volví hacia el río para comprobar si había alguna roca escondida más adelante, si nos acercábamos a una zona de rápidos o si había alguna amenaza en la orilla. Nada.

Antes de zarpar me habían advertido de que en aquella zona se escondían bandas de delincuentes, piratas de agua dulce que asaltaban las embarcaciones, pero allí enfrente no había nadie. Me estremecí, pero me obligué a calmarme. En aquel punto, el río incluso permitía una vista limpia, porque se abría hacia la izquierda en una curva generosa y ancha, y todo estaba completamente desierto. Pero Mukanda seguía inquieto.

Después de unos segundos, balbuceó al fin unas palabras.

—*Mami Wata*... *Mzimu*...

Mukanda se había descubierto aquellos primeros días de navegación como un tipo sensato y sosegado, así que me extrañó verlo tan alterado.

—*Mami Wata?* ¿Qué? —pregunté.

—*Mzimu* —respondió. «Un fantasma.»

Mukanda señaló hacia unas pequeñas cuevas en una ribera elevada, justo en una curva.

—*Mami Wata* —repitió.

Aún estábamos a unos doscientos metros de aquellas bocas negras en la roca, pero en cuanto Mukanda lanzó un grito —«*Mami Wata!*»— su padre y el resto de la tripulación aparecieron a toda prisa, avanzando en equilibrio por el lateral del barco.

—*Mzimu! Mami Wata!* —repitieron con una mueca torcida en los labios.

El capitán sacó apresuradamente del bolsillo de su camisa unos billetes arrugados de francos congoleses, agarró uno, lo levantó ceremonialmente al cielo en la punta de los dedos y lo lanzó al agua.

En cuanto el billete rozó el agua, todos se relajaron. David se quedó un rato mirando a la orilla, pero sus ayudantes regresaron a la parte trasera del barco a continuar con sus quehaceres. Ya no había nada que temer.

Mukanda me contó el motivo de su preocupación: en aquel recoveco del río habitaban espíritus malignos. Siglos atrás, dijo,

aquella curva había albergado un reino poderoso y todavía deambulaba por allí el fantasma de aquel rey antiguo, que exigía un tributo a todos los barcos que pasaban por su territorio al empezar o al acabar el año. Si no se cumplía con el ritual, el espíritu del rey encolerizado provocaba olas y remolinos que hacían naufragar la embarcación. Desafiarlo significaba la perdición. Cuando percibía incredulidad en alguno de los pasajeros, o le parecía que alguien no se doblegaba a su poder, el rey adoptaba la forma de una serpiente gigante y encolerizada y se cobraba el desaire con una vida: nadaba sigilosamente hasta la barca, subía a bordo y, con un mordisco poderoso y veloz, arrastraba al tripulante escéptico hasta el fondo del río para siempre. A veces, el espíritu no tomaba la forma de un reptil sino de Mami Wata, una mujer mitad humana mitad pez —una sirena — que seducía con su canto o su siseo a los desdichados y los arrastraba al fondo del río para quedarse con sus almas. Mami Wata podía ser maléfica o benévola, aunque nunca sabías cuándo sería una cosa o la otra.

Rebasamos la curva lentamente y no ocurrió nada. Poco después, Mukanda empezó a tamborilear con los dedos en el timón y a canturrear relajadamente una canción. Me miró de reojo y sonrió.

—¿No te crees nada de todo esto, verdad? Pues deberías. Este río no es como los otros ríos, es diferente.

—En los ríos y lagos europeos también hay leyendas de monstruos, sirenas y seres mitológicos similares —repliqué.

Mukanda negó con la cabeza.

—A veces es peligroso no creer. El Congo es diferente a todo lo que hayan visto y navegado los europeos de ahora y de siempre. No es una leyenda. Mira bien su corriente, ¿ves? —Señaló hacia el agua con el mentón—. Este río tiene alma. En sus profundidades habita la vida y la muerte, la crueldad y la ternura, la bondad y la maldad. El Congo es como la vida.

En el gesto de Mukanda no había temor. De sus palabras emergía un profundo respeto hacia el río, una reverencia casi ancestral, transmitida de abuelos a nietos durante varias generaciones.

—Imagino que no es fácil navegar por aquí —dije.

—Hay remolinos, rocas traicioneras y tormentas monstruosas... No es un río normal. Algunos dicen que es como una bestia salvaje, pero yo no lo creo, porque de los animales aprendes a adivinar sus

reacciones. El elefante mece la cabeza antes de atacar y el rinoceronte husmea el aire antes de cargar. Pero a este río no lo ves venir porque es impredecible, como las personas. El Congo es un río humano.

Mukanda se recostó en el banco del capitán. Al cabo de un rato tamborileó nuevamente con los dedos en el timón y ya no volvió a cantar.

Permanecí sentado en la proa, observando cómo anochecía. Pese a que una sábana negra cubría la selva en la orilla, el río Congo seguía rebelde, ingobernable, encendido. Sus aguas de plata negra centellearon bajo la luz de la luna llena que había salido disparada hacia el cielo como una pelota de fuego blanco. Soplaba un viento suave. Las olas golpearon el barco en una cadencia acompasada y sostenida. Como un latido.

11

Que Dios nos ayude

Al cabo de dos días llegamos a Kongolo, final del primer tramo navegable. En el puerto, una hilera de edificios antiguos escoltaba varias decenas de canoas amarradas en la orilla. De ella salía una carretera asfaltada que se perdía a la derecha de las casas y se dirigía hacia el centro de la ciudad. El capitán David y su esposa, Ogy, se despidieron dándome un fuerte abrazo: aquellos atardeceres compartidos habían tejido un lazo fuerte entre nosotros.

Los grumetes Alphonse, Shikata, Heritier y Mukanda también regresaron a despedirse de Sylvain y de mí después de atar los cabos al muelle, pero apenas hubo tiempo para las muestras de afecto. Poco después de llegar al puerto, un oficial migratorio de la DGM empezó a gritar e insistió de malas formas en que lo acompañáramos urgentemente. El hombre hacía gala de una indignación impostada y Sylvain, que casi nunca perdía la calma, suspiró. El oficial de migración nos dirigió a su oficina, una casucha de ladrillo que se caía a pedazos. Había una mesa rota tirada en el suelo junto al escritorio, trozos de escombros en un rincón y cuatro sillas astilladas. En la pared se veían varios números pintados con ceniza.

El hombre nos pidió la documentación, se colocó unas gafas de metal dorado en la punta de la nariz y empezó a leer meticulosamente los permisos. De vez en cuando negaba con la cabeza o soltaba un chasquido de desaprobación. Estaba claro que buscaba desesperarnos para sacar tajada. Tras acabar de leer, dijo que debía copiar a mano cada documento, pero el intento de alargar la situación le salió rana: yo llevaba en la mochila una carpeta con decenas de copias de cada permiso, además de duplicados del visado y el pasaporte. El pobre hombre, confundido, se quedó sin argumentos y vio desaparecer la posibilidad de conseguir una mordida.

Aprovechamos para escurrirnos, coger un mototaxi y desaparecer hacia el centro de la ciudad. Kongolo era una localidad grande y desconcertante. De medio millón de habitantes, combinaba calles asfaltadas agujereadas con callejuelas de tierra que parecían sacadas de una aldea inhóspita. La población tenía un aire a las películas del oeste, con largas avenidas de tiendas y casas de madera a los lados. Los únicos edificios de obra y cemento eran los de la época colonial belga. Uno de ellos, tan decadente como los demás, tenía en la fachada el año de construcción: 1929. Era todo lo que quedaba de aquellos tiempos. Aunque pasé varios días en la ciudad, no vi a ningún blanco.

Kongolo era una parada obligatoria en el viaje. Había bancos, hostales y tiendas, así que era un lugar ideal para reponer provisiones y, sobre todo, para coger fuerzas y disfrutar de la calma antes de enfrentarnos a lo que se avecinaba en los días siguientes. Porque atravesar aquella tierra herida no iba a ser una tarea sencilla. La región de Kongolo era una tierra de cicatrices: la zona ha sido testigo de violencias de distintos tiempos y diversos apellidos. La de los comerciantes de esclavos árabes, los patrones belgas despiadados, los políticos congoleños incendiarios y racistas que alentaban las diferencias étnicas con la provincia vecina de Kasai, los mercenarios europeos o sudafricanos sedientos de sangre, los guerrilleros caníbales Simba, los militares ebrios descontrolados... Durante siglos, las calles de la ciudad y los caminos de tierra de la región habían visto horrores innumerables.

El río tenía gran parte de culpa de aquel aislamiento. A las afueras de Kongolo, unos rápidos coronados por una gran roca aceleraban peligrosamente la velocidad de su curso y lo volvían innavegable hasta poco antes de Kindu, a trescientos kilómetros al norte. Aquella interrupción abrupta de la artería de comunicación principal sumía en el abandono a toda una vasta región, apenas conectada por caminos de tierra asediados por la selva.

Era un escondite perfecto. La región estaba trufada de bandidos y grupos rebeldes Mai-Mai que asesinaban y violaban impunemente. En aquella tierra, tan lejos del Gobierno de Kinsasa y a varios días de camino de ciudades como Lubumbashi o Kisangani, los rebeldes eran la ley. Y la lucha por el control de las minas de la zona había convertido aquella región en una concatenación de abusos.

Organismos de derechos humanos, políticos y oenegés se referían a aquella zona anárquica como «triángulo de la muerte». De aquellas tierras llegaban historias de rebeldes que mutilaban a sus víctimas cortándoles la cara o abriéndoles el pecho en canal para comerse su corazón. La brutalidad iba acompañada siempre de una nebulosa de supersticiones, brujería y creencias ancestrales que aterrorizaba todavía más a la población. Los rebeldes, pertrechados de amuletos, aguas mágicas que supuestamente les proporcionaban invisibilidad o poderes, infundían miedo y muerte en una región que consideraban suya, bajo su control.

Y con aquellos tipos tenía que negociar un salvoconducto para que me dejaran avanzar por tierra hasta el próximo punto en el que el Congo volvía a ser navegable.

Sylvain no lo tenía claro.

—Creo que lo mejor es que cojamos un avión hasta Kindu. Las carreteras no son seguras.

Yo quería navegar el Congo y avanzar por tierra solo cuando el río fuera impracticable, por las mismas rutas que utilizan los congoleses, así que la opción no me hacía gracia, pero tampoco hubo ocasión de discutirlo: el único avión semanal que volaba a Kindu no iba a salir hasta dentro de una semana o dos, quizás tres, a causa de una avería.

Sylvain me miró, suspiró de nuevo —suspiraría a menudo aquellos días— y se sentó en una terraza de un bar a hacer una llamada. Yo apreté los labios. Del trato que consiguiera cerrar con Kalunji dependía buena parte del éxito de nuestro viaje. Quizás también nuestras vidas.

Kalunji era el jefe militar de la facción del grupo rebelde Mai-Mai Raïa Mutomboki, que controlaba aquella región. La banda dominaba varias zonas mineras desde el año 2005, cuando fue fundado por un pastor congolés y exmilitar en respuesta a la inacción del ejército regular ante las masacres de las FDLR ruandesas. Los Raïa Mutomboki —«ciudadanos enfurecidos», en suajili— se habían expandido rápidamente a otros territorios comandados por líderes locales o desertores del ejército congolés. Pese a los abusos, saqueos y asesinatos que cometían, despertaban cierta simpatía entre algunos locales, que los veían como una autoridad alternativa en lugares donde el Gobierno no hacía acto de presencia.

En términos políticos o sociales, la guerra en Congo es un desastre que arrastra vidas y multiplica miserias. Junto a la región de Kasai, el este es la zona más golpeada por la violencia, el conflicto y la desidia gubernamental, lo que deja a la población a merced de grupos rebeldes y criminales. El país está salpicado de territorios sin control. Mientras el oeste vive en paz y Kinsasa es una ciudad relativamente tranquila, el resto se desmorona: Congo tiene la cifra más alta de desplazados internos, más de cinco millones, y es el lugar del mundo con más personas hambrientas, más de 27 millones.

En términos económicos, la guerra es un paraíso, al menos para unos pocos. Un informe de Global Witness denunció que uno de cada cinco dólares de los beneficios mineros del país se perdía por la corrupción o la mala administración. Y el pillaje atraía buitres. A principios del siglo XXI, Uganda y Ruanda exportaban entre ambos una cantidad de oro valorada en alrededor de 130 millones de dólares anuales. Un detalle hacía sospechar: ninguno de los dos países tiene depósitos de oro significativos, así que aquella riqueza obligatoriamente debía venir de algún otro sitio. Y las porosas fronteras de Congo eran la explicación. Aquel contexto revelaba por qué en aquella tierra extensa los rebeldes eran la ley. El desgobierno permitía un jugoso negocio clandestino a un lado y al otro de la frontera.

El conflicto civil en teoría hacía veinte años que había finalizado —la paz formal se firmó en la ciudad sudafricana de Pretoria en 2003 —, pero aquella era una contienda latente, de baja intensidad, donde no se luchaba por la victoria, sino por mantener una economía militarizada, casi de rapiña, que necesitaba de la sangre para seguir en funcionamiento. Una guerra barata y grotesca, con armas de segunda mano y soldados en chanclas dispuestos a matarse por unas monedas, donde ya nadie luchaba por unos ideales sino por una porción del pastel y donde los grupos rebeldes combatían entre sí y aterrorizaban a la población civil para controlar territorios y saquear la riqueza mineral del país. Era una guerra rentable, donde los milicianos eran meros eslabones de una cadena internacional de expolio en la que multinacionales mineras o de tecnología, traficantes de armas u hombres de negocios sin escrúpulos de Moscú, Berna, Kigali, Washington o Pekín se enriquecían con los beneficios del coltán, el oro o el cobalto manchados con la sangre de los nadie.

Contuve la respiración cuando Sylvain empezó a hablar.

—*Oui, ça va Monsieur Kalunji?*

Sylvain, que había nacido en la región de los Kivus y no solo hablaba la misma lengua que Kalunji sino también conocía los códigos rebeldes, se tomó su tiempo antes de empezar a negociar. Se presentó, preguntó sobre la situación del grupo, por la familia del jefe rebelde y le explicó que él mismo venía de la región y había visitado varias facciones Mai-Mai para hacer reportajes con periodistas extranjeros. Mencionó varios nombres y dio recuerdos. Poco a poco, el tono de la conversación se relajó. Entonces empezó la negociación.

—¡Ah, ahora te recuerdo! ¡Hermano, Sylvain! ¿Qué tienes para mí?

Tras escuchar «hombre blanco», Kalunji hizo su primera propuesta. Alta: 10.000 dólares y nos dejaría pasar.

Empezó entonces un tira y afloja, sin cifras aún. Nuestro bolsillo, dijo Sylvain, no era el de un periodista estadounidense o japonés: viajábamos con transporte local, en barcos públicos, canoas o motocicletas. Finalmente Sylvain lanzó su oferta: 50 dólares por las molestias.

Aquella conversación era una partida de póker en la que ambos jugaban sus cartas, y donde cualquier error de cálculo podía tener graves consecuencias. La posibilidad de que un mal acuerdo derivara en una trampa en mitad del camino o incluso, si se sentían insultados, en una venganza como castigo, era real e inquietante.

Kalunji no era un tipo de sutilezas y contestó con un navajazo.

—Tío Sylvain, sabes que esa cifra no es suficiente para mis chicos. Si robamos o secuestramos al blanco podemos ganar mucho más.

Tragué saliva y Sylvain le dio la razón al rebelde, le agradeció la comprensión de nuestra situación, dobló la oferta y cerró el trato: por cien dólares nos dejarían pasar.

Tardaría poco en entender por qué aquel jefe guerrillero había aceptado una reducción tan abrupta del precio por dejarnos pasar.

El modo de pago reflejaba hasta qué punto los Mai-Mai controlaban la zona: esa noche daríamos el dinero a la esposa del jefe rebelde, que vivía en el centro de Kongolo con total tranquilidad. Una vez entregados los billetes, debíamos darle a la mujer la matrícula de nuestras motocicletas. Ella le pasaría los números a su marido y este

informaría a sus hombres apostados en los controles de carretera para que nos dejaran pasar.

—Ningún problema —aseguró.

Una sacudida me recorrió la espina dorsal. No me gustaba en absoluto tener que dar dinero para poder avanzar, pero era la única salida. Los Mai-Mai eran la autoridad en aquellos caminos ensortijados a través de la selva. Al mismo tiempo, aquel acuerdo dejaba mil dudas en el aire. ¿Podía fiarme de que aquellos asesinos y ladrones respetaran su palabra? ¿Y si alguno de los puestos de control no recibía el aviso? ¿Y si algún rebelde de los puestos de control estaba demasiado borracho o drogado para respetar la orden de su superior? ¿Y si era una trampa?

No había tiempo para las dudas. Debíamos organizarlo todo para salir en dos días, así que nos pusimos a buscar un medio de transporte.

Con la vía aérea descartada y el permiso rebelde apalabrado, Sylvain puso una condición.

—Debemos viajar en coche. Ir en motocicleta no es seguro, estaremos demasiado expuestos a ladrones y bandidos, o a rebeldes de otros grupos que te vean y nos quieran robar.

Le di la razón y le aseguré que así lo haríamos. No había nada que discutir: iríamos en coche.

Al final fuimos en moto.

Nadie quería arriesgarse a que los rebeldes le robaran su coche y el único dueño de un vehículo que aceptó llevarnos a cambio de un dineral —300 dólares al día, combustible a tres dólares el litro de ida y vuelta aparte— confesó en el último momento que había un pequeño problema: al vehículo le faltaban tres ruedas, pero, juraba, los neumáticos estaban a punto de llegar por barco en unos días o semanas.

Sylvain suspiró por enésima vez y se resignó.

—Que Dios nos ayude.

Tampoco fue sencillo encontrar motos. Muchos motoristas se negaban a atravesar aquella región rebelde o pedían fortunas por aventurarse en la zona fuera del control gubernamental. Finalmente, Bracard y Jean Pierre, dos chicos que ya habían hecho aquella ruta antes, aceptaron ir por 200 dólares por cabeza. Aunque solo nos llevarían a Kasongo, a mitad de camino de Kindu. A partir de ahí se

alejaban demasiado de casa y preferían no continuar, así que deberíamos hacer noche en Kasongo y encontrar la manera de avanzar. Cerramos el trato y pactamos que en dos días pasarían a recogernos a las cuatro de la mañana por una diócesis a las afueras de la ciudad, donde nos alojábamos, y que tenía habitaciones amplias y limpias con vistas al Congo.

Tras las negociaciones, agotados por los nervios y la tensión, además de por la fatiga del viaje en barco, nos fuimos a descansar. El lugar, regentado por Christianne, una mujer menuda y agradable que cocinaba sin prisa y sin sal, era un remanso de calma. Desde el jardín se podía acceder hasta la orilla del río, donde al atardecer unas mujeres lavaban ropa bajo un frondoso mango mientras unos niños chapoteaban en el agua. A las risas de los pequeños y la animada charla de ellas se sumaba la banda sonora del suave croar de cientos de ranas, que subiría de intensidad a medida que se hiciera de noche. También se oían carcajadas. En mitad del río unos niños de unos nueve o diez años se tiraban desde unas rocas altas haciendo acrobacias y chillaban divertidos cuando se los llevaba la corriente rápida río abajo.

Me quedé observando la belleza espumosa de aquella escena. El atardecer teñía de una pátina rojiza las rocas y los cuerpos de aquellos chicos que se zambullían en la corriente dorada por el reflejo de los rayos del sol. Un aguilucho surcó el cielo en busca de la cena con un planeo ligero y dulce. Pese a aquella paz, estaba intranquilo, agarrotado. Miré al río, al cielo, sin saber bien a quién o qué debía pedir buena suerte o protección durante el viaje por tierras rebeldes.

Imaginé que para momentos como ese servía la fe en Dios, pero me pareció que no era momento de recuperar creencias enterradas porque, además, me pareció que un ser superior, en caso de haberlo, no estaría demasiado por la labor de atender las demandas interesadas de un tipo que claramente acudía a su vera empujado por el miedo. Respiré hondo, consciente de la importancia de no dejarme doblegar por la incertidumbre. Iba a necesitar mantener la cabeza fría. Miré al cielo, de nuevo, y en un susurro le pedí suerte al aguilucho, que seguía su vuelo plácido. Se dejó caer a plomo hacia el río y, justo antes de impactar contra la superficie, inició una parábola ascendente, extendió las garras y las hundió en el agua. El pez se le escapó.

Como se había hecho la hora de la cena, regresé a mi habitación.

No estábamos solos en el hostal. En el comedor aparecieron dos hombres congoleses que habían ido a hacer un informe para una oenegé sobre los avances de un proyecto en una aldea a un par de horas de trayecto. Se llamaban Thomas y Robert. Ambos rondaban los cincuenta y tenían el rostro cansado de pasar todo el día en la carretera. Thomas era un tipo enérgico, que balanceaba exageradamente la cabeza rapada cuando explicaba algo. Los dos hombres conocían bien aquellos caminos y sus peligros, así que levantaron la ceja al saber nuestro propósito de llegar en motocicleta hasta Kindu. Nos miraron con el gesto grave, sopesando si estábamos en nuestro sano juicio. Nos regalaron un consejo.

—No andéis de noche por esos caminos. Cuando anochece, los rebeldes son solo tipos borrachos con un kaláshnikov en la mano y sin ninguna autoridad.

El día convenido, a las cuatro de la madrugada, Bracard y Jean Pierre encendieron, sorprendentemente puntuales, sus motos. A la luz de los focos, con una tormenta lejana centelleando en el horizonte, partimos hacia Kasongo. Una vez allí veríamos cómo seguir hasta Kindu, desde donde podríamos volver a descender por la corriente del río.

Enseguida nos hundimos en la selva. Con la luz del día apareció frente a nosotros un océano verde intenso. Los árboles eran más altos que nunca, el bosque, más frondoso que nunca, las hojas, más grandes y coloridas que nunca. Parecía que la naturaleza había explotado y exhibía su exuberancia. Una lluvia fina nos acompañó durante horas y esmaltó de una capa brillante la vegetación. Aquella era también una tierra solitaria. Pequeñas aldeas de chozas de barro y paja brotaban de la nada. Las atravesábamos por la mitad, sin detenernos. Ovejas, gallinas, patos y algún cerdo que paseaban mansamente o retozaban en los charcos huían despavoridos al ver acercarse las motocicletas a toda velocidad. Los habitantes, sentados en bancos de madera o apoyados en los muros de adobe, saludaban sonrientes a nuestro paso. A la salida de un poblado, Sylvain se acercó para pedir a Bracard y Jean Pierre que circularan lo más juntos posible. A partir de ese punto terminaba el terreno controlado por las fuerzas del Gobierno y entrábamos en territorio rebelde.

A nivel visual, nada cambió. Las aldeas seguían siendo de paja y barro, las gallinas, cerdos y cabras paseaban apaciblemente y los

hombres y mujeres nos saludaban sonrientes al pasar. Los nervios de Bracard sí eran diferentes. Aceleró. A la salida de uno de los poblados, íbamos tan rápido que atropelló a una gallina que se cruzó en nuestro camino. Me giré para confirmar que le habíamos pasado por encima y solo acerté a ver una nube de plumas.

Bracard no pensó ni por un momento en detenerse para disculparse o pagar por el animal.

—¿Parar aquí? Gran problema —decía—. Gran problema.

Al final de la tercera aldea llegó el momento que temíamos: el primer control. El camino estaba cortado por una barrera hecha con dos troncos cortos verticales a cada lado y uno largo cruzado en horizontal. A los lados había media docena de tipos armados con ametralladoras y machetes.

Redujimos la velocidad y uno de los hombres nos hizo una señal para que nos detuviéramos. No preguntó nada. Se acercó, nos observó desafiante y cantó los números de la matrícula a uno de sus colegas, que transmitió la cifra a través de un viejo *walkie talkie*. Saludé al tipo con un rápido movimiento de cabeza y el hombre se llevó la mano en horizontal a la sien en un ademán desganado y fastidiado. Todos permanecíamos en silencio, expectantes. Solo se oía el petardeo del motor de nuestro vehículo. Los rebeldes vestían camisetas viejas sin mangas o camisas con agujeros y chancletas. Más allá de las armas, no se diferenciaban en nada de los hombres y mujeres que habíamos visto en las aldeas anteriores y que nos habían saludado sonrientes.

De hecho, eran los mismos. Sylvain cambió al inglés para que nadie lo entendiera.

—No tengas ninguna duda de que la gente que te saludaba antes también eran Mai-Mai. Si no hubiéramos llegado a un acuerdo con su líder, esos mismos ciudadanos simpáticos nos habrían robado, secuestrado o asesinado.

Por eso los Mai-Mai eran tan difíciles de neutralizar. Muchos de ellos eran tipos normales que guardaban su arma en la choza, listos para cuando tuvieran que utilizarla para defenderse de otros grupos o para robar.

El rebelde del *walkie* no conseguía comunicarse con nadie y el tiempo se hizo una pasta densa e incómoda. Los segundos pesaban y los rebeldes se impacientaban. Teníamos que salir cuanto antes de allí. Probé a rebajar la tensión sacando una bolsita llena de pines del F.C.

Barcelona. Eran un sistema imbatible para rebajar la ansiedad cuando el ambiente se enrarecía: llevaba años comprobándolo. En fronteras difíciles, puestos de control con uniformados corruptos o zonas infestadas de rebeldes, el fútbol se convertía a menudo en un poderoso bálsamo, en un punto de conexión.

Los pines causaron sensación. Al rebelde con cara de pocos amigos se le iluminó la cara. Cogió el pin con delicadeza entre las manos y le dio varias vueltas para observarlo bien. Al verlo, el resto de los rebeldes se arremolinaron alrededor de la motocicleta y extendieron sus manos. Bromeé con que solo podía dárselos a los simpatizantes del club blaugrana, jamás a un madridista, y todos juraron amor eterno al club catalán. Fue entonces, solo entonces, cuando percibí su presencia. Distraído por el jolgorio, no lo había visto aún, pero lanzó un grito y todos guardaron silencio. Sentado bajo una sombra, un hombre con pantalones de camuflaje y un AK-47 apoyado entre las piernas hizo un gesto para que me acercara. No tuve dudas: era el jefe allí.

Me estrechó la mano enérgicamente y me juró que él era el mayor fan del Barça de todo Congo. Me pidió dos pines y yo añadí un banderín y un bolígrafo con el escudo del club que despertaron la envidia de sus subordinados y a él le hincharon el pecho. Aunque ya le había dado los regalos, él insistía en que era el primer seguidor del equipo culé. Quiso demostrarlo.

—Mira, hasta tengo la foto de Messi en el móvil.

Sacó un viejo teléfono del bolsillo, desbloqueó la pantalla y colocó el aparato delante de mi cara. Delante de mí se iluminó una fotografía a todo color del brasileño Ronaldinho Gaúcho.

—Messi, Messi, ¿ves? —insistía el rebelde.

Disimulé mi estupefacción, pero en ese momento le habría seguido el rollo aunque me hubiera mostrado una foto de Haaland bailando con Tchouaméni. Fingí alborozo por aquella muestra de amor al crack argentino y chocamos los cinco.

—*Messi, Messi! Oui, oui, mon ami, grand fan!*

En ese momento llegó una respuesta al otro lado del *walkie talkie*. Tras confirmar nuestra matrícula, abrieron la valla para dejarnos pasar y salimos de allí.

Varios controles después, comprendí porque Kalenji, el jefe rebelde Mai-Mai, había accedido a rebajar tanto sus pretensiones

económicas. Siendo dueño de minas y caminos, los dólares que yo pudiera darle no significaban demasiado. ¿10.000 dólares? ¿Mil? ¡Tenía dinero de sobras! Habíamos hecho algo mucho más importante que pagarle una cantidad sustanciosa: habíamos reforzado su autoridad. El hecho de que hubiera ido a pedirle permiso para atravesar aquellas tierras enviaba un mensaje poderoso a todos sus hombres: hasta los blancos europeos sabían que él mandaba allí.

Para mí era una constatación más de mi privilegio como hombre periodista blanco. De no ser así, probablemente el acceso habría estado vetado o habría sido más peligroso aún por el riesgo de agresión sexual. Para Kalenji, un congolés no significaba nada, pero un reportero de ojos claros y tez blanca sí: aquella matrícula enviada a todas sus tropas para que nos dejaran pasar era una muestra de poderío, una prueba de que él, y nadie más, tenía la sartén por el mango en aquella selva.

Comprender esos códigos de poder y jerarquía era la diferencia entre el éxito y el fracaso, entre la vida y la muerte. Mientras avanzaba a través de la selva, agarrado a la cintura de Bracard, de paquete en su moto, recordé que, unos años antes, había tenido que aprender leyes no escritas similares mientras convivía con un grupo rebelde a unos cientos de kilómetros de donde me encontraba, en el este del país. Y fui consciente de que comprenderlos entonces me salvó de morir fusilado.

Mientras atravesábamos veloces aquella selva llena de rebeldes, mi mente reprodujo de fondo un eco lejano. Un aullido casi animal.

—*Rassemblement! Rassemblement!*

12

La huida

—*Rassemblement! Rassemblement!*

Tres años antes de mi navegación por el río Congo, durante mi viaje junto al compadre y fotógrafo Alfons Rodríguez al este del país para explicar la historia de Rodrigue y Gloire, los dos niños soldados en activo, hubo un momento en el que entendimos que, si queríamos salir de allí de una pieza, íbamos a tener que descifrar códigos no escritos de rango y autoridad rebelde. Esta es la historia de aquella huida desesperada.

Para llegar al lugar acordado por el MAC, como se llamaba aquel grupo armado, habíamos tenido que sortear caminos impracticables en los que los propios rebeldes se encargaban de reforzar el mensaje de que nadie era bienvenido. En la carretera que encaraba la penúltima colina habían atravesado decenas de árboles en el camino para evitar el paso de coches o camiones.

Abandonamos el todoterreno y alquilamos unas motocicletas para seguir avanzando, levantándolas a peso para sortear los troncos atravesados, pero pronto el lodo volvió el camino inaccesible incluso para los vehículos ligeros, así que no tuvimos más remedio que continuar a pie.

Tras diez horas de ruta y cubiertos de barro hasta las orejas, llegamos a una aldea de chozas de adobe rodeada de campos de mandioca. Ahí acababa el camino, o lo que quedaba de él. En cuestión de minutos nos rodearon decenas de hombres, mujeres y niños que nos miraban con curiosidad. Aquel era el punto, según nos habían indicado, desde donde debíamos iniciar la travesía por la selva.

Tras unos minutos de incertidumbre, de entre la multitud apareció un adolescente con una camiseta gris y una ametralladora colgada al hombro. Nos estrechó la mano, dijo que venía de parte del

general Mbura y señaló hacia dónde debíamos dirigirnos: un sendero estrecho que penetraba en un muro de hojas gigantes. El chico nos hizo un gesto para que lo siguiéramos. Cargamos nuestras mochilas y nos adentramos en la maleza, sin saber cuánto tiempo o en qué dirección debíamos caminar. Al cabo de un rato, el chico se colocó a nuestras espaldas y dejó que lideráramos la marcha, pero sin dejarnos demasiada distancia. Avanzaba pegado a nuestros talones.

Después de una hora de caminata, cuando la vegetación era tan densa que ennegrecía el cielo, apareció una silueta al final de una ligera cuesta. Entre dos árboles, un hombre inmóvil agarraba un arma en vertical con las dos manos y clavaba la mirada en el horizonte. Tenía los ojos muy abiertos y permanecía absorto, ajeno a nuestra presencia, como un búho inmóvil que espera el momento exacto para abalanzarse sobre su presa. No movía un músculo. Nos detuvimos cerca de él y por fin se movió. Dio dos pasos cortos y se colocó a pocos centímetros de mi cara.

—¿Habéis visto? Somos invisibles.

Eran más: de detrás de unos árboles cercanos aparecieron otros seis hombres armados que no había visto hasta entonces. Un tipo delgado con una sombra de bigote sobre los labios se cuadró con un gesto militar delante de nosotros, chocó los talones, y se presentó pomposamente como el capitán Balingene, el segundo al mando del MAC. Vestía un polo rojo de rayas verdes, blancas y azules, y un pantalón con la cremallera rota. Tenía un humor de mil demonios.

—Vamos, deprisa, os llevaremos frente al general.

Entre constantes gritos para que aligeráramos la marcha, iniciamos una larga caminata, casi carrera, en la que de vez en cuando atravesábamos pequeñas aldeas rodeadas de campos labrados. Cuando Balingene vio que yo saludaba a unos campesinos que miraban atemorizados aquel convoy de hombres armados, se enfureció.

—¡No saludes! ¡No saludes a nadie! —me gritó.

—Vale, vale, tranquilo. Solo he dicho «hola» —respondí.

—¡Está prohibido saludar! ¡No saludes a nadie! —insistió.

A partir de ese momento se colocó detrás de mí, y cuando el camino se ensanchaba lo suficiente caminaba a mi lado.

—Bienvenidos a territorio del MAC —masculló por debajo del bigote después de remontar otra pequeña colina—. Aquí no hay nada que temer.

Rodrigue llevaba siempre un gorro rojo, una camiseta del Fútbol Club Barcelona y un kaláshnikov cruzado desde el hombro hasta la cadera. Tenía también la sed de venganza atravesada en el pecho. Desde los nueve años y junto a su amigo Gloire, también de doce años, formaba la guardia personal del general Mbura, el líder máximo de la banda armada. Dar su vida por protegerle era la máxima de su cargo.

La vida de Rodrigue y Gloire sucedía dos pasos por detrás de aquel hombre de mirada penetrante y manos callosas. El general Mbura era un tipo duro. Tenía la nariz ancha, los labios gruesos y la vista acuosa de quien emborronaba en licor barato las cicatrices de la batalla. Era un hombre efusivo. En Ngenge todos glosaban su valor en la batalla, su capacidad de liderar a cientos de hombres, y desmentían, acaso con menos rotundidad, que a cambio de su protección los obligara a trabajar en una mina de oro de su propiedad. Mbura defendía que, gracias a él, la población local podía vivir en paz, pero la ceremonia militar con la que se refería a su ejército de fieles soldados no cuadraba con la realidad. El suyo no era un ejército al uso. Sus subordinados formaban una suerte de milicia desorganizada, a ratos caótica, donde todos se autoproclamaban capitanes, coroneles o tenientes y ninguno sabía seguir la más sencilla instrucción militar. No tenían ni disciplina ni uniforme: los soldados vestían camisetas rotas, pantalones agujereados y sandalias o zapatillas podridas.

El general Mbura era también un tipo listo. Había sabido ver en la inocencia destrozada de Rodrigue y en la de su colega Gloire algo valioso: dos armas de guerra de precisión. Por eso los había adoptado.

—Ahora soy su padre. Pero yo no los he reclutado, ¿sabes? Ha sido la cólera. ¿Los veis? Si hubiera venido una oenegé a buscarlos, me habría parecido bien; no tengo ningún interés en que estén ahí. Yo los ayudo porque trabajo con ellos.

Cuando el general hablaba, Rodrigue fijaba sus ojos inocentes en la nada, como si no escuchara. No reaccionaba cuando el jefe rebelde aseguraba que los demás adultos trataban bien a los niños de la milicia y eran una gran familia, ni cuando obviaba los insultos o las agresiones que, tras cada noche de alcohol y excesos, los demás soldados descargaban contra los menores. Ni siquiera pestañeaba cuando el general Mbura olvidaba los entrenamientos militares agotadores y absurdos en los que debían imitar con la boca el ruido de los disparos para ahorrar balas —bum, bum, bum, ratatatatá, pam,

pam— o su negativa a dejar que sus dos guardaespaldas menores de edad fueran a la escuela. Vivir ausente era su forma de supervivencia.

Rodrigue era un niño soldado solo por un motivo: por poder dejar de decir «no tengo nada». Porque para niños como él, sin futuro ni salida, la promesa de fidelidad a un grupo rebelde no solo era la forma más factible de mantenerse con vida, sino también, y quizás por encima de todo, una identidad y un objetivo vital. El día que mataron a su padre, Rodrigue se convirtió en un huérfano condenado. Entrar en aquel grupo rebelde le permitía tener algo: un AK-47 y odio. Todo el odio del mundo.

No es ningún secreto que los niños soldados son los mejores asesinos: son baratos, manipulables y fáciles de reemplazar cuando, drogados y cegados por el odio o la inconsciencia, se dejan matar en la primera línea de fuego. La industria armamentística internacional fabrica cada vez armas más pequeñas y ligeras, que se ajustan mejor a los brazos cortos de los menores.

El negocio es enorme: una de cada cinco armas de fuego vendidas en el mundo es de la familia kaláshnikov, especialmente el modelo más manejable, el fusil AK-47. Desde que fue diseñado hace más de setenta años, se han producido más de 70 millones de rifles de asalto Avtomat Kalashnikova modelo 1947.

El engranaje de la industria no se detendrá en breve. Según las Naciones Unidas, en el mundo hay actualmente 12.000 niños soldados, la mitad en África, aunque el organismo admite que solo contabiliza los casos verificados y que la cifra real es muy superior. Además de en Congo, los hay en Sudán del Sur, Somalia, Libia, Mozambique, República Centroafricana y en los conflictos del Sahel o el lago Chad.

Alfons y yo nos habíamos adentrado en aquella base rebelde de Ngenge para contar qué significaba ser un niño soldado. Con una sola premisa: permanecer el mayor tiempo posible. Queríamos conseguir hacernos invisibles, y que surgiera poco a poco la realidad de aquellos dos niños rodeados de armas y violencia. La estratagema funcionó. El primer día, todos los milicianos trataban bien a los dos menores, les dedicaban palabras amables y tenían una actitud de deferencia. El segundo día, las órdenes se hicieron más ásperas y al tercer día cayó la primera colleja y el primer desprecio.

Los hombres de Mbura aseguraban que se habían convertido en

la familia de aquellos dos niños armados, que los consideraban hermanos pequeños y los querían; que los pequeños luchaban a su lado libremente, por voluntad propia, para vengarse. Un detalle destapó la esencia de aquella farsa al quinto día. Como Rodrigue solo tenía una camiseta, la del Barça, le pregunté si le gustaba jugar al fútbol y, como dijo que sí, propuse jugar un partido. Los soldados accedieron y organizaron una pachanga con otros niños de las aldeas vecinas, a los que citaron en el campo de entrenamiento, una explanada a las afueras de la aldea. Antes de empezar, Rodrigue y Gloire entregaron sus AK-47 a un superior.

Cuando el partido terminó, aproveché que Rodrigue se cambiaba de ropa en un rincón del campo para charlar con él a solas. No era habitual aquella soledad: el chaval siempre estaba acompañado de algún miliciano adulto que monitorizaba la conversación. Le dije que jugaba realmente bien y que se notaba que le encantaba el balón. Le pregunté si podía jugar a menudo al fútbol, entre entrenamientos y obligaciones, si tenía alguna tarde a la semana para jugar con otros chavales de su edad.

Rodrigue me miró extrañado.

—¿Fútbol cada semana? No, no, desde que entré al grupo rebelde esta es la primera vez que me dejan jugar.

Con el paso de los días nuestra presencia se volvió incómoda. Un desprecio había sido la señal de que las cosas se estaban torciendo. Darnos cuenta demasiado tarde casi nos cuesta la vida.

Ocurrió la última noche: un rebelde de ojos vidriosos había lanzado contra la mesa el paquete de cigarrillos con el que yo intentaba suavizar mi enésima negativa a darle dinero. Habíamos logrado mantenernos firmes en nuestra tacañería hasta entonces, por principios, presupuesto y supervivencia. Algunos periodistas que se adentran en lugares hostiles basan su seguridad en repartir dinero entre guerrilleros, sicarios o soldados. Es un plan eficaz, pero peligroso: se corre el riesgo de quedarse sin efectivo. Sabíamos que soltar billetes para aplacar la ira o ganarse las simpatías de aquellos milicianos sin disciplina se volvería en contra de nosotros cuando se corriera la voz de nuestra generosidad, las manos extendidas se multiplicaran y la cartera se vaciara, algo que en nuestro caso ocurriría pronto. Nosotros no teníamos apenas dinero y, con el bolsillo tan poco lleno e incapaces de contentar a tantos rebeldes durante

tantos días, habíamos elaborado un plan arriesgado pero firme: no íbamos a soltar ni un céntimo; solo regalaríamos cigarrillos a los soldados rasos y puros habanos a los mandos, por respetar la jerarquía.

Las noches, cuando los soldados se emborrachaban a la luz de las velas, eran el momento más delicado. Insistían una y otra vez. Los rebeldes nos contaban sus penurias, la miseria en la que vivían, que tenían mujer e hijos en una aldea cercana y no podían pagar la escuela o que pasaban hambre. En la penumbra y cuando empapaban aquella vida perra en demasiado *lotoko*, un misil destilado elaborado con maíz, mandioca o plátano con más de 50 grados de alcohol, algunos incluso gemían y tenían que reprimirse para no echarse a llorar.

A menudo costaba no sentir empatía por aquellos milicianos lastimosos, atrapados en aquella espiral de violencia, amenazas y abuso de la que formaban parte activa como verdugos y víctimas a la vez, no se sabía muy bien si por convicción, obligación o desesperación, o por todo a la vez. Al principio aceptaban dóciles nuestras negativas, pero a medida que pasaban los días empezaron a arquear cada vez más las cejas y acariciar amenazantes sus armas. Pronto intuimos que aquello no terminaría bien.

Aunque estábamos en un mundo caótico y violento, el gesto de desconsideración de aquel rebelde hacia mi ofrenda de cigarrillos era un mensaje nítido de que su paciencia se había agotado. Aquellos cigarros desparramados en la mesa, despreciados por aquel tipo borracho, no auguraban nada bueno. Si en el país en general es habitual pedir a quienes tienen más, sean familiares, vecinos o un forastero al que acabas de conocer, se considera terriblemente descortés rechazar la ofrenda del otro, sea cual sea. Es un código inquebrantable: pedir está permitido; aceptar es obligatorio.

La decisión era urgente: debíamos marcharnos en cuanto amaneciera. Recogí el paquete de cigarrillos, alegamos un cansancio atroz y nos retiramos a nuestra habitación, un zulo en el lateral de la choza vecina en el que apenas cabía una tabla de madera que hacía de somier y sobre el que descansaba un colchón individual viejo que debíamos compartir Alfons y yo. Ideamos un plan de huida frágil, pero el único posible. A la mañana siguiente diríamos que queríamos visitar una colina vecina, también controlada por el MAC pero de la que partía un camino que se cruzaba con la ruta por la que habíamos

llegado, y en cuanto pudiéramos saldríamos pitando. Enviamos un mensaje a los motoristas que nos habían acompañado el primer día y les pedimos que vinieran a recogernos en el mismo punto donde nos habíamos separado días atrás. El plan no era robusto, pero era el único.

Para evitar que sospecharan que no íbamos a regresar hicimos la mochila con lo imprescindible y decidimos que abandonaríamos varias piezas de ropa y algo de material (la mosquitera, una linterna, un saco de dormir...) en nuestra habitación, en un rincón. Aquello sería la prueba de que íbamos a volver a dormir. Era crucial que no sospecharan que aquel sería nuestro último día allí y por tanto su última oportunidad para sacar tajada.

Horas después, cuando ya habíamos decidido interrumpir abruptamente nuestra estancia en aquel universo rebelde y todavía no había amanecido, fue cuando un grito atravesó la noche congolesa, me quedé paralizado en la cama y pensé en el mar.

—*Rassemblement! Rassemblement!*

Fue también entonces, mientras los rebeldes nos custodiaban en fila india hacia las afueras de la aldea y creí que estaba todo perdido, cuando sentí un deseo irrefrenable de navegar el río Congo.

Pero antes había que salir vivo de allí.

Los rebeldes nos llevaron a una explanada yerma delante de una unos edificios vacíos. El general Mbura no estaba entre ellos. Tras llevar a cabo unos ejercicios militares rutinarios nos rodearon. Se colocaron en corro, a dos metros de nosotros, cerrándonos cualquier salida. Había llegado el momento definitivo: no teníamos escapatoria.

El corazón me latía con fuerza en el pecho. Mientras acariciaban sus viejas armas con la yema de los dedos, los rebeldes empezaron a quejarse de que en todos aquellos días juntos no les habíamos dado nada, pese a que ellos sufrían mucho, pasaban hambre y no hacían más que luchar y morir. Sabía que probablemente de mi respuesta dependería nuestra suerte. Tenía que pensar rápido, así que me aferré a nuestra única oportunidad: hacerles dudar. Tras subrayar su valor y la heroicidad de enfrentarse sin medios al FDLR para proteger a su gente ante el olvido criminal del Gobierno, apunté que el general Mbura era como un hermano para mí y había llegado a acuerdos importantes con él.

Esa era nuestra única opción. En un grupo rebelde como aquel,

en un sistema jerarquizado, la autoridad y justicia dentro del grupo residen en el jefe, que es quien decide la suerte de los demás. Noté como los rebeldes se movían de un lado a otro nerviosos. Si nos hacían daño y su general tenía negocios con nosotros, aquello podría desatar su furia y suponer un castigo terrible para los responsables. Aquella duda nos dio tiempo.

—Esta noche volveremos a hablar —dijeron.

Alfons y yo nos miramos de reojo, momentáneamente aliviados. No hizo falta decir nada: debíamos salir pitando de allí. De regreso a la aldea, pusimos en marcha nuestra tapadera de ir a grabar a una colina vecina y dejar parte de nuestro equipaje en la habitación. Los rebeldes decidieron que tres hombres nos escoltarían. El lugar estaba en el límite de la zona bajo su control y existía la posibilidad de que en aquellos bosques hubiera enemigos, es decir, soldados del ejército congolés. Era una caminata larga, así que nos pusimos a andar sin demora, con el corazón todavía en un puño.

En el último momento tuvimos un golpe de suerte. Al cabo de unas horas de subida, los dos rebeldes más veteranos se revolvieron inquietos por la proximidad a un territorio poco seguro para ellos. Temían que aparecieran soldados en cualquier momento. Le ordenaron al miliciano más joven que siguiera con nosotros y ellos regresaron a Ngenge. Llegamos a una aldea cerca de nuestro destino. El soldado joven estaba visiblemente nervioso. Le explicamos que queríamos avanzar un poco más para hacer unas tomas rápidas de vídeo pero no queríamos ponerle en peligro, así que le pagamos una taza de cerveza artesanal y le pedimos que nos esperara allí, a salvo.

En cuanto nos alejamos y lo perdimos de vista, empezamos a correr. Avanzamos sin descanso, por caminos, bosques, selva o campo a través, lo más rápido que podíamos, para llegar al punto donde habíamos quedado con los motoristas. Tras dos horas de descenso, llegamos al lugar acordado. Casi se nos cae el alma a los pies: no había rastro de las motos. No teníamos agua ni comida y estábamos agotados después de todo el día de marcha, pero no teníamos alternativa: debíamos seguir descendiendo.

Al cabo de un buen rato caminando oímos el rumor de motores: ¡las motos! Al final del camino, que discurría junto a un acantilado, aparecieron los motoristas. Nos subimos a los vehículos e iniciamos un descenso suicida, frenando con los pies sobre las rocas —mi

motocicleta no tenía frenos, me confesó el motorista—, derrapando en las curvas y reduciendo la marcha cuando el camino se estrechaba peligrosamente. Después de unas horas que parecieron semanas, llegamos a una carretera y nos dirigimos hacia nuestro todoterreno y a nuestro chófer, que nos esperaba inquieto en un pueblo desde hacía días. Mientras dejábamos la selva atrás, abrí la ventana para que el viento me diera en la cara. Suspiré de alivio, para descargar el miedo y la tensión. A mi alrededor, los árboles formaban un muro verde a cada lado de la carretera y las hojas se movían ondulantes y parecían olas.

Tres años después de aquella huida no hizo falta que abriera ninguna ventana para que el viento me diera en el rostro, porque avanzaba en motocicleta a través de una selva controlada por grupos rebeldes. Bandas armadas distintas pero con códigos similares. De jerarquía, poder y violencia.

Habíamos avanzado rápido y, tras rebasar media docena de controles rebeldes más, estábamos a punto de llegar a Kasongo, antigua capital de la trata de esclavos. La ciudad era un lugar seguro, pero desde allí hasta Kindu, el lugar donde la corriente del río volvía a amansarse y permitía la navegación, debería atravesar de nuevo una tierra repleta de otros grupos rebeldes. ¿Cómo? Aún no tenía la menor idea.

Bracard aceleró, la moto carraspeó afónica y yo suspiré de alivio, para descargar el miedo y la tensión. Los árboles, que formaban un muro verde a cada lado de la carretera, movieron ondulantes sus hojas. Parecían olas.

13

Tras las cadenas de Tippu Tip

Bracard detuvo la moto en la entrada de Kasongo. No había necesidad de parar allí, en lo alto de la cuesta frente a una iglesia, pero sirvió para recuperar el aliento: habíamos atravesado sanos y salvos el primer tramo controlado por rebeldes. A nuestros pies se desparramaba la ciudad, cubierta de vegetación. En Kasongo la selva era una presencia constante, una sombra verdosa entre las calles que se tornaba un muro oscuro a la espalda de las últimas casas; una silueta temible a punto de abalanzarse sobre la población.

Tras instalarnos en las habitaciones de una congregación religiosa, y mientras Sylvain conseguía un vehículo fiable y establecía contacto con el líder de los rebeldes que controlaban el siguiente tramo, fui al encuentro de una biblioteca andante: el profesor Senga Kalunga. Nadie sabía más que él sobre aquella tierra herida.

Kalunga, de setenta y tres años, esperaba sentado en una silla de madera frente a su casa de planta baja fumando una pipa corta. Tenía la mirada fija en una intersección de vías arenosas. Aquellas calles eran historia: los esclavistas árabes más poderosos de su época, los comerciantes de marfil más codiciosos y los exploradores más gloriosos, como David Livingstone o Henry Morton Stanley, habitaron aquel enclave en mitad de la selva, epicentro esencial del comercio de seres humanos en África.

El humo de la pipa emborronaba el rostro de Kalunga, que permanecía en silencio, pensando. Una barba canosa y rizada delataba su edad avanzada. Sus arrugas surcadas y unos ojos vivaces advertían también de una vida dedicada a los libros y a su oficio: profesor de historia. Antes de jubilarse, Kalunga había sido director de escuela y consejero de educación, y ahora dedicaba sus días a leer y escribir sobre el pasado encadenado de su tierra natal. Era un sabio.

Al citarlo por teléfono unos días antes, Kalunga había querido saber el motivo de mi interés en él. Le dije que quería comprender por qué, siglo y medio atrás, Kasongo y la vecina Nyangwe se convirtieron en la retaguardia escondida del comercio de esclavos.

Tras estrecharle la mano y sentarme a su lado para empezar a conversar, Kalunga se amasó la barba, apretó los párpados un instante, como si buscara en algún lugar de su memoria, y respiró profundamente.

—Antes de empezar a contarte, dime, muchacho, ¿cuántos días tienes para escuchar?

La geografía había puesto a Kasongo y Nyangwe en el radar de aquel negocio cruel. Ambas localidades fueron las puertas de acceso al río Congo de las rutas comerciales árabes hacia la costa este que pasaban por Ujiji, la ciudad más antigua del oeste de Tanzania. Aquellos caminos también fueron recorridos después por los exploradores europeos: en Ujiji fue donde, en el año 1871, el explorador Stanley encontró al médico y misionero británico Livingstone y supuestamente pronunció la frase «El doctor Livingstone, supongo». Kasongo y Nyangwe eran una suerte de granero de seres humanos para los esclavistas árabes, que llevaban los esclavos hacia Zanzíbar, en la costa índica.

Kalunga se acomodó en su silla.

—El río —explicó— era prácticamente la única forma de penetrar en este territorio selvático, así que los esclavistas usaban la corriente para llegar a las aldeas y lanzar ataques para apresar a seres humanos con los que comerciar.

En la región oriental de Congo, cerca de Kasongo, el pánico se desató entre la población local. Millones de personas fueron apresadas y conducidas luego a Arabia, Persia y la India. La influencia de aquellos sultanatos fue tan enorme que Nyangwe y Kasongo son actualmente de las pocas localidades congoleñas donde el islam es la religión mayoritaria. La trata fue también una herida profunda que se incrustó en la cultura popular.

—Incluso hoy —dijo sonriente Kalunga— cuando un niño se porta mal, se le riñe diciéndole «¡Si sigues así, te vendo!».

Fue una empresa violenta y lucrativa. Esclavistas árabes como Tippu Tip o Msiri se convirtieron en figuras poderosas que controlaban a sangre y fuego enormes regiones y dominaban el

negocio de la trata a lo largo del Congo. El nombre de Tippu Tip no deja lugar a dudas sobre sus métodos: era el apodo que le daban los autóctonos por el sonido de su fusil al disparar y recargar. La importancia de Kasongo fue clave también para las exploraciones en aquella tierra desconocida. Si Livingstone fue el primer blanco en visitar Kasongo, años después Stanley siguió las rutas árabes del comercio de marfil y esclavos y contó con la colaboración y protección de Tippu Tip para una parte de su histórico primer descenso por el río.

Aunque las cadenas formaban parte del pasado de Kasongo, la historia de la esclavitud en Congo tenía una fecha marcada a fuego: el día que, en el año 1482, el primer blanco entró por la desembocadura del río Congo. Kalunga apretó los labios con amargura.

—¡Ah! Cuando los europeos llegaron a las costas de Congo, todo cambió para peor.

Fue gracias al caldo ocre que enturbiaba el agua del mar, y las decenas de troncos arrancados de cuajo y escupidos por la corriente que flotaban entre las olas a cientos de kilómetros de la costa, que el capitán portugués Diogo Cão intuyó en el siglo XV que en tierra firme se encontraba el punto de salida de una lengua de agua descomunal. Cão fue el primer europeo que vio el río Congo y dio el primer paso, incipiente todavía, de una explotación despiadada y un éxodo forzado y masivo que marcaría para siempre el destino de los territorios del río devorador de ríos.

No fueron tierras deshabitadas lo que encontraron aquellos primeros exploradores. La costa estaba ocupada por el reino de Kongo, una estructura feudal y jerarquizada, liderada por un rey que ejercía de protector autoritario y resolvía las disputas. Aquella monarquía feudal dominaba las tierras bajas, cercanas al mar, y fue la primera que recibió a los portugueses. Fue un contacto inicial amable. Pocos años antes de que Cristóbal Colón zarpara desde la península Ibérica para descubrir América, el rey de los bakongos autorizó la entrada de cuatro misioneros europeos a su reino congolés a cambio de que cuatro de sus súbditos viajaran en barcos portugueses hacia Europa.

Aquella puerta abierta entre dos mundos fue una revelación. Cuando sus enviados a tierras extranjeras regresaron tiempo después y explicaron historias maravillosas de civilizaciones lejanas y ciudades imponentes, el rey Kongo quedó tan fascinado que se hizo bautizar y

adaptó el nombre de don João. Su hijo alargó todavía más el abrazo amistoso con los portugueses y escogió el nombre de Alfonso I, con el que reinó cuatro décadas. Lo hizo sobre todo por interés: además del estatus social que le otorgaba a su reino la presencia de jesuitas portugueses y capuchinos italianos, que evangelizaron a las élites locales, la entente con los portugueses le dotaba de poder. El rey de Kongo aprovechó el interés europeo por el comercio de esclavos para someter a pueblos díscolos, y cambiaba prisioneros de reinos rivales por semillas, telas o productos exóticos. La relación se afianzó. Uno de los hijos de Alfonso I fue enviado a Europa a los once años para que estudiara en el seminario y aprendiera latín y portugués. Fue un premio y a la vez una condena: su paso por Lisboa y Roma, donde fue consagrado como el primer obispo negro de la historia, debilitó su constitución y, poco después de regresar a tierras africanas, enfermó y falleció.

Aunque la esclavitud no era un fenómeno nuevo en Congo, donde la practicaban tanto árabes como pueblos africanos, que convertían en sirvientes a prisioneros de guerra o ladrones, la presencia de europeos impulsó el negocio a cotas nunca vistas hasta entonces.

Para Kalunga, hubo un punto de inflexión:

—La llegada a América de los europeos y la creación de plantaciones en aquellos territorios está conectada con nuestro sufrimiento.

Aunque el primer gran cargamento de esclavos africanos llegó a Lisboa desde el África Occidental en el año 1448, casi medio siglo antes del descubrimiento de América, la introducción del cultivo de azúcar en las grandes plantaciones del Nuevo Continente disparó la demanda de mano de obra esclava y renovó el interés hacia las costas de Congo y Angola. Además de los portugueses, también los españoles, británicos, franceses y holandeses se interesaron por el jugoso tráfico esclavista. El aumento de la demanda de azúcar en Europa y los pingües beneficios que generaban los cultivos trabajados por esclavos dispararon la codicia. Como los prisioneros de guerra y delincuentes podían ser esclavizados, los europeos fomentaron el conflicto y la delincuencia. Los barcos que zarpaban de los puertos europeos ávidos del marfil y de esclavos africanos dejaron de llevar las bodegas vacías en el viaje de ida: cargaron armas de fuego y pólvora para desestabilizar comunidades y provocar nuevos conflictos civiles. Aun

así, no fue suficiente. Las plantaciones de tabaco, café, arroz y posteriormente de algodón se multiplicaron en Estados Unidos y en otros territorios, y demandaban más brazos fuertes. La avaricia se centuplicó. El lucro desatado desencadenó la quiebra consciente de reinos africanos como el Lunda o el Luba para poder así traficar con millones de seres humanos.

La moralidad y la ética saltaron por los aires. En Congo se canjeaban seres humanos por cigarrillos, coral, botellas de vino, pólvora o armamento. Se secuestraba a personas para venderlas, meterlas en un barco atestado y enviarlas a un viaje sin retorno por el mar. Los blancos no actuaron solos. Como los europeos no se atrevían a adentrarse en el río por miedo a las enfermedades tropicales, algunos gobernantes africanos se convirtieron en cómplices. Entre 1500 y 1850, cuatro millones de habitantes de la región congoleña fueron hacinados en barcos negreros en condiciones abominables y enviados hacia el Nuevo Mundo. Algunos historiadores elevan la cifra hasta los 15 millones en toda África en el mismo periodo. Perecieron muchos más. Por cada esclavo que sobrevivía hasta llegar a su destino, cuatro morían por el camino.

Kalunga se removió inquieto en la silla. Aquella pesadilla esclavista dinamitó la convivencia. Menos de 250 años después de la llegada de Diogo Cão a la desembocadura de río, el reino del Kongo había desaparecido. El tráfico internacional de esclavos pulverizó los vínculos de la realeza con el pueblo y los sustituyó por alianzas comerciales. Miles de personas, aterradas ante la ola de violencia, huyeron a la selva para protegerse de la escabechina esclavista.

Hubo vencedores en aquel caos. Aquel sistema despiadado, que llegó a su apogeo en el siglo XVIII, contribuyó al despegue económico en Europa y a una acumulación de riquezas esencial para que se desarrollara la Revolución industrial. Además del oro o la plata traídos de allende, los extraordinarios beneficios de las plantaciones labradas por esclavos africanos en América y las fortunas de quienes invirtieron en el comercio negrero explican en buena parte la riqueza de las grandes ciudades europeas de hoy y consolidaron el sistema capitalista.

Kalunga me preguntó a bocajarro.

—¿Te gusta el café?

Pensaba que me estaba invitando a una taza, así que dije que era

muy amable, pero no era necesario.

—No —insistió—, quiero saber si te gusta el café.

—Sí —respondí confundido.

—¿Y te gusta endulzarlo con azúcar?

Lo miré perplejo y no esperó mi respuesta.

—La rutina confortable de los europeos es herencia de aquel dolor.

Cada taza de té o café, cada cucharada de azúcar, cada cigarrillo, cada puñado de arroz o cada suave pieza de ropa de algodón, denunciaba Kalunga, son el eco de aquellos primeros esclavos africanos que se dejaron la piel, la vida a menudo, en las plantaciones del Nuevo Mundo. A África le tocó perder.

—Las personas dejaron de ser personas. Eran un botín de guerra, un producto, una vía para enriquecerse.

Kalunga enlazaba fechas, cifras y contexto a una velocidad endiablada. Más que narrar, parecía que las palabras se derramaban de sus labios tras llevar toda una vida contenidas. Quería contar, explicar, pero también denunciar, condenar, escupir, gritar.

—Fue el mayor desplazamiento de seres humanos de la historia. Se llevaron a la fuerza a los hombres y mujeres más jóvenes, a los más fuertes, y lo dejaron todo arrasado a su paso.

Se había hecho tarde y percibí el cansancio en los movimientos lentos de Kalunga. Antes de despedirnos, el profesor quiso saber más sobre mi viaje por el río Congo y me preguntó si escribiría un libro.

—Lo intentaré al menos —dije.

Kalunga sonrió con los labios apretados.

—¿Y ya te va a caber tanto dolor y tanta vida en un solo libro?

Por la tarde me dirigí a ver las muescas de aquel sufrimiento. Al final de la cuesta que bajaba de la parroquia de Kasongo se encontraban los restos del mercado de esclavos. Un joven seminarista del centro religioso en el que me alojaba, Crispin Kibondo, se prestó a acompañarme y le pidió al anciano guardián, Lambert Masudi, que nos guiara hasta allí. El hombre accedió de buena gana, pero antes entró a su garita y salió con una barra de metal curvada en uno de los extremos.

—Es para las serpientes —dijo.

La maleza había cubierto con un manto verde los lugares donde siglos atrás se vendían seres humanos. Apenas se veía nada. Entre los

hierbajos y arbustos, sobresalían los lomos de piedras colocadas en círculos que ocultaban agujeros excavados en la tierra donde antaño los esclavos aguardaban a ser vendidos al mejor postor. La selva se afanaba en tapar la vergüenza.

Masudi golpeaba la maleza con la barra, a modo de machete, para abrirse paso. De entre la vegetación emergieron lápidas de lugartenientes y sargentos blancos asesinados durante las guerras por el control del comercio de marfil y de esclavos entre europeos y árabes. Llegamos a una explanada amplia de hierba alta. Aquel era el punto principal de distribución de los esclavos que venían del mercado de Nyangwe. Imaginé las escenas que se desencadenaron en aquel lugar años atrás y frente a mí aparecieron filas interminables de seres humanos asustados. Cientos de hombres, mujeres, ancianos y niños, desanimados y desnutridos tras haber sido apresados en sus aldeas junto al río. Para evitar cualquier confusión entre comerciantes, los esclavos llevaban pulseras de plata con el nombre del negrero árabe responsable de su secuestro, su nuevo amo. Entre los gritos de los guardas y el chasquido de los latigazos, algunos de los esclavos eran obligados a marchar desnudos, incluso a correr, para comprobar que no tuvieran ninguna herida o defecto que rebajara su precio. El viaje formaba parte de la pesadilla: una travesía a pie de varios días hacia Zanzíbar, a menudo unidos entre ellos con grilletes y cadenas que pasaban por argollas insertadas en la nariz o las orejas. Aunque en Kasongo se hacían ventas entre esclavistas, era en la costa donde se llevaba a cabo el grueso del negocio.

Crispin y Masudi permanecían junto a mí callados, como si ellos también estuvieran recreando aquella infamia. El trino de los pájaros se transformó en llanto de niños, en aullidos de dolor y chillidos de pánico. El olor a hierba fresca se confundía con el de la sangre que brotaba de la carne abierta por los latigazos del chicote, un látigo hecho de piel de hipopótamo seca.

Crispin fue el primero en romper el silencio.

—Todo este pasado de esclavitud nos duele, nos hace daño. Me llena de rabia pensar que les hicieron esto a nuestros antepasados. Pero me duele también ver que las autoridades no hacen nada para conservar estos lugares. Sin ellos, ¿cómo vamos a recordar lo que nos hicieron?

Al regresar a la parroquia, nos recibió Kitanga Kizito Lazare, el

profesor de filosofía del seminario. Era un hombre alto y afable, que nos preguntó qué nos habían parecido los restos ocultos del comercio de esclavos de Kasongo.

—Es imposible olvidar aquel espanto —dijo—, pero no solo permanece en las piedras. Hay algo dentro de la gente de aquí, en la mentalidad.

—¿Rabia? —pregunté.

—No, desconfianza. Incluso hoy hay recelo hacia cualquier recién llegado. Durante siglos, cualquiera que viniera de fuera, ya fuera europeo o árabe, era una amenaza.

Comprendí por qué aquellos días en Kasongo había notado una hostilidad latente, una reticencia velada a contar y explicar cosas sobre el pasado. Aunque había intentado hablar con decenas de personas, muchas habían declinado hacerlo o esquivaban las preguntas. Nadie sabía demasiado, nadie quería opinar o recordar.

—La gente se siente humillada —continuó Kitanga— y prefiere no hablar de ello. Para la gente de aquí, la esclavitud no es historia; la esclavitud fueron las cadenas que les colocaron a sus abuelos.

14

Río Rebelde

Sylvain estaba inquieto como nunca lo había visto antes. El coche que habíamos apalabrado el día anterior para ir a Kindu debería haber llegado a las cinco de la mañana, pero eran más de las ocho y el chófer respondía los mensajes y llamadas de Sylvain con evasivas. Cuando finalmente el vehículo apareció al fondo del camino, se me torció el gesto.

—Esto no me gusta —susurré.

Junto al chófer, un hombre ocupaba el asiento del copiloto y otro estaba sentado justo detrás. Querían que los lleváramos a Kindu. Como un favor.

En otro contexto, no habría dudado en acceder a llevarlos. En muchos lugares donde no hay una red de transporte decente o escasean los vehículos para desplazarse, es habitual que un pasajero improvisado se deslice en el último momento en el interior del vehículo para probar suerte. Pero no en un lugar así. En una zona roja, controlada por rebeldes, un cambio de planes como ese, aparentemente inofensivo, podía esconder un peligro de secuestro. Sylvain pensaba igual.

Jamás lo había visto tan furioso. No solo echó a aquellos tipos, sino que se negó a que subiéramos al vehículo. Aquel coche ya no era de fiar. Rompió el trato. Aquello suponía un retraso desesperante de varias horas o días, pero no podíamos arriesgarnos.

Tras varias llamadas conseguimos un nuevo vehículo, pero debíamos volver a negociar con el principal grupo rebelde Mai-Mai del siguiente tramo: los Malaika, «los ángeles», en suajili. Aunque al principio habían exigido 500 dólares, finalmente habían aceptado rebajar a 50 dólares porque, dijeron, les habíamos demostrado respeto. Mientras nos dirigíamos a hablar de nuevo con el

representante de la milicia, Sylvain insistió en que aquella demora era necesaria.

—Debemos estar atentos. Cuando bajas la guardia es cuando aparece el peligro.

Aparcamos junto a una casa de dos plantas en una bifurcación de calles. A cien metros había una gasolinera y un guardia de tráfico aburrido pitaba sin parar a los pocos vehículos, personas y animales que cruzaban la calle. Sylvain me pidió que me quedara dentro del coche, para evitar llamar la atención.

Porque un blanco en el cuartel clandestino de un grupo rebelde llamaba la atención.

Desde la ventana noté un ambiente agitado. El contacto del grupo Mai-Mai Malaika, un tipo exaltado que no quiso darnos su nombre, daba órdenes sin parar. Era un hombre musculoso, vestía una camiseta roja y negra apretada, y hablaba por teléfono con las cejas fruncidas. Ordenó al conductor de nuestro coche, Silva Awasi, que aparcara entre un muro y un árbol que quedaba oculto de miradas indiscretas. El rebelde se acercó y me estrechó la mano con vehemencia a través de la ventanilla.

Las cosas habían cambiado. La presencia de aquellos dos extraños en nuestro primer coche los había puesto en alerta. Había otros grupos rivales en la zona y aquello podría haber sido una trampa, una forma de socavar su autoridad o esconder una emboscada para sus hombres. Pese a ello, nos aseguró que realizaría algunos cambios y que podríamos partir en una hora. Después de despedirse con otro apretón de manos sansoniano, un destello de codicia se asomó en su mirada. Se dirigió al chófer y le pidió un 10 % del alquiler del vehículo, para garantizar su seguridad. A regañadientes, pero sin atreverse a discutir, Awasi sacó unos billetes del bolsillo y se los entregó discretamente.

Cuando nos dieron la orden, salimos disparados. Tras el incidente de la mañana era aconsejable estar el mínimo tiempo posible en ruta. Aunque el camino no era bueno, avanzábamos todo lo rápido que podíamos atravesando aldeas de casas de terracota con tejados de paja. No había duda de que los Mai-Mai Malaika nos estaban esperando y habían recibido la orden de aligerar nuestro paso. En los controles, los milicianos apostados junto a las barreras levantaban las ramas de caña gruesa atravesadas en el camino en cuanto nos veían aparecer.

El viaje avanzaba sin contratiempos ni tropiezos, a una velocidad inimaginable, hasta que giramos por una curva amplia en el camino. Un camión bloqueaba la ruta, cargado hasta el último milímetro y hundido hasta la parte superior de las ruedas en un gigantesco charco de lodo. Bajamos para ver si podíamos ayudar y Fessa, una pasajera del vehículo, nos trasladó su angustia. Habían salido hacía tres días de Kasongo y el camión era la tercera vez que se quedaba atrapado en el barro. A aquel ritmo no llegarían a su destino ni en una semana. Habíamos caído en una ratonera. La posibilidad de tener que pasar la noche en aquel lugar me paralizaba.

Awasi no parecía dispuesto a esperar a ver cómo se nos hacía de noche en un sitio así y se destapó como un tipo resuelto: sacó un machete de debajo del asiento y desbrozó vigorosamente un lateral del camino. Él creía que nuestro coche podría pasar; yo no. Tras una buena ensalada de machetazos, arrancó el coche y avanzó lentamente, en equilibrio y resbalando en el barro, con media carrocería sobre la maleza cortada y el resto en el lodo mezclado con la cama de ramas y hojas que había lanzado al charco. Consiguió cruzar. Subí al coche, le di unas entusiastas palmadas en el hombro y le dije eufórico que era el Messi de los conductores de Congo.

—No, no, el Messi no: el Benzema —me corrigió desternillándose.

Llegamos de noche a Kindu y nos recibió una jauría de carroñeros con uniforme: policías corruptos.

La ciudad estaba dividida en dos por el río Congo y por el bolsillo. Al otro lado de la corriente se levantaba una ciudad de casas altas, tiendas y restaurantes, destinada en la época colonial a los blancos y los *évolués*, los congoleses «evolucionados y civilizados» que habían adoptado las normas sociales, la vestimenta y las costumbres europeas. El otro lado, donde nos encontrábamos aún, era el hogar de los asilvestrados, los negros pobres y sin educación. Aquella herencia racista seguía latente: a nuestro alrededor se derramaba una maraña de chabolas sucias de madera y chapa entre callejuelas sin asfaltar.

Para acceder a la orilla había que pasar aquel control policial con el que llevábamos un buen rato a la gresca.

Al vernos llegar, los uniformados del puesto de control salivaron. Eran buitres. Se inventaban problemas irresolubles, tasas imaginarias, peajes ficticios o supuestos sellos que no habían sido estampados en nuestros permisos. Aunque era de noche y habría sido un suicidio

recorrer aquellos caminos a esas horas, nos apremiaban a volver inmediatamente a Kasongo para solucionar todos aquellos problemas. Otros exigían requisar mi pasaporte toda la noche y que fuera a recuperarlo por la mañana u ordenaban que durmiéramos en la cuneta, dentro del coche, porque su jefe no venía hasta el día siguiente.

Estábamos agotados por la tensión del viaje pero mantuvimos la calma y la paciencia. No íbamos a soltar ni un solo billete. El paso del tiempo redujo la efervescencia inicial por sacar tajada. Cuando parecía que finalmente nos iban a dejar pasar, apareció un militar vociferante y el teatro volvió a empezar. Hubo gritos, indignación y problemas irresolubles que él se ofrecía a solucionar por un módico precio.

Dos horas después, rendidos y extenuados pero con todos nuestros billetes intactos en el bolsillo, conseguimos pasar el control. Como ya era noche cerrada y las canoas no cruzaban hasta el día siguiente, nos fuimos a una iglesia a pedir posada al párroco. Con la cocina bajo llave y sin nada a lo que hincar el diente, estiré el agotamiento y el rugir de tripas en una cama estrecha con un colchón fino como papel de fumar. Era una estancia sencilla. En un rincón, sin paredes de separación, había una ducha con un agujero en el suelo y un lavamanos, y en el otro una silla de madera, huérfana de escritorio.

En la pared, el papa Francisco y Jesucristo me observaban misericordes desde unos pósteres arrugados, junto a otro de un Ferrari rojo aparcado frente a una mansión.

Estaba consumido. Intenté leer algunas páginas del *Quijote* pero el sueño me vencía. Cerré los ojos, feliz de haber atravesado indemne la principal zona rebelde. También de reencontrarme con el río. En aquellas orillas se iniciaban más de trescientos kilómetros de curso navegable hasta Ubundu, a las puertas de Kisangani. La mitad del viaje.

Me dormí en unos segundos, con unas ganas locas de volver a navegar.

15

La noche de las ratas voladoras

Tam-tam. Tam-tam. Tam-tam. El eco se propagó durante siglos. El son de la madera hueca resonaba por encima del rumor de la corriente y los aullidos de la selva. De día y de noche, miles de tonos graves y agudos sobrevolaban el cauce plateado del río y sus recodos espumosos con un objetivo: acortar las distancias en el territorio más excesivo de África, un vergel inexpugnable surcado por ríos ensortijados.

Era el sonido del idioma de la selva. Cada poblado a las orillas del Congo contaba con un tambor de hendidura, una suerte de gong tallado en un tronco vaciado con varios agujeros que permitía transmitir mensajes a lo largo de grandes extensiones. No se trataba de un lenguaje plano. Cuando alguien fallecía, se realizaba una cacería excepcional, se propagaba una epidemia o se producía una visita inesperada, los lugareños hacían resonar el tambor para, en apenas unos minutos, llevar un mensaje sofisticado y detallado a aldeas situadas a varios kilómetros. El receptor, a su vez, repetía el mensaje, que volvía a volar hacia las profundidades de la selva y se extendía río abajo.

Pese a que no desarrollaron la escritura, los pueblos de esta región de África central idearon un lenguaje mejor adaptado a la frondosidad del terreno, sin apenas vías de comunicación terrestres: el *langage tambouriné*. Los exploradores del siglo XIX tardaron en comprender la importancia de aquel idioma del tambor. Cuando los primeros blancos se adentraron en el Congo y navegaron corriente abajo, se quedaron asombrados al comprobar que los pueblos a sus orillas sabían de su presencia y se habían preparado para recibirlos, a menudo con las lanzas y flechas afiladas. Al descubrir el motivo, los europeos ningunearon el invento, al que llamaron despectivamente «el

telégrafo de la selva». Erraron por casi una era de distancia: el *langage tambouriné* se había inventado más de mil años antes que el código morse.

Aquella soberbia colonial, que dio por sentado el atraso crónico de la población local, a quien incluso despojó de su propia historia, se mantiene prácticamente inalterable hasta nuestros días. El recorrido histórico del río más salvaje de África suele iniciarse en el año 1874, cuando Henry Morton Stanley emprendió la exploración más osada y valerosa de las concebidas jamás en África y descendió por el Congo hasta el mar. El propio Stanley, enfermo y desmoralizado tras meses de un avance lastimoso por las entrañas de una región que no había sido explorada por ningún europeo, hizo referencia en su diario de viajes al agujero de desconocimiento que rodeaba el gran enigma del continente: «El río desciende hacia lo desconocido, hacia las nubes negras como la noche, llenas de misterio y leyenda. Sin lugar a dudas, algo extraño se oculta en el espacio inmenso que figura en los mapas como un vacío total [...]. Hemos avanzado penosamente a través de la selva atroz, y hemos luchado con entereza en medio de la melancolía. La gente se ha desalentado. Busco un camino».

Pero que no quede registro escrito de la vida a las orillas del Congo no significa obviamente que sus pueblos no tengan historia. Miles de años de existencia, con el surgimiento y caída de reinos poderosos, el establecimiento de rutas comerciales y la fundación de ciudades, precedieron a la llegada de los europeos. Miles de kilómetros al norte del país, en la antigua ciudad egipcia de Elefantina, situada a las afueras de la actual Asuán, una inscripción en la necrópolis de Qubbet el-Hawa da testimonio de la magnitud histórica de los pueblos de Congo. Frente a la tumba del noble Herkhuf, unos jeroglíficos perfectamente tallados en la piedra rojiza narran una extraordinaria expedición hacia el corazón del África negra que el noble aventurero lideró alrededor del año 2250 a. C. Aquel príncipe de Elefantina no emprendió su viaje con afán de gloria o para descubrir otros pueblos: se aventuró en tierras desconocidas hasta entonces para conseguir bienes de prestigio para su faraón, Neferkara Pepy. Esos dibujos egipcios, considerados la primera crónica de viajes conocida de la historia, explican con maestría la odisea de Herkhuf por el continente y cómo, además de conseguir productos exóticos como mirra, pieles de animales salvajes, aceites, ébano,

piedras preciosas o plumas de avestruz, el noble aventurero llegó a las selvas de la cuenca del Congo y se trajo de allí un regalo inesperado para el faraón: un pigmeo. Entre la macedonia de símbolos y jeroglíficos de la entrada a la tumba, una figura pequeña tallada en la piedra, con la cabeza redondeada y las piernas cortas, da cuenta del primer congolés sujeto a una descripción de la historia de la humanidad. Un pigmeo capturado hace más de cuatro mil años en los bosques bañados por el Congo y que fue transportado por el Nilo hacia Egipto para convertirse en el regalo exótico para un faraón caprichoso.

Nuestra canoa de madera cortaba un agua de cristal. Tras sortear una agotadora legión de policías corruptos y oficiales de migración sedientos de dólares, habíamos dejado atrás la ciudad de Kindu. Viajábamos en la canoa de Ramaki, que llevaba a otros seis pasajeros hacia Ubundu, el último puerto antes de Kisangani. Tantas semanas de ruta estaban cobrándose un buen peaje en mi cuerpo, pero el río en aquel tramo daba una tregua visual. Era bellísimo. Bajo un cielo azul salpicado de nubes blancas, la corriente parecía congelada, como si una fina cobertura cristalina recubriera la superficie de un color marrón lechoso que avanzaba lenta y decidida hacia el norte. En la orilla, árboles gigantescos se abalanzaban hacia el agua y los ejemplares más espectaculares mostraban un laberinto de raíces que se hundían en el río. En la orilla, nubes de mariposas blancas o de colores volaban alrededor de libélulas que cortaban el cielo en línea recta. En las copas de los árboles, revoloteaban tucanes y garzas blancas y en las ramas más bajas los martines pescadores aguardaban el momento para lanzarse en picado sobre los pececillos despistados. Cinco aves blancas y negras con una prominente cresta surcaron el cielo sobre nuestras cabezas.

Todos los pasajeros eran hombres, salvo Emmarienne y su hijo Gaspar, de un año y siete meses. Emmarienne, de la tribu songa, viajaba delante de mí y cuando el río se ensanchaba miraba con temor la enorme extensión que nos separaba de la orilla. Había salido de Kabinda, en la provincia de Kasai Central, para ir a ver a su marido, que trabajaba de policía en Kisangani. Ella estudiaba enfermería y aspiraba a encontrar trabajo algún día en la ciudad para instalarse allí y poder tener una casa. Había tardado cinco días, yendo de paquete en varias motocicletas con su hijo atado a la espalda, en llegar a Kindu y,

tras un buen rato de charla, me confesó que aquella era la primera vez que veía el río Congo. Me picó la curiosidad.

—¿Y qué te parece el río?

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió—. No pienso nada del río, es un río grande, eso es todo.

—¿No te da miedo? A mí a veces un poco.

—No me da miedo, y si me da miedo rezo a Dios para no tenerlo.

Aunque hacía calor, Emmarienne llevaba un gorro de colores en la cabeza, una camisa negra con puntos amarillos estampada con gambones de colores y un pantalón largo de chándal rojo. Usaba una tela de color verde y amarillo para protegerse ella y a su hijo del sol. Me caía bien porque hacía más preguntas que yo. Tras un rato de silencio, no pudo más.

—¿Por qué a los blancos no os gusta traer hijos al mundo?

Le dije que eso no era verdad, pero que en Occidente la vida era cara y costaba mucho dinero criar a un hijo. No le convenció.

—Aquí en Congo también es caro para nosotros, que no tenemos tanto dinero, pero los traemos al mundo.

—¿Cuántos hijos te gustaría tener? —repliqué.

Me miró con extrañeza.

—¿Cuántos? Es Dios quien lo decidirá, no yo. Yo solo soy una mujer.

Sin previo aviso, Ramaki giró el motor y dirigió la punta de la canoa hacia una aldea de chozas de caña, donde anunció que debía recoger unas cajas de cigarrillos. Estaríamos de nuevo en marcha en diez minutos. Doce como máximo, puntualizó.

Por supuesto, me temí lo peor. En cuanto se corrió la voz de que un blanco había llegado a la aldea, aparecieron de debajo de las piedras una decena de hombres vestidos con ropa civil pero que se presentaron como responsables de seguridad, agentes fluviales, representantes de la policía marítima u oficiales de migración. Absolutamente todos pedían dinero para dejarnos continuar el viaje o se inventaban multas o impuestos aduaneros por mi mochila. Como los diez minutos de Ramaki se convirtieron en tres horas de espera y yo no soltaba ni un solo billete, la paciencia de aquellos tipos acabó flaqueando. También la de Sylvain, que llevó a empujones a Ramaki de vuelta a la canoa. Pese a que siempre trataba de mantener la calma y poner buena cara, aquellas discusiones y negociaciones empezaban a

desgastarme el ánimo.

No podía imaginar entonces que aquella fatiga no sería nada en comparación con lo que estaba por llegar.

Llegamos a medianoche a Lowe, una aldea sin luz que nos recibió con una sinfonía de miles de ranas croando a la vez. Había que subir una cuesta para llegar a la población, donde nos hospedamos en el único hostal disponible: un agujero. La cocina estaba cerrada, las duchas no funcionaban y nadie había limpiado las habitaciones en meses. Nada más entrar a la mía, totalmente a oscuras, noté crujir algo bajo la suela de mis botas. Alumbré con la linterna y suspiré: una capa gris de excrementos de ratón cubría el suelo de la habitación, totalmente desnuda a excepción de un camastro de madera con un colchón podrido y una sábana sucia. Cerré todo lo bien que pude la mochila, la até con un cordino a la reja de la ventana para alejarla de los dientes de los roedores y ajusté la mosquitera alrededor de la cama. Pese a la suciedad y el hambre, estaba tan agotado por el viaje que me dormí profundamente en cuestión de segundos.

Enseguida me despertó un golpe. Confundido y a oscuras, noté que algo trepaba por la reja a escasos centímetros de mi cabeza. Alumbré con la luz del móvil y lo vi: un murciélago avanzaba penosamente por la mosquitera. Subió hasta el punto más alto, donde se ocultó en un remolino de tela. Agucé el oído y oí que bajo mi cama se movían ratas o ratones que roían trozos de madera o restos de comida. Sonó un «plof». Otro murciélago se había lanzado contra la mosquitera y chillaba para zafarse de la red. En un acto reflejo, cogí una botella de agua que había dejado dentro del saco y golpeé con ella a aquella rata alada. El pobre animal salió despedido con un grito agudo y cayó rodando por el suelo.

En la penumbra apenas acertaba a ver el vuelo fugaz de los murciélagos cuando atravesaban el haz de luz de mi linterna. Había decenas de ellos. Al alumbrar hacia el suelo, vi correr a un par de sombras peludas. Pese al cansancio, no pude pegar ojo y me pasé la noche espantando a aquellas bestias voladoras que chocaban contra la mosquitera y trataban de colarse dentro de la cama. No había amanecido todavía cuando apareció Sylvain en la puerta. Tampoco había pasado una buena noche.

—Volvamos a la canoa. Vámonos cuanto antes de aquí.

En el puerto, tres hombres con kaláshnikov hacían guardia frente

a nuestra embarcación. Nos estaban esperando. Ramaki, que tenía ya todo listo para partir, nos lanzó una mirada de inquietud. «Vigilad con estos tres», nos avisó sin palabras. En cuanto nos vieron empezaron a gritar y a echar espumarajos por la boca. Eran soldados, decían, aunque no lo parecían. Uno llevaba una gorra deshilachada, camisa de camuflaje y tejanos azules; otro, una chaqueta militar que le quedaba enorme sobre una camisa roja de Coca-Cola, y el último, chanclas, un pantalón militar y camiseta negra. El de la gorra llevaba la voz cantante. Gritaba tanto que lanzaba perdigones de saliva al hablar y noté en su aliento que había tomado cervezas para desayunar.

—¿Por qué tenéis tanta prisa por marcharos? Llegasteis de noche y os vais pronto, ¡es muy sospechoso!

—¡Os llevaremos al calabozo! —gritaba el otro.

—¡Si sois espías os fusilaremos! —añadía el tercero.

El sol había empezado a calentar la mañana y un grupo de curiosos se había congregado a nuestro alrededor. Los tres hombres intentaron empujarnos hacia unas garitas apartadas de la multitud. Sylvain y yo forcejeamos para evitarlo. Si nos llevaban a un lugar apartado sería nuestra perdición.

A pesar de que la cabeza me daba vueltas por el cansancio, intenté no perder la calma y adivinar quién mandaba allí. Si de verdad eran militares, que tampoco habría dado un brazo por ello, debían tener un jefe. Lo encontramos en una sombra. En un rincón apartado, un hombre orondo vestido de uniforme observaba la escena desde una silla blanca de plástico. Me acerqué a saludarlo y me estrechó la mano. Llevaba una chaqueta abierta que dejaba entrever una camiseta negra con unas letras blancas que rezaban «*All will be ok*». Era el comandante del grupo. Tras responder a su interrogatorio, ya sin gritos ni amenazas, nos pidió que pagáramos la tasa de seguridad militar. Sylvain no se dejó amedrentar:

—Mi comandante, los dos somos congoleses...

Fueron dos horas de toma y daca. Sylvain sacó a relucir su experiencia de años tratando con personajes así y consiguió atemperar la situación. Respondía las preguntas del comandante sin titubeos, sin dejarse amedrentar, guardando siempre la calma y con un tono bajo pero firme. Cuando los tres subordinados se dirigían a él, ni siquiera los miraba a la cara. Sylvain hablaba solo con el comandante. Al final todos se relajaron un poco pero estábamos en un callejón sin salida.

Los soldados ya no gritaban, pero como no soltábamos dinero no nos dejaban ir. El tipo de la gorra, el más borracho de todos, estaba perdiendo la paciencia.

Entonces se me encendió la luz: empecé a hablar de fútbol con el comandante. Era del Chelsea y del Bayern de Múnich. Como la atmósfera se pacificó ligeramente, abrí la mochila, saqué pines del Barça, bolígrafos y banderines y se los ofrecí. Sonrió complacido y los otros tres tipos alargaron el brazo. Repartí más emblemas blaugrana y la situación se relajó definitivamente. El comandante estrechó la mano de Sylvain y nos dejaron ir.

Pese al cansancio, saltamos eufóricos a la canoa y, en cuanto nos alejamos, Sylvain y yo nos fundimos en un abrazo y saltamos de alegría.

—Ha estado cerca, amigo mío —dijo Sylvain.

Estábamos profundamente agotados y aquel momento de alegría fue un balón de oxígeno. Al cabo de un rato me recosté entre dos sacos de la canoa, me encajé la gorra hasta las cejas y me quedé dormido.

No tardé demasiado en despertarme. Un espléndido sol en lo alto del cielo fustigaba inclemente la canoa. Enseguida vi que había ocurrido algo: Sylvain alzó la vista de su móvil, en el que estaba trasteando, y me lanzó una mirada de preocupación.

En cuanto lo vi acercarse, supe que se avecinaban cambios. Mi compañero de viaje acababa de recibir una oferta para trabajar como *fixer* de un equipo de una televisión rusa. Eran dos semanas de trabajo para él, pero debía partir en tres días a la ciudad de Goma, en el este del país. En cuanto llegáramos a Kisangani, nuestros caminos se separarían. Sylvain sentía no poder acompañarme más allá, pero la oferta de los periodistas rusos era irrechazable.

No hizo falta que me dijera nada más.

A lo lejos apareció la silueta del puerto de Ubundu. De allí, nos habían dicho, se llegaba a Kisangani en un santiamén. Sonreí feliz por haber alcanzado la mitad del trayecto, pero fue una sonrisa algo amarga.

Y pronto se vio que precipitada.

16

Una hora

Que después de cien metros recorridos a mi moto se le cayera el embrague de cuajo y se quedara semienterrado en la arena debería haber servido de advertencia de lo que se avecinaba. No lo supe o quise ver. Debilitado después de la terrible noche anterior, solo soñaba con llegar a Kisangani. Tanto el barquero Ramaki como los conductores de los mototaxis que habíamos contratado en el puerto, Mboye y Samuel, aseguraban que la ciudad estaba a poco más de una hora de viaje desde Ubundu. Como era temprano, calculé que si nos dábamos prisa podríamos incluso llegar para desayunar.

Con los músculos aún entumecidos por la navegación, llevado quizás por el agotamiento, cometí el peor error que se puede cometer en Congo: bajé la guardia. Transgredí una ley básica de la supervivencia. Cuando se nubla el juicio, ya sea por miedo, nerviosismo, impaciencia o cansancio, toman el mando la imprecisión, la torpeza y el error. Luego, cuando las cosas se tuercen, preferimos llamarlo mala suerte. Aquella mañana, al bajarme de la canoa en Ubundu, pensé que el viaje había terminado y dejé de pensar. Probablemente no hay un lugar en el mundo que castigue más un error así que Congo.

Después de llevar a reparar el embrague, que soldó con presteza un hombre con bigote en un puesto de caña junto al camino, emprendimos la ruta hacia Kisangani. A partir de allí, el río se volvía navegable hasta la capital y esperaba que los contratiempos logísticos para encontrar un modo de avanzar, aunque no terminaran por completo, sí fueran mucho menores que en el primer tramo. Estaba reventado y hambriento: necesitaba que fuera así.

Me acomodé en el asiento trasero de la motocicleta y me relamí con la idea de que, en poco más de una hora, estaría debajo del chorro

caliente de una ducha en condiciones en un hotel limpio y con las paredes color crema. En aquel momento no presagiaba en absoluto la odisea que estaba a punto de vivir.

El primero golpe de realidad fue húmedo. Al poco de iniciar la ruta, el cielo se abrió y cayó sobre nosotros una cortina de agua inclemente. Las gotas, del tamaño de pelotas de golf, golpeaban las hojas de los árboles, que se movían de arriba abajo como si fueran la piel de un tambor gigante y ondulante. El camino se convirtió en un barrizal. No había otro modo de avanzar ni ninguna manera de guarecerse, así que simplemente continuamos la marcha. Atravesábamos charcos de lodo tan profundos que las ruedas se hundían hasta la mitad o más y el barro se colaba en las botas y empapaba los calcetines. La sensación era placentera al principio, por el frescor del agua, pero sabía que pronto sería un martirio, ya que se me reblandecería la piel de los pies y me castigaría el frío.

Pese a la lluvia, yo seguía noqueado. En los pocos tramos en los que el camino se suavizaba, me entraban unas ganas irrefrenables de cerrar los ojos y dormir unos segundos. Sabía que no podía hacerlo, porque el camino era irregular y debía agarrarme a Samuel para no caerme, pero el deseo de terminar con aquel agotamiento que agarrotaba mi cuerpo hipnotizaba mi raciocinio.

Pronto llegaron más puñetazos de realidad. En un charco que ocultaba varias piedras, Mboye, el motorista de Sylvain, entró en modo suicida y en cuanto el neumático delantero impactó con una roca sumergida ambos saltaron por los aires y salieron despedidos hacia un costado. Sylvain se llevó la peor parte: se hizo un arañazo profundo en el antebrazo. El dolor le desató la furia y dedicó una retahíla de insultos al motorista, que, cabizbajo, embarrado y magullado, aguantaba el rapapolvo mientras trataba de rescatar la motocicleta del agua.

No pude evitar sentir lástima por los conductores ante la ira de Sylvain, que debía de estar tan cansado como yo, aunque mi compasión se volvió pronto relativa. Esquivando la mirada, Mboye confesó que no había pensado en llenar el depósito y no tenía suficiente gasolina para llegar a Kisangani. En cuanto lo dijo, Samuel me miró con ojos de carnero: él tampoco. El primer reflejo fue mandarlos al infierno, pero sabía que en aquella situación había fallado yo. Si hubiera estado atento, más despierto, habría previsto ese

contratiempo antes de partir y habría comprobado un detalle tan vital. Me obligué a sacudirme el cansancio, guardar la calma y pensar a toda prisa.

Tendríamos que arreglárnoslas para encontrar combustible en alguna de las aldeas de camino, donde quizás vendían gasolina en botellas de cristal. Entretanto, para evitar quedarnos en tierra de nadie, en cada bajada parábamos el motor de las motos y descendíamos al trantrán, a veces tan lentos y sorteando tantos baches que a pie habríamos ido más rápido.

Enseguida quedó claro que íbamos a tardar un mundo en llegar a Kisangani. Consulté el GPS de mi teléfono y calculé la distancia entre Ubundu y Kisangani, algo que debería haber hecho también antes de salir. Cuando aparecieron los resultados no me lo podía creer: había 135 kilómetros entre ambas ciudades. ¡135 kilómetros! Ni siquiera con una carretera asfaltada de doble carril habría sido posible recorrer aquella distancia en una hora, como todos nos habían jurado antes de partir. Y aquel sendero no era ni siquiera un camino. La ruta estaba hecha trizas por la desidia gubernamental y la falta de mantenimiento, que había permitido que la selva engullera la vía. Que absolutamente todo el mundo en Ubundu nos hubiera repetido que se tardaban apenas sesenta minutos en llegar a la gran ciudad no era una excusa. Conocía demasiado el optimismo kamikaze de muchos congoleses como para tomarme aquellos cálculos como ley.

Visualicé el desayuno y la ducha caliente difuminándose en el horizonte y me acomodé de nuevo en la parte trasera de la motocicleta. Apreté los dientes y me preparé para lo que estaba por venir. Llevábamos seis horas de viaje, con constantes botes y rachas de lluvia intermitentes que me habían calado hasta los huesos, y me dolían la espalda y el culo, pero cerré los ojos para concentrarme y hacerme a la idea de que no habría más remedio que aguantar. Miré de nuevo el mapa satélite y me prometí no volver a hacerlo más: no habíamos recorrido ni la mitad del camino.

Una hora después sonó un crac. La moto de Sylvain, que iba unos metros por delante, soltó un chispazo y la cadena salió disparada, rota en pedazos. Al ver lo que acababa de ocurrir, Sylvain se abalanzó contra Mboye.

—Pero ¿qué tipo de basura con ruedas es esta, imbécil?

Intenté tranquilizarlo y decirle que ambos estábamos cansados de

tantos días de viaje sin comer apenas y casi sin dormir. Sylvain asintió pero sumó razones a su nerviosismo: no era solo el agotamiento lo que le crispaba los nervios, sino ver que el camino, pese a estar lejos de la ciudad, era accesible. El componente fundamental para que los bandidos campen a sus anchas, asalten a los viajeros y desaparezcan por donde han venido en un santiamén.

—Hay que salir de aquí cuanto antes. Y si puede ser antes de que anochezca, mejor; esto se puede poner feo —zanjó Sylvain.

Parar, respirar y pensar. No había alternativa si queríamos escapar de allí. Le pedí a Samuel que se adelantara con Sylvain, que conocía la lengua local, a buscar un mecánico que pudiera venir a ayudarnos. Si en una hora no encontraban ayuda, deberían regresar y nos prepararíamos para buscar otra solución juntos. En cuanto partieron, Mboye y yo aprovechamos que el cielo nos daba una tregua y nos pusimos a empujar la moto averiada. Veinte minutos de arreones después, llegamos a la pequeña aldea de Babolemba. Nada más alcanzar la altura de la primera choza, salieron a nuestro encuentro Sylvain y Samuel, acompañados de un tipo con una bolsa vieja llena de herramientas colgada de un hombro.

Algo más aliviados, dejamos al motorista con aquel hombre y nos acercamos a una especie de choza-colmado que vendía galletas, cigarrillos y refrescos. No habíamos comido nada desde el día anterior, así que engullimos unas galletas con un refresco de naranja templado y pasamos el rato charlando con unos vecinos que se acercaron curiosos.

A los pocos minutos estábamos rodeados. Una veintena de jóvenes escuchaban y preguntaban qué hacía un blanco como yo en aquel lugar. Kadafi, un chaval veinteañero con una camiseta falsa de Gucci, se erigió en el portavoz. Al explicarles que venía de Barcelona, se formó la revolución. Kadafi juró entusiasmado que era seguidor culé y, aunque en la aldea no había electricidad ni tenía forma de ver los partidos, seguía por radio los resultados de su equipo. Otros se sumaron a su entusiasmo blaugrana y se desató una riña con bastante más teatro que animosidad con los también abundantes seguidores del Real Madrid.

Después de más de dos décadas recorriendo África me sigue fascinando la capacidad incomparable del fútbol para tender puentes entre personas desconocidas y de mundos diferentes, que a veces ni

siquiera tienen una lengua en común para comunicarse. La fuerza de balón es arrolladora. Alrededor del esférico se puede crear en cuestión de segundos una complicidad contagiosa con señas o golpecitos en el hombro gracias a la simpatía compartida por los colores de un equipo de fútbol que juega a miles de kilómetros de allí.

Kadafi seguía haciendo preguntas. Quería saber qué se sentía al ver un partido desde las gradas. Le pregunté si le gustaría ir al estadio algún día y negó con la cabeza: su sueño no era ver un partido en el Camp Nou, su sueño era poder ver pronto otro partido en una televisión. La última vez que había visto un encuentro en directo había sido años antes y había sido una pesadilla: la derrota 2 a 8 contra el Bayern de Múnich.

Como recordar tragedias blaugranas en mi estado de extenuación no me parecía la mejor forma de levantar el ánimo, cambié de tema, y repartí algunos pines del Barça para premiar aquella fidelidad a prueba de decepciones. Kadafi lo celebró como si le hubiera dado un diamante.

Tras casi tres cuartos de hora, fuimos a ver cómo avanzaba la reparación de la motocicleta. Al llegar, vimos que el motorista, en cuclillas frente al vehículo, daba golpecitos con un destornillador a la cadena y, justo detrás de él, sentado en una piedra, el mecánico observaba escéptico sus esfuerzos sin mover un músculo.

—¿Por qué no está el mecánico arreglando la moto? —gritó Sylvain.

Sin moverse de la silla, el hombre explicó la ecuación.

—No quiere pagarme lo que le he pedido, así que le he sugerido que lo intente él.

—Pero ¡¿cuánto dinero le has pedido?! —interrumpí.

—Mil francos. —O sea medio dólar.

A mí me dio por reírme, desesperado, pero Sylvain estaba fuera de sí. Le habíamos dado 25 dólares a cada motorista por aquel viaje, no habían puesto gasolina y ahora Mboye era incapaz de gastarse medio dólar en arreglar el estropicio de la cadena.

Saqué mil francos de la cartera y el mecánico cogió el destornillador.

Aparté a Sylvain de la escena y le confesé mis dudas.

—¿Crees que los motoristas lo están haciendo a propósito para retrasarnos? ¿Puede ser una trampa?

Sylvain se encogió de hombros.

Diez minutos después, la cadena estaba como nueva y reemprendimos la marcha. Duró poco.

Tras salvar un buen tramo de selva y tomar una curva pronunciada a la derecha, todavía intranquilos por la posibilidad de toparnos con ladrones en el camino, oímos un griterío de fondo. Parecía una suerte de manifestación, un rito o una pelea quizás. Después de un tramo de maleza espesa, se desplegó ante nosotros el origen de aquella algarabía. En mitad de un poblado de casas bajas y chozas de paja, había una treintena de jóvenes que aullaban, gritaban y bailaban agitando bastones y palos sobre sus cabezas. Comprobé horrorizado que era imposible esquivarlos. Entre ellos y la selva había dos casas bajas de cemento, así que el camino estaba bloqueado de lado a lado. Al ver aparecer un blanco, lanzaron vítores y alzaron las manos al cielo.

Una sacudida fría me recorrió la espalda, pero no tenía tiempo para pensar. No había escapatoria posible. Sylvain, que iba delante, se volvió y noté la tensión en su rostro. Había que pasar. Hizo un gesto a su motorista para que aminorara la marcha pero no se detuviera y siguió avanzando lentamente hacia el muro de chicos, ya a unas decenas de metros de nosotros. Samuel y yo los seguimos, varios metros por detrás.

Cuando llegamos a la altura del cinturón de jóvenes, la motocicleta de Sylvain redujo la marcha para pasar lentamente entre ellos. Tragué saliva, aún a cierta distancia por detrás. Poco a poco, el muro de jóvenes se abrió mansamente. Los chavales, excitados, gritaban y daban golpecitos en el hombro a los dos pasajeros. En cuanto el vehículo rebasó la fila humana, desapareció de un acelerón. Noté como la atención de aquella columna que bloqueaba el camino se volvía hacia mí. Intenté tranquilizarme. No tenía sentido que hubieran dejado pasar a Sylvain si querían robarnos.

¿O sí?

Samuel redujo también la velocidad y avanzó hacia el grupo. Aumentaron los gritos. Dos chicos nos señalaban excitados y se daban golpes en el pecho y empujones mientras gritaban «*Mundele! Mundele!*». Cuando estábamos a apenas tres metros de la masa, mis temores se hicieron realidad. Antes de que pudiera reaccionar, Samuel detuvo el motor, se bajó de la moto y desapareció entre la multitud.

En cuestión de segundos, me vi rodeado por una caterva de jóvenes que saltaban y se agitaban a mi alrededor, espoleados por la inesperada presencia de un blanco en su territorio. «¡*Mundele*, dólar!», «¡Hombre blanco, dame francos congoleses!», «*Donnez-moi de l'argent!*». Un chico con rastas cortas se plantó a pocos centímetros de mi cara frotándose los dedos de una mano.

Noté como un chute de adrenalina despertaba cada músculo de mi cuerpo: era miedo. Intenté localizar entre la muchedumbre a Sylvain, pero no veía absolutamente nada. Exploré una salida por los lados: no había ninguna opción de escapar. Busqué a Samuel con la mirada. Nada. No había ni rastro de él. ¿Me había abandonado a mi suerte? No me lo podía creer. ¿Estaba compinchado con aquellos tipos? ¿Los retrasos habían sido una comedia para organizar aquella emboscada?

Tenía cierto sentido.

Las emboscadas son una de las formas de combate más habituales de las guerras africanas en zonas boscosas o selváticas. Casi todo son ventajas: quienes las ejecutan solo tienen que esperar en la seguridad de su escondite a que su víctima caiga por sí sola en la trampa. Como la vegetación acota la ruta, los caminos son estrechos y habitualmente son la única opción para llegar de una aldea a otra. En esos casos, la densidad de la selva se convierte en un aliado de los asaltantes, porque teje una tela de araña impenetrable que impide dar un rodeo o esquivar la ruta principal, la única ruta, y conduce a la víctima directamente hacia sus verdugos, invisibles hasta el último instante, cuando ya es demasiado tarde para escapar.

Así me sentía yo. Como una mosca. Como un insecto que, atraído por un resplandor, se había abalanzado inconsciente hacia una tela de araña donde aguardaba su verdugo. Pero había algo que no cuadraba. ¿Por qué tanto ruido? Si hubieran querido sorprendernos, no habrían estado cantando ni danzando en mitad del camino. Tampoco tenía sentido que estuvieran plantados en mitad de un poblado y mucho menos que nos hubieran dejado tiempo suficiente para darnos la vuelta y huir. ¿Qué estaba pasando?

Intenté recuperar la calma, todavía subido de paquete en la motocicleta, y me fijé mejor en lo que ocurría a mi alrededor. Los jóvenes saltaban y bailaban, pero no de un modo agresivo. Me miraban excitados, sí, pero su actitud no era violenta, sino entre

curiosa y risueña. Si hubieran querido robarme, mi mochila y el resto de mis pertenencias ya habrían desaparecido de la parte trasera de la moto, donde estaban amarradas con una tira de goma. ¿Pedían dinero? Sí, pero no con una actitud amenazante, sino festiva. Definitivamente, no tenían pinta de asaltantes. Al cabo de un par de minutos, Samuel se abrió paso entre ellos, me saludó con una sonrisa de oreja a oreja y me enseñó tres cigarrillos blancos en una mano. Había parado a comprar tabaco.

Salimos de la aldea cuando el sol empezaba a ruborizarse y a los pocos metros nos encontramos con Sylvain, que regresaba para ver qué demonios estaba pasando y por qué no les alcanzábamos. Cuando le expliqué lo sucedido, y que pensaba que había caído en una emboscada de asaltantes, lanzó una mirada asesina a Samuel, que sonrió pícaro mientras agitaba un cigarrillo en la punta de los dedos.

Había oscurecido y, pese a que llevábamos más de doce horas de viaje, el cansancio había desaparecido como por arte de magia. Ya solo quería salir de allí. El camino seguía en un estado lamentable y cada dos por tres nos tropezábamos con árboles atravesados en mitad de la vía que nos obligaban a bajar de la moto y levantarla a pulso. Primero una rueda y después la otra.

Tras una recta corta, nos topamos con un árbol caído que dejaba un hueco por un costado. Estaba cubierto de lianas y enredaderas enlazadas por todo el tronco que caían en cortina hasta el suelo y formaban una puerta vegetal que debíamos atravesar para continuar nuestro camino. Nos vimos obligados a inclinar la moto más de cuarenta y cinco grados para avanzar entre la oscura red de lianas y hojas mojadas. No habíamos dado ni diez pasos cuando nos dimos cuenta de nuestro error.

El cuerpo nos ardía. Sylvain lanzó un alarido.

—¡Hormigas!

Teníamos los brazos, las botas, la camisa y los pantalones llenos de hormigas del tamaño de una uña. Había cientos de ellas. Parecía increíble que, en apenas unos segundos, tal cantidad de insectos hubiera podido agarrarse a nuestro cuerpo. El reguero de hormigas enloquecidas se desplazaba frenéticamente por nuestros brazos y piernas. Y mordían. Un dolor penetrante me punzó los tobillos y noté como los insectos me subían por dentro del pantalón. Me golpeé las piernas con fuerza para aplastarlas contra mi piel. Si no conseguía

matarlas, se revolvían con fiereza. En cuanto apartaba la mano, me picaban. Grité de dolor.

Al lado de las inofensivas hormigas europeas, las congolesas, las llamadas marabunta, son un león. Bautizadas también como guerreras o legionarias, se caracterizan por su carácter depredador. Nómadas sin hormiguero estable, estas hormigas, de las más agresivas de su especie, forman ejércitos numerosos —las reinas pueden tener una fecundidad legendaria, de más de un millón de huevos— que vagan sin cesar por la selva en busca de sus presas, a menudo de un tamaño varias veces superior a ellas, a las que atacan sin piedad aprovechándose de su gran número.

Cualquier cosa que se cruce en su camino es devorada. Sus mandíbulas alargadas y curvas despedazan a sus presas mientras segregan un ácido disolvente que reblandece la carne de su víctima y les permite devorarla antes de seguir avanzando en busca de más comida. Aunque no tienen un nido como las otras especies, sí construyen refugios temporales o vivacs, que forman con sus propios cuerpos apelotonados, habitualmente en los troncos de los árboles o en madrigueras excavadas en el suelo. Ante la más mínima perturbación del nido, las guerreras más jóvenes salen disparadas a defender la colonia, dispuestas a matar al intruso.

Y nosotros éramos los intrusos. Al pasar por debajo de aquel árbol caído debíamos haber rozado el vivac de un ejército de hormigas guerreras que dormitaba en la corteza o entre las lianas y que se había abalanzado sobre nosotros.

Al cabo de unos minutos que parecieron una eternidad, con el cuerpo dolorido y las manos llenas de trozos de bichos aplastados, empecé a notar que disminuían los mordiscos e inicié una intervención casi quirúrgica para quitármelos uno a uno de la ropa. A unos metros, Sylvain y los motoristas lanzaban manotazos entre quejidos, tratando de alumbrarse con el foco de las motocicletas, cuyos motores rugían y cortaban el silencio a nuestro alrededor. En mi caso, llevar botas altas y ceñidas al pantalón, además de una camisa de manga larga, me había dado cierta tregua y permitido sacármelas de encima en poco tiempo, pero Sylvain apenas llevaba una camiseta y unos pantalones anchos. Lo pagó caro: Aullaba de dolor y mentaba a los mil diablos. Se había despojado de la camiseta y daba saltos intentando expulsarse las hormigas, que se resistían a desprenderse de

su piel ahogada en sudor. Tenía cientos por todo el cuerpo. Samuel, Mboye y yo intentamos sacárselas de encima, aplastándolas sin misericordia entre los dedos mientras vigilábamos que no llegaran refuerzos por el suelo.

Cuando la situación estuvo bajo control, salimos pitando. Aunque la moto de Sylvain iba una decena de metros por delante, de vez en cuando lo oía jurar en arameo.

Queríamos llegar. Necesitábamos llegar. Haber empezado el día pensando que apenas quedaba una hora de viaje había sido el peor punto de partido posible. Aunque nos estábamos acercando al final del trayecto, no quería repetir el error de cantar victoria antes de tiempo. Intuía que aún quedaba alguna sorpresa más. Y no me equivocaba.

Estábamos a apenas tres o cuatro kilómetros de Kisangani y avanzábamos a través de la oscuridad. Rozábamos con los dedos, por fin, nuestro destino. La selva aparecía fugazmente ante el haz del foco de la motocicleta y desaparecía a continuación en la negritud más absoluta. Tenía los músculos tan acalambrados, estaba tan lleno de barro y tan exhausto que me concentré solo en la posibilidad de llegar. Temía caerme si no me agarraba bien. Me preocupaba también que las canoas que debían llevarnos a la otra orilla, donde se levantaba la ciudad, ya no estuvieran disponibles a esa hora de la noche. Las fronteras ribereñas de las urbes congolesas suelen estar repletas de ladrones o policías aduaneros corruptos. Debíamos darnos prisa.

Cuando atravesábamos el último poblado antes de llegar a la ciudad, justo a las afueras, Sylvain mandó parar.

—¿Qué demonios pasa? —dije desesperado—. ¡Si ya casi estamos llegando!

—Déjame hacer una llamada, es importante.

Cuando colgó, su cara era una sombra. Había llamado a un contacto que le había confirmado su temor: a esa hora de la noche no era aconsejable continuar porque un kilómetro más adelante había un cuartel de formación de nuevos reclutas del ejército.

—¿Y qué problema hay? Así seguro que no hay bandidos en ese tramo.

Sylvain negó con la cabeza.

—El problema es que ellos son los bandidos.

Por la noche, cuando los mandos ya no estaban en el cuartel, los jóvenes cadetes salían al camino y abusaban de los viajeros. A veces

les pedían un peaje para pasar, pero otras veces, borrachos o envalentonados por su uniforme recién estrenado, robaban directamente a quienes se encontraban en el camino.

Derrotados y cubiertos de barro hasta las entrañas, buscamos un lugar donde dormir. Solo había uno: un hostal sencillo, de paredes de cañas y techo de hojalata. Las estancias apenas estaban equipadas con un camastro con un colchón podrido, una mosquitera agujereada y una puerta que no cerraba bien. Más allá de la suciedad general, quedaba la peor noticia, que llegó de boca del dueño del alojamiento, un hombre flaco y amable con los ojos brillantes por la cerveza artesanal, y que Sylvain se encargó de traducir.

—Dice que no les queda agua para que nos duchemos y, como es muy tarde, no podrán ir a buscar más hasta mañana. Tampoco tienen nada para cenar.

Sylvain y yo nos miramos y nuestro suspiro sirvió de buenas noches. Ya en mi habitación, me quité la ropa empapada, atranqué la puerta con la mochila, demasiado cansado para nuevas desconfianzas, y me tumbé en la cama con el cuerpo dolorido. Pese a mi agotamiento absoluto, no me podía dormir. La tensión del viaje, la adrenalina contenida, me impedían conciliar el sueño. Desesperado, saqué el *Quijote* para leer un poco a la luz de una linterna y ver si así me vencía el cansancio de una vez.

Me sumergí en las desventuras del caballero andante y su fiel escudero, apaleados por un grupo de arrieros, y me detuve en los lamentos de Sancho Panza, a quien le habían santiguado los hombros con unos bastones con tal brutalidad que le habían «quitado la vista de los ojos y la fuerza de los pies».

Me sentí hermanado con el ingenuo Sancho cuando, tras una nueva escaramuza en una venta donde habían ido a pasar la noche y lo vuelven a moler a palos, se tumba a descansar:

> Había ya vuelto en este tiempo de su parasismo don Quijote, y con el mesmo tono de voz con que el día antes había llamado a su escudero, cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó a llamar, diciendo:
>
> —Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?
>
> —¡Qué tengo de dormir, pesia a mí —respondió Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho—, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche!

Sonreí desahogado y me hermané con el agotamiento dolorido de

Sancho Panza. Dejé el libro en el suelo, junto a la cama, y miré al techo. «Solo quiero llegar de una vez», pensé.

Cerré los ojos y me dormí profunda y desesperadamente.

17

La ciudad de los artistas

Kisangani era una ciudad de espaldas al mundo. Perdida en mitad del bosque, más que despertarse se desperezaba, repleta de edificios color pastel y de largas avenidas polvorientas bordeadas de palmeras. Su aislamiento era literal: ninguna carretera la conectaba con la capital, a 1.734 kilómetros al oeste y, hacia el este, la decadencia tras la independencia había convertido en impracticables las carreteras controladas por rebeldes. En la actualidad, desde Kisangani se tardaba una semana en alcanzar la frontera ruandesa, mientras que en la época colonial, antes de que Mobutu y los conflictos despedazaran las arcas e infraestructuras del país, podía recorrerse ese mismo tramo en un solo día. Incluso funcionó unos años un tren hacia el sur.

Las mercancías llegaban ahora a la ciudad por avión o en camiones destartalados desde Ruanda. La otra alternativa, natural y más barata, era dejarse llevar corriente abajo por el Congo. Para Kisangani, el río no era agua, era el último cordón umbilical. Como remontar el cauce era imposible, ya que los rápidos cortaban el paso hacia el sur, la única salida era descender hacia el este sobre una lengua ancha y amable.

Kisangani era además una ciudad a oscuras. Un fallo en una central hidroeléctrica cercana se había traducido en constantes cortes de electricidad que habían regalado una banda sonora a la ciudad: al atardecer, las tiendas, restaurantes y negocios se iluminaban gracias a cientos de generadores de gasolina que resonaban al unísono. La ciudad vivía encadenada al consumo masivo de la gasolina, cuyo litro costaba el doble que en la capital.

En Kisangani el pasado flotaba por las calles como un alma herida. Como si la ciudad, escenario de revueltas, batallas y acontecimientos sangrientos, tratara constantemente de renacer. En

sus orillas se habían encontrado un siglo y medio atrás los árabes y europeos que buscaban enriquecerse con los tesoros de la selva: el marfil, el caucho, el café y el cacao. Durante la época colonial, la urbe vivió su época dorada y atrajo una comunidad de 6.000 belgas y griegos, además de indios y paquistaníes, que establecieron una notable base comercial. La localidad floreció como un lugar tranquilo y lleno de vida, un rincón de paz para artistas e intelectuales congoleses. Kisangani contaba con tres cines, un gran teatro y decenas de bares musicales.

Llegar a aquel lugar me hizo feliz. Era como si ya hubiera estado allí. Varios años antes, la amiga y excelente periodista Anna Punsí me había regalado el libro *Un recodo en el río*, del Nobel de Literatura V. S. Naipaul, que el escritor británico-trinitense escribió tras pasar tres días en Kisangani. Después de visitar Uganda, Kenia y Tanzania en la década de los sesenta, Naipaul se vio obligado, por un problema técnico en su avión, a hacer parada en el Zaire de Mobutu y hospedarse tres días en la ciudad. En el aeropuerto conoció a un chico de raíces indias que inspiró su novela. El protagonista se llama Salim, y es un chico nacido en la costa oriental africana que abre un pequeño negocio en un rincón impreciso de África convulsionado por los disturbios de la era poscolonial y que vive en primera persona la decadencia del país.

Al pasear por aquellas calles reconocí las tiendas con carteles pintados a mano de la novela de Naipaul, el olor a grasa quemada de los puestos informales, la humedad pegajosa y la suave neblina que se formaba a mediodía por el calor sofocante. Avanzar por la ciudad era caminar por las páginas del libro.

> ... el polvo rojo de las calles que se convertía en lodo cuando llovía, el cielo encapotado que solo significaba más calor, el cielo despejado que significaba un sol hiriente, la lluvia que rara vez refrescaba y contribuía a aumentar el permanente bochorno, el río de aguas marrones con las flores lilas en las verdes enredaderas pegajosas que bajaban flotando sin parar, de día y de noche.

En su época dorada, la entonces Stanleyville también fue la primera base política del héroe nacional y primer ministro Patrice Lumumba. Allí trabajó de empleado de Correos y pasó un año en prisión acusado de fraude. Fue durante ese periodo cuando reunió sus ideas sobre política y justicia social en un libro, *Le Congo: terre*

d'avenir, est-il menacé?

La importancia estratégica de la ciudad es primordial. Pese a su lejanía de Kinsasa, Kisangani es el último bastión en el este antes de llegar a la capital. En cualquiera de las muchas guerras que han golpeado el país, hay una máxima que se repite: si se controla Kisangani, se controla el río Congo, la espina dorsal de la nación, y es cuestión de tiempo que Kinsasa caiga.

La ciudad era sinónimo de historias infames, como la de la rebelión de inspiración maoísta que constituyó uno de los capítulos más oscuros de los turbulentos primeros años de la independencia del país. Los Simba —«león», en suajili— eran simpatizantes del derrocado Lumumba que se rebelaron contra el juego de poder que había llevado a políticos fieles a Estados Unidos y Bélgica a controlar el país. Aquella revolución en un inicio popular pronto adquirió un carácter violento. Durante ciento diez días, un ejército de guerreros embriagados por el alcohol y las drogas, vestidos con pieles de monos y armados con flechas envenenadas y amuletos que, creían, los hacían invisibles a las balas, sembraron el pánico en Stanleyville y el este del país. Los rebeldes asesinaron a europeos o a quienes habían trabajado con los blancos, secuestraron a monjas y torturaron a cualquier sospechoso de ser insuficientemente revolucionario. El conflicto se inflamó: soviéticos y cubanos entraron en escena para apoyar la revolución de los Simba y la revuelta entró en la dinámica de la Guerra Fría. Para cuando paracaidistas belgas y mercenarios sudafricanos aterrizaron en Kisangani y pusieron fin a la violencia, miles de personas habían muerto masacradas.

Tras atravesar el río en canoa para llegar a la orilla donde se levantaba la ciudad, me dirigí al Hotel du Canon. Estaba agotado y negocié sin demasiado tino la tarifa de la habitación. Aun así, el conserje debió de verme en un estado tan lamentable que accedió a rebajarme el precio a la mitad.

Aquel hotel desangelado fue también el escenario de una despedida triste: Sylvain debía coger un vuelo a Goma para ir a trabajar con los periodistas rusos, así que nuestros caminos se separaban. Aquello era un puñetazo en el estómago; sin la ayuda de Sylvain jamás habría podido atravesar las zonas con presencia de grupos rebeldes y, sin su amistad, el viaje habría sido más penoso. Nos dimos un abrazo sincero.

—Cuídate. Todo irá bien. Y sobre todo descansa —dijo.

Subí a la habitación para ducharme y no tuve fuerzas ni para el lamento. Aunque el agua de la ducha estaba fría y maldije al dios de los calentadores por aquel castigo inesperado —llevaba semanas soñando con una ducha caliente—, recuerdo poco más: me desmoroné en la cama y me dormí. Sobre el mediodía, las sábanas se habían convertido en trozos de algodón empapados que se me pegaban a la piel. Me caían chorretones de sudor por las sienes y tenía que coger bocanadas de aire caliente para respirar. Si no hubiera sido por el calor asfixiante, probablemente habría dormido hasta el día siguiente. Pero había cosas que hacer, así que me tomé aquel desagradable despertar como una bendición. Debía encontrar un barco que zarpara lo antes posible hacia Kinsasa.

Salí de hotel, me subí a un mototaxi para ir al puerto y me metí en la boca del lobo.

18

El puerto

Si el río Congo, más que un sistema fluvial, es un sistema nervioso, el puerto de Kisangani es una taquicardia. Al llegar allí, vi que cientos de personas trabajaban en una explanada de cemento de medio kilómetro frente a la que flotaban barcazas oxidadas. Había que pasar sobre las primeras, colocadas en paralelo unas junto a las otras, para alcanzar las que estaban amarradas más lejos de tierra firme. Regueros de mozos sudorosos cargaban sacos y mercancías en las bodegas o vaciaban las entrañas de los camiones aparcados bajo unas imponentes grúas azules de treinta metros de altura que llevaban décadas sin funcionar y que no eran más que cadáveres de hierro peligrosos.

Un adolescente despistado que vendía cacahuetes recibió una bronca tremenda de un hombre de barba canosa que lo vio apoyado en la base de una de ellas. El tipo le estaba salvando la vida: el codo del chico quedaba a apenas unos centímetros de unos cables pelados desde los que asomaban trozos de cobre retorcido.

—¡¿Quieres morir electrocutado, imbécil?!

El chaval se apartó un par de metros entre las risas de algunos y las negaciones de cabeza de otros.

Algunos hombres llevaban gorros de lana y vestían chaquetas viejas, indiferentes al sol espantoso que planeaba sobre sus cabezas. Otros llevaban sandalias o iban descalzos. Había pocas barrigas prominentes, mucho brazo musculado y cientos de camisetas rotas. Proliferaban las miradas duras de quien suda a diario y pasa hambre a veces. Entre el hormiguero de trabajadores serpenteaban también mujeres que vendían bizcochos o conos de *mazele*, una pasta de mandioca envuelta en hojas y tiras de caña, barata y poco sabrosa, pero que sirve para llenarse el estómago por veinte céntimos de dólar.

La fauna del puerto se completaba con los reyes de la selva de cemento y metal oxidado: los miembros del servicio de inmigración. Junto a los policías, que deambulaban por la zona con gafas de sol y el porte chulesco, ellos eran la autoridad.

Su misión diaria consistía básicamente en sablear a cualquier incauto. Minutos después de entrar al recinto portuario, dos de ellos se me acercaron y el más joven me dijo atropelladamente que debía pagar dos euros para entrar a las instalaciones. Ni siquiera se inventó una excusa o simuló indignación. Simplemente propuso que pagara por estar allí. Como le ignoré con una sonrisa y una broma —¿esto es el teatro?— se tronchó y levantó las palmas de la mano como quien acaba de fallar una ocasión de gol clarísima.

Pronto ocurrió lo que me temía. De nuevo, los horarios no es que fueran poco fiables, es que no existían. La tripulación o los viajeros respondían con resignación divertida a mis intentos de saber qué barco estaba a punto de zarpar. En el mismo corro de hombres obtenía respuestas diferentes. «Mañana por la mañana.» «El sábado próximo.» «En una semana o dos.» «El mes que viene.» Nadie sabía exactamente cuándo saldría el próximo barco.

Solo había una verdad: los barcos partían cuando estaban completa y peligrosamente sobrecargados.

La escena tenía tintes apocalípticos. Parecía un éxodo desesperado. Todo cabía en aquellas barcazas: cientos de sacos de arroz o azúcar, bidones con aceite o carburante, colchones, esterillas, una moto o un coche, muebles enteros o desmontados, tablones, rollos de chapa metálicas, sillas de plástico, cubos y palanganas de colores, bolsas de viaje rebosantes, paquetes de decenas de bebidas, cajas de cerveza... Jamás parecía haber demasiada carga. Si era necesario, se ataba la mercancía una a otra, desordenadamente, sobre los tejados de los contenedores de metal.

En ocasiones, la carga estaba dispuesta de manera tan caótica y revuelta que los barcos, de lejos, parecían basureros flotantes de los que solo sobresalía el puente de mando. Los pasajeros, por supuesto, ni siquiera habían llegado todavía. Primero se colocaba la carga en la cubierta y solo después, cuando el barco estaba a punto de zarpar, subían los viajeros y se distribuían donde podían. ¿Zonas para dormir o descansar? En absoluto. Los barcos más grandes, con una torre de mando de varios pisos, contaban con algunos camarotes en la parte

trasera, pero en los más pequeños solo el capitán tenía el privilegio de una habitación con una cama debajo de la sala del timón.

Después de un rato preguntando por un barco, se obró el milagro: en tres días zarpaba el Kimona Meso, una barcaza con contenedores refrigerados que llevaba pescado congelado hacia Kinsasa. Como mantener las neveras encendidas precisaba de generadores a gasolina, el capitán decía ser el primer interesado en llegar cuanto antes a su destino para no gastar más combustible del necesario.

—Estaremos en Kinsasa en una semana —mintió descaradamente.

El capitán era un tipo simpático que más que dar la mano estrujaba los dedos, como si quisiera sacar vino de ellas. Aunque insistió en que le pagara por adelantado todo el pasaje, le di solo cinco dólares de paga y señal, y casi agradeció que no fuera tan idiota.

Podía instalarme al día siguiente en el camarote de la tripulación, donde, me dijo, debería compartir por turnos una litera con otros tres marineros. Según sus cálculos, partiríamos hacia Kinsasa en dos días, tres máximo. Nos estrechamos la mano y salí del puerto algo eufórico por el golpe de buena suerte. A menudo pasaban varios días sin que zarpara ningún barco de Kisangani, pero yo en unas horas había conseguido el mío.

La hora de partida les iba como anillo al dedo a mis planes, además, porque así tendría tiempo para verme con Olivier, el director de teatro del que me habían hablado antes de salir de Barcelona, y de visitar a los dueños de la furia blanca: los pescadores de las cataratas Boyoma.

19

Los dueños de la furia blanca

Ellos mismos no dejan dudas: se autodenominan los dueños del Congo.

A lo largo del curso del río, cientos de tribus habitan sus orillas y se nutren de sus peces o de su agua para sobrevivir. Sin embargo, ninguna tiene una relación tan estrecha con el Congo ni una cultura y tradiciones más enraizadas a su cauce que los wagenyas, también llamados enyas.

Había marcado en rojo la zona del río donde habitan mucho antes de iniciar la navegación. Me fascinaba la historia de aquel pueblo pesquero, originario de Zambia y que siglos atrás había remontado la corriente para instalarse en el lugar más hostil del Congo: la última de las siete cataratas Boyoma —las antiguas cataratas Stanley—, a las afueras de Kisangani, un tramo innavegable por la fuerza del agua.

Aquel lugar que todos evitaban, que los lugareños atravesaban dando un rodeo por tierra porque era casi imposible descender el río sin morir en el intento, era su hogar. Aunque había visto fotografías sobre aquellos rápidos encendidos, cuando salté del coche y oí el bramido se me erizó la piel: no podía creer que aquel alarido fuera el Congo.

Pero sí lo era.

Al final de una rampa de arena que conducía a la orilla aparecieron unos imponentes rápidos de aguas violentas que bramaban y producían un estruendo ensordecedor. Los salvajes torbellinos de espuma blanca estallaban contra las rocas, se contorsionaban y sobrecogían por su fuerza y su sonido. El Congo no se revolvía: gritaba. Era un caballo encabritado que se resistía a ser domesticado.

Y justo en ese lugar, donde el río explotaba en una sangría

espumosa de agua marrón, dos hombres wagenyas estaban encaramados a unas impresionantes construcciones de madera erguidas en mitad del río. Era un trabajo arquitectónico extraordinario: postes de madera verticales de unos cuatro metros, atados con lianas y fijados entre las rocas, atravesaban de punta a punta los rápidos y sobresalían sobre la corriente. Los pescadores avanzaban sobre las estructuras en equilibrio, sin anclajes de seguridad y con los pies desnudos, para colocar los *moseba* o *moleka*, unas enormes cestas de caña de ratán con forma de embudo y de casi tres metros de largo para atrapar peces. Los pescadores ejecutaban la acción con precisión e indiferencia, como si la muerte no aguardara tras el más leve resbalón. Un paso en falso suponía caer irremediablemente en los rápidos y desaparecer en el río revuelto.

Otro hombre permanecía hundido hasta la cintura en mitad de las cascadas, sobre una roca, rodeado por la imponente corriente. Parecía imposible que aquel tipo no sucumbiera a los rápidos y el río no se lo tragara para siempre.

Llevaba varios minutos anonadado por aquella escena cuando noté que un chico se había colocado a mi lado. Se llamaba Agustin Isabalabala y después de darme la mano volvió a guardar silencio para dejarme observar unos minutos más el fragor de los rápidos. Se acercó a mi oído para que pudiera oírlo y me leyó el pensamiento.

—No se caerán. Llevan haciendo lo que ves toda la vida.

Isabalabala era pescador, como todos allí, pero hablaba francés y se ofreció a explicarme su historia. Contaba orgulloso cómo había iniciado a su hijo en el ritual de los enyas. Como marca la tradición, noventa días después del nacimiento del bebé, Isabalabala pidió a su hermano que lo acompañara a la orilla del río y sumergiera al niño unos segundos en el agua. La costumbre prohíbe que el rito lo haga el propio padre, pero Isabalabala no quiso perderse el momento. Estaba presente cuando su hijo bebió por primera vez agua del río y unió su destino al Congo. Así lo habían hecho sus ancestros durante generaciones.

—No es solo un primer sorbo: esas primeras gotas hacen que el río forme parte de él. El Congo es como nuestra sangre. Por eso Dios nos dio una sabiduría y un conocimiento excepcionales para dominar las corrientes y poder pescar.

Un hilo invisible unía a su pueblo con aquellos rápidos

portentosos.

—El Congo es nuestra vida. Somos parte de esta agua desde que nacemos.

La veneración de los enyas tiene normas estrictas. Además de un sistema distinto para capturar cada pescado, con especies sagradas y reservadas a la realeza, la pesca tiene el aroma de una ceremonia espiritual. Cada mañana, el jefe o los notables de cada una de las cinco familias o clanes marcan el inicio de pesca diario con un tambor de madera alargado y hueco, el *mongungu*. Solo cuando el repique grave y hueco sobrevuela las primeras horas de día, los enya se lanzan al agua.

La leyenda dice que los enyas guardan las llaves de las puertas del Congo, pero el mito es casi literal: aunque el cauce sigue siendo el mismo, al final de la séptima cascada, en la que viven los wagenyas, el Lualaba o alto Congo pasa a llamarse oficialmente solo Congo. A partir de ese punto, la corriente se amansa, se vuelve navegable y desciende plácida hacia Kinsasa.

Todo el pueblo, hombres y mujeres, niños y ancianos, vive alrededor de los rápidos.

Ndjaki, de cincuenta y seis años, parecía trapecista. Trepaba con soltura por las estructuras de madera, o *tolimos*, en lengua enya, mientras comprobaba si había algún pez en una cesta *moleka*. Su familia era el río: era madre de siete hijos, todos pescadores. Brincaba con agilidad por las rocas de la orilla para lanzar una red circular en la que atrapar a peces pequeños.

—No tengo miedo de los rápidos. Hemos nacido con ello, es nuestra vida y forma parte de lo que somos. A veces hay accidentes y temo por mis hijos, pero lo acepto porque para nosotros es una obligación y una tradición.

Las construcciones de madera no eran solo sistemas artesanales de pesca: eran catedrales. Orgullo del pueblo wagenya, los andamios eran un atractivo turístico que atraía cada año a un puñado de curiosos y permitía que algunos vecinos se ganaran unas monedas con la venta de figuras talladas en madera de pescadores wagenyas sobre las plataformas del río o tocando el *mongungu*. Aunque cada vez menos. Entre la pandemia de la covid, que había puesto freno a las visitas internacionales, y el mal estado de las inseguras carreteras desde la frontera ruandesa, últimamente casi no recibían visitas.

Sumada al olvido gubernamental, aquella situación amenazaba la supervivencia de su pueblo, aseguraba Ndjaki.

—El Gobierno no nos ayuda. Cada día debemos ir a buscar más lejos la madera de los andamios y hay menos pescados porque la población aumenta. Si, además, el turismo no llega, los jóvenes no ven futuro y se van.

Ndjaki se disculpó por tener que dar por finalizada la charla, trepó por uno de los troncos y echó una mano a un hombre que intentaba sacar una de las cestas del agua. Por el extremo más estrecho sobresalía la cabeza de un pez que había quedado atrapado y coleaba desesperado.

En la orilla, un niño de seis o siete años tenía la mirada fija en Ndajki y su compañero de pesca. Llevaba varios minutos sin apenas pestañear, siguiendo atento cada uno de los movimientos que los dos adultos hacían justo encima de aquel río mortal.

Como si estuviera aprendiendo para pedir pronto su turno.

20

El antiguo teatro de Kisangani

Para entender un lugar es indispensable escuchar, ver y sentir. Pero si uno busca de verdad empaparse de la esencia de regiones distantes y culturas lejanas es imprescindible viajar como lo hacen sus habitantes. Hay pocas inmersiones más directas en las diferentes realidades africanas que montarse entre gritos y empujones en sus autobuses públicos, encaramarse a sus furgonetas ruinosas, zambullirse en colosales embotellamientos o avanzar en moto como paquete de a tres por caminos impracticables.

Otra forma de conocer realmente un lugar es andar. Nada iguala más que caminar junto a otro. No importa si el compañero de ruta es un soldado, un universitario, un agricultor, un nómada del Sáhara o un pigmeo de la selva: la forma de desplazarse más antigua de la humanidad se convierte a menudo en una puerta a una conversación sincera y a una complicidad que da pie a contarse la vida y las entrañas. Compartir camino es una forma de conocerse a uno mismo y de entender a los demás.

Congo añade una particularidad: ese lazo intangible también surge en el río. En una tierra tan diversa como la congoleña, amalgama de pueblos, culturas y tradiciones separadas por un muro infranqueable y natural, el río Congo ha sido durante siglos la marmita de fusión de etnias y tribus. Su cauce permitió el encuentro de pueblos distantes, que empezaron tímidamente a comerciar al principio y pronto fueron permeables a la mezcla de sus costumbres y cultura. Las corrientes llevaron ritmos, canciones, danzas, leyendas, mitos o incluso representaciones teatrales a cientos de kilómetros de su origen y posibilitaron la exuberante riqueza artística del Congo actual.

Porque en el segundo mayor país africano después de Argelia el

arte no es solo un esparcimiento o una vía de expresión cotidiana que se cuela en bodas, funerales, nacimientos o cualquier otra ceremonia cotidiana: es también la primera trinchera de los puños en alto. Durante las décadas de dictadura y represión, los artistas congoleños han sido la vía de escape de una sociedad insatisfecha e indómita. Es una característica distintiva de la sociedad congoleña. A diferencia de países vecinos como Ruanda, Zimbabue o Uganda, donde la ausencia de libertad se denuncia en susurros clandestinos, en Congo se ejerce una protesta suicida, de grito y pura calle. Cantantes, poetas, escritores, pintores, actores de teatro o ciberactivistas se juegan el pellejo a diario en ruidosas protestas en los escenarios, en las redes o en los barrios, para señalar la corrupción e ineficacia del Gobierno. Congo es un país acostumbrado a sufrir y resistir.

Yves Makwambala conocía bien el riesgo de alzar así la voz. Miembro del movimiento juvenil de resistencia política Filimbi, había pasado diecisiete meses encarcelado por criticar al Gobierno, tras lo que había conseguido huir y exiliarse en Bélgica. Antes de ir a navegar el Congo, fui a verlo a Bruselas para entender aquel compromiso temerario con la verdad. Makwambala era delgado y menudo, pero tenía una voluntad de hierro. Pese al riesgo, no pensaba rendirse: «Nuestra lucha es contra el sistema, no contra Kabila o Tshisekedi u otro presidente, aunque ellos formen parte de lo mismo. Cuando pagamos impuestos y no hay electricidad en las calles, y no hay redes de transporte dignas o reina la inseguridad, es normal que nos preguntemos dónde va nuestro dinero. Si el presidente sale del poder y nada cambia, ¿de qué sirve?».

Su detención había sido un mensaje y una constatación. En marzo de 2015, mientras se celebraba una conferencia de prensa para presentar Filimbi, las fuerzas de seguridad congoleñas irrumpieron en la sala y detuvieron a una treintena de sus miembros, entre los que estaban Makwambala y su amigo Fred Bauma. Ambos fueron acusados de pertenencia a banda terrorista y de querer derrocar el Gobierno. La presencia de Bauma, representante de Lucha, un movimiento similar nacido en la ciudad de Goma, en el extremo opuesto del país, era un aviso: los 1.570 kilómetros en línea recta que separan Goma de Kinsasa, el este y el oeste del país, se habían esfumado. Aquel acto unitario demostraba que activistas congoleños de lugares casi incomunicados hasta entonces se atrevían a alzar una voz unitaria.

Makwambala lo había pagado con un exilio europeo y una nostalgia infinita de su hogar, pero su osadía continuaba intacta: «Los congoleses nos hemos cansado de perder siempre. Por eso ya no nos callamos».

Encontré un inconformismo rebelde similar en la mirada de Olivier Malomba. Alto, de trato afable y sonrisa perenne, Olivier era un director de teatro reconocido internacionalmente y uno de los principales guerreros de la cultura del país. Combinaba su amor por los escenarios con un compromiso inagotable para revitalizar el panorama artístico de Kisangani. La reticencia de las autoridades hacia los artistas, a quienes veían como díscolos, críticos y opositores, se traducía en castigos y falta de ayudas. Y en Kisangani, tan lejos de la capital o de centros económicos como Lubumbashi o el eje Goma-Bukavu en el este, dedicarse a la cultura libre era una forma de resistencia. Olivier aceptaba ese reto imposible porque sabía hacer milagros: había resucitado a un muerto.

Quiso enseñármelo y yo acepté encantado la invitación.

Olivier, al frente de un grupo de artistas locales, había devuelto a la vida el antiguo teatro principal de Kisangani, un majestuoso edificio con aires coloniales que llevaba una década abandonado. Le habían puesto el nombre de Espacio Cultural Ngoma. Se erguía con las paredes desconchadas en mitad de una explanada generosa, flanqueado por un campo de fútbol de tierra y un bar musical desde el que sonaba música a todas horas. Al final de unos escalones se accedía a un espacio diáfano y sombrío. En un extremo, unos tablones de madera ocultaban los despachos de la asociación cultural, donde se organizaban representaciones de teatro o conciertos, clases de música o espectáculos de danza, además de un festival internacional de cultura anual. Olivier quería llevar el arte a la gente: años antes había organizado el *bateau de la démocratie*, una barcaza repleta de actores y actrices que descendió el río Congo para representar obras de teatro en las aldeas, sobre un escenario en el propio barco.

—Tendrías que haber visto aquello. ¡Fue fantástico! Aldeas enteras se acercaban a la orilla para ver cómo actuábamos a bordo. ¡Ni parpadeaban!

En el otro extremo del edificio, al final de un espacio amplio para las butacas, había un escenario vacío encuadrado entre dos cortinas oscuras y raídas por el paso del tiempo. Justo delante, alrededor de

unas sillas de plástico azules colocadas en círculo alrededor de una mesa, había una docena de chicos y chicas.

Me estaban esperando.

Días antes, le había pedido a Olivier un favor: quería reunir a poetas, músicos, bailarines, actores y directores de la ciudad para charlar sobre el país, el arte, el río y la ciudad.

Como respuesta, Olivier señaló al grupo de artistas.

—*Voilà, Xavi!* —exclamó, y extendió el brazo con la palma ladeada mientras realizaba una media reverencia, como si estuviera presentando un espectáculo a punto de comenzar.

Tito Munganga y Jocelyne Josh Lutu eran actores; David-Eric Muyaponzi, escritor, cantante y compositor; Innocent Boluna, actor y profesor de teatro, y Kevin Yakusu y Papy Bambole hacían mil cosas, aunque sobre todo eran promotores culturales. Rebecca Bosongo y Maurice Nyamayele, algo más tímidos, fueron los últimos en presentarse porque preferían expresarse con movimientos: se dedicaban a la danza.

Dejé una grabadora en mitad de la mesa y no tuve siquiera que preguntar. Tomó la palabra David-Eric.

—Antes de empezar, ¿cómo se dice «*la vie*» en español?

—La vida —contesté.

—La vida. ¿La VI-DA? Muy bien. Quiero empezar con algo positivo: la vitalidad. Esta es una ciudad (¡un país entero!) de artistas con un gran potencial y alegría de vivir. Y en Congo el arte es central. Quiero decir: el arte forma parte de la vida.

A David-Eric le gustaba extenderse en sus explicaciones y Olivier, que se erigió en moderador improvisado, lo cortó con una sonrisa socarrona. Se giró hacia mí.

—Bailamos bien en Congo, ¿eh?

Todos nos reímos.

Rebecca y Maurice, los bailarines, se incorporaron en sus sillas, tropezándose al hablar. Olivier me guiñó un ojo.

—La danza forma parte de nuestro día a día —exclamó Rebecca.

—¡Incluso cuando dormimos, bailamos! —intervino Maurice.

—Para nosotros, los congoleses, la danza es una forma de hablar, de acompañar a las palabras —continuó Rebecca, que llevaba un top amarillo ajustado y un mar de trenzas rubias en la cabeza—. Hablamos cuando bailamos. En la iglesia, en la calle, en las

manifestaciones. ¡Bailamos!

—La cultura está dentro de nosotros —se lanzó Jocelyne, una de las actrices—. Quizás tú ves a un niño congolés que baila, pero sus movimientos tienen que ver con su pueblo, con sus tradiciones, con su cultura. Tus movimientos están ligados a quién eres, de dónde eres y quiénes son tu pueblo y tus ancestros.

—¡La música es la lengua común del río Congo! —añadió Innocent, el actor y profesor de teatro.

Kevin Yakusu, uno de los productores, habló de la hospitalidad.

—El arte —dijo— es una manera de decirle a alguien que es bienvenido. La música y la danza son formas de compartir, de dar las gracias. Gracias por haber venido a visitarnos, gracias por tu compañía, gracias por este momento.

—¡Pero también hay canciones para la guerra! —replicó Maurice —. Durante el combate, los soldados cantan entre ráfaga y ráfaga. La música es una forma de conservar el valor, de ahuyentar el miedo.

Todos querían opinar. Se escuchaban con interés y defendían sus argumentos u opiniones con pasión desbordada. Solo cuando hablaba Olivier, el más veterano, se hacía el silencio:

—El alma de un congolés —sentenció— canta, baila y actúa. Aunque viva en libertad, si no puede expresarse a través de su cuerpo, es como si estuviera en una cárcel.

El arte, decía Olivier, era una forma de transmitir el descontento y la disidencia.

—Si me permites —dijo— voy a dejar de lado las cuestiones ideológicas. Debo reconocer que, en la época de Mobutu, los artistas notábamos que él se interesaba mucho por las cuestiones culturales. Se invertía en cultura local, había un respeto. Eso se ha perdido.

—¡Bah! El Gobierno siempre ha desconfiado de los artistas — escupió Rebecca meneando al viento sus trenzas doradas.

—Así es, así es. La libertad de expresión nunca ha gustado a ningún gobierno —concedió Olivier—. Por eso en este país ser artista puede ser peligroso, te juegas la vida. Solo digo que en época de Mobutu había cierto orgullo por la cultura local y sus artistas.

David-Eric, junto a Olivier otro de los más veteranos, levantó la mano para pedir la palabra. Se hizo el silencio.

—Hay que decirlo claro: solo las sociedades maduras aceptan a sus artistas. La historia de Congo nos dice que no tenemos una

sociedad madura ni un gobierno maduro. Mobutu utilizó a los artistas para su causa porque sabía de su importancia en la sociedad, igual que utilizó los concursos de misses o el combate de Ali. Eso es todo.

El combate de Ali.

Cuando David-Eric pronunció esas cuatro palabras, una sonrisa de satisfacción apareció en los rostros de casi todos. Aquella pelea formaba parte de la historia de Congo.

Además de por los asesinatos, las torturas, las masacres o las desapariciones, los primeros años de Mobutu en el poder estuvieron marcados por la hipérbole. Antes de saquear el país y provocar el colapso nacional, el líder congolés puso en marcha grandes infraestructuras, encargó edificios imposibles y cambió la mentalidad del país. Hasta decretó un día de limpieza nacional: el *salongo*. Cada sábado, todos los congoleses, sin excepción, debían dedicar unas horas a limpiar las calles de sus ciudades, adecentar los caminos, pintar los edificios públicos, arrancar las malas hierbas o cultivar los huertos públicos.

Mobutu, que se jactaba de hacer jornadas maratonianas de trabajo que empezaban a las cinco de la mañana, levantó el ánimo del país con pan —en 1967 nacionalizó la Unión Minera del Alto Catanga, que rebautizó como Gécamines— y circo. Pero no un circo cualquiera, sino el mayor espectáculo del mundo. En octubre de 1974, Mobutu organizó en Kinsasa la más grande batalla de la historia del boxeo: un combate entre Mohamed Ali y George Foreman en el que se decidiría el título de campeón del mundo de los pesos pesados. Ali, leyenda del deporte y de la causa negra, había perdido su título a causa de su negativa a ir a la guerra de Vietnam y, tras tres años y medio de suspensión, tenía en aquel combate su oportunidad para reclamar el honor arrebatado. Solo había un problema: a sus treinta y cinco años, Ali era demasiado viejo y su oponente, de veintiséis y campeón del mundo, demasiado fuerte. El temor de que Ali sufriera una derrota humillante que mancillara su leyenda se extendió entre los aficionados al boxeo. Ali reclamaba su trono en una pelea a todo o nada. Y aquel desafío titánico, aquella contienda formidable y colosal, iba a dirimirse en Congo.

Mobutu no reparó en gastos para acoger aquella pelea legendaria. Aunque el promotor de boxeo Don King exigió cinco millones de dólares para cada luchador, una suma gigantesca en aquella época, el

líder congolés no lo dudó un segundo y asumió sin pestañear la inversión. La economía zaireña, en alza desde hacía más de un lustro, espoleada por un precio del cobre en crecimiento por las guerras de Corea y de Vietnam, se lo permitía.

Fue un acontecimiento universal. Nada más bajar del avión en Kinsasa, Ali se ganó al público local. Símbolo del orgullo negro que no bajaba la cabeza ante la arrogancia blanca, el boxeador le preguntó a su traductor cómo se decía «Ali, mátalo» en lingala. «*Ali boma yé*», le contestaron. Lo susurró un par de veces con los labios entrecerrados y sonrió. «*Ali boma yé!*».

Horas después, mientras se paseaba por la ciudad, repitió aquellas palabras en un grito que se convirtió en símbolo. Desde ese momento, el pueblo escogió favorito: las calles repletas y enloquecidas gritaban a su paso «*Ali boma yé! Ali boma yé!*».

Mobutu se veía reflejado en la figura de Ali. Los dos eran jóvenes, desafiantes y populares, ambos se enorgullecían de su negritud, desafiaban el poder blanco y habían renegado de sus nombres por motivos políticos o religiosos. Si Ali, nacido con el nombre cristiano de Cassius Clay, había mudado de nombre y apellido tras convertirse al islam, el católico Joseph Desiré del líder congolés se había convertido en Mobutu Sese Seko Nkuku Ngbendu wa Za Banga. Un título que definía su personalidad. Significaba «el poderoso guerrero que, gracias a su resistencia y voluntad, va de victoria en victoria dejando tras de sí un rastro de fuego».

El país entero se paralizó el 30 de octubre de 1974, el día del combate. Las escuelas y comercios cerraron y los bares servían cervezas a mitad de precio. A las tres de la madrugada, en horario nocturno para que los espectadores estadounidenses vieran la velada en directo, más de 60.000 personas se congregaron en un estadio a reventar, repleto de cámaras de televisión norteamericanas. Por primera vez en la vida de millones de congoleses, el planeta entero los miraba y podían enorgullecerse de ello.

Cuando en el octavo asalto, trece segundos antes de que sonara la campana, Ali se precipitó como una tormenta hacia Foreman y le asestó dos puñetazos como locomotoras enrabietadas en la mandíbula, el país entero estalló de júbilo. «*Ali boma yé! Ali boma yé!*», rugieron las calles. Toda una nación gritaba extasiada mientras el púgil derrotado hundía la cabeza en los hombros, se inclinaba hacia

adelante y, con los brazos caídos a los costados, se derrumbaba a cámara lenta, fuera de combate por primera vez en su carrera. Ali acababa de firmar con puños de oro su entrada al Olimpo de los dioses deportivos.

Aunque aquella batalla quedó grabada en la historia, la sonrisa de Olivier y los demás artistas de aquel teatro abandonado de Kisangani no tenía solo que ver con el boxeo sino con otro recuerdo dorado: Zaire 74. Para promocionar el evento del siglo, Mobutu ordenó celebrar, días antes del combate, un macroconcierto de los mejores músicos negros del momento para promocionar la solidaridad cultural y racial entre el pueblo afroamericano y la población africana. Fue una bacanal artística. Durante tres días, 17 grupos zaireños y 14 internacionales actuaron en el estadio en el que posteriormente se instalaría el cuadrilátero.

Aquello, más que un concierto, fue un mensaje: siglos después del viaje de millones de esclavos africanos hacia el Nuevo Continente, Mobutu promovía el regreso de los ritmos de aquellos hijos pródigos. Desde América viajaron James Brown, B. B. King, Bill Withers, The Spinners, Celia Cruz y los Fania All-Stars de Johnny Pacheco, mientras que estrellas africanas como el saxofonista camerunés Manu Dibango o la cantante sudafricana Miriam Makeba se unían a la galaxia de los mejores músicos de Congo. Parecía un milagro: Wendo Kolosoy, considerado el padre de la rumba congolesa, compartía escenario con las mayores estrellas internacionales de la música negra, y a su lado estaban otros mitos del país como Tabu Ley, Zaïko Langa Langa o TP OK Jazz.

Fue una catarsis, una suerte de Woodstock del orgullo negro que permitió colocar a la música y la cultura congolesas en un escaparate de dimensiones planetarias. Fue también un acontecimiento irrepetible que se quedó grabado en la mente de miles de sus ciudadanos. Por eso Olivier y los veteranos «perdonaban» los excesos de Mobutu o, al menos, criticaban que gobernara con puño de hierro y la corrupción rampante de su mandato, pero reconocían a renglón seguido que mostró cierto respeto por el arte y la cultura de Congo.

Los jóvenes no tenían idealizado aquel recuerdo. Rebeca, veinteañera, tenía el nervio de las inconformistas.

—Aquel combate fue un espejismo. Mira cómo estamos ahora. Sin el apoyo de Bélgica o Francia, que ofrecen ayudas y becas, los

artistas congoleños no podríamos sobrevivir. Estamos siempre pidiendo limosna; es humillante. Y nos dan menos de lo que obtienen de este país, ¿eh? Por un lado sacan minerales y por el otro a los artistas nos dan las migajas.

David-Eric asentía con vehemencia. Aunque quería matizar.

—Estoy de acuerdo, pero a veces el problema son las autoridades locales, que se quedan con la mayor parte de los beneficios o directamente con todo. Por eso la población está tan enfadada. Se lo quedan unos pocos, no se distribuye y no queda nada para los demás.

Olivier se dirigió a los más jóvenes, para pincharlos:

—¿Las nuevas generaciones podréis cambiar las cosas?

Jocelyne se revolvió como un torbellino.

—La falta de apoyo desmoraliza, pero somos artistas y eso significa que debes continuar adelante, creer en ti y en tu arte. Tenemos que ser optimistas. Aunque todo debe empezar con un cambio en la mentalidad de la ciudadanía congolesa.

Para Rebeca, la clave del cambio estaba también dentro del propio país.

—¿Cambiar? Los artistas vamos a continuar gritando, empujando y actuando para que las cosas cambien.

Quise cerrar aquella lluvia de opiniones sobre la cultura y la política con una aproximación al río. Quería saber qué significaba el Congo para ellos. Apunté en una hoja de libreta la pregunta y se la pasé a Olivier mientras hablaban los demás. Él recogió el guante y se lanzó a contestar.

—El río ha sido un vehículo de transmisión de las culturas de los pueblos que habitan aquí, de la mezcla. La gente se ha desplazado siempre por el Congo y ha conocido otras realidades y pueblos.

—¡El Congo transporta la música que bailamos! —soltó Rebeca.

—¡Eso es! —añadió David Eric—. El río lleva personas y mercancías pero también mensajes. Es una fuente de inspiración.

El halo de luz que entraba por una de las ventanas del techo había adelgazado y el teatro se iluminaba ahora con la luz tenue que entraba por algunas aperturas laterales. Se estaba haciendo tarde y tenía que preparar mis cosas para zarpar al día siguiente. Me despedí agradecido por aquel rato de debate cultural. Nos prometimos volver a vernos en otra ocasión.

—En un escenario de Barcelona, ¿no? —lanzó Jocelyne.

Olivier me acompañó hasta la puerta. Quería darme un último consejo.

—No tengas prisa y disfruta del *fleuve*. Este río es como un amor verdadero: por muchos años que pasen, no se olvida jamás.

21

Abandone el barco, señor espía

Al día siguiente me levanté de la cama expectante. Por fin iba a iniciar el largo descenso hacia la capital. Salté a un mototaxi con la mochila a la espalda y llegué temprano al puerto. Enseguida noté un ambiente enrarecido en el barco. Eché de menos la lectura de la situación que Sylvain era capaz de hacer en estos casos. Ahora estaba solo y, aunque no sabía qué ocurría, definitivamente algo no iba bien. El clima de amabilidad del primer día había desaparecido por completo.

Subí a cubierta y fui a saludar al capitán. Se mostró esquivo y avanzaba por cubierta con el rostro ensombrecido. Junto a la torre del timón había dos chicos veinteañeros que no había visto antes y que me miraban de soslayo. El más bajo, enfundado en la camiseta del Real Madrid y con una línea de barba negra que le recorría la barbilla de oreja a oreja, notó que los miraba y se adelantó. Me estrechó la mano, me dijo que era de Gabón y que todos le llamaban *le gabonnaise*. Me dio mala espina desde el primer momento. Me contó que era ingeniero marítimo, que estaba estudiando para ser capitán y que hacía prácticas en el Kimona Meso. Me preguntaba cosas sin parar: «¿De dónde vienes?», «¿Que estás haciendo por aquí?», «¿Por qué no vuelas en avión a Kinsasa?», «¿Vas a escribir un libro, dices?».

—Compartiremos habitación —deslizó también.

El ayudante del capitán, Charles, nos interrumpió para guiarme hasta mi camarote. Era una habitación situada a estribor de la barcaza, junto a una torre de mando blanca donde estaba el timón. La sala del capitán era una habitación circular y amplia de color azul claro rodeada de ventanales en toda la circunferencia. Desde allí arriba se veía todo el puerto.

Mi habitación no daba para tanta fiesta. De apenas tres metros de largo y dos de ancho, estaba prácticamente ocupada en su totalidad

por una litera estrecha de madera. Había basura por todos lados, sacos, mantas, cargadores enchufados en un ladrón ennegrecido e incluso platos con restos de comida tirados por el suelo. Varios bichos negros recorrían los desperdicios y se escondían entre la ropa. Ese era el espacio que debía compartir con los otros marineros.

Charles me aseguró que ordenaría una limpieza a fondo y me sugirió que me instalara en la litera inferior. En un lateral, que daba a una pared de madera, había unas hendiduras a modo de estanterías estrechas así que coloqué allí las cosas indispensables para tenerlas a mano.

El barco estaba cargado y la salida parecía inminente —«En unas horas, máximo mañana de madrugada», me había asegurado el capitán—, así que decidí pasar la noche en el barco.

Para mi desgracia, el gabonés tuvo la misma idea. Él y su amigo se convirtieron en mi sombra. Se acercaban a hacerme preguntas continuamente y cada dos frases simulaban que había un problema. El tipo alternaba momentos de simpatía excesiva con una seriedad rancia que incomodaba incluso a los demás pasajeros. Era realmente insufrible. Insistió en que le enseñara mis papeles de navegación y, cuando le dije que ya había pasado por la DGM y la agencia de inteligencia, y que lo tenía todo en regla, replicó ofendido que solo lo decía por curiosidad. No me inspiraba ninguna confianza, así que intenté alejarme todo lo posible de él y centrarme en el viaje. Crucé los dedos para que todo saliera bien.

No funcionó.

Al anochecer, entré en el camarote compartido y me tumbé bajo la mosquitera. Al poco, entró el gabonés hecho una furia. Me dijo a gritos que no podía ponerme ahí, que aquel era el cuarto de la tripulación, su cuarto. Le contesté diplomáticamente que allí era donde me habían dicho que me instalara, que podíamos compartir espacio durante la travesía y dormir por turnos si hacía falta. Él no entraba en razón. Me exigía que cambiara todas mis cosas de sitio y las pusiera en la litera de arriba. Le dije que estaba oscuro y que ya había colocado mis cosas en las estanterías, que al día siguiente lo hablábamos y que, de ser necesario, me cambiaría de sitio. Salió de la habitación echando pestes.

Atraída por los gritos del gabonés, apareció en la puerta Christine, la esposa del capitán. Insistí en que si molestaba podía

buscarme otro rincón en el barco. La mujer bajó la voz y esbozó una mueca entre el desprecio y la preocupación.

—Ten cuidado con él, es un mal tipo. No te fíes.

Me fui a dormir con mal cuerpo, pero pronto olvidé aquel encontronazo ante la ilusión de seguir el descenso del Congo. Si todo iba bien, en un par de semanas o tres, quizás alguna más, llegaría a Kinsasa. Con toda probabilidad, iba a ser un viaje largo, así que debía mentalizarme para mantener el ánimo alto. Como me había dicho Olivier, paciencia y a disfrutar.

Fue una noche corta.

A las cinco de la mañana, oí varios pasos en cubierta y lo celebré: supuse que era la tripulación, preparándose para una partida inmediata. De repente llamaron a mi puerta con firmeza.

—¡Autoridad militar!

Confundido, abrí la puerta y me encontré frente a ocho uniformados armados, policías o militares, no acertaba a distinguirlo bien.

—Recoge tus cosas, no puedes irte en este barco —ordenó tajante el uniformado de mayor rango y que llevaba la voz cantante.

Sus palabras, pero especialmente su tono, me atravesaron como un rayo de punta a punta del cuerpo. Por mis encuentros previos con policías o militares corruptos, que quieren una pequeña mordida o unos cigarrillos, sabía bien que ese tipo de situaciones empiezan siempre con la representación teatralizada de un problema grave. Es relativamente sencillo verlos venir. En este caso, en cambio, la sentencia había sido categórica, un relámpago.

—Tienes que irte de este barco ahora. ¡Ahora!

De fondo se oyó el chasquido de encendido del motor, que empezó a retumbar con furia. Estábamos a punto de zarpar.

Intenté explicar que tenía todos los permisos y ya se los había enseñado a las autoridades, pero no me escuchaban. Querían que me fuera ya. Si no recogía yo mis cosas, me advirtió aquel tipo malhumorado, sus hombres lo harían por mí.

El motor seguía gruñendo y hacía temblar levemente el barco. Se me acababa el tiempo, así que miré a mi alrededor en busca del gabonés. Intuía que él era el responsable, al menos en parte, y tenía ganas de darle un puñetazo. Pero el tipo había desaparecido. Atisbé al capitán detrás de los uniformados y le pedí ayuda. Le recordé que

teníamos un trato. Sabía que el capitán es la máxima autoridad a bordo, y que aquella era mi última posibilidad. En un aparte, le pregunté sin ambages si era una cuestión de dinero, si aquellos tipos armados buscaban una mordida o había algo más. Arrugó la frente.

—Lo siento. Ha habido una llamada desde Kinsasa y no puedo hacer nada. Me han dicho que, si te dejo viajar, me despiden.

Las palabras del capitán me dejaron noqueado. No entendía nada. ¿Qué había pasado? ¿Una llamada de Kinsasa? Aquello no podía traer nada bueno. Los interrogantes se me atropellaron en la mente. ¿Estaría a salvo si bajaba de aquel barco? ¿A dónde me llevarían aquellos hombres? ¿Quiénes eran realmente? No podía ser que aquello fuera por el desencuentro con el gabonés por la litera. Fui a buscarlo. Cuando por fin lo encontré, supe que había tenido algo que ver. Su mirada fría y calculadora ocultaba alguna cosa más, algo que no sabía descifrar. ¿Quién era ese tipo? Escruté sus gestos en busca de pistas mientras él ponía cara de no haber roto un plato y juraba que no había llamado a nadie. Sabía que mentía y le grité que era un bastardo hijo de mil hienas. Él permaneció impasible e hizo un gesto rápido con la mirada a los uniformados. Ante mi sorpresa, le obedecieron y me empujaron fuera del barco.

Aquello no era normal.

Derrotado y con la garganta seca de rabia, salté del barco. En cuanto puse un pie en el muelle, la nave zarpó a toda prisa.

Me quedé unos segundos observando cómo se alejaba la barcaza, con ganas de vomitar. ¿Qué demonios había pasado? Me encaré con los uniformados.

—Órdenes de Kinsasa —contestó uno de los más jóvenes.

—¿Eso significa que no voy a poder navegar? —pregunté al jefe.

—Las órdenes son que no puedes viajar en ese barco.

Después de aquella frase, se montaron en un coche que los esperaba en el muelle y se marcharon.

Confundido, sin saber bien qué hacer, decidí irme del puerto cuanto antes, por si los uniformados decidían regresar. Al fin y al cabo, había tenido suerte. Ni me habían detenido ni me habían obligado a subir a aquel vehículo con un destino incierto. Y podían haberlo hecho.

Ahogué mi desesperación llamando a Claude Nzunzu, un amigo de Kisangani que había trabajado durante años para agencias

internacionales como traductor y tenía buenos contactos en la agencia de inteligencia del país. Le pregunté si podía averiguar qué había ocurrido. Me contestó que haría unas llamadas y que quedábamos en dos horas en Les Chalets, un hotel regentado por un francés que llevaba toda la vida en Congo.

Mientras mojaba mi decepción en un café en la terraza, vino a hacerme compañía un gato rayado con los ojos verde esmeralda. El animal, acostumbrado a rapiñar comida de las mesas, tenía un sobrepeso considerable. Me miró y maulló para ver si le soltaba un pedazo de pan, pero pronto se marchó atraído por el aroma de unas salchichas asadas con huevos fritos que acaban de servir a otros clientes.

Cuando Claude apareció por la puerta, nos dimos un abrazo y disparó a bocajarro.

—Ya sé qué ha pasado, señor espía.

¿Cómo? ¿Espía yo?

Claude me pidió que leyera el titular de una noticia en su móvil y mirara la fecha. Me quedé estupefacto. Dos días antes se habían filtrado unos documentos que demostraban que la familia del expresidente Kabila y sus allegados habían saqueado las arcas del país. Leí el texto con atención, todavía sin acabármelo de creer. Congo Hold Up, la mayor filtración de documentos financieros africanos hasta la fecha, ponía en evidencia que el clan Kabila y sus socios habían utilizado un banco privado con base en Gabón —respiré hondo— para malversar al menos 138 millones de dólares de fondos públicos, además de recursos naturales.

En 2019, después de casi dos décadas en el poder, Kabila no tuvo más remedio que aceptar los resultados de las urnas y pasarle la vara de mando a su rival, Félix Tshisekedi, aunque lo hizo a regañadientes (su mandato, según la Constitución, debía haber acabado tres años antes). El nuevo hombre fuerte de Congo enseguida se afanó en reducir la influencia política y económica de su predecesor, e inició una purga de los leales al anterior régimen.

No era la primera vez que organizaciones locales o internacionales denunciaban el imperio que había construido Kabila a su alrededor, con más de 70 compañías a su nombre o al de familiares cercanos, pero aquel informe era un directo a la mandíbula del expresidente. También la prueba de un pillaje generalizado desde las

principales instituciones del país. Además de las pruebas que incriminaban a Kabila y a uno de sus hermanos, que había comprado 17 mansiones de lujo en lugares como Estados Unidos o Sudáfrica, la publicación ponía cifras al robo sistemático a los bolsillos de los congoleños. Durante el Gobierno de Kabila, el presupuesto anual se situó siempre por debajo de los 5.000 millones de dólares, una cifra exigua para un país del tamaño de Europa occidental y con una población de más de cien millones de habitantes. Aquella cantidad era casi tres veces menos que el presupuesto de España y cinco veces menos que el de Alemania. Millones de dólares se habían esfumado por arte de magia y el precio lo pagaba la población: en 2018, el último año en el poder de Kabila, su administración gastó menos de 230 millones en atención médica.

Claude esperó paciente a que leyera la noticia. Cuando levanté la vista por fin, esbozó una mueca comprensiva.

Respiró hondo y preparó el trabucazo.

—¿Sabes quién es la propietaria del barco en el que pretendías irte?

Abrí mucho los ojos.

—No me jodas —acerté a decir.

—La esposa de Kabila. Alguien ha hecho una llamada porque han pensado que eras un espía. Al llegar apenas cuarenta y ocho horas después del informe, han pensado que buscabas indagar en la fortuna de la familia del expresidente.

Maldije mi mala suerte. Claude intentó calmarme y me pidió que mirara el lado bueno.

—Este tipo de cosas —explicó— no son ninguna broma. Si llega a pasar a mitad de camino quizás te hubieran dejado abandonado en cualquier sitio. O habrías acabado en el fondo del río, o incluso algo peor si antes hubieran querido sacarte información.

«Algo peor», repetí en mi mente. Me dio un escalofrío.

El Gobierno de Kabila se había mostrado implacable y cruel con quienes habían escarbado en sus alcantarillas. Aunque había perdido el poder, el expresidente seguía teniendo enorme influencia en sectores de la economía y la política nacionales y sus hombres, desesperados, podían ser incluso más peligrosos.

Me vino a la mente la noticia del asesinato de dos expertos de las Naciones Unidas unos años atrás en Kasai, en el centro del país: la

política sueco-chilena Zaida Catalán y el americano Michael Sharp. Desaparecieron junto a su intérprete, Betu Tshintela, también asesinado, mientras investigaban unas masacres cometidas con el beneplácito de las autoridades locales tras los combates entre un grupo rebelde local y el ejército congolés. Aunque los autores del asesinato, que quedó grabado en vídeo, fueron aparentemente unos rebeldes, una investigación posterior demostró que Catalán tenía pruebas en su ordenador de que un ministro de Kabila, Clément Kanku, estaba implicado en las matanzas ocurridas en Kasai. La política sueco-chilena guardaba incluso llamadas telefónicas en las que Kanku felicitaba a un subordinado por haber incendiado una aldea. «Es bueno que haya ardido todo; eso son buenas noticias», se escuchaba decir al ministro. Su subordinado le explicaba que habían quemado vivo a un coronel rival y Kanku se interesaba por la suerte de sus guardaespaldas. «Sí, los hemos matado. Les hemos dado con palos en la cabeza», fue la respuesta. Catalán y Sharp se habían adentrado en una región peligrosa y recóndita con la intención de desenmascarar a aquel instigador de matanzas de civiles, pero antes de que los investigadores partieran alguien había informado al ministro de que Catalán tenía en su poder aquella llamada telefónica que lo incriminaba.

Claude también recordaba aquel caso, pero podía decirme decenas más con congoleses implicados y que no habían trascendido a la opinión pública.

Insistió en verle el lado positivo a la situación.

—Has tenido suerte, amigo. Me alegro de que no hayas subido a ese barco.

Regresé al Hotel du Canon y me quedé un buen rato sentado mirando a la pared.

¿Y ahora qué?

Aunque estaba decepcionado por no haber podido iniciar la navegación y me parecía surrealista que me hubieran confundido con un espía, sabía que Claude tenía razón. Podía darme con un canto en los dientes por haber salido de aquella sin un rasguño. Ocurre en todo el mundo: cuando el poder se siente amenazado, es implacable en su venganza. Y en Congo no se respetaba a nadie. Ni siquiera a un Nobel de la Paz. Años antes, en una visita a Bukavu, había podido comprobarlo.

22

El doctor de las mujeres dignas

A los trece años, y como no podía pagarse la escuela, Kasigwa optó por ser un asesino. No era nada personal, simplemente quería un empleo. Junto a seis amigos, abandonó su aldea de Luve, en el este de Congo, se internó en el bosque y se unió a la milicia Mai-Mai Nyatura, formada por hutus ruandeses. Lo recibieron con un puñetazo en la cara que lo derribó. Como Kasigwa soportaba bien las palizas de sus superiores, decidieron que estaba preparado para matar. Al principio asesinó con cuchillos.

—Mataba a los cabezotas. Si sabía que un tipo tenía veinte dólares y no me los daba, tenía que matarlo. Y luego, claro, a su familia.

Cuando lo conocí en el año 2016 en un centro de reinserción de niños soldados en Bukavu, Kasigwa vestía un polo azul, tenía la cara redonda y lucía un bigote de quinceañero. Seis meses después de huir de aquel grupo rebelde y sumarse a un programa de integración social con una oenegé congoleña, aún tenía dentro restos del demonio.

—Tengo una ira extraña en mi cuerpo. Dura poco, pero en ese rato puedo matar sin problemas, sin pensármelo. Ahora me pasa menos.

El tercer día que fui a verle, después de jugar un partido de fútbol caótico con otros ex niños soldados como él en un patio lleno de piedras blancas, pensé que ya tenía suficiente confianza con él como para pedirle que me dijera la verdad.

—¿Que si he violado? Pues claro.

Se rio con ganas. La pregunta le pareció una estupidez.

Kasigwa violaba durante los pillajes o en los controles de carretera. Le resultaba bastante sencillo. Paraba el autobús, escogía a la chica que le apetecía y lo hacía.

—Era lo normal. Lo hacían todos. A veces las ganas me empujaban a hacerlo, pero otras veces solo quería burlarme de ellas.

La risa inconsciente de Kasigwa, su confesión despreocupada y su falta de empatía con las víctimas conectaban con un hilo invisible las montañas donde habitan un centenar de grupos rebeldes y los pasillos del hospital Panzi de Bukavu. La primera vez que visité aquel centro era 2017 y estaba abarrotado. Decenas de mujeres de todas las edades, madres, niñas y ancianas, algunas con sus hijos a la espalda, guardaban turno frente a una puerta marrón con un pomo dorado. Muchas, quizás todas, habían sido violadas. Estaban allí por eso, para que las trataran.

Sentada en un banco, la adolescente Neema, que había llegado al edificio acompañada de una anciana octogenaria en muletas, me explicó por qué ambas habían depositado su última esperanza en aquel rincón junto al lago Kivu. Señaló la puerta desnuda de la consulta:

—Ahí dentro hay un buen hombre.

Pedí permiso para acompañar a la mujer durante la consulta y, cuando finalmente se abrió la puerta, la anciana se apoyó en una muleta de madera y entró despacio. Sentado detrás de un escritorio de madera lleno de papeles, esperaba el doctor Denis Mukwege. El despacho estaba desordenado: había papeles y dosieres por todas partes, y las estanterías y las paredes estaban llenas de libros de Mukwege, fotografías de Mukwege y premios a Mukwege.

La anciana miró al doctor con veneración, como si en lugar de un médico fuera un santo en vida. Para muchas mujeres congoleñas lo era. Desde hacía más de dos décadas, Mukwege operaba gratuitamente a mujeres y niñas violadas. Algunas de las pacientes habían sido torturadas tan brutalmente —sus agresores les introducían en la vagina bayonetas, cristales o productos tóxicos como pegamento, disolvente o lejía— que era necesario reconstruirles el aparato reproductor, el urinario o incluso el digestivo. Después de operar a miles de ellas, Mukwege se había convertido en uno de los mayores expertos mundiales en tratar a mujeres agredidas sexualmente. También en su principal altavoz: «La violación en una zona de conflicto es la voluntad de destruir al otro y a las generaciones futuras a través de la mujer».

La primera vez que vi trabajar al doctor Denis Mukwege me

impresionó su ritmo pausado. Había conversado con él antes varias veces, en Francia y Bruselas, pero aquel día, viéndole pasar consulta en el hospital congoleño, me sorprendió su capacidad de abstraerse de la tarea titánica que le esperaba en los pasillos del hospital. Pese a que hileras de mujeres agredidas esperaban su turno, una responsabilidad que habría abrumado a cualquiera, él dirigía todos sus esfuerzos a escuchar. Esos minutos de atención, decía Mukwege, eran la distancia entre ser una víctima de una violación o empezar a ser una superviviente. «La víctima sufre por su pasado, la superviviente mira hacia el futuro», decía. Y para esas mujeres que habían tocado fondo, cuyas vidas habían sido destruidas, que las escucharan no era solo una cuestión de esperanza; era una cuestión de dignidad. «Llegan rotas y humilladas, no solo físicamente, también psicológicamente. Hay que reconstruir su amor propio, así que lo primero que necesitan es sentirse respetadas. Por eso escucho.»

Todas las veces que entrevisté a Mukwege, en Europa y África, el congolés nunca disimuló cierta impaciencia por estar perdiendo el tiempo hablando con periodistas. Era el precio, admitía, que debía pagar para encontrar apoyos económicos para su hospital. En el año 2014, cuando le dieron el Premio Sájarov del Parlamento Europeo, su nombre empezó a sonar con fuerza en las quinielas del Nobel de la Paz, que conseguiría cuatro años después, compartido con la activista yazidí Nadia Murad.

Mukwege contaba que una paciente había provocado un giro en su vida. Una mañana llegó a Panzi una adolescente violada a la que el doctor congoleño reconoció enseguida: era la hija, fruto de una violación, de una madre que él mismo había tratado en el hospital unos años antes. «Una nueva generación de mujeres estaba siendo violada ante mis ojos. No podíamos tratar solo a las mujeres en el hospital; había que hacer algo más.» Aquel día, Mukwege decidió convertirse en portavoz de los derechos de las mujeres y explicar al mundo la barbarie de la que era testigo.

El Nobel de la Paz había multiplicado todavía más la fama de Mukwege en Congo, donde ya era una celebridad, aunque una celebridad maldita. Los premios internacionales —además del Nobel se le había otorgado la Legión de Honor de Francia— lo habían convertido en una presencia incómoda para las autoridades, incapaces de soportar sus críticas al Gobierno y a la impunidad de los culpables.

Los premios le habían dado un altavoz a Mukwege y él lo utilizaba para denunciar que las mujeres no son víctimas colaterales de la guerra o una consecuencia desafortunada del conflicto: son el objetivo. Decenas de grupos rebeldes, algunos apoyados clandestinamente por políticos poderosos, se habían adueñado de territorios ricos en minerales y usaban el terror y la violencia sexual para controlar las zonas mineras de difícil acceso donde el Ejército, mal pagado y peor organizado, ni siquiera se atrevía a entrar.

Mukwege tenía enemigos poderosos. Vivía dentro del recinto del hospital Panzi, escoltado por un guardia de seguridad las veinticuatro horas del día y, cuando tenía que ir al aeropuerto, se desplazaba en un vehículo blindado de la ONU.

Un asesinato había provocado aquella vida cautiva.

El jueves 25 de octubre de 2012, al regresar a Bukavu después de dar una conferencia en la sede de la ONU en Nueva York y unas charlas en varios países europeos, cinco hombres armados lo esperaban en su casa. Los asaltantes tenían retenidas a Lisa y Denise —dos de sus tres hijas—, además de a una prima, y aguardaban su llegada con el dedo en el gatillo. «Eran profesionales e iban a matarme. Jeff [un empleado de la familia que hacía las veces de guardaespaldas] intentó evitarlo y le dispararon en la cara. Pensé que era el fin y me tiré al suelo, pero vi que no estaba herido. Lamentablemente, el pobre Jeff murió.» Tras los disparos —la casa está a cincuenta metros de una base de la ONU y a doscientos de una comisaría de policía—, los atacantes huyeron a la carrera. No se investigó el ataque y nadie fue detenido.

Aquel día, Mukwege estuvo más cerca de abandonar que nunca.

«Cuando me atacaron, hui, porque tuve el reflejo de proteger a mi familia. Pero entonces mis pacientes hicieron algo increíble.» Durante semanas, cientos de mujeres se manifestaron en las calles de Bukavu para pedir el retorno del doctor, escribieron cartas al presidente Joseph Kabila y reunieron el dinero para pagar su viaje de vuelta al Congo. «¡Mujeres humildes vendieron tomates y frutas en el mercado para ahorrar y pagar mi billete! Me quedé sin argumentos para abandonarlas.»

La lucha no iba a ser breve. Aunque las violaciones perpetradas por guerrilleros habían descendido, las décadas de violencia e impunidad habían infectado a parte de la sociedad congolesa. Si al

principio los abusos sexuales eran perpetrados por rebeldes o soldados, cada vez se registraban más violaciones de civiles. Hombres normales, vecinos amables y cabezas de familia aparentemente ejemplares, violaban a sus vecinas, a sus amigas, a sus nietas o a desconocidas, porque podían y porque sabían que no pagarían por ello. Porque si eran detenidos, un soborno al funcionario adecuado les permitía comprar de nuevo su libertad.

Mukwege tenía casi siempre una expresión seria y vivía atosigado por un trabajo interminable. Únicamente cuando visitaba a sus pacientes y mientras caminaba entre las 450 camas de su hospital se permitía relajarse un poco. Acariciaba con un gesto mesiánico las cabezas de sus pacientes, que lo idolatraban.

Durante una visita, Mukwege se detuvo junto a una mujer tumbada en la cama. La madre tenía buen aspecto, así que el doctor le informó de que pronto le darían el alta.

—*Asante sana, doctor* —dijo ella. «Muchas gracias.»

Cuando más tarde pregunté a Mukwege por qué no se rendía, recordó a esa madre.

—¿La has visto? —dijo—. Mujeres como ella me cambian la vida. Ver cómo esas mujeres destruidas resurgen y se convierten en defensoras de sus familias y luchan por los derechos de los demás... Eso es formidable. Esas mujeres no luchan por ellas, sino por la humanidad.

23

El Mampeza

A la mañana siguiente regresé al puerto con los cinco sentidos en alerta. Tras haber sido expulsado de la barcaza por espía, no me fiaba de qué podía encontrarme, pero no tenía alternativa: todos los barcos hacia Kinsasa salían de allí.

En cuanto entré al puerto me topé con la más absoluta de las indiferencias. Fue como si allí no hubiera ocurrido nada. No había ni rastro de los uniformados que me habían echado del barco en el último minuto y ni siquiera los agentes de migración parecían demasiado interesados en mi presencia.

Media hora después no podía creer mi buena suerte. Había encontrado un hueco en otro barco. Más aún: su capitán, Jack, me daba su palabra de que íbamos a zarpar al día siguiente. Los dos camarotes de la embarcación estaban ocupados, me dijo, pero podría dormir en la habitación de mando, un espacio amplio, con techo y ventanales donde cabían de sobras un colchón y mi mochila. La estancia estaba presidida por un espectacular timón, una rueda clásica de madera con cabillas redondeadas que parecía sacada de un cuento de piratas.

Como no tenía más remedio que esperar, me senté a pasar el día con el mecánico de la barcaza, Thomas, y su mujer, Teresa Bondieu, encargada de la organización a bordo. Ambos eran sexagenarios y buena gente. Para ganarse un sobresueldo, Teresa tostaba cacahuetes y mandaba a su sobrino a venderlos por las calles de Kisangani. Mientras Teresa salteaba los cacahuetes en una vieja sartén y Thomas zurcía unos calcetines rotos, escuchaban la radio y comentaban las noticias.

Después de compartir un té y unos cacahuetes, les pregunté a bocajarro si realmente íbamos a partir en breve. Teresa se mordió el

labio. El barco, me explicó, no iba a salir hasta dentro de una semana o dos.

—Están esperando un cargamento, pero el camión que los transporta lleva días encallado en el camino de Walikale. Además, anteayer otro capitán sobornó a uno de los encargados del puerto y ha cargado en sus bodegas los sacos de harina y arroz que debían ir en las nuestras.

No había ninguna posibilidad de que aquel barco zarpara al día siguiente. Y aunque así fuera, Teresa no me aconsejaba ese tipo de prisas. Fijarse solo en el día de la partida, explicó, no es lo único que debía tener en cuenta. Si las bodegas o los contenedores estaban llenos, significaba que el barco no se iba a detener apenas durante el camino. Si zarpaba a media carga, no era una buena noticia: tendría que detenerse varias veces durante la ruta para cargar, y para ello la tripulación debería lidiar con los permisos de puertos secundarios y sus oficiales de aduanas sedientos de mordidas.

—Eso en Congo son días o semanas de espera.

Esa era la trampa. Partir rápido era lo de menos: lo importante era saber cuándo ibas a llegar a tu destino.

Thomas escuchaba a su esposa y asentía.

—Luego, claro —puntualizó él—, hay cosas que están en la mano de Dios, como las tormentas, los accidentes o las roturas de motor.

Les agradecí la sinceridad y salté de la barcaza a buscar otras opciones. No quería perder más energías enfadándome o yendo a pedir explicaciones al capitán. Esta vez tenía la sensación de que empezaba a comprender cómo funcionaba aquel puerto caótico.

Estaba desesperado, pero no podía permitirme el desánimo. Seguí preguntando. Subí a todas las barcazas, una por una, visité todas las torres de mando y fui a buscar a los capitanes de las barcazas en las cantinas de los alrededores. Unos hombres de una mesa en un bar al otro lado de la carretera me aseguraron que había una posibilidad: el Mampeza. Les habían dicho que zarparía esa misma madrugada.

Los escuché incrédulo pero regresé al puerto para observar la barcaza con detenimiento y averiguar si era plausible.

El Mampeza más que una barcaza eran tres. En la parte posterior, un remolcador de doce metros de eslora, coronado por una torre de mando blanca y azul, se encargaba de empujar dos plataformas de metal, de unos veinte metros de largo cada una, situadas en la parte

delantera. En una distancia de seis o siete metros de ancho, se distribuían media docena de contenedores metálicos y cientos de sacos de cereales, carbón y otras mercancías. El Mampeza transportaba también unas neveras para su comercio principal: pescado congelado. Hablé con unos grumetes que cargaban sacos y me juraron que los frigoríficos estaban llenos y que acababan de llenar los depósitos de combustible.

Había un problema. En la parte delantera de la torre, bajo el nombre de la barca, un letrero rezaba «Prohibido pasajeros».

Fui a buscar al capitán de barco a una terraza al final de la calle. Se llamaba Erkam Papy, pero todos lo llamaban *commandant* Papy. Mi primera embestida acabó en fiasco. Papy se negó en redondo porque, dijo, si veían un pasajero blanco a bordo, tendría lío con las autoridades. Le expliqué que tenía permisos para navegar pero no me escuchó. No y mil veces no.

Regresé al puerto sin darme por vencido: debía subir a ese barco. Me dediqué a observar. Después de una hora sabía más o menos quiénes formaban la tripulación, quiénes mandaban y quiénes eran los veteranos que podrían tener influencia en el capitán. Me acerqué a un hombre con mucho río en las arrugas y le pregunté por su puesto en el barco.

—Contramaestre, segundo de a bordo —contestó.

Se llamaba Pombe y era la mano derecha del capitán. Era mi hombre.

Le pedí si podía convencer al *commandant* Papy.

—*Je ne crois pas* —contestó.

Aquella leve duda me abría una oportunidad.

Disimulando mi desasosiego, llamé a Claude a ver si podía mover hilos para convencer al capitán del Mampeza, pero su respuesta fue un jarro de agua fría: estaba fuera de la ciudad y no podía venir a echarme un cable al puerto. Aun así, iba a mandarme a Japhet, un amigo suyo que era un hijo para él: «Es un tipo inteligente y valiente».

Media hora después, le estrechaba la mano a un chico delgado, de barba negra y una sonrisa sempiterna en los labios. Enseguida me cayó bien, aunque no era consciente entonces de que aquel encuentro iba a ser una de las mejores noticias de aquella travesía hasta el mar. Quizás la mejor.

Japhet tenía treinta y siete años y era una caja de sorpresas. Era ingeniero en electromagnetismo y le fascinaban la informática y el diseño web. Tenía una obsesión: quería ser su propio jefe. Tras dejar un buen empleo en la principal cervecera del país, en la ciudad de Mbandaka, Japhet se había establecido en Kisangani para arrancar su propio negocio. Su aventura emprendedora todavía no había dado frutos, pero él no desesperaba. Estudiaba inglés —por eso conocía a Claude, era uno de sus alumnos—, y quería aprender chino. Japhet rezumaba tranquilidad y pasión. Siempre veía un resquicio de esperanza en la adversidad. Me pidió que confiara en él: conseguiría, dijo, que subiéramos a ese barco.

¿Subiéramos?

Ya lo había decidido: iba a acompañarme hasta Kinsasa. Me sorprendió su disponibilidad a embarcarse en un viaje de varias semanas pero, me explicó, tenía un motivo: hacía casi un año que no veía a su mujer y a su hijo Gabriel, de cinco años, que vivían en la capital. «Iremos juntos a verles», dijo confiado. Tenía una energía desbordante. Sacó el móvil del bolsillo y llamó a un vecino suyo que trabajaba en el puerto.

—De Gaulle nos echará una mano, ya verás.

De Gaulle llegó al puerto a los quince minutos. Llevaba más de treinta años trabajando en el puerto y todos lo conocían. Exmilitar retirado, el hombre tenía la cabeza muy redonda y rapada. Le faltaba la oreja derecha, que había perdido en un accidente de camión. Se durmió al volante, decía. En cuanto Japhet le contó la situación, su rostro se iluminó.

—*Ah, Papy! C'est possible alors*.

Sacó el móvil y marcó su teléfono. Papy era amigo suyo.

Aunque al principio el capitán volvió a negarse a llevarme, De Gaulle lo convenció para que lo habláramos los tres en persona. Papy nos citó para tomar unas cervezas a las cinco de la tarde. Tanto para De Gaulle como para Japhet, aquella respuesta era un puente tendido.

—Si quiere hablar fuera del puerto —señaló Japhet— es que no quiere oídos que puedan escuchar lo que dice. Y quien está dispuesto a hablar con discreción es que está dispuesto a aceptar. Todo irá bien.

Horas después, la diplomacia del alcohol surtió efecto. Tras unas cuantas cervezas a la sombra de un mango, Papy solo tenía una duda:

—¿Estás preparado para viajar a la congolesa? Si no soportas la

navegación no quiero que me hagas responsable.

Las condiciones en el Mampeza, decía, iban a ser duras.

—¿Cuántos pasajeros vas a aceptar a bordo? —pregunté.

El *commandant* Papy dudó un poco, masticó un par de cálculos por lo bajo y aseguró que serían una decena o veinte. Cincuenta como máximo. Zarparíamos esa misma noche, de madrugada.

Papy fue razonable con el precio del pasaje: cincuenta dólares por barba hasta Kinsasa. Japhet, a mi lado, sonrió de oreja a oreja: estaba exultante. Lo miré y me dejé llevar por la intuición. Aquello me daba buena espina. Feliz por aquel giro de los acontecimientos, me incorporé, estreché la mano de Papy y cerramos el trato.

—Buscaré un sitio en cubierta donde instalarme y colocar el colchón —dije.

Estaba tan desbordado por el entusiasmo que no supe leer la sonrisa socarrona en los labios de Papy.

Antes de regresar al puerto, saqué de la mochila una camiseta del Real Madrid y la usé de anzuelo. Papy me había dicho que era seguidor del equipo madridista y le hice una promesa:

—Si de verdad llegamos antes de tres semanas, será tuya.

Papy soltó una carcajada, apuró de un trago su cerveza y se levantó.

—Si aguantas navegar el Congo como un congolés, llegarás. Vamos, te enseñaré el Mampeza.

La torre era el corazón de la embarcación. Al final del piso superior estaba la habitación de mando, con el timón en el centro, rodeado de ventanas. Se accedía por un pasillo estrecho entre dos congeladores. En el piso inferior, el espacio se repartía entre la sala de motor —un caos de hierros, máquinas, tubos y manchas de grasa—, el único cuarto de baño de la embarcación —un zulo estrecho con un agujero en el suelo, apenas iluminado por un ojo de buey en la puerta — y la habitación privada del *commandant* Papy. Me dejó entrar. Se accedía a ella por una pequeña puerta a estribor y era un lujo tan relativo como indiscutible allí. Aunque la estancia era estrecha y un colchón atravesado cubría casi todo el espacio, había un pequeño espejo en un rincón y un televisor colgado de la pared del fondo, a los pies de la cama. No había suelo: el espacio entre las maderas de la quilla y las vigas de los baos estaba lleno de sacos sobre los que se apoyaba directamente la cama.

Aprovechamos el resto del día para ir al mercado y comprar mercancías para el viaje. Japhet decía que era buen cocinero y se ofreció a preparar nuestra comida. En los barcos había mujeres que cocinaban a cambio de unas monedas, pero el estado de conservación de los alimentos no siempre era ideal. Japhet era metódico y concienzudo e intentaba anticiparse a los problemas. Un par de horas después, lo teníamos todo. Japhet pasó lista:

12 botellas de agua mineral
Carbón
1 kilo de cebollas
10 botes de tomate
10 tazas de arroz
1 litro de aceite
1 kilo de frijoles
Medio kilo de ajo
Dos colchones
Dos tazas de plástico, dos cucharas, dos tenedores y un cuchillo
Cuerda
Jabón

Al anochecer, el ajetreo de la tripulación a bordo del Mampeza confirmaba que la partida era inminente. Aunque algo no cuadraba: en el muelle, frente a la embarcación, había más de trescientas personas esperando.

El *commandant* Papy vino a verme y me explicó que íbamos a sufrir un leve retraso. Saldríamos a las cinco de la mañana, pero sobre las tres de la madrugada me permitiría pasar a cubierta para colocar mis cosas. Me alegré de que Japhet se hubiera quedado conmigo. Al oscurecer, el puerto se había convertido en un teatro de sombras y ladrones que aprovechaban cualquier descuido.

Debían ser la una o las dos de la madrugada cuando se desencadenó el caos. Una lluvia violenta cayó sin avisar sobre quienes dormitábamos en el suelo frente al Mampeza y todos corrimos a resguardarnos en el saliente del tejado del almacén principal.

En cuanto dejó de llover se oyó un grito desgarrador. Una mujer lloraba desconsolada porque le habían robado una bolsa con todas sus cosas. Estaba desesperada. Correteaba como loca de aquí para allá, abatida y consternada ante lo que acababa de ocurrir. Era imposible calmarla. Se tiraba por el suelo, se arañaba la cara y no atendía a los intentos de los demás de consolarla. Tenía motivos: llevaba, explicó gimoteando, los ahorros de toda su vida en la mochila, unos

seiscientos dólares.

La mujer lloraba sin parar y se lamentaba mientras a su alrededor se formaba un corro de decenas de personas. Rota de desesperación, la mujer se levantó, empujó a quienes la rodeaban y se lanzó al agua. «¡Cuidado! ¡Dios mío! ¡Se va ahogar!», gritaron varias voces. Un chico bajó de un brinco a un barco cercano y la agarró del brazo para rescatarla. La mujer gritaba que no quería vivir.

Al cabo de un rato, el puerto recuperó la calma y todos volvimos a tumbarnos sobre plásticos a esperar. Enseguida me convertí en el centro de atención. Algunos hombres se reían al verme tumbado en el suelo.

—Mirad el *mundele*. Duerme como nosotros. Está bien que vea cómo sufrimos —dijo un hombre.

Japhet lo mandó callar y dos adolescentes me enseñaron el pulgar y sonrieron.

No teníamos ni idea de qué iba a ocurrir, pero estaba claro que éramos demasiados. Había trescientas personas, quizás más, esperando la salida del barco y nadie sabía exactamente quién estaba en la lista para entrar. En el Mampeza no había espacio ni para un tercio de la gente que aguardaba en el muelle.

Un chico trajeado y con gafas de pasta que daba vueltas por el puerto me llamó la atención. Por su vestimenta y modales parecía un extraterrestre en un lugar como aquel. Se movía nervioso de aquí para allá, intentando hacerse entender, sin demasiado éxito. Afiné el oído y lo escuché hablar en un francés pésimo, salpimentado de inglés. Quería saber con quién debía hablar para comprar su plaza en el Mampeza. Al ver a un hombre blanco, se le iluminó la cara. Fue directo hacia mí:

—¿Hablas inglés? —murmuró desesperado.

Se llamaba John Zedgenbroth y era de Kenia, aunque vivía en Singapur. Era una rara avis: estaba viajando por África occidental sin ningún motivo en particular.

—Viajo como lo hacéis los blancos —reaccionó cuando vio mis cejas arqueadas—. Como tú, ¿no?

Me extendió la mano; podía llamarlo Prime.

Al saber que estaba descendiendo el Congo desde la fuente al mar para escribir un libro, se le iluminó la cara:

—¡Yo también soy escritor! —exclamó.

Sacó de su mochila dos libros; el primero y el sexto de los que tenía publicados. Había escrito poemarios, novelas y libros de filosofía y religión. Se había formado en la India y se definía como *coach* psicológico. Prime estaba en un lío tremendo: hacía dos semanas que debía haber llegado a Gabón y no encontraba la forma de lograr un pasaje para ir por el río hasta la frontera con Congo-Brazzaville. Como lo vi tan apurado, le chivé quién era el capitán —uno de los secretos mejor guardados por la tripulación, que evitaba compartir esa información con el pasaje por miedo a peticiones desesperadas— y, en cuanto lo supo, Prime dio un salto y se perdió en la barcaza dispuesto a probar suerte. Regresó al rato con cien dólares menos en el bolsillo y una sonrisa: le dejarían entrar.

Minutos después, un grumete vino a buscarnos. Debíamos colocarnos rápido en algún rincón de la cubierta y esperar allí, porque no tardarían en dejar embarcar a los demás. Nos dimos de bruces con la realidad: había tanta mercancía por todos lados que apenas había sitio para desplegar el colchón. Japhet me miró y me alargó una silla de plástico, que serviría para delimitar nuestro pequeño latifundio.

Poco a poco fue subiendo la tensión. Tres marineros de la tripulación echaban a patadas a quienes se colaban para reservarse un sitio mejor entre las mercancías. Había nerviosismo en el ambiente. Un grumete, cansado de que nadie le hiciera caso, agarró un cubo de agua y empapó a quienes se negaban a abandonar la cubierta.

Sonaron unos gritos diferentes. Uno de los grumetes apareció por un pasillo oscuro con un chico delgado y asustado al que llevaba agarrado de la solapa. En la otra mano mostraba una bolsa con seis botellas de refrescos. «¡Ladrón, ladrón!», gritaba. Un tipo aseguró que lo había visto acercarse nadando y la multitud no necesitó más pruebas. Lo cargaron a peso entre varios hombres y, como si fuera un saco de patatas, lo llevaron en volandas del barco hasta el muelle. La cara de temor del chico vaticinaba lo que estaba a punto de ocurrir: le llovió una tormenta de golpes antes incluso de poner un pie en el suelo. Algunos se acercaban solo a mirar, pero la mayoría soltaban una patada o un puñetazo mientras lo insultaban. Tras la paliza, tres chicos se lo llevaron hacia el exterior del puerto, magullado y dolorido, para entregárselo a la policía.

Después de una hora, el sueño nos venció. No había pegado ojo en toda la noche, así que desplacé unos sacos y desplegué un trozo del

colchón para tumbarme un rato.

Cerré los ojos y me dormí enseguida y en paz, inconsciente de la tormenta que estaba a punto de desatarse.

A las cuatro y veinte empezó la estampida. Al principio, todavía adormilado, no entendí lo que ocurría, pero Japhet me estiró de la camisa y me gritó que me moviera. «¡Rápido, rápido!» Miré hacia el muelle y dudé de si aquella escena era real o formaba parte de una pesadilla: decenas de personas saltaban a cubierta entre gritos y empujones en una especie de abordaje pirata desesperado. Había hombres con colchones y sillas sobre sus cabezas, mujeres que cargaban con alguna pequeña mercancía, como un altavoz o un televisor pequeño, o con niños cogidos de la mano. Todos se daban codazos y se insultaban para ganar unos centímetros en la cubierta, repleta de bártulos y personas. Era imposible que toda aquella gente, aquel magma enloquecido que gritaba y se maldecía mientras se abalanzaba hacia donde nos encontrábamos, cupiera a bordo. Eran tantos que pronto los focos del puerto quedaron ensombrecidos por las siluetas que se cernían sobre nosotros.

Japhet me alcanzó la silla. Me gritó que me sentara y defendiera mi sitio. Tuvo el tiempo justo para colocarse a mi lado, delante de unos sacos cubiertos por un plástico naranja. En apenas tres minutos, no quedaba ni un solo centímetro de la cubierta sin ocupar. Los pasajeros se apelotonaban unos sobre otros. La gente se pisaba, se empujaba, apoyaba sus fardos sobre las cabezas de los demás, se golpeaba sin querer al hacer el más mínimo movimiento. Un niño de dos años lloraba porque la marea humana lo había apartado de su madre y tuvieron que levantarlo en brazos sobre las cabezas de todos para devolvérselo a la mujer.

Los privilegios quedaron dispuestos de manera cruda. Como nadie podía tumbarse para descansar, los afortunados éramos quienes teníamos una silla de plástico. A continuación estaban quienes habían logrado el hueco suficiente para sentarse en un rincón, donde no había demasiado riesgo de ser aplastado por los últimos, los que estaban de pie. Decenas y decenas de hombres y mujeres ocupaban el borde de la cubierta, a unos centímetros del agua. Cualquier empujón los llevaría irremediablemente a caer al río. Muchos protestaban ante las embestidas y gritaban que no sabían nadar. Los nervios, a flor de piel, estaban desatados y las protestas se dirigían hacia la tripulación:

«¡Esto es una barbaridad! ¡No podéis dejar entrar a tanta gente! ¡El barco se hundirá!».

Miré a Japhet, que estaba pensando lo mismo que yo: corríamos peligro y debíamos hacer algo. La sobrecarga del barco, todavía amarrado, sería una trampa mortal en caso de naufragio durante la travesía.

Esperé a que se calmaran los ánimos y terminara la marea de empujones cuando alguien cambiaba de lugar. Fui a ver al capitán. Avancé en equilibro por el lateral de la barcaza, cogido a la barandilla por la parte exterior, con el agua a mis espaldas. En algunos puntos había tanta gente que ni siquiera tenía espacio para agarrarme a la barra metálica. Tras varios minutos, alcancé por fin la zona del remolcador.

Al verme llegar a la cabina del capitán, Papy soltó una carcajada.

—¡Te lo había dicho! ¡*Voyage* a la congolesa!

—¡Dijiste que habría cincuenta pasajeros como máximo! —le repliqué enfadado—. ¡Y ahí delante hay más de trescientos! Casi no se puede ni respirar, nadie puede moverse.

Intenté explicarle la evidencia: aquel barco sobrecargado sería un peligro mortal si había problemas durante la ruta. Había bebés y niños pequeños, y adultos que no sabían nadar.

Papy me miró burlonamente.

—Las cosas en Congo son así, amigo mío. En España no tenéis barcos como este, ¿eh? —Y volvió a desternillarse de la risa.

Por supuesto, el miedo formaba parte del negocio. Detrás de Papy, había tres hombres y una mujer con la misma inquietud que yo y la cartera a medio abrir. Por unos dólares más, el *commandant* les ofrecía un hueco en la zona del remolcador, detrás de la torre de mando, algo más despejada, donde se acurrucaban unas veinte o treinta personas. Aquel espacio era la joya de la corona en un viaje de varios días: había acceso a la ducha/lavabo y el espacio permitía tumbarse en el suelo, aunque fuera pegado a dos o tres cuerpos más. Eran lujos de otro mundo comparados con la escena que acababa de presenciar en las plataformas delanteras. Papy me agarró del brazo.

—Tengo una plaza especial para ti.

Me llevó escaleras arriba, a la sala de mando, y nos detuvimos antes de la estancia del timón. En aquel espacio, con techo de metal y

unos ventanales sin cristal a cada lado, cubiertos por una lona verde de plástico, no cabía un alfiler: había decenas de maletas, mochilas y sacos de carbón por todos lados. Dos frigoríficos horizontales dejaban un pasillo mínimo para que una persona pudiera avanzar. Papy señaló una de las neveras y desplegó un colchón rosa y putrefacto, roto en mil pedazos, sobre el electrodoméstico. Más de la mitad de la espuma sobresalía por uno de los extremos y había que doblarlo a lo ancho para que no saliera por la ventana.

—Doscientos dólares y podrás dormir aquí.

Le dije que era un ladrón, pero también sabía cuál era la alternativa: regresar a las plataformas de delante, atestadas y sin posibilidad de moverse un centímetro, ni cocinar ni dormir tumbado, durante semanas. Le respondí que veinte dólares, y solo si conseguía un sitio similar para Japhet. Aceptó por veinticinco. Como el espacio debajo del timón estaba ocupado por cuatro personas, acordamos que Japhet colocaría durante la noche un colchón entre los frigoríficos y dormiría allí tumbado.

Papy no era un tipo desagradable: simplemente hacía negocios.

—Esto no es como Europa, ¿eh? —insistió.

Era imposible regresar a las plataformas, estaban cada vez más llenas de gente, así que llamé a Japhet para decirle que había conseguido un sitio para los dos. Escuché su suspiro de alivio al otro lado del teléfono. Veinte minutos después, apareció al final de la segunda barcaza.

—*My brother!* Esto es mucho más seguro que aquello.

Tumbado encima del congelador, con medio cuerpo fuera, no veía la suciedad, la estrechez o la falta total de intimidad; solo veía un techo, un lugar donde descansar y un espacio en el remolcador en el que dar cinco o seis pasos. También una oportunidad de salvar el pellejo si se producía un naufragio. Imaginé el escenario de cientos de personas intentando mantenerse a flote desesperadamente entre las olas, rodeadas de cientos de mercancías. Me subió por la garganta una sensación amarga de alivio y culpa, la de quien ha podido escapar un poco, aunque solo sea un peldaño, del vagón de los nadie. Quizás a eso sabe el privilegio.

Al cabo de media hora, los motores empezaron a tronar. Zarpamos. Observé eufórico cómo se alejaban las grúas dormidas del puerto, los barcos amarrados y las luces de la orilla. No llevábamos ni

cinco minutos de ruta cuando apareció imponente en la orilla derecha la Villa Regina, que en sus tiempos fue una mansión señorial. Había ido a visitarla una de mis primeras tardes en Kisangani y me sorprendió ver aquel lugar mítico en decadencia. Situada actualmente junto a un campamento militar, en ella se alojaron Katharine Hepburn, Humphrey Bogart y el resto del equipo del rodaje de *La reina de África*. Tras vivir aquellos tiempos de gloria y acoger las mayores estrellas del cine de Hollywood, la casa fue abandonada y se convirtió en el hogar de decenas de familias que malvivían en un edificio que se caía a pedazos. Los almacenes inferiores estaban anegados de agua y las paredes, llenas de agujeros.

Desde el río, se veían perfectamente los grandes arcos del porche y me imaginé a Bogart bebiendo whisky y disfrutando del amanecer. Probablemente la escena ocurrió tal cual. El actor estadounidense y el director del filme, John Huston, fueron los únicos de todo el equipo de rodaje que no contrajeron malaria ni disentería. El propio Bogart explicó en una entrevista posterior el secreto de su inmunidad: «Solo ingeríamos frijoles, espárragos en lata y whisky escocés. En cuanto un mosquito nos picaba a Huston o a mí, caía muerto».

Villa Regina desapareció tras la maleza y me quedé observando la oscuridad de las olas, levemente iluminadas por los primeros rayos de sol. La tensión de aquellos días me aplastó los hombros y me atravesó todo el cuerpo de repente. Sentí una extenuación colosal. No pude evitar emocionarme un poco.

Recordé la frase que el escritor Javier Reverte recoge en su libro *Vagabundo en África*: «Donde hay un deseo, hay un camino».

De nuevo en camino, pensé. Pese a la amargura, pese al cansancio. Pese a todo.

Pero con un deseo.

24

On est ensemble

Decenas de canoas salían a nuestro encuentro como lanzas, alertadas por el ronquido del motor, que se retorcía para empujar el Mampeza. Las embarcaciones aparecían a lo lejos y avanzaban lentamente, en diagonal, en nuestra misma dirección, y esperaban a que la fuerza de la corriente, además del motor, nos precipitara directamente hasta su posición. Los ocupantes de las canoas buscaban aprovechar su única oportunidad en varios días de vender sus productos.

Su cálculo de tiempo y velocidad era asombroso: aunque íbamos más rápido que ellos, ajustaban la cadencia de los remos para alcanzar nuestra barcaza y, una vez a nuestra altura, se colocaban en paralelo y aumentaban la velocidad hasta asemejarla a la nuestra. Cuando lo conseguían, se acercaban con un giro preciso de la punta de la piragua, asían el borde de la plataforma o una barandilla y ataban con una cuerda ambas embarcaciones.

Yo observaba la escena con deleite. Su destreza y su equilibrio sobre las canoas —a veces coincidían tres o cuatro a la vez y debían saltar de una a otra— eran impresionantes. Personas de todas las edades se movían sobre aquellas agujas de madera flotantes en una danza practicada durante siglos y transmitida de generación en generación. Ofrecían los frutos del río y de la selva: carbón, pescado ahumado, serpientes asadas, tortugas vivas o morteros de madera. A veces transportaban a un nuevo pasajero que necesitaba viajar río abajo. El *commandant* Papy siempre los aceptaba a bordo a cambio de unos billetes.

Poco después de dejar Kisangani, el paisaje, matizado por las tonalidades naranjas del sol naciente, adquirió una belleza apabullante. La selva era tan frondosa que en algunos puntos de la orilla se creaban túneles naturales de ramas y hojas bajo las que

avanzaban las canoas de los pescadores más madrugadores.

En el barco, la incomodidad de la mayoría era incontestable. Había tanta gente en las dos plataformas de delante que muchos pasajeros visitaban la del remolcador para estirar unos segundos las piernas o protegerse del sol, que castigaba inclemente a los pasajeros que no podían guarecerse. Los grumetes les chillaban que no podían estar ahí y que regresaran a su sitio, pero casi nadie se movía. Los miraban, sonreían levemente y se quedaban donde estaban. Como mucho daban un par de pasos en la dirección que les ordenaban y luego volvían a quedarse quietos.

En la parte final del remolcador, frente a las escaleras que llevaban a mi congelador, había un catre de madera en el que la gente se turnaba para descansar unas horas durante el día. En uno de los rincones había dispuesto sus bártulos Augustine, la cocinera. Era una mujer corpulenta, con la cara redonda y que viajaba con su hija Joyce, de siete años, una niña encantadora y divertida que buscaba continuamente que la distrajeran. Por la noche ambas dormían debajo del timón.

Augustine era nuera del *commandant* Papy y se había ofrecido a cocinar para la tripulación y para todo aquel que quisiera pagarle un puñado de francos. Su destino era Mbandaka, la penúltima gran ciudad antes de alcanzar Kinsasa. Como había tanta gente y nos era imposible acceder a nuestra comida, que se había quedado en la primera plataforma, le pedimos que cocinara para nosotros también. Augustine era una mujer encantadora y trabajadora, que se pasaba todo el día desalando pescado seco, machacando *fufu* —un bollo pegajoso de harina de mandioca— o cocinando frijoles. Llevaba una red que le cubría el pelo, una tela de colores como falda y pronto se destapó como la auténtica jefa del lugar.

Los del remolcador nos turnábamos para sentarnos en tres sillas de plástico o en los bordes de la cama. Yo me agencié pronto un bote de pintura vacío que colocaba en lo alto de la escalera y me servía como asiento para leer el *Quijote* o escribir. Continuamente debía levantarme para dejar paso a quienes iban a hablar con el *commandant* a la sala de mando, pero esas interrupciones eran una excusa para conversar y romper el hielo con los marineros y grumetes. Mi pequeño rincón, encajado entre sacos de harina y maletas, quedaba justo delante y por encima de las cabezas del resto, así que mis momentos

de retiro para escribir o leer se convertían en motivo de curiosidad general.

En el remolcador también viajaban Youyou y su hijo Rafina, de tres años y medio. Youyou era una mujer joven y tímida de una aldea a mitad de camino de la capital, que había ido a Kisangani a vender pescado. Tenía otro hijo de diez años que la esperaba en casa y estaba impaciente: hacía dos meses que no lo veía.

—Si tienes hijos sabes lo duro que es dejar de verlos unos días. Imagina tanto tiempo. Pero vivimos de esto, así que no tengo alternativa.

Enseguida hice buenas migas con Lucien Mbundu Pambu, el mecánico, que estaba empeñado en enseñarme lingala y se negaba a decirme nada en francés. Siempre estaba de buen humor y era un tipo tremendamente simpático con todos. Supe que era un hombre justo por cómo hablaba y negociaba con los aldeanos que abordaban el barco para vender pescado. A diferencia de los demás, él los trataba a todos con respeto y no les rateaba unos francos una vez el precio estaba pactado. Cuando estrechaba la mano del vendedor, el trato estaba cerrado.

—La palabra de un hombre es importante —decía.

A Papy Eboma Matakua, a quien bauticé como Papy *deux* (Papy dos) para diferenciarlo del *commandant* Papy, le entusiasmó el *Quijote*. No sabía ni una palabra de español, pero en cuanto dejaba el libro sobre el dintel de la puerta de la sala de máquinas, él lo cogía para hojearlo durante horas. Papy *deux* trabajaba de mecánico en Kinsasa y viajaba por el río para comerciar con lo que podía. Se buscaba la vida. Era un hombre de mirada limpia, mientras el alcohol no se la emborronaba, y llevaba siempre una gorra *beige* con las palabras «*Arizona, American Vintage Original Style*». Cada mañana se recortaba la barba con unas tijeras infantiles y un espejo pegado a un trozo de cartón. Como le gustaba madrugar, hablábamos mientras los demás se desperezaban. Papy *deux* tenía cinco hijas y, decía, para él el río Congo era la forma de darles de comer y de ofrecerles una educación. Hablaba de ellas con orgullo. Las dos mayores estaban estudiando Magisterio y Administración, respectivamente. Eran las primeras de toda la familia que habían llegado a la universidad.

—Es importante para nosotros. Todos confiamos en ellas —apuntaba.

A Papy *deux* le indignaba que la gente de delante tuviera que ir tan apretada.

—La mayoría de los congoleses no vivimos: sobrevivimos diariamente. Es una lucha infinita. Cada día te levantas y te enfrentas a la jornada como si fuera un combate. ¿Se puede vivir así?

Mientras charlábamos, se acercó Japhet y me alargó un trozo de pan. Seguíamos sin poder acceder a nuestra comida y la cocinera continuaba pelando cebollas, así que íbamos a tardar en hincar el diente. Sin dejar de hablar, partí mi mitad y se la ofrecí a Papy *deux*, que se sorprendió y me dio las gracias. Era un trozo de pan duro e insípido y bromeé diciendo que más que las gracias debíamos darnos el pésame.

—No era pan duro, era todo lo que tenías —dijo.

Lo aprendería y constataría durante el resto del viaje: la gente compartía y ofrecía lo que fuera. Un trozo de galleta, un poco de agua, un hueco para sentarse. Nada era demasiado poco. Cuando la carencia es general, vivir y dejar vivir no es suficiente; en situaciones así, es imprescindible vivir y ayudar a vivir. Entre las estrecheces del Mampeza, cualquier gesto de generosidad se valoraba mucho y se cerraba con una frase que definía una forma de resistir.

—*On est ensemble.* —«Estamos juntos.»

Después de once horas de viaje nos detuvimos en una pequeña hendidura del río que terminaba en una playa desprovista de vegetación. Entendimos pronto por qué: en la orilla había cientos de árboles cortados que esperaban a ser transportados. Estaban colocados unos sobre otros, como cigarrillos amontonados. Cada uno debía pesar varias toneladas. En cuanto atracamos, los pasajeros de las plataformas salieron en desbandada para estirar las piernas y colocar mantas en el suelo donde pasar la noche. Me impresionó ver la cantidad de gente que salía de la embarcación. Traté de contarlos, pero cuando iba por ciento cincuenta personas me desconté porque se mezclaban con quienes volvían a subir o cargaban mercancías.

Avancé para tomar tierra y al pasar por el borde de las plataformas vi que a bordo quedaban muchos más: ni siquiera había bajado la mitad. Era inconcebible pensar que allí abajo pudieran viajar cientos de personas. No cabían. Imaginé el sufrimiento que debían haber padecido después de más de once horas encajonadas unas con otras. Algunos, de hecho, no pudieron soportarlo más. Cinco

personas decidieron apearse esa noche y no continuar.

Un hombre se volvió hacia la torre de mando, levantó el puño y maldijo en lingala.

—¡Sufrimos demasiado! ¡Viajamos como animales!

Después de dar una vuelta por el poblado, regresé al Mampeza cuando se estaba poniendo el sol. El *commandant* Papy fumaba pensativo en un lateral de la embarcación, mirando al río. La puesta de sol regalaba un paisaje bucólico, con tonos amarillos y naranjas sobre el agua negra y calmada, solo removida de vez en cuando por la silueta de las piraguas y sus pescadores, que remaban de vuelta a casa.

—Es bonito nuestro país, ¿eh? —soltó.

—De los más bonitos que he visto en mi vida —convine.

Aquel paisaje era tan bello que intimidaba.

Cuando Papy apuró su cigarrillo, lo invité a un Marlboro que llevaba en la mochila. Le hizo una ilusión bárbara.

—¡Oh! ¡Estos me encantan!

El humo de aquel tabaco americano dio pie a seguir conversando. El *commandant* Papy hacía treinta años que navegaba el Congo. Se enorgullecía de no haber tenido nunca un accidente, pero admitía que eran habituales. A veces, decía, había problemas porque el casco de la barca chocaba contra una roca o un banco de arena.

Papy capitaneaba desde hacía diez años el Mampeza, propiedad de un hombre blanco belga que había levantado un imperio gracias a la importación y transporte de alimentos en Congo. Había muerto hacía poco y a Papy le inquietaba que aquel fallecimiento trajera más desgracias. El hombre había dejado sus empresas como herencia a sus hijos y estos no estaban interesados en los negocios congoleses de su padre. No sabía cuánto tiempo el Mampeza seguiría surcando las aguas del Congo, pero se temía lo peor.

—Siempre pasa igual. Los blancos se hacen ricos y, cuando se cansan, simplemente se marchan.

El *commandant* Papy tenía diez hijos, de muchas mujeres diferentes. Ni siquiera sabía cuántas exactamente.

—De siete chicas; no, espera, de cinco o seis.

Bromeé con sus dificultades para precisarlo y dijo que solo estaba casado con una, que a menudo viajaba con él y era la principal. El resto eran novias que se echaba en cada puerto.

Observamos de nuevo el paisaje en silencio. La oscuridad envolvía lentamente el río y la selva de alrededor y las tonalidades naranjas y azules se confundían con las siluetas negras de la selva. A lo lejos, decenas de animales e insectos iniciaron un concierto de gritos, cantos y aullidos.

—Deberíamos vivir bien —dijo Papy.

Dio una última calada al cigarrillo y lo lanzó al agua catapultándolo con dos dedos.

—Somos un país bonito, con riqueza y gente que puede trabajar, y aun así los blancos venís de fuera a robarnos nuestras riquezas y nosotros los congoleses sufrimos y somos pobres. Mira cómo viaja esta gente, ¿te parece normal?

Le dije que no me lo parecía en absoluto, pero que era él el responsable, quien había decidido dejarlos entrar y los estaba poniendo en peligro.

Papy estaba esperando mi reproche y sonrió.

—Tú lo habrías hecho mejor, ¿no? Ya sé que es peligroso, pero lo hago por ayudarlos. ¿Qué alternativa hay? Hace muchos días que no sale de Kisangani un barco con pasajeros, y muchos llevan semanas esperando, durmiendo en el puerto y comiendo lo que pueden porque han agotado sus ahorros.

No dije nada y Papy prosiguió.

—Ya no hay casi barcos. Antes había embarcaciones incluso para turistas, con buenas habitaciones y comida a bordo. Ahora las pocas que hay van tan cargadas de mercancías que no admiten a pasajeros.

Lo miré no demasiado convencido y le contesté que él ganaba dinero por cada persona a bordo. Para él era un negocio.

—Pregúntales a ellos, verás qué te dicen. Necesitan volver a sus casas, a ver sus familias y a vender sus mercancías. Viajan en malas condiciones, sí, pero viajan. ¿Crees que me gusta verlos así? ¿Que lo hago por dinero? Lo hago porque no hay alternativa. Yo les doy una oportunidad.

En una esquina de la plataforma, una mujer mecía en su pecho a un bebé dormido y, junto a ellos, tres hombres pelaban las hojas de un *mazele* y lo compartían mientras se explicaban algo, a tenor de sus gestos, bastante divertido. Se reían con ganas y movían las manos, como si lo que acabaran de contarse fuera una barbaridad. Uno de ellos pataleaba y daba golpes en el hombro de su amigo. Hacía tanto

ruido que el bebé se despertó, movió la cabeza, amagó un llanto que murió enseguida y volvió a quedarse dormido.

25

Tierra caníbal

Llegaba el sonido de un altercado desde las plataformas. Gritos, insultos y chillidos. Augustine apareció de entre la multitud con el gesto contrariado y se hundió en su cocina de carbón con los ojos llorosos. Al cabo de un rato, respiró hondo y subió a ver al *commandant*. Sus lágrimas se habían convertido en un volcán en erupción. Los gritos que salían desde la sala del timón se oían por todo el Mampeza.

Japhet me traducía aquel estruendo. Augustine había ido a buscar ingredientes a su equipaje, que guardaba en uno de los contenedores, y un chaval no la había dejado pasar. Aunque ella le había dicho que era la cocinera, el tipo se había envalentonado y le había dicho que fuera por otro lado.

—Me ha dicho que me jodan. ¡Que me jodan! Y luego me ha insultado. ¡¿Te parece normal esa mala educación?!

Augustine echaba fuego por la boca.

El sonido de una riña unos metros más adelante interrumpió los intentos del *commandant* de tranquilizarla. Traían a empujones a un pobre diablo con cara de querer que se lo tragara la tierra.

—¡Es ese, es él! —gritó Augustine desde la ventana de la torre de mando.

Aquel chico acababa de cavar su propia tumba, porque no solo era un chaval maleducado, sino que también era lo peor que se puede ser en un barco atestado de gente humilde que viaja sin poder moverse: un ladrón.

—¡Me ha robado! ¡Me ha robado! —gritaba una mujer fuera de sí.

Los pasajeros insultaban y golpeaban al ladronzuelo, a quien agarraban entre tres, cuando pasaba lo suficientemente cerca. Estuvo a

punto de caerse dos veces por la borda. Por un momento dudé de si lo iban a lanzar al agua, pero lo subieron a empellones por la escalera para llevárselo a Papy. Augustine bajó sin mirarlo y continuó pelando cebollas. La rabia le había desaparecido pero le caían dos lagrimones por los mofletes.

El *commandant* pidió que le explicaran qué había pasado. Dejó hablar brevemente al tipo, que llevaba un polo de rayas blancas y granates. El chico balbuceó una respuesta en voz baja, declarándose inocente. Sus titubeos lo condenaron: Papy giró el timón en dirección hacia una aldea en una isla en mitad del río. Acababa de dictar sentencia.

—Te desembarcamos ahí, no queremos que generes más problemas.

El tipo asomó una protesta pero no tenía nada que hacer. A los pocos minutos, varios grumetes lo sacaron a empujones de la embarcación mientras escupían a sus pies en señal de desprecio.

Había islas como aquella por todos lados. En ese punto, el río era un fárrago de pequeñas lenguas que se entrelazaban y avanzaban unidas. Islas e islotes separaban las distintas ramificaciones de un Congo que adquiría allí una presencia poderosa y tenía color de zumo de manzana espeso.

Se abría ante nosotros un tramo de cientos de kilómetros sin núcleos importantes de población. Aunque aquello no quería decir que las entrañas de la selva estuvieran vacías. No las veíamos, pero en aquellos bosques había pequeñas aldeas. Sus habitantes no tenían excesivo contacto con el exterior, más allá de algunas incursiones por el río, y tenían fama de esquivos. Los primeros blancos que recorrieron aquel tramo del Congo no se sintieron demasiado bien recibidos. Desde la tierra de los wagenyas hasta Mbandaka, el explorador Stanley libró, según cuenta en su diario, treinta y dos batallas en una vasta región de un millar de kilómetros que describió en su diario como una tierra infestada de caníbales, hostil y peligrosa.

Lo llevaron al límite.

> Nos estábamos hastiando de pelear todos los días. La tensión a la que estábamos sometidos había sido demasiado larga, la enemistad incesante y prolongada que nos habían manifestado estaba empezando a hacernos sentir acosados, acorralados y amargados [...]. Habíamos soportado ataques constantes, día y noche, luchando para abrirnos paso. Habíamos recurrido a todo género de defensas. Sin embargo, en cada recodo de este río pavoroso los

> alaridos de los salvajes nos estallaban en los oídos. Las canoas en forma de serpiente se lanzaban con ímpetu al ataque, mientras que tambores, cuernos y alaridos provocaban una alharaca feroz y ensordecedora. Estábamos agotándonos. No quedaba una treintena de hombres en toda la expedición que no hubiera recibido una herida. No era posible continuar esa vida llena de temores [...]. Escribo estas líneas muy temeroso de que nunca serán leídas por hombre alguno.

La diferencia principal entre una expedición de nuestros días y aquellas epopeyas de la era de los descubrimientos, como las singladuras transoceánicas de quinientos años atrás, no radica tanto en el riesgo, que era superior, como en la incertidumbre. Por muy arriesgado que sea el reto actualmente —abrir una ruta nueva en el Himalaya o explorar el fondo del océano—, sumarse a una expedición de varios años por aquella África ignota o subirse a una carabela que partía de un puerto europeo hacia lo desconocido, donde el fracaso y la muerte eran una opción probable, suponía adentrarse en territorio inexplorado. Significaba cortar cualquier comunicación, dejar atrás también cualquier posibilidad de rescate o de ayuda exterior, y asumir la propia soledad. Era una aventura arriesgada y quizás solo comparable en el futuro a lanzarse a explorar el universo.

Para Stanley y sus hombres, aquella tierra estaba llena de depredadores y ellos eran la presa. En la confluencia del río Aruwimi con el Congo, una zona paradisíaca de árboles altos y muros vegetales, sobrevivieron a una de las peores batallas de su épica travesía por el río. Stanley, a quien le gustaba exagerar, describió una escena dantesca de hasta 54 canoas con dos mil guerreros abalanzándose sobre ellos.

Pocos días después de aquella batalla ocurrió algo que llenó al mismo tiempo de esperanza y de terror a la expedición: sonó un disparo. La explosión salió de una canoa repleta de guerreros e inundó el aire de pólvora. Aunque el proyectil era un trozo irregular de cobre o hierro y no los alcanzó, aquello quería decir dos cosas. La primera, que la ventaja abrumadora de sus armas de fuego había terminado y que a partir de ese momento los aborígenes fluviales llevarían mosquetes, además de arcos y cuchillos. La segunda, que la expedición no se había perdido. Aquellas armas eran vestigios de la presencia portuguesa en la desembocadura, lo que significaba que aquella lengua de agua los estaba llevando hacia el mar. Era la señal que todos estaban esperando. El júbilo se desató en la caravana, que,

sumida en la desesperación, había perdido toda esperanza de llegar a su destino.

Semanas después, tras más de 11.000 kilómetros a través del continente, después de casi tres años de penurias, enfermedades y batallas, una expedición de 114 almas hambrientas —habían sido 356 al iniciarse el viaje— llegó al mar y certificó una de las epopeyas más extraordinarias de la era de los descubrimientos. «El 9 de agosto de 1877 —escribió Stanley—, a los 999 días de partir de Zanzíbar, nos preparamos para saludar a la caravana de la civilización.»

El Mampeza avanzaba por aquella tierra inhóspita sin batallas ni hostilidades. Tras diez horas de ruta, solo interrumpidas por la expulsión del ladronzuelo, nos detuvimos en Mombongo, un pueblo de tierra y casas de caña. Algunos cientos de metros antes de llegar, salieron a nuestro encuentro cinco piraguas manejadas por mujeres. Vendían racimos de plátanos, mandioca, piñas, mangos y pescado desecado. Aunque iban cargadas con sacos pesados, las chicas saltaban de una canoa como bailarinas de ballet, entre risas y sin miedo a caerse. Porque sabían que no iban a caerse.

Augustine compró pescado y un saco de harina de yuca y, antes de que se fuera la última chica, la llamó y abrió una bolsa de plástico donde guardaba ropa vieja y zapatos usados. En unos segundos, todas las mujeres que habían venido en canoas metieron desesperadas las manos en el saco y se llevaron blusas, pantalones y zapatos desparejados. Todas reían y Augustine no esperó a que le dieran las gracias; cuando la bolsa se vació se la dio a una de ellas y se dio la vuelta para seguir cocinado.

Al atracar en la orilla, una ola de pasajeros salió de las plataformas. Se empezaba a percibir el cansancio en los gestos y muchos tenían los músculos entumecidos después de tanto tiempo sin moverse. Rivelin, uno de los grumetes, se vino conmigo a un mercado cercano. A Rivelin todos lo llamaban Al Qaeda. Me pidió que yo también lo hiciera. Pese a la fiereza del mote, era un chaval tranquilo y risueño, corto de estatura y de mirada honesta. Decía que tenía veintinueve años, pero parecía más joven. Al Qaeda llevaba cinco meses trabajando de grumete y estaba cansado de aquella vida. No veía su futuro a bordo: quería ser profesor, como su padre, o militar. También quería formar una familia, tres hijos como máximo, y para él eso era incompatible con el barco y con estar siempre fuera de casa.

En breve empezaba el partido de Congo contra Gabón de la Copa África de fútbol y Al Qaeda se moría de ganas de verlo. Tras el episodio con el gabonés del puerto de Kisangani, yo tenía unas ganas irresistibles de que Gabón perdiera por 10 a 0, así que decidí acompañarlo al único bar de la aldea para preguntar si darían el encuentro. El plan se frustró pronto. El dueño del bar dijo que no había gasolina para el generador que alimentaba el televisor. Al oír la conversación entre el mesero y Al Qaeda, el *commandant* Papy, que se tomaba una cerveza en una mesa del patio, dijo que él ponía la gasolina de su bolsillo. Ni con esas. Cuando llegó el bidón, el dueño admitió que tampoco había pagado la mensualidad del canal satélite por el que emitían el torneo.

Al Qaeda mojó el disgusto en otra cerveza y Papy pidió su tercera ronda.

Oímos gritos y la celebración de un gol. Al Qaeda levantó las cejas y me hizo un gesto con la cabeza; fuimos a ver. Al doblar la calle de arena, al fondo apareció la raíz de aquel jolgorio. En un campo de fútbol de tierra, un equipo con las camisetas del Barça se enfrentaba a otro enfundado en la zamarra verde fosforito del Real Madrid. Los porteros llevaban la contraria: uno vestía la equipación del Bayern de Múnich y el otro la del Manchester United. El árbitro y los jueces de línea iban vestidos del Paris Saint Germain.

En la parte de atrás de las camisetas se anunciaba quién pagaba la fiesta: un político local, que pedía el voto para las próximas elecciones municipales.

Mi presencia entre el público acaparó las miradas y poco a poco una turba de curiosos me rodeó. Un chico que chapurreaba francés me preguntó mi nombre y de dónde venía. Al oír «Barcelone» se puso a aplaudir y se lo gritó a los demás.

Enseguida se corrió la voz y el malentendido, del que tardé poco en enterarme. Tras el pitido final con empate a dos en el marcador, uno de los jugadores se acercó a la carrera y me preguntó si de verdad era un ojeador del Fútbol Club Barcelona.

Le dije que no, que yo solo era un periodista de Barcelona, y que no trabajaba en el club. El chaval puso tal cara de decepción que llegué a pensar que quizás habría sido mejor no haberle dicho la verdad.

26

Carne de mono

A medianoche me despertó una ráfaga de viento en la cara y un chispazo de luz cegador. Se acercaba una tormenta. Oí el alboroto en cubierta de quienes improvisaban un refugio con plásticos y me sentí a salvo y culpable por estar en el único punto del barco con techo de metal. Aunque la lluvia salpicaba desde la apertura de la escalera y entraba por los laterales cuando el viento levantaba los plásticos, no había comparación posible con el infortunio de quienes estaban en las plataformas delanteras o en la orilla. Me asomé a la barcaza y vi a decenas de pasajeros que aguardaban impasibles a que parara de llover. Permanecían inmóviles, en cuclillas o sentados, conscientes de que no había refugio posible, resignados a calarse hasta los huesos. Observé desde mi ventana a un chaval adolescente apoyado en la pared metálica de la torre de control. Parecía que salía de tomarse una ducha vestido. El agua le caía a chorro por la nariz y las sienes y tenía la ropa totalmente empapada. Cuando nuestras miradas se cruzaron, levantó el pulgar. Mantuvo el brazo un buen rato en el aire y a los pocos segundos empezó a chorrearle por el codo un hilo de agua que estalló en el suelo entre sus pies.

Debían ser las seis de la mañana cuando emprendimos la marcha. Al cabo de una hora nos alcanzó una canoa que surgió de una pequeña aldea a nuestra izquierda. Los hombres hacían ostensibles gestos con los brazos para que los esperáramos y señalaban el fondo de su canoa, dando a entender que llevaban un tesoro. Tras atar la canoa al Mampeza, lo mostraron orgullosos. Era un impresionante pescado de metro y medio de largo y setenta kilos de peso que fue celebrado con reverencia por toda la tripulación. Tenía unos bigotes largos como cables, similares a los de un siluro europeo, y daba enormes bocanadas. Uno de los hombres mantenía las rodillas en su lomo para

evitar que diera coletazos y se escapara. Hasta el capitán Papy salió a ver aquella pieza majestuosa.

—¡Es un monstruo! —decían los marineros.

Los pescadores sonreían satisfechos por el reconocimiento a su pericia. Papy levantó el brazo y le hizo un gesto al hombre: tenía una oferta para él.

Pronto asaltaron la barcaza más aldeanos. La selva envolvía la orilla y se notaba en la mercancía que ofrecían los pescadores y cazadores de la zona: botes de gusanos, serpientes ahumadas, monos de cara blanca... Los macacos eran de un tamaño considerable, de un metro veinte desde la cabeza hasta la punta de la cola. De nuevo apareció por la puerta de la sala del timón el *commandant*. Le encantaba la carne de mono. Nada más comprarlo, metió los dos cuerpos en el congelador de debajo de mi colchón.

Poco después, la cubierta se llenó de tortugas. Un hombre delgado, descalzo y sin camiseta las llevaba colgando como si fueran yoyós. Les había hecho un agujero en la parte delantera del caparazón en el que había anudado una cuerda y las pobres bestias iban chocando unas con otras, suspendidas en el aire. Mientras esperaba su turno para negociar con el capitán, se divertía con los reptiles. Colocaba a los animales en el suelo y les acariciaba el caparazón de delante hacia atrás para que sacaran la cabeza y anduvieran hacia delante, en una huida lenta e infructuosa. Cuando habían recorrido menos de medio metro, el hombre les daba un fuerte estirón y las tortugas salían disparadas hacia atrás, balanceándose de nuevo en el aire.

Aunque el *commandant* había jurado que no se iba a detener a cargar mercancías, paramos en la isla de Elumba para comprar sacos de mandioca y aceite de palma. El *commandant* estaba sospechosamente interesado en que no sacara fotos de la escena, así que me olí enseguida que había gato encerrado. Tampoco permitió que ningún pasajero bajara del barco a estirar las piernas durante las tres horas de trasiego con la mercancía. La crueldad de esa decisión era obscena: decenas de personas se amontonaban en el lateral de la barcaza, a apenas quince metros de la orilla, implorando que las dejaran bajar y caminar un poco.

El vaivén de mercancías era temerario. Cada vez cargaban más y más sacos, y el Mampeza se hundía peligrosamente.

Augustine había puesto al fuego un sofrito de tomate, ajos y cebolla mientras cortaba los dedos de uno de los monos y fileteaba los pedazos de carne más grandes. Cuando terminó y sirvió los platos, el Mampeza fue una fiesta. La carne de mono, cada vez menos habitual porque los animales huían selva adentro, era muy apreciada. Titubeé al principio, pero Augustine insistió: aquel plato era su especialidad. Minutos después me relamía los dedos. De una textura similar a la ternera, la carne se deshacía en la boca y tenía un sabor fuerte pero sabroso.

Como se había congregado una multitud a mi alrededor para ver mi reacción a aquel plato, levanté el dedo pulgar.

—*Eza malamu.* —«Está bueno», dije en lingala.

Todos se desternillaron y Augustine bromeó haciéndose la ofendida.

—¡Pues claro que está rico! ¿Qué te creías? ¡Que lo he cocinado yo!

Y todos volvimos a reírnos. El ambiente en el Mampeza, con el paso de los días, era cada vez mejor.

Llevábamos ya casi cuatro horas de espera cuando aparecieron cinco personas en la orilla. Explicaron a gritos que llevaban tres semanas varados en un barco, atracado un kilómetro río abajo, porque la mercancía que esperaba su capitán no terminaba de llegar. Suplicaban que los lleváramos. No iban ligeros de equipaje: acarreaban maletas de metro y medio, varias sillas, media docena de sacos y hasta un tablero de ajedrez gigante. Desde la barcaza, los pasajeros les hacían gestos de que no cabía nadie más y los grumetes les gritaban que se volvieran a su barco o esperaran al siguiente. Pese a la negativa, los aspirantes a pasajeros del Mampeza no se movieron. Simplemente se sentaron a esperar su momento. Y llegó.

Cuando por fin el Mampeza encendió los motores y empezó a moverse, los cinco hombres agarraron sus cosas y las metieron a toda prisa en dos canoas. Como la barcaza avanzaba lentamente, enseguida alcanzaron el lateral de la embarcación y subieron su equipaje y mercancías, ignorando las protestas malhumoradas de los pasajeros, que tampoco duraron demasiado. Poco a poco, todos guardaron silencio y perdieron la vista en el horizonte.

Ya había anochecido cuando llegamos a Bumba, una pequeña ciudad de calles de arena y edificios de dos plantas de corte colonial.

Disponía de bancos, hoteles, bares —«¡y hasta una rotonda!», me había dicho Al Qaeda— y también una ratio de ladrones, al parecer, descomunal. El *commandant* Papy me advirtió de la peligrosidad del puerto y me pidió que regresara a dormir al barco.

—Hoy hemos perdido mucho tiempo. Mañana a las cuatro y media retomaremos la marcha.

Japhet y yo saltamos a tierra a través de una canoa atravesada a modo de puente. La ciudad tenía un aire de caos rural, ni siquiera urbano, un desgobierno amable comparado con la aspereza de asfalto de Kinsasa o Kisangani. Las calles estaban repletas de gente, había tenderetes por todos lados y los edificios de la avenida principal, también sin asfaltar, tenían grandes porches de columnas con la pintura desconchada.

Más que a un mototaxi subimos a un cohete. El motorista avanzaba entre la gente a una velocidad endiablada y pitaba insistentemente para que se apartaran vehículos y personas. Cuando pasó rozando junto a una mujer, le toqué el hombro, grité «*pole pole*» y el chaval redujo un poco la velocidad hasta la siguiente esquina. Luego volvió a acelerar.

Fuimos a cenar al hotel Padeni, un edificio en forma de ele, de dos pisos, con las paredes marmoladas y un patio salpicado de árboles y mesas. A Japhet se le ocurrió preguntar si nos dejarían ducharnos y recargar baterías y Violet, una chica simpatiquísima, aceptó a cambio de una propina. Aunque el agua estaba fría, aquella ducha fue un paseo por el edén.

Por si fuera poco, Violet accedió a prepararnos de cena el santo grial de la gastronomía mundial, el plato que cientos de veces me ha salvado de un estómago rugiente, el alimento de los dioses y as en la manga de las cocinas casi cerradas: un bocadillo de tortilla.

27

Una ciudad flotante

La rutina de la barcaza empezaba a gustarme. Comenzaba invariablemente con el rugido del motor, que Lucien, el mecánico, encendía media hora antes de emprender la marcha y que rompía el silencio envolvente de la noche. Me levantaba de un brinco, ponía en orden mis cosas (el espacio reducido obligaba) y bajaba las escaleras a esperar a que Augustine me alargara una taza de plástico llena de agua humeante. Aquel café soluble con leche en polvo era el mejor momento de la mañana. Ese instante de calma, con la barcaza aún entumecida, era de un recogimiento emocionante.

Mientras daba pequeños sorbos, observaba como la bruma matinal difuminaba la superficie del río y una fina neblina ocultaba los movimientos de los pescadores más madrugadores, que colocaban sus redes cerca de una orilla magnética y misteriosa. Los tucanes, activos a esa hora temprana, sobrevolaban las copas de los árboles. Las águilas pescadoras oteaban la corriente en busca de presas. Un ejemplar joven y esbelto se lanzó desde una rama alta y desplegó sus garras pálidas hacia el agua. Sonó ¡chaaaas! y, con un movimiento eléctrico, el ave emprendió de nuevo el vuelo llevando en el pico un pez que coleteaba inútilmente en un último intento de zafarse de una muerte segura.

El río era amplio y estaba lleno de islas, pero cuando confluían en un solo cauce varias lenguas líquidas era difícil ver la orilla a varios kilómetros de distancia. La corriente avanzaba tranquila, solo alterada por unas olas suaves, que mecían sigilosamente las plantas e islotes vegetales que flotaban en la superficie. El paisaje irradiaba paz y la salida del sol lo convertía en un espectáculo inolvidable. Los primeros rayos pincelaban el río de un tono plateado, como si en lugar de agua el Congo fuera una amplia senda de mercurio. Era el paraíso. ¡Cómo

no iba a repetir cada mañana aquel ritual! Absorto y en silencio, contemplaba maravillado aquella naturaleza primigenia, casi ancestral, que parecía condenada a desaparecer.

Aproveché la claridad matinal para ir a las plataformas. Costaba un mundo avanzar. Los pasillos laterales y el espacio central estaban bloqueados por decenas de pasajeros pegados unos a los otros o por bloques de sacos, plásticos o trastos. Parecía increíble que tanta gente pudiera caber en un sitio como aquel. Había tan poco espacio libre que quienes tenían la suerte de estar sentados debían recoger las piernas y prácticamente tocarse el pecho con las rodillas para dejar espacio al resto. La mayoría apenas podían moverse durante las doce o trece horas diarias de navegación y les era casi imposible alcanzar el único baño del Mampeza, así que debían hacer sus necesidades en una palangana y lanzar los excrementos por la borda. Para protegerse del sol y la lluvia, habían colocado plásticos azules y naranjas, atados de un contenedor a otro.

Baby y Julia, veinteañeras las dos, no se conocían antes de embarcarse, pero como les había tocado navegar juntas habían entablado una buena amistad. Compartían un espacio diminuto, encajadas entre unos sacos de carbón y un manojo de cañas de azúcar que bloqueaba el camino hacia el otro lado, y compartían una olla llena de arroz y hojas de mandioca machacadas. Julia bromeaba con el miedo de Baby, más joven, que no se atrevía a acercarse al borde de la barcaza porque no sabía nadar.

Baby era una chica delgada, llevaba trenzas en el pelo y bromeaba constantemente. Decía que iba a Kinsasa a buscar una oportunidad, que le habían dicho que había decenas de vidas nuevas escondidas en la capital.

—A ver si encuentro una vida para mí. ¡La de una chica rica por ejemplo! —decía entre risas.

Julia había acabado estudios politécnicos en Kisangani y, como allí no encontraba trabajo, iba a dar el salto a la capital. Kinsasa no le daba miedo, aseguraba, pero admitía que estaba nerviosa. La charla pronto se convirtió en una audiencia pública, una suerte de foro romano en el que todos daban su opinión o lanzaban recomendaciones a quienes nunca habían estado en la ciudad.

Samuel, un hombre de barba corta y manos hoscas, animaba a los más jóvenes. Quitaba gravedad al tamaño monstruoso de la capital y

les regalaba consejos de vida.

—Sobre todo, evitad dormir en la calle. Buscad a amigos y conocidos, pedid ayuda. Si dormís en la calle y estáis sucios, os será difícil salir de ahí.

Jean Paul Tumbas, de cuarenta y tres años, escuchaba atento desde un lateral de la barcaza, en el hueco entre un contenedor y el final de la cubierta. Un paso en falso y caía al agua. Venía de Kasai, una provincia del centro del país, y también iba a Kinsasa a por un futuro nuevo. No sabía exactamente cuál.

—La verdad es que no tengo una actividad precisa, veremos qué me depara el futuro.

Su familia, explicó, se había quedado en Kisangani de momento, a la espera de saber si él podía salir adelante. Jean Paul hablaba un francés perfecto y tenía modales exquisitos. Tenía también una curiosidad afilada y una sonrisa contagiosa, un «*ha ha ha hí*» agudo, con el acento al final.

—¡Eres de Barcelona! —exclamó al oír mi procedencia—. He leído que esa ciudad es un museo al aire libre. ¿Tan bonita es? ¡La Sagrada Familia, Gaudí, *c'est jolie*! *Ha ha ha hí!*

Me quedé impresionado. Le dije que probablemente era la primera vez en mi vida que al decir que venía de la Ciudad Condal no me habían hablado del equipo de fútbol o de Messi. Él sonrió y les dio un bofetón a mis prejuicios. Había estudiado arquitectura en la universidad. Y el arte era su gran pasión.

—¡Es por Picasso! ¡Es mi pintor favorito junto con Van Gogh!

Su cuadro preferido del artista malagueño, decía, era el *Guernica*.

—¡En ese cuadro, parece que está dibujando el Mampeza! ¡¿Te has fijado?! *Ha ha ha hí!* Todos muy juntos, el caos y la guerra. ¿Ves? ¡En Congo también tenemos guerra!

Ha ha ha hí!

Le pedí que me aconsejara algún pintor congolés que debiera conocer y me disculpé por no ser capaz de decirle yo ninguno.

—Te diré dos, un hombre y una mujer: Albert Lubaki y Antoinette Lubaki. Eran marido y esposa y su obra es fantástica. Y, de los contemporáneos, Chéri Samba. ¡Es capaz de resumir Congo en un solo cuadro!

Le prometí que buscaría su trabajo y me retiré, avergonzado porque, mientras que Jean Paul conocía perfectamente a varios

pintores europeos, yo no conocía a aquel trío de pintores consagrados, pese a llevar toda mi vida trabajando en África.

Le estreché la mano y se despidió con una sonrisa calurosa.

—Un placer, *mon ami*. Un placer.

Ha ha ha hí!

El Mampeza era una ciudad flotante. Un crisol de culturas, vidas y circunstancias. Había amantes del arte como Jean Paul, religiosos que recitaban sus sermones y plegarias los domingos, vendedoras, comerciantes, artistas, prostitutas, familias, madres con sus hijos, estudiantes, buscavidas, desesperados. También sombras: para algunos hombres, los más huidizos y discretos, subirse al Mampeza era una forma de dejar atrás un pasado criminal; de poner tierra por medio.

Había asimismo grupos de amigos que se lanzaban juntos hacia una nueva vida con una inocencia incauta. Paulin Atibo, de veintiséis años, viajaba a Kinsasa con sus cuatro colegas de la infancia: el mayor, Yvon, de veintinueve años; André y James, de veinticinco, y el benjamín, Kero, de veintitrés. Todos se presentaron como albañiles. Como en Kisangani no encontraban trabajo, dijo Paulin, se convencieron de que las oportunidades estaban en la capital. Tenía un conocido en Tshela, una ciudad cercana a la desembocadura, en el bajo Congo, y había apalabrado trabajar unos meses en una obra. Los demás habían decidido intentarlo con él. Habían ahorrado durante meses los cincuenta dólares del viaje y en esas estaban, persiguiendo el sueño de la fortuna empujados por la necesidad. Ninguno había planificado la travesía y el agua se les había acabado el primer día. Tampoco tenían comida ni apenas dinero.

Pese a que Paulin confiaba en que todo saldría bien, decía que nunca más iba a hacer un viaje similar.

—No volveré jamás a ir por el río Congo en una barcaza como esta. Es demasiado duro. Es una pesadilla.

Paulin tenía dos hijos y su plan era trabajar unos meses en la obra y luego buscar algo más estable. Calculaba que podría ver a sus pequeños una vez al año si conseguía ahorrar los doscientos dólares del billete de avión a Kisangani. Lo decía sin pena.

—Es lo que hay.

Cuando el Mampeza se detenía, y la suerte quería que alguien vendiera algo de comer, compraban algo. Si no, pasaban hambre. Aunque al principio se habían resistido, todos habían acabado

bebiendo del río para calmar la sed y tenían el estómago revuelto.

No eran los únicos ni los más perdidos. Isaak Lienga, un chaval de veintiún años de las afueras de Kisangani, con tan cara de buena gente como de atropellado, estaba pagando la inexperiencia y la ausencia de planificación con sus tripas. Tras salir de su casa por primera vez en su vida, había subido al Mampeza con una mochila negra medio vacía, un cargador para el móvil, una chaqueta y un paquete de galletas. Cada mañana aparecía en el remolcador mendigando un poco de agua mineral. Le dolía la barriga por beber la del río. Provocaba compasión ver como un chico de pueblo tan inocente estaba a punto de meterse en la boca del lobo de una de las mayores capitales de África. En el bolsillo le quedaban 12.000 francos, seis dólares al cambio. No tenía ni idea de cuántos días harían falta para completar la travesía y aseguraba cándido que una hermana lo esperaba en la capital, pero no sabía dónde vivía exactamente. Confiaba en encontrarla. Tenía apuntado su número en un papel en la mochila, aseguró.

Isaac miró mi teléfono y me preguntó cuánto me había costado. Su sueño era tener un iPhone 6, porque no era tan caro como uno nuevo.

—Lo puedes encontrar por trescientos dólares.

Le pregunté que para qué quería un iPhone si ya tenía un teléfono que funcionaba y me respondió que así podría hacer fotos bonitas como las mías. Me compartió su Facebook y sus sueños: quería viajar a Brasil y a Estados Unidos. A Brasil porque los brasileños siempre estaban riéndose, bailando y jugando al fútbol, y a él le encantaban las tres cosas. A Estados Unidos quería ir por el dinero. También le gustaba.

Después de varios días de viaje, el ánimo estaba algo más bajo en la barcaza, pero no para todos. Elaine, una mujer de treinta y dos años, se había hecho fuerte en un rincón de babor y extendía cada día sobre un pañuelo un pequeño supermercado. Vendía cigarrillos por unidad, jabón, galletas, cacahuetes y cerillas. Aquello le permitía ganarse unas monedas para ir tirando. Elaine hacía gala de una moral de hierro y se sacaba de encima las molestias del viaje con optimismo.

—¡Estamos acostumbrados! Nosotros, los congoleses, hemos viajado siempre así —explicaba.

Dos chicas me hicieron un gesto desde el otro lado de la cubierta

para que me acercara. También ellas querían contar algo. Avancé todo lo que pude y nos hablamos a gritos. Penda y Espoir, como me dijeron que se llamaban, eran hermanas y viajaban a Kinsasa a ver a un familiar.

—Nos quedaremos solo un tiempo antes de regresar a Kisangani; las grandes ciudades no me gustan, me dan miedo —apuntó Penda.

—Más miedo da no tener trabajo —replicó Espoir—. Si encontramos la manera de conseguir dinero, quizás nos quedemos; no dejaremos escapar la oportunidad.

Penda y Espoir querían hacerse una foto conmigo y, aunque estábamos a más de tres metros de distancia, estiraron el brazo con el móvil en la mano, pusieron la mejor de sus sonrisas y se hicieron un selfi a distancia, con mi silueta de fondo.

El llanto desesperado de un niño brotó de dentro de un contenedor entreabierto. Al asomarme estallaron varios lloros más. Dentro de la caja metálica había una veintena de madres con sus hijos pequeños, encima de dos hileras de sacos de carbón. La mitad del espacio estaba ocupado por columnas de pescado ahumado, encajados en unas raquetas de caña y mimbre, que llegaban desde el suelo hasta el techo del contenedor. Aunque la estancia era pequeña y ellas eran muchas, eran sin duda las privilegiadas de la plataforma. Si llovía no se mojaban y allí dentro no pasaban frío cuando refrescaba por la noche.

Lisa, de catorce años, era una descarada de aúpa. Mientras las demás reían avergonzadas, tomó la voz cantante y, sin que yo le preguntara, empezó a explicarme su historia. Estaba encantada de que le hiciera fotos y se reía sin riendas cuando le mostraba los vídeos en la pantalla del móvil. Las demás mujeres, algunas ancianas, se tapaban la cara divertidas, exagerando su timidez. Lisa viajaba con su madre y sus tres hermanos pequeños y estaban de vuelta. Habían ido a ver a un familiar a Kisangani y regresaban a casa, en Kinsasa. Para Lisa, lo peor del viaje en barco era cuidar a los más pequeños. Ante el riesgo de que cayeran por la borda y se ahogaran, tenían que estar todo el tiempo vigilándolos. Además, lamentaba, cuando el sol apretaba, el contenedor se convertía en un horno y tenían que viajar doce o trece horas encajadas en aquel espacio reducido.

—A quienes viajamos con niños nos dejan estar aquí para que no se caigan al agua, pero es un viaje muy duro.

Al salir del contenedor vi en un rincón a Prime, el poeta keniano. Llevaba sin verlo desde el inicio de la travesía y había estado prácticamente a punto de pisarlo. No lo había reconocido. Estaba medio dormido y tenía mala cara. Se había acurrucado entre unos sacos, había adelgazado y se quejaba de que la situación en las plataformas era cada vez peor. No solo no podían moverse, sino que la gente empezaba a perder los nervios y a veces había peleas.

—Da miedo porque se enfrentan y se insultan, y de un empujón cualquiera puede caerse por la borda.

Para Prime, el viaje estaba siendo una pesadilla y si no se había bajado ya era gracias a unas mujeres que se encargaban de cocinar para él a cambio de unas monedas. Estaba contento porque, me confesó, era vegano estricto y había podido comprar vegetales, hojas y fruta a las canoas que se acercaban a vender al Mampeza. Aunque por la noche mucha gente salía a dormir a la orilla, directamente en el suelo o sobre plásticos, Prime prefería quedarse en cubierta con sus cosas, por seguridad.

—Como mucha gente baja, tengo un poco más de espacio para tumbarme en el suelo. Se está un poco mejor.

El resto del tiempo se limitaba a esperar. Si tenía suerte, podía sentarse o apoyarse en un saco; si no, se quedaba de pie o agarrado a la barandilla, de espaldas al río.

Me despedí de Prime y me dirigí a la zona trasera, junto al remolcador. Jean Paul, el amante de la arquitectura barcelonesa, me cerró al paso. Se me acercó para que nadie más pudiera oírlo.

—Vigila con ese —susurró, refiriéndose a Prime—. A mí me dijo que era tanzano. A otros que es gabonés y a otros de Kenia. Yo creo que es ruandés. Y ya sabes que la mayoría son espías.

La animadversión hacia el vecino ruandés era otro de los males más extendidos en Congo. El apoyo de Ruanda a grupos rebeldes como el M23 (negado mil veces por el Gobierno de Kigali), su papel en la guerra congolesa y las matanzas en suelo congolés tras el genocidio de 1994 habían generado un sentimiento de odio hacia el país vecino. Acusaban a sus habitantes de ser avaros y usureros, traicioneros y violentos. Muchos congoleses creían que la próxima gran guerra en Congo se desataría, y pronto, contra Ruanda, para evitar sus ansias de anexionarse las regiones mineras más ricas del este del país. El resurgimiento de la milicia M23 en 2022, con uniformes y armas

modernas, propias de un ejército y no de un grupo de bandidos, aumentó la tensión entre ambos países. Muchos congoleses como Jean Paul estaban seguros de que los tambores de guerra contra el vecino ruandés no tardarían en sonar.

Intenté aplacar aquella desconfianza hacia Prime, que podía llegar a ser peligrosa para él, y pensé que más tarde regresaría para advertir al poeta keniano que fuera con cuidado, por si las moscas. Ese tipo de rumores en un barco como aquel podían acabar siendo resbaladizos.

Regresé a la parte trasera del Mampeza para leer un poco más del *Quijote* y me encontré con un campo después de la batalla. La noche en la ciudad de Bouma se había cobrado múltiples bajas. Varios de los grumetes habían salido por la noche a buscar prostitutas y beber alcohol de maíz y casi todos estaban desperdigados por los rincones, durmiendo la mona o ahogando la resaca en más destilados artesanos que bebían directamente de botellas de plástico o de tazas para el café. Papy *deux* levantó la cabeza, me miró con ojos vidriosos, sonrió y escondió de nuevo la cabeza en una tela. La cubierta, pese al sol del mediodía que tostaba las cabezas, era un dormitorio.

Aproveché para colocar un cargador solar en el techo de la barcaza y charlar largo y tendido con Lucien, uno de los pocos que ni había salido de fiesta ni había probado una gota de alcohol. El mecánico, de cincuenta y cinco años, era padre de cinco hijas que lo esperaban en Kinsasa y estaba cabreado. Aprovechó la clandestinidad que otorgaba el tronar del motor para desahogarse.

—No puede ser que el barco vaya tan sumamente cargado. Es una locura y una temeridad. ¿El capitán quiere que nos matemos, que haya una desgracia?

Le expliqué la teoría que me había explicado el *commandant* Papy de que había abierto el Mampeza a la gente para, a falta de transporte alternativo, darles la oportunidad de viajar. Lucien torció el gesto.

—¿Una oportunidad? ¿Te crees que alguno de ellos viaja gratis?

Aunque el precio del pasaje variaba según el destino, el trayecto completo de Kisangani a Kinsasa costaba, como mínimo, cincuenta dólares. Cada miembro de la tripulación hacía su negocio. Los grumetes aceptaban a unos cuantos, los dos mecánicos a un puñado más, el contramaestre a otros más y el *commandant* a la mayoría. El capitán dejaba manga ancha para que los marineros no le dieran

problemas.

—El problema —explicaba Lucien— es que, normalmente, cada uno acepta a unos cuantos y hay sitio de sobras, no es un peligro, pero aquí el descontrol ha sido total. Si topamos con un banco de arena, o una roca, algo que podría pasar fácilmente porque la base de la plataforma está muy baja por el exceso de peso, la barcaza puede quedarse encallada y volcarse por la fuerza de la corriente o, peor, puede abrirse un agujero que anegue de agua las bodegas.

Si aquello ocurría, el desenlace sería fatal.

—Con tanta gente no llegaríamos hasta la fuga a tiempo, y te aseguro que la mayoría de los que están ahí delante no saben nadar.

Lucien se revolvía de ira en la silla.

—¿Sabes cuántos chalecos salvavidas llevamos? Nueve, para la tripulación. Y todo por esto. —Se frotó las puntas de los dedos de una mano como si acariciara un billete—. Pon una media de treinta dólares por pasaje, porque algunos no van hasta Kinsasa, y salen más de seis mil dólares de beneficio.

Además de honesto, Lucien era un hombre trabajador y meticuloso. Era un espectáculo verlo poner a punto el motor cada mañana. Como la puerta de la sala de máquinas estaba siempre abierta se lo podía ver trabajar con mimo para cuidar aquel amasijo de hierros y grasa que empujaba río abajo el Mampeza. Con precisión escrupulosa, siempre por el mismo orden, Lucien comprobaba cada día el nivel de agua y aceite, a continuación controlaba los filtros (uno a uno), probaba los alternadores y finalmente exploraba la máquina, sus tubos y mecanismos, para cerciorarse de que no hubiera escapes ni ninguna pieza floja. Cuando terminaba, observaba el motor mientras se frotaba las manos con un trapo azul húmedo, limpiándose la grasa de las manos.

La velocidad de la barcaza era constante: doce kilómetros por hora. El motor, de 190 caballos, podía llegar a toda potencia a los dieciséis o diecisiete kilómetros por hora, pero a ese ímite aumentaba el riesgo de chocar contra una roca, un barco hundido o un banco de arena, así que Lucien se negaba a forzar la máquina.

En realidad, el Mampeza era una flecha. Lo habitual, decía Lucien, era que los barcos fueran a ocho o diez kilómetros por hora durante el descenso. En una distancia tan larga, suponía varios días más de navegación.

—Has tenido suerte, querido amigo. Algunas barcazas avanzan a paso de tortuga. ¡A tres o incluso dos kilómetros por hora!

No siempre había sido así. No hacía tanto surcaban el Congo barcos relucientes con motores potentes que eran la envidia de los países vecinos. Decenas de máquinas ensambladas en tierra congolesa recorrían día y noche las aguas fluviales para transportar las mercancías que producían río arriba: maíz, carbón, madera, cacao, arroz, oro, coltán... La Office National des Transports (Onatra), la organización nacional de transporte heredera de la belga Office des Transports au Congo (Otraco), era al principio de su existencia un orgullo nacional. Confeccionaba barcos ensamblados en el astillero de Kinsasa con buenos motores y hélices a estrenar. Las embarcaciones se enviaban a los ríos del país para llevar hasta la capital las mercancías que se producían a ritmo industrial en el interior. La riqueza de Congo viajaba río abajo para convertir la nación en una de las buenas noticias de la ola de independencias africanas de los años sesenta. El país funcionaba.

Lucien tenía un buen recuerdo de aquellos primeros días de independencia y, aunque se resistía a admitirlo, responsabilizaba de aquellos años dorados y de la posterior decadencia a un hombre. Lucien se incorporó de su silla azul y señaló hacia delante con el mentón.

—Ahí empezó todo.

En el horizonte se veían las primeras casas de Lisala, la ciudad de nacimiento del dictador Mobutu. Detrás del puerto, en lo alto de una pequeña colina, se divisaba la silueta del palacio blanco que había pertenecido al sátrapa congolés. Lisala, con una sola carretera asfaltada, era una aldea grande con ínfulas de ciudad, que podía vanagloriarse de haber visto nacer al congolés más influyente del siglo XX. Probablemente para mal.

Tras traicionar sin escrúpulos al icono nacional Patrice Lumumba, del que había sido mano derecha, Mobutu dio en el año 1965 un puñetazo en la mesa que cambió el destino del país. Con el visto bueno de la CIA y de Estados Unidos, preocupados por un lustro de independencia tumultuosa, el militar capitaneó un golpe de Estado y consiguió el milagro económico. Detuvo la inflación, estabilizó el franco congolés y nacionalizó el gigantesco sector minero del cobre. El presidente estadounidense Nixon describió a Mobutu, en una de las

constantes visitas del líder congolés a Washington, como un joven líder del que había mucho que aprender.

La estabilidad política posibilitó la explotación efectiva de los recursos minerales del país y la economía despegó. Espoleado por el aumento del precio del cobre, Mobutu lanzó megaproyectos de desarrollo por todo el país. Congo era una locomotora funcionando a toda máquina. Se construyeron fábricas, presas, líneas férreas y barcos para surcar el río. Congo era, por fin, una historia de éxito internacional. Estimulado por los piropos que llegaban de Estados Unidos y Europa, que se felicitaban por que Congo no hubiera caído en manos soviéticas, Mobutu instauró un partido único, el Movimiento Popular de la Revolución, con él como único líder y mentor. Sin oposición, dio un paso más y puso en práctica una nueva ideología: el mobutismo.

El mecánico Lucien era un niño cuando Mobutu se convirtió en líder supremo. El presidente ordenó por decreto que el nombre del país dejara de ser Congo y pasara a ser Zaire, por la palabra kikongo *nzadi*, que significa «río grande». En realidad, aquel nombre provenía de una confusión: cuando los portugueses llegaron a aquellas tierras por primera vez, preguntaron el nombre del río a unos habitantes locales. Como los aborígenes señalaban el agua y repetían «*nzadi, nzadi!*» (¡río grande, río grande!), los marineros lusos bautizaron en sus diarios y mapas a aquella gigantesca lengua de agua como Zaire. Siglos después, en un intento de africanizar el país, Mobutu recuperó aquel calificativo, como si se tratara del nombre ancestral del río.

El rebautismo fue general. Se cambiaron los nombres europeos de los ríos, lagos y ciudades. Leopoldville, llamada así en honor al rey belga, pasó a ser Kinsasa, Elisabethville, en referencia a la reina de Inglaterra, se cambió a Lubumbashi, y Stanleyville se convirtió en Kisangani. Se exigió por ley que todos los congoleses abandonaran sus nombres cristianos —si un cura bautizaba a un niño con un nombre francófono se enfrentaba a cinco años de prisión— y se exigió el uso de un *postnom* africano y el abandono del *prénom* o nombre de pila. Se prohibió también llevar ropas europeas y se estableció como vestimenta oficial del país el *abacost*, una túnica al estilo Mao y cuyo nombre provenía de *à bas le costume*, literalmente «abajo con el traje».

Antes de trabajar en el Mampeza, Lucien había sido mecánico para la flota de barcos de la empresa privada del general Mahele, uno

de los oficiales mejor considerados del régimen de Mobutu.

—¡Un hombre honesto! —aseguraba.

Lucien tenía sentimientos encontrados respecto a aquel Mobutu de su infancia, al que todos adulaban y rendían pleitesía, pero no hacia el sátrapa en que se convirtió después y que llevó al país a la bancarrota.

—Al principio las cosas iban bien, había comida siempre en la mesa, había trabajo para todos y había paz. La gente de provincias no tenía necesidad de ir a buscarse la vida a Kinsasa. De hecho, raramente iban a la capital. La vida era sencilla, pero se vivía bien.

Poco a poco las cosas se torcieron. Mobutu asumió títulos grotescos —«Padre de la nación», «Combatiente Supremo», «Gran estratega», «Gran sabio del pueblo»— en una deriva enloquecida que pronto se convirtió en culto a la personalidad. La aldea de Lisala u otras localidades donde Mobutu había vivido o trabajado se convirtieron en lugares de peregrinación. El líder congoleño inició una deriva cleptócrata que vació las arcas del país.

Nadie le paró los pies. Al contrario: con la Guerra Fría en pleno auge y con Angola, en el sur, en manos del Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA), apoyado por la URSS, Estados Unidos convirtió en una cuestión de Estado que Congo permaneciera en el bando occidental, hasta el punto de no actuar pese a saber que Mobutu se quedaba gran parte del dinero que Washington enviaba para que nutriera de armas a la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), la facción rebelde pro Estados Unidos.

La impunidad y la riqueza sin fin desataron los peores instintos de Mobutu y sus secuaces, que, amén de cerrar acuerdos con compañías internacionales que les llenaban los bolsillos, provocaron la bancarrota de un país próspero y enviaron a la miseria a millones de personas. Mobutu expropió sin ningún control miles de empresas propiedad de extranjeros, que luego fueron entregadas como regalos privados a familiares y a leales al presidente, a menudo sin conocimientos para gestionarlas.

El presidente adquirió un imperio inconmensurable de empresas, bancos, minas, zonas agrícolas y cabezas de ganado. Cientos de millones de beneficios fueron transferidos a sus cuentas personales en el extranjero. A finales de los años setenta, Mobutu era uno de los hombres más ricos del mundo. En 1980, su fortuna estaba estimada en

5.000 millones de dólares, y había amasado un abanico de mansiones en Francia, Portugal, España, Suiza, Italia, Costa de Marfil, Senegal y Marruecos, además del Kamanyola, un yate de lujo para navegar el Congo en el que Mobutu organizaba fiestas para agasajar a los principales líderes mundiales y donde corría sin freno el champán francés.

Poseía también varias mansiones en el país congoleño, entre ellas su residencia favorita, una chifladura surrealista: un palacio de más de 100 millones de dólares construido en Gbadolite, una pequeña aldea en las profundidades de la selva y considerada su hogar ancestral. La residencia, de 15.000 metros cuadrados, con pasillos de mármol de Carrara ornamentados con oro y plata, estaba rodeada de lagos artificiales y jardines. Contaba con varias discotecas, bares con licores sofisticados, una piscina olímpica y una pista de aterrizaje lo suficientemente grande para recibir al Concorde, que Mobutu habitualmente alquilaba para viajar a Europa con su séquito de más de cien personas.

Hoy Gbadolite es el mejor reflejo de aquel gasto desaforado que derivó en desastre nacional: abandonado, el edificio languidece, desvalijado de sus riquezas y cayéndose en pedazos en mitad de una selva que ha reclamado su lugar y ocupa ya los antiguos pasillos y estancias de aquella era de descontrol.

La factura la pagó el pueblo. La crisis económica derivada de la rapacidad gubernamental y el descenso del precio del cobre llevó a Zaire al derrumbe económico. Los grandes proyectos quedaron detenidos. En el río Congo, los barcos se quedaron varados en la orilla, oxidándose al sol, sin que nadie los reparara. La corrupción se contagió a toda la sociedad, que, al ver como el país se hundía irremediablemente, intentaba salvarse como podía. El propio Mobutu, que se refería cínicamente a la corrupción como el «mal zairés», exhortó a sus compañeros de partido a robar con mesura: «Si robáis, no robéis mucho de una sola vez. Podrían arrestaros».

La represión y el terror se convirtieron en las armas habituales de un gobierno que, pese a actuar como una mafia codiciosa y sangrienta, seguía contando con el apoyo de la primera potencia mundial. Cuando George Bush llegó al poder en 1989, Mobutu fue el primer líder africano en rendirle una visita oficial en Washington. En la Casa Blanca, Bush se deshizo en elogios hacia su socio africano: «Zaire es

uno de los amigos de hace más tiempo de Estados Unidos y su presidente, el presidente Mobutu, es uno de nuestros amigos más valiosos».

Lo peor de aquello, decía Lucien, fue que esa mentalidad deshonesta se incrustó en la mente de muchos congoleses. Como los de arriba eran tan corruptos, el robo era la única forma de sobrevivir; una rutina.

La ciudad de Lisala estaba a punto de quedar atrás cuando nos interrumpieron los gritos de una chica. La mujer necesitaba carbón y quería un poco del que guardaba en un saco Augustine, que se negaba a dárselo. La mujer chillaba y hacía tantos aspavientos que yo estaba seguro de que aquello iba a derivar en una pelea. Augustine gritaba todavía más y forcejeaba con la mujer para que soltara el pedazo de carbón. De repente, se pusieron a reír. Me quedé estupefacto: ¡era una farsa, estaban actuando! Las dos mujeres estallaron en una carcajada, chocaron las manos y volvieron a enzarzarse en una pelea de gritos y empujones.

Japhet, que se había sentado a mi lado para observar la riña, me tradujo lo que ocurría. La mujer era tía de Augustine y la cocinera no podía negarse a darle carbón, porque eran de la misma familia, así que todo era un juego y una broma, un teatro para pasar el rato. En los días posteriores vería actuaciones similares constantemente. A veces la función no acababa enseguida: sus protagonistas podían simular enfado e indignación durante un buen rato, y alargar una discusión varios minutos, con la única interrupción de un instante de risa o de carcajada que alertaba de que se estaban vacilando.

Aquel teatro cotidiano era una forma de relacionarse habitual en Congo. Servía para reforzar complicidades, divertirse un rato y, de paso, romper con la monotonía de tantas horas de navegación en la barca. La escena de la mujer que le gritaba a Augustine había servido, además, de despertador celestial. Con el griterío, los grumetes borrachuzos se habían despejado y animado de tal forma que en pocos segundos el barco bullía de buen humor y de frenética actividad.

—¡Este es nuestro cine, nuestra televisión por cable! —decía divertido Lucien.

Aquella noche, después de amarrar el barco en una isla diminuta cubierta de juncos y hierbas altas, Japhet puso una película en su ordenador portátil en la parte trasera de la barca. Se corrió la voz y

una treintena de personas se dispusieron a ver como unos zombis caníbales descuartizaban a unos jóvenes montañeros. En mitad de la película, dos grumetes empezaron a discutir acaloradamente sobre la calidad de las cosas en Congo. Uno apuntaba que eran mejores en Kinsasa que en Kisangani. El otro respondía que si estaba loco. Aunque se pasaron media hora dando voces, en un tono de voz endiabladamente alto, nadie a su alrededor les dijo que se callaran de una vez. Al rato, otro tipo de los que estaba mirando la película empezó a cantar una canción religiosa y sus aleluyas al señor acabaron compenetrándose con los mordiscos de los zombis a los condenados montañeros.

Al final de la carnicería, cuando el chico más guapo salvaba a la chica más guapa del grupo, subí las escaleras para tumbarme sobre el congelador. Mientras instalaba la mosquitera, rodeado de un enjambre de mosquitos, moscas, polillas y cucarachas, un viento frío me dio en la cara y me hizo levantar la vista al horizonte. A lo lejos, el cielo resplandecía por los rayos. La noche, de nuevo, iba a ser larga y lluviosa.

28

Arroz blanco

A bordo, casi nadie había dormido. Una cortina de lluvia había arreciado con fuerza desde poco después de la medianoche y el barco se había convertido en un hormiguero de personas empapadas. La torre del timón, el único sitio con techo, se había llenado de gente y Japhet se había tumbado conmigo en la nevera en posición inversa a la mía. Sin espacio material para dos cuerpos en paralelo en el colchón, yo había pasado la noche con sus pies en mi cara y él con los míos en la suya. E inmóvil: por un lado tenía los pies de Japhet y por el otro el final del frigorífico y una caída directa de la ventana hasta el agua. No era el escenario ideal para conciliar el sueño.

En la nevera de delante, similar a la nuestra y separada por un pasillo de apenas cuarenta centímetros, había cuatro grumetes. Estaban de pie, con el tronco recostado hacia delante, en un ángulo de casi noventa grados sobre el congelador. Dormían profundamente, en paralelo y muy juntos. Entre los sacos, había otras dos personas dormitando y otras cinco más de pie, en silencio, resguardándose de la lluvia.

Se oyeron gritos de fastidio cuando la lluvia aumentó de intensidad y una ráfaga de viento levantó algunos de los plásticos que los pasajeros habían colocado para refugiarse. Cuando regresó la calma, un silencio sepulcral sobrevoló el Mampeza y yo, pese a los pies de Japhet y la incomodidad, me dormí de puro agotamiento.

Sobre las cinco de la mañana, el estrépito del motor me boicoteó el sueño sin misericordia. Volvíamos a estar en marcha. Las orillas estaban salpicadas de aldeas de pescadores y no paraban de abordarnos canoas para vender sus capturas del día. La parte trasera del barco se convirtió en una lonja improvisada con decenas de peces en el suelo. Las vísceras y las larvas —algunos pescados estaban

cubiertos por decenas de parásitos— se desparramaban por la cubierta, que emanaba un pestilente olor metálico. Para que los animales no dieran coletazos, los grumetes les cortaban a machetazos la aleta dorsal y las laterales, así que había sangre de los peces boqueantes por todos lados.

Unos hombres subieron al barco un pez gato de metro y medio de longitud, similar al pescado gigante que habíamos visto unos días antes, mientras gritaban «*Ngolo! Ngolo!*», el nombre local de aquella pieza. Tras cerrar su venta, uno de los grumetes cogió una llave inglesa y le asestó tres violentos golpes en la cabeza que le hundieron el cráneo. Entre tres compañeros lo subieron escaleras arriba, abrieron el congelador y lo dejaron caer dentro. La cubierta se llenó de sangre, escamas y tripas. Con el vaivén de las olas caían chorros de un líquido negruzco por los costados.

La suciedad del barco era una amenaza: si durante el día la mugre y los trozos de pescado llenaban la cubierta, por la noche el barco era territorio de insectos, gusanos y cucarachas que campaban a sus anchas. El Mampeza hacía años que no había recibido una enjabonada digna. Parecía una pocilga flotante. La mezcla de grasa y suciedad acumulada, unida a la sangre, las vísceras y los restos de comida de la cocina, creaba charcos de color pardo que se pegaban a los pies. Nadie limpiaba nada. Como mucho, algunos grumetes arrastraban un poco el líquido con sus chanclas y lo empujaban hasta hacerlo caer por la borda. Lucien, el mecánico, le echó la bronca a un marinero que empujaba aquel líquido pegajoso con un pie y le ordenó que lo limpiara bien. El chaval cogió un trapo roñoso, lo lanzó al suelo y después de removerlo un poco con el pie por el agua negra lo dejó tal cual, sin enjuagarlo, y siguió a otra cosa.

No quería arriesgarme a ponerme enfermo en medio de la nada, sin posibilidad de evacuación y con el hospital más cercano a varios días de distancia —sabía que coger una gastroenteritis allí era jugar a la ruleta rusa—, así que reduje a la mínima expresión mis ingestas de alimentos. Apenas comía cacahuetes, plátanos, mangos, alguna galleta y arroz. Arroz blanco para desayunar, para comer y para cenar. Aunque acabé aborreciendo aquel plato insípido y el hambre apretaba, apenas flaqueé. El riesgo era demasiado alto.

Los grumetes y Japhet no lo entendían. No les había dado las razones de mi decisión porque no quería ofenderlos, así que les decía

que simplemente me gustaba mucho el arroz. Japhet se preocupaba por mí.

—Tienes que comer. Si no lo haces te vas a enfermar. Este viaje es duro y necesitas energía para resistir y para pensar mejor.

Cada vez que Al Qaeda me veía comer arroz blanco, silbaba.

—¡*Monsieur* Xavi, hay que comer carne y pescado! ¡El arroz no es comida, solo llena el estómago!

El resto de los grumetes le daban la razón.

Aunque no se lo decía, me agradaba su preocupación. Me había pillado por sorpresa. Esperaba encontrarme con unos tipos duros, contrariados incluso por la molesta presencia de un blanco, hasta enrabietados por mi privilegio: al fin y al cabo, dormía en un lugar mejor que el suyo, tenía una red para evitar que los mosquitos me picaran, llevaba ropa cara y contaba con un saco para refugiarme de las noches frías. Además, yo viajaba por elección mientras que ellos lo hacían por necesidad o supervivencia. Y, sin embargo, desde el primer día, la tripulación me acogió como a uno más. Como había muchas horas muertas, nos enfrascábamos en largas conversaciones. Ellos me cuidaban en la medida de sus posibilidades, me ofrecían cigarrillos y compartían su té conmigo.

A menudo me quedaba observando cómo trabajaban y poco a poco fui desgranando su personalidad. Conocía a Al Qaeda y Lucien, pero poco a poco empecé a saber más del resto. François y Bujkoya Tonton eran la noche y el día. El primero, ayudante de mecánico, era un holgazán barbudo que siempre protestaba por todo, mientras que Bujkoya era mitad grumete, mitad payaso. Siempre estaba contento y bromeaba con todos.

Luego estaba Zumbe. Era el marinero más veterano y el mejor de largo en el arte de regatear. El más caradura también. Tenía cincuenta y tres años y combinaba los trabajos de mantenimiento a bordo con el de conductor fuera borda, ya que también manejaba una canoa con motor que iba atada a la embarcación principal. Era un tipo aparentemente apacible, pero tenía aguijones en las pupilas y más pillería que un gato callejero. Observaba desde la retaguardia y, cuando veía la posibilidad de conseguir un beneficio, asomaba en su rostro una sonrisa pícara y se lanzaba a negociar como un demente. Si aparecía una canoa a reventar de peces en el horizonte, tomaba posiciones. Antes de que el pescador hubiera puesto un pie en el

Mampeza, Zumbe saltaba a la canoa para escoger las mejores piezas. Cogía una decena, las apartaba y se sentaba a esperar. Empezaba su juego. Si pactaba 40.000 francos, unos 20 dólares, por todos los peces, simulaba que se descontaba y le daba 30.000 al vendedor.

En una ocasión, un pescador veinteañero le hizo notar el error y le mostró los billetes que le acababa de dar.

—Falta dinero —protestó.

Zumbe se indignó, como si esa, y no la cifra acordada, fuera el precio justo. Haciendo aspavientos sumó 2.000 francos más. El pescador negó con la cabeza y sonrió tímido sosteniendo los billetes en la mano, todavía sin guardárselos.

—Más.

Zumbe se sentó a mirar al río, como si se hubiera distraído y no reparara en la presencia del pescador, que seguía inmóvil de pie junto a él y con los billetes extendidos.

—¿Todavía sigues ahí? —le espetó, y empezó a rebuscar por los bolsillos del pantalón. De vez en cuando sacaba papeles arrugados y se los enseñaba al chaval—. ¡Ves, no tengo más!

El chaval sonreía tímido. Al final siempre aparecía dinero, aunque jamás el suficiente. Zumbe cogió unos billetes arrugados y añadió tres billetes de 500 francos más. El pescador se negó de nuevo a aceptarlos y Zumbe se hizo el ultrajado e intentó metérselos por el cuello de la camiseta al vendedor mientras con la otra mano hacía ademanes para que se largara. Era un espectáculo. Todos alrededor se reían y de vez en cuando hasta a Zumbe se le escapaba una sonrisa. El chico, firme todavía, se sacó los billetes de la camiseta y volvió a extenderlos.

—Son 40.000 —repitió.

Zumbe clamó al cielo y dramatizó la supuesta injusticia que estaba sufriendo a manos del avaro pescador. Tras dar dos pasos como si quisiera largarse de allí, aunque no había ningún sitio a donde ir, volvió sobre sí mismo y se sentó a encender un cigarrillo. El chico se llevó las manos a la cara, ya un poco desesperado. Después de un par de lentas caladas, Zumbe mudó en actor dramático. Se frotó la cara disgustado, alzó la voz en un monólogo afligido e hizo ademanes exagerados señalando la canoa del hombre en el río. Se levantó para sacarse los bolsillos vacíos fuera de pantalón. El pescador movió de nuevo los billetes en su mano. Tras lanzar un soplido y bajar los

hombros, Zumbe simuló una rendición. Sacó un fajo de billetes del bolsillo trasero del pantalón, añadió 2.000 francos más y ayudó a darse la vuelta al pescador en dirección a la canoa.

—Vete ya.

Rendido, el pescador aceptó finalmente cobrar menos de lo acordado y desapareció en su canoa. En cuanto se fue, Zumbe se sentó a observar la orilla satisfecho. Cuando notó que lo miraba, se volvió, soltó una carcajada y me guiñó un ojo.

—*C'est le Congo, mon ami!*

Habíamos llegado a un punto del trayecto en el que el Mampeza se convertía a cada rato en una despedida flotante. Cada vez que un pasajero se apeaba con su equipaje subido a una canoa, quienes permanecían a bordo agitaban las manos y brazos y sonreían con un punto de ilusión e ingenuidad divertida. El viaje de Youyou y su hijo Rafina también había llegado a su final y todos los marineros dejaron lo que estaban haciendo para despedirla. Era emocionante ver esas muestras de cariño y alegría entre personas que hacía apenas unos días no se conocían.

Aquel día, para comer, Japhet había comprado *chikuangwe*, una pasta densa de mandioca envuelta en hojas de plátano, muy popular en la barcaza porque se conservaba durante largo tiempo y era fácil de transportar. Decía que era una de sus comidas favoritas, y me insistió para que la probara y así no comiera tanto arroz. Tiré de la cintura del pantalón y noté que había perdido peso. Así que acepté, pero me supo a rayos y Japhet se rio de mi cara de limón amargo.

Recurrir a soluciones de emergencia como el *chikuangwe* a veces era necesario. La comida a bordo era un caos. En el Mampeza se cocinaba sin horario ni concierto. Augustine iba preparando platos a lo largo del día y, cuando estaban listos, todos se ponían a comer. A veces la comida era a las diez de la mañana; otras, a las dos de la tarde. Con la cena pasaba algo parecido: a veces era a las cinco de la tarde y otras, a las diez.

Fui a dar una vuelta por las plataformas y me topé con Philippe y Awas, dos estudiantes veinteañeros que pasaban horas jugando a cartas y aseguraban que volvían a Kinsasa después de apurar las vacaciones en sus hogares. Ambos eran la versión congolesa de Lazarillo de Tormes y habían empezado a trapichear con cigarrillos. Pícaros, buscavidas y más listos que un cuervo con hambre, Philippe y

Awas se las ingeniaban para tener siempre un hueco cómodo en la plataforma.

La primera vez que hablamos, al poco de salir de Kisangani, me habían soltado con toda la cara del mundo que, para pasar por delante de su rincón, los blancos debían pagar un peaje de cien francos. Como les contesté que me lo fueran apuntando en un papel y ya se lo pagaría todo al final del viaje, cada vez que me veían me decían que, si no pagaba ya, en lugar de pasar por cubierta debía caminar por el agua.

—Eres blanco, como Jesucristo, seguro que puedes caminar por el río como él —bromeaban.

Yo les seguía la chanza y les decía que no había ningún problema, pero que para dar un paso por Congo necesitaba siempre un guía congolés que me dijera por dónde ir pisando, así que necesitaba que fuera uno de ellos dos primero.

Awas y Philippe eran buenos chicos y pronto las charlas se hicieron más largas y profundas.

Awas venía de Kasongo, la capital esclavista que había visitado semanas atrás, y llevaba una camiseta con la imagen de un rapero blanco con tatuajes y un enorme 69 en la cara que posaba delante de una montaña de billetes de dólar. Awas viajaba a Kinsasa a empezar sus estudios de Derecho. Quizás por eso, porque tenía el ansia de justicia palpitándole en el pecho, en cuanto hablaba de la pobreza en Congo asomaba en su voz aflautada la rabia de un hombre hastiado. Lamentaba que el país no funcionara y las élites gobernantes fueran tan corruptas. También apuntaba a Europa.

—Si somos tan ricos, ¿por qué seguimos siendo tan pobres? Los blancos vivís bien gracias a nuestras riquezas, y mientras tanto los negros sufrimos. ¿Primer mundo? ¿Primeros en qué? ¿En explotación? ¿En egoísmo?

Percibía en muchos congoleses una rabia latente quizás solo comparable, y con matices, a la que había percibido años atrás entre los habitantes del sureste de Nigeria, en el delta del Níger, donde la explotación del petróleo por parte de compañías extranjeras había sido una maldición. Cuando hablaba de los blancos, Awas me interpelaba a mí directamente. Me parecía que muchos de los pasajeros, también ellos, sentían cierto respeto por el hecho de que estuviera viajando como ellos, pero Awas no hablaba de una injusticia

incorpórea; me señalaba a mí. ¿Por qué los europeos como tú nos robáis? ¿Por qué tú y los tuyos os aprovecháis?

Awas había alzado tanto la voz que la mitad del pasaje nos observaba. Pronto se sumaron otras voces, que opinaban más o menos igual y se corregían o matizaban. La indignación de Awas no era nada personal

—No estoy en contra de ti, me caes bien. Pero lo que habéis hecho en este país es inaceptable.

Awas tenía un plan para que su destino cambiara para siempre: encontrar un tesoro. Hablaba en serio. Aseguraba que su tierra de origen estaba llena de baúles enterrados de los esclavistas árabes y belgas que habitaron en la zona décadas y siglos atrás. Me contó la historia de una mujer congolesa que vivía en Bélgica y que llegó a Kasongo un par de años atrás con unos papeles y registros. Después de unos días rebuscando en los archivos de la administración de la ciudad, halló otros documentos en una lengua que nadie sabía leer: el flamenco. La mujer fue a una aldea, excavó durante horas y encontró un cofre enorme donde había varias motocicletas, ocho carabinas, oro y diamantes. La mujer, decía, dio una parte al jefe del pueblo —dos carabinas y una motocicleta y un poco de dinero—, pero poco después las autoridades vinieron, le dijeron al hombre que todo aquello tenía interés histórico y se llevaron el botín. De la mujer, que se llevó la mayor parte de aquella fortuna, nunca más se supo.

El plan de Awas era encontrar otros cofres olvidados.

—Muchos blancos y árabes amasaron riquezas enormes y, como no se las podían llevar, las enterraron. Luego quizás murieron en el regreso a casa por enfermedades o naufragios, y los mapas se perdieron. Yo seré quien los encuentre.

Le pregunté si tenía alguna idea de por dónde empezar a buscar y le dije que, si encontraba alguno de esos mapas del tesoro, me llamara para echarle una mano con las palas e íbamos a medias. Se revolvió y negó con la cabeza:

—No, no, no. De eso nada. Los blancos ya nos habéis quitado suficiente a los congoleses, ahora nos toca a nosotros.

Aquel día, antes de despedirnos, Philippe me pidió que le diera algo, para ir cambiando la historia. Un regalo, un detalle. Le señalé una pulsera verde que llevaba en la muñeca derecha.

—¿Esto, por ejemplo?

—¡Vale! —respondió veloz.

Le prometí que el último día de navegación se la daría.

Horas después atracamos en una aldea de pescadores y salí a dar una vuelta. Insistió en acompañarme Salvio, un congolés de Bunya, una ciudad de la provincia de Ituri, en el este del país, azotada por la violencia de grupos rebeldes y bandidos. Salvio era padre de diez hijos y viajaba a Kinsasa a buscar trabajo. Estaba cansado de la vida inestable y peligrosa de su región, decía.

Al final del pueblo, ya totalmente a oscuras, vimos un resplandor. Debajo de un cobertizo de hojas secas había decenas de niños y jóvenes hipnotizados frente a la pantalla de un televisor. Me senté a ver la película. En ella, una bruja malvada se enfadaba y hacía volar por los aires a los inocentes aldeanos. Cuando los personajes salían despedidos por los aires, con unos efectos especiales lamentables, los espectadores lanzaban un «ooooooooooh» de sorpresa. Al final, un cura negro vestido con hábitos blancos aparecía en la aldea, rociaba con agua sagrada a los vecinos para protegerlos y usaba una cruz para vencer a la malvada mujer.

De regreso al barco, y sin luna en el cielo, la noche era tan oscura que me metí sin pretenderlo en una zona de la orilla, detrás de un cañizal, donde se estaban bañando varias mujeres del barco. Empezaron a chillar y me disculpé ruborizado repitiendo «*sorry, sorry*» mientras me alejaba. Oí como una de ellas, la más lanzada, me decía algo en lingala que no acerté a comprender. Le pregunté a Salvio qué había dicho.

—Dicen que te quedes, que ellas te ayudan a bañarte.

29

Congo y Sancho Panza

El *commandant* Papy estaba nervioso y daba vueltas preocupado por cubierta. Se había puesto una camisa blanca y el sombrero de capitán, que tenía una visera de plástico y un borde dorado en la parte frontal. Un par de curvas de río más adelante apareció el motivo de su inquietud. Al fondo, amarrada en la orilla a babor, había una barcaza similar a la nuestra. Era el Mampeza 2. En aquel otro barco de la misma compañía viajaba el jefe de Papy. La diferencia con nuestra barcaza era sideral. Aunque había medio centenar de pasajeros entre los contenedores, en el Mampeza 2 había espacios amplios sin nadie y, en la torre de mando, de tres pisos, pasajeros sentados bebiendo cerveza relajadamente.

Papy sabía que iba sobrecargado y que aquello no iba a gustarle a su jefe. Cuando amarramos al lado del Mampeza 2, el *commandant* salió de la sala de mando nervioso y me pidió un favor.

—Que no te vean. Si te ven, tendremos problemas.

Me quedé sentado en el frigorífico, lejos de miradas indiscretas, mientras Papy cruzaba al otro barco para reunirse con su superior. Aunque yo no había hecho nada, sabía perfectamente que Papy tenía razón. Más allá de la reprimenda, en la sala de mando del Mampeza 2 no se discutía, se negociaba. Y si los del otro barco veían un blanco entre los pasajeros, el precio y las posibilidades del desacuerdo —y de salir con retraso— aumentaban.

Me quedé escondido detrás de los sacos y el frigorífico hasta que, media hora después, retumbaron los motores y nos pusimos en marcha de nuevo. Papy apareció por las escaleras. Estaba feliz. No dijo nada pero, por la tarde, vino a buscarme y me regaló dos panecillos.

A nuestro alrededor, el bosque se había espesado. Las orillas se habían transformado en muros infranqueables y en algunos puntos era

imposible ver más allá de uno o dos metros de la orilla. El Congo abrumaba por su inmensidad. Pese a ello, se percibía también un aumento de actividad en el río. Aparecían canoas con pescadores por todos lados.

Un chico abordó el Mampeza y mostró una jaula hecha de caña con una veintena de palomas verdes de plumas de colores rosados y rojos en la cabeza. Al Qaeda se mostró insensible a su belleza: las compró todas y le preguntó a Augustine si podía cocinarlas para el día siguiente.

En el lateral del Mampeza había atada una canoa de madera ancha y un pasajero había colocado encima de un plástico varios pescados abiertos por la mitad para que se secaran al sol. Como estaban llenos de parásitos, se pasaba el día sacando los gusanos con una ramita. Rascaba un poco entre la carne y las espinas, pinzaba la larva y la tiraba al agua.

Japhet apareció malhumorado en la parte trasera del Mampeza. La noche anterior, mientras veían la película *Comando*, de Schwarzenegger, a un grumete se le cayó una silla y le rompió el ordenador. Se lo llevaban los demonios y no había manera de calmarlo. Aquel era un momento delicado. En un barco como el Mampeza, sin apenas poder moverse y con unas condiciones de viaje duras, un pensamiento negativo podía carcomerte la cabeza durante horas y consumirte el ánimo. Japhet intuyó que le estaba ocurriendo eso mismo porque me pidió que le contara la trama del *Quijote* para pensar en otra cosa. Le hablé del caballero andante y Sancho Panza, de Dulcinea y el Caballero de la Blanca Luna.

Japhet se reía de las locuras de don Quijote. De su lucha contra los molinos, su arremetida contra el ejército de ovejas o su estancia en posadas que él creía castillos. Pero no le parecía un loco.

—Don Quijote es valiente. Él realmente piensa que tiene enfrente a gigantes, a un ejército entero o a un caballero real, y no duda: se lanza en solitario a luchar contra ellos. Eso no es imaginación, eso es real.

—Su valentía es real —concedí—, pero él veía una realidad que no era. Eso es la locura, ¿no?

Japhet era un tipo inteligente y le gustaba mucho pensar, así que no desaprovechaba ninguna oportunidad de perderse en deliberaciones filosóficas.

—Entonces estamos todos un poco locos, ¿no crees? Todos vemos nuestra propia realidad.

—La realidad es la que es. Otra cosa es que nuestra percepción sea válida —señalé—. Los gigantes eran molinos y Rocinante no era un corcel, era un caballo flaco y lleno de moscas.

—Mira el río —dijo él señalando al agua—. Cada uno de los que estamos aquí ve el Congo de una forma distinta. Significa algo diferente para ti, para mí o para cada uno de los que estamos viajando.

—Pero todos vemos un río, no gigantes.

—Para el capitán es una forma de enriquecerse. Para quienes están en las plataformas es el inicio de una nueva vida en Kinsasa. Para ti será un libro. Para Al Qaeda es un trabajo temporal. Para mí, viajar por el río era mi destino. Sé que Dios quería que nos conociéramos.

—Me alegro de la decisión del destino, entonces.

Chocamos las manos con fuerza. Aquellos días a bordo nos habían unido mucho y habían ido forjando una amistad profunda. Aunque el viaje en el Mampeza no era un camino de rosas, estaba disfrutando mucho de aquella segunda parte de la travesía. Las dificultades y nervios del primer tramo, donde avanzar había sido una tarea penosa y arriesgada, parecían una pesadilla lejana. Sabía que no podía relajarme, pero me sentía a gusto en ese lento descenso hacia Kinsasa, y Japhet tenía buena parte de culpa. Era un gran tipo. Atento y cordial, trataba bien a todo el mundo, fuera cual fuese su condición social. También se pasaba horas haciéndole bromas a Joyce, que no se cansaba nunca de jugar. Le recordaba a su hijo, decía.

—Estoy seguro de que algún día podré viajar a Barcelona con Gabriel. Aprenderemos español los dos y volveré a Congo para montar mi propia empresa.

Japhet tenía grandes planes y sueños aún mayores. Me confesó que había tomado una decisión. En realidad era una propuesta a cambio de una promesa.

—He decidido que no voy a ir contigo hasta Kinsasa —me espetó por sorpresa. Lo miré confundido, sin entender aquel cambio radical respecto a lo pactado. Japhet continuó antes de que yo pudiera decir nada—. No voy a ir contigo hasta la capital porque te acompañaré también hasta el mar. Viví varios años en Banana Point, la última

localidad en la desembocadura, y conozco aquella zona. Te puedo ayudar. Pero si llegamos quiero un regalo: la próxima vez que vengas a Congo, quiero que me traigas un *Quijote* para mí.

Cerramos el trato y le dije que le conseguiría una edición en francés y se la daría en mano la próxima vez.

—De eso nada —protestó—. La quiero en castellano.

Japhet tenía una energía inagotable. A veces se perdía en grandes circunloquios y soltaba unos largos discursos filosófico-morales que dejaban boquiabiertos a los marineros.

Estábamos acercándonos a la ciudad de Mbandaka, donde, además de aguardarme un suculento pollo a la brasa, una hamburguesa con patatas o una sabrosa pizza en uno de sus muchos restaurantes u hoteles —la tripa me rugía desde hacía días—, vivía el padre de Japhet. Le pedí que me hablara de él y se le encendieron los ojos.

Su padre era el coronel Gaby. Japhet juraba que no había otro militar en el ejército congolés más honesto y recto que él. Llevábamos días sin cobertura de teléfono, pero intentó llamarlo en ese mismo momento para que habláramos. No había señal, así que le grabó un mensaje de voz para que lo recibiera cuando volviera la cobertura. Le anticipó nuestra llegada y le pidió que sobre todo me prepara arroz blanco, que me encantaba.

Pensé que me estaba vacilando.

Como muestra de la honradez de su padre, Japhet me expuso la prueba definitiva: apenas tenía en propiedad una pequeña parcela en Mbandaka. En Kinsasa, donde vivía el resto de la familia, vivían de alquiler.

—Muchos militares de alto rango tienen varias casas, pero porque se pasan la vida robando. Mi padre nos dijo siempre que no nos iba a dejar una casa, sino que nos daría una educación y honestidad, que era un tesoro más valioso.

Un cambio en el ruido del motor cortó la conversación. Lucien señaló a una aldea de pescadores en un costado del río.

—Vamos a cargar mercancía.

La parada se alargó lo suficiente para dejar fuera de combate a media tripulación. Una choza vendía alcohol artesano de maíz y los grumetes regresaron a bordo con los ojos ahogados. Papy *deux*, que estaba con ellos, se tambaleaba tanto que le ofrecieron una silla para

que no se cayera al agua. Otros dos marineros se tumbaron encima del frigorífico pequeño, casi abrazados para no caerse, y durmieron la mona durante horas. No despertaron hasta el anochecer.

Lucien y Japhet chasqueaban la lengua. Ambos eran abstemios y lamentaban aquel comportamiento.

—El alcohol es la cárcel de los pobres —decía Japhet—. Los ricos beben cuando quieren celebrar algo, pero, si eres pobre, cada trago te encierra más y más en la pobreza, hasta que llega un punto que nunca más puedes salir.

Como el sol había perdido fuerza y se agazapaba entre las colinas, aproveché que un lateral del remolcador había quedado desierto para caminar un poco. Debíamos de pasar entre doce y trece horas prácticamente sentados y ese pequeño trozo de libertad era un regalo: once pasos hacia un lado y once pasos de regreso.

Al verme caminar como gato encerrado, Julien y Japhet se desternillaron.

—Mira al *mundele*, ¡ya no puede estar más tiempo sentado!

A los diez minutos el camino volvía a estar lleno de gente, así que tuve que abandonar la caminata. Cuando me vio apoyado en la barandilla, Al Qaeda se acercó. Habíamos hablado bastante aquellos días y le había cogido aprecio. Era un tipo curioso que preguntaba cientos de cosas sobre la vida en Barcelona, el coste de vivir en Europa y la riqueza de los blancos. Escuchaba atento y soltaba pequeñas exclamaciones de sorpresa cuando le hablaba de la red de hospitales públicos en España, el buen sistema de educación de los países nórdicos, la potencia financiera de Alemania o la riqueza cultural de Francia e Italia. Sus preguntas eran siempre originales: «La gente que va a los museos, ¿toma fotos de los cuadros para imprimírselos y poder verlos en casa?», «Si los hospitales dan comida gratis, ¿la gente no va allí a tumbarse en una cama simplemente para comer?».

Al Qaeda me miraba de reojo, con mal disimulada incredulidad, cuando le decía que no todos los blancos era tan ricos como él creía, que también la vida era más cara en Europa y había desigualdad. Tenía un interés sincero por saber más sobre el continente europeo y soñaba en voz alta con la posibilidad de poder ir un día para allá.

—Tengo cincuenta dólares, esos son todos mis ahorros, así que sé que es imposible, pero ¿te imaginas?

Al Qaeda seguía teniendo dudas pendientes. Miraba inquieto al

agua, pensando cómo formular la pregunta. Se volvió y me la soltó de sopetón:

—Dices que hay desigualdad y lo entiendo, pero ¿hay pobres de verdad en Europa?

Mi respuesta afirmativa no lo acabó de convencer.

—Pero pobres de verdad, digo. Pobres como en Congo.

Intenté matizar mi respuesta y, mientras daba rodeos y buscaba ejemplos, bajé la guardia. Su siguiente pregunta me pilló desprevenido y me produjo el efecto de un bastonazo en la sien.

—Xavi, una pregunta: ¿tú has sufrido alguna vez en la vida?

No supe qué contestar. Pensé en explicarle que venía de una familia trabajadora, que siempre había tenido que luchar para conseguir lo que anhelaba y nadie me había regalado nada. Pensé en decirle que mis padres me habían inculcado desde niño la forma más pura de humildad: ser agradecido.

«¿Tú has sufrido alguna vez en la vida?», había dicho Al Qaeda, y la pregunta permanecía suspendida en el aire.

Seguro que no, porque pocas cosas son comparables al sufrimiento de los más miserables de Congo. Pero no dije nada. No supe decir nada.

Ante mi silencio incómodo, Al Qaeda se contestó a sí mismo.

—En Congo hay quien sufre más o menos, pero todos sufren. Todos sufrimos. La vida aquí es eso.

Nos quedamos un buen rato contemplando el río. Unos pescadores partían de la orilla a colocar sus redes para la noche. Remaban suavemente y las canoas resbalaban por el agua plateada. Al Qaeda sacó un paquete de cigarrillos Oris. Le quedaban dos. Cogió uno y me ofreció el último. Estuve a punto de decirle que no fumaba, pero lo cogí y me lo puse en los labios. Lo encendimos con la misma cerilla y fumamos un largo rato, dando caladas larguísimas y lanzando nubes de humo blanco hacia el río. Fumando juntos.

El Mampeza navegaba imperturbable. Llevábamos todo el día en marcha, prácticamente sin detenernos, porque el *commandant* Papy tenía prisa por llegar. Estaba exprimiendo al máximo el motor. Paramos a dormir en una aldea de pescadores formada por una docena de chozas de madera con tejados de palmera. Estaban levantadas sobre troncos, de forma que cuando la isla se inundaba sus casas quedaban suspendidas sobre el agua. De punta a punta, la isla

medía medio kilómetro. Al ver amarrar el Mampeza, un vecino colocó raudo enfrente de su casa siete botellas de refresco de fresa, una de mango y otra de limón. También dejó a la vista dos paquetes de tabaco —uno perfumado de manzana— y siete caramelos.

Paulin y sus cuatro colegas se habían tumbado encima de un plástico. Estaban hechos polvo, hambrientos y deshidratados. Japhet y yo decidimos comprarles un refresco a cada uno, pero no tenían brío casi ni para incorporarse. Todos menos Paulin, que bebía con calma, apuraron hasta la última gota.

Paulin estaba nervioso. Quería decirme algo en privado y me alejó de los demás. Jugaba muy bien a fútbol, aseguraba, y su sueño era ir a La Masía, la escuela del Fútbol Club Barcelona. Como yo era de allí, quería saber si podía ayudarlo. Decidí contestarle sin rodeos y le disparé la verdad a bocajarro.

—Tienes veintiséis años, Paulin. Es demasiado tarde. Lo siento, pero no tienes ninguna posibilidad.

Encajó la respuesta decepcionado y se quedó de pie junto a mí, sin decir nada.

Dos niños pequeños, de unos cuatro años, que viajaban también en el Mampeza se habían quedado mirando anonadados el refresco de Paulin. Él, al darse cuenta, les alargó la botella cuando todavía quedaba un cuarto de líquido. Los niños abrieron los ojos sorprendidos, agarraron el refresco y salieron disparados.

Estaba cansado y regresé al Mampeza para dormir. Mientras avanzaba por un tablón de madera para subir a la barcaza, vi a los chavales de la botella en un círculo con seis niños y niñas más. La mayor cargaba un bebé en brazos. Se turnaban para beber cada uno un trago y todos alargaban deseosos las manos cuando estaba a punto de tocarles, para controlar que el turno del anterior no se alargara demasiado. Cuando la botella ya estaba vacía hicieron una ronda más, para apurar el líquido que pudiera quedar. Chupaban la boca de la botella e inclinaban la cabeza hacia atrás hasta que el culo del envase señalaba al cielo.

Atravesé la embarcación haciendo equilibrios por el lateral, agarrado a la barandilla, y saludé a los pasajeros que habían decidido quedarse a bordo a dormir. En la parte trasera, Augustine mecía en sus brazos a Joyce, medio dormida ya, y charlaba con Pombe, el contramaestre. Sonaba música en la radio y de vez en cuando los dos

adultos interrumpían la conversación para cantar. Una canción en concreto hizo que Pombe se levantara veloz y bailara siguiendo el ritmo de la música con los hombros. Levantaba los brazos hacia el cielo y daba pasitos cortos con los ojos cerrados, concentrado en la música. Augustine se echó a reír.

Como Joyce se había despertado con las risas, su madre le dio un empujoncito para que se levantara. La niña lo hizo y se puso también a bailar.

30

Palomas verdes muertas

Las palomas verdes habían amanecido muertas. Las habían atado por detrás de las alas y las habían dejado inmovilizadas detrás de unos sacos de carbón. Durante la noche, un fardo se había caído hacia atrás y las había aplastado. Augustine pegaba unas voces tremendas a los grumetes, blandía el manojo de aves muertas a pocos centímetros de sus caras y les gritaba que eran unos descuidados. La cocinera dio un soplido y tiró las aves detrás del hueco de la escalera. Las palomas, con sus resplandecientes plumas verdes, quedaron con las patas hacia arriba y las garras muy abiertas.

El despertar en el Mampeza se parecía cada vez más a amanecer en una aldea en el bosque. Un par de gallos que alguien había comprado río arriba batallaban desde primera hora de la mañana con sus cantos estridentes, una cabra atada entre las mercancías balaba extenuada y finas columnas de humo planeaban sobre la barcaza y se mezclaban con la bruma matinal. El barco bostezaba. Unos hombres, agarrados a la valla metálica con una mano, se inclinaban hacia delante y cogían agua con un cubo para lavarse la cara y el torso desnudo. Se frotaban el rostro, el pecho y las axilas con vehemencia. A su lado, un hombre se cepillaba los dientes mirando al horizonte. La espuma le cubría los labios y media barbilla y de vez en cuando se le caía un chorretón blanco a los pies.

El Mampeza parecía avanzar más rápido que nunca sobre aquella agua datilada, casi negra. Lucien me confirmó que no eran imaginaciones mías. Señaló hacia una lengua de agua que surgía de un tajo a través de la selva: a medida que descendíamos, varios afluentes germinaban de las profundidades del bosque y empujaban al cauce principal. Era aquella una jungla silenciosa y sobrecogedora, casi infinita. La vegetación en la orilla no dormitaba: estaba viva. Era una

selva felina, que observaba agazapada el pasar del Mampeza. Provocaba temor y atracción. Emergía hermosa y seductora como un monstruo de ojos verdes que invitaba a perderse en su belleza para no dejarte escapar jamás.

Conocía esa trampa. Meses antes, había podido vivir en mi piel esa sensación hipnótica de la selva, esa llamada embaucadora de la espesura capaz de atraerte a sus entrañas y hacerte perder la noción del tiempo y el sentido.

Ocurrió durante un viaje a Congo con el fotógrafo Pau Coll —compañero de varios viajes africanos y miembro del colectivo Ruido Photo— para investigar la tala masiva e ilegal que está diezmando los bosques del país. Habíamos alquilado una canoa a motor y avanzamos por el Ruki, uno de las decenas de afluentes que surgían de las profundidades de la selva para alimentar el cauce del Congo. Nuestro destino era el pueblo de Ingende, donde una compañía china estaba talando árboles sin compasión.

Al llegar a la orilla desde donde debíamos emprender la marcha por tierra hasta la aldea, encontramos un panorama desolador: los troncos parecían cadáveres de gigantes. Había cientos de ellos. Colocados unos sobre los otros, los árboles, desnudos de ramas y marcados con letras blancas en un extremo, configuraban un ejército caído junto a un mar de vegetación que observaba en silencio el desastre. Si en la selva algún ave o mono hubiera emitido entonces un chillido, no se le habría oído: un arrastrador forestal, una máquina monstruosa, rugía mientras atrapaba con unas garras metálicas los troncos y los colocaba sobre uno de los cinco camiones que esperaban aparcados sobre el barro.

A unos cientos de metros, otro gruñido anunció que la escabechina no había terminado. Bobenza Rigober, un congolés de cuarenta y ocho años con veinte hijos de tres mujeres distintas, rajaba con una motosierra el tronco de un árbol de más de treinta metros de altura y varias toneladas de peso atravesado en el camino. Las astillas volaban en el aire y el polvo de madera teñía de una capa amarillenta sus enormes bíceps negros. Bobenza usaba siempre la misma técnica para tumbar colosos como aquel: hacía una escisión en cuña en la base, en el extremo opuesto al corte principal y, unos segundos antes de que el árbol venciera por un costado, lanzaba un grito de aviso: «¡Vaaaaa!». El árbol caía entonces con un estruendo pavoroso y en su

camino destrozaba decenas de ramas de los árboles vecinos, que temblaban durante unos segundos, como si intuyeran cuál era su destino.

Bobenza se secó el sudor. Aunque llevaba veintidós años en el negocio, en ocasiones lo vencía la desazón. Acabar con esos portentos de la naturaleza le afectaba.

—Cuando corto árboles tan grandes me duele en el corazón, porque contribuyo a destruir mi país. Pero estoy obligado a hacerlo. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Debo alimentar a mis hijos.

Por aquellas jornadas maratonianas a pleno sol, comiendo apenas unas galletas durante todo el día y durmiendo en mitad de la selva, cobraba 192.000 francos congoleses al mes, unos 100 euros al cambio.

A unos metros de allí, Nsele Bontolo, de cincuenta y un años y ocho hijos de dos mujeres distintas, y Junior Olela, de veintitrés años y dos hijos de la misma madre, observaban la escena compartiendo un pitillo. Trabajaban de *prospector* (el encargado de señalar el árbol que se iba a cortar) y de chófer de camión, respectivamente. Como Bobenza, ambos eran empleados de Cokibafod, una empresa china de explotación de madera en la provincia de Ecuador.

Los tres eran eslabones necesarios de una de las mayores agresiones verdes del planeta: después de Brasil, Congo es el país donde más árboles se cortan del mundo. Casi medio millón de hectáreas de bosque primario, vergeles apenas tocados por el hombre, han desaparecido en todo el país, que acoge el 60 % de la cuenca del río Congo. Ese paraíso natural, que se expande por nueve países —República Centroafricana, República de Congo, República Democrática del Congo, Angola, Zambia, Camerún, Tanzania, Ruanda y Burundi—, alberga siete de cada diez árboles del continente.

Pese a su importancia vital como segundo pulmón mundial después del Amazonas y su función de termostato natural del clima y regulador de los patrones de lluvia, la cuenca del Congo se muere porque la están esquilmando a un ritmo de deforestación tan alto que no permite la regeneración natural de la vegetación. Por eso los bosques primarios de Congo ya tienen fecha de defunción: se calcula que en el año 2100 habrán desaparecido.

Me quedé observando a Pau, que se encaramaba sobre una montaña de troncos apilados para hacer unas fotos a los arrastradores forestales. Los árboles que quedaban en pie eran altos y sus hojas

tiritaban por el viento. Me embargó una sensación de desolación infinita. A Pau también: había bajado la cámara y observaba la escena en silencio, sin tomar imágenes ni moverse.

En realidad, el problema no es solo de Congo; es global. En el año 2021, el mundo había visto desaparecer 3,75 millones de hectáreas de bosque primario tropical, una superficie superior a la de Bélgica. Y la destrucción era constante: cada minuto, durante todo el año, había desaparecido en el mundo el equivalente a diez campos de fútbol.

Aunque en otros puntos del globo las agresiones rimaban con las de Congo, en el país africano se sumaban otros factores que favorecían la devastación natural. A la tala ilegal —especialmente de empresas chinas, pero también libanesas y europeas—, se unía la destrucción de la selva a causa de la minería, y una pobreza generalizada que también mataba árboles: como la población se había duplicado en veinte años, se había disparado la producción de carbón artesanal y la agricultura de quema, en la que los campesinos talaban y prendían fuego a determinadas zonas para cultivarlas y luego las abandonaban cuando dejaban de ser fértiles.

La codicia hacía el resto. La corrupción sistémica de Congo y la dificultad de controlar las irregularidades en una selva sin infraestructuras y de difícil acceso, pero que a su vez tenía en el río Congo un método de transporte de los troncos barato y eficaz, había atraído a los buitres. Decenas de empresas de dudosa reputación se habían instalado en la selva congolesa. El negocio tenía un mercado amplio: según Forest Trends, un grupo de conservación estadounidense, los principales mercados de productos de madera congoleses eran Vietnam, la Unión Europea y China. En apenas unas semanas, árboles imponentes de las selvas de Congo se transformaban en muebles baratos que adornaban las casas del hemisferio norte.

Si para buena parte de los congoleses las imágenes de cientos de troncos cortados y transportados en barcazas río abajo era dolorosa, para Ettiene Kasereka se había convertido en algo personal. Lo había conocido días antes de viajar a Ingende y me pareció un tipo honesto y enrabietado. Tras trabajar como controlador migratorio y aduanero en el río, había sido testigo privilegiado de la podredumbre del negocio maderero desde dentro. Y decidió combatirlo, pese a las amenazas y a que le costó el despido. Era activista y miembro del Grupo de Acción para Salvar al Hombre y al Medio Ambiente (GASHE,

por sus siglas en francés), y viajaba por la selva para recoger pruebas de explotaciones fraudulentas y denunciarlas internacionalmente. Sus labios apretados y su mirada iracunda revelaban que sus ojos habían visto mucha destrucción.

—La situación de la explotación de madera aquí en la provincia de Ecuador es catastrófica. La madera se corta y explota sin respeto por la reglamentación, y sin ningún control. Multinacionales chinas y autoridades congolesas corruptas se benefician de la destrucción total de nuestra selva y se reparten las tasas de tala.

Kasereka conocía de sobras las trampas de las empresas extranjeras, que vestían de legalidad su depredación del ecosistema.

—No respetan la ley. Les dan una concesión para veinticinco años y arrasan con ella en tres o cuatro años, sin preocuparse de si hay árboles protegidos, de replantar o de si matan a los árboles más pequeños. Cortan con permisos fraudulentos. Actúan con total impunidad porque saben que, si sobornan a la persona adecuada, podrán seguir actuando así.

Y si la destrucción de los bosques primarios congoleses era una agresión a toda la comunidad, para los pigmeos, un pueblo nómada, cazador y recolector que habitaba la selva y cuya supervivencia dependía de la naturaleza, era una sentencia de muerte.

Pau y yo decidimos ir a comprobar aquel impacto. Tras varias horas de ruta por caminos empantanados, llegamos a la aldea pigmea de Ikenge por una cicatriz de barro. Aislada durante décadas, el medio centenar de chozas de adobe y paja de Ikenge estaba cercenado por una carretera enfangada por la que no circulaban más que excavadoras, bulldózeres y camiones cargados de árboles gigantescos de la empresa china Maniema Union. Su pasado era turbio: la compañía asiática había obtenido su licencia de tala en Congo de manera ilegal, gracias a un general congoleño al que tanto la Unión Europea como Estados Unidos habían sancionado por violaciones de derechos humanos.

Al oír el nombre de Maniema, el jefe pigmeo Biondo Ikemwa no pudo contener la ira. La llegada de los asiáticos a la zona, decía, había significado la destrucción de miles de árboles y había vaciado sus selvas y sus tripas. No era solo que el ruido de las máquinas hubiera ahuyentado a los animales salvajes y acabado con una fuente de proteínas básica para los pigmeos; es que, además, varios de los

árboles desaparecidos servían de cobijo para el *pose*, un gusano gordo y viscoso que era otra de las bases proteínicas de la comunidad. Durante siglos, los pigmeos habían respetado los árboles donde vivían los *pose*. Era una herejía cortarlos. Sin ellos, la malnutrición se había disparado.

El jefe Ikemwa hablaba y el poblado entero escuchaba. Hombres, mujeres, ancianos y niños se habían colocado alrededor y atendían las palabras de su portavoz. Si Ikemwa se ponía nervioso y no se explicaba bien, los otros hombres lo reñían y le pedían que se concentrara o añadiera algún matiz. Un chico de entre la multitud sostenía una cuerda a la que iba atada una cría de mono. El animal, del tamaño de un gato pequeño, trataba de escaparse, brincaba y trepaba por una pared de cañas, pero cuando la cuerda se tensaba, el tipo daba un estirón y el pobre bicho, dando un grito agudo, salía volando y aterrizaba a los pies de su dueño.

Para Ikemwa no había demasiada diferencia entre los cortes que la empresa china provocaba en los árboles y los que generaría en su propia piel.

—Si destruyen el bosque, nos destruyen a todos. ¿Puedes imaginar que alguien llegue a tu casa y te corte un dedo? Así nos sentimos al ver los camiones llenos de árboles muertos. Se me rompe el corazón. Es como si nos arrancaran un pedazo de nuestras vidas. ¡Somos pigmeos!

Lundi Bokoko, al que nos presentaron como el mejor cazador del poblado, tomó la palabra. Quería que lo acompañáramos durante una jornada de caza para comprobar la catástrofe.

—Apenas quedan animales, han desaparecido —se lamentaba.

Nos invitó a dormir frente a su choza para salir al día siguiente temprano. Sacaron a cielo abierto unas estructuras de madera a modo de somier, sobre las que colgamos las mosquiteras y extendimos unas esterillas. Antes de ir a dormir nos dieron una bienvenida formal y en movimiento: encendieron hogueras, sacaron tam-tams y cantaron y bailaron en corros a la luz del fuego.

Al amanecer abandonamos el poblado, aún legañosos, acompañados de una docena de hombres armados con arcos y flechas. Al poco de salir, atravesamos un amplio claro en el bosque con pozas verdes en el medio. El aire estaba embadurnado de un olor agrio. Dos ancianas con las piernas hundidas en el agua hasta las pantorrillas,

sumergían los brazos en el líquido verdoso y sacaban manojos de mandioca fermentada que colocaban en cestos de mimbre. El suelo húmedo estaba lleno de raíces y de una capa de hojas y musgo que acolchaba las pisadas.

Lundi cargaba en una mano un arco y varias flechas afiladas. Él y sus compañeros avanzaban con una agilidad pasmosa, agachados entre los arbustos. La selva nos recibió con arañazos. La vegetación era cada vez más tupida y se hacía difícil avanzar porque un sinfín de zarzas, pinchos o ramas se enganchaban a la ropa. El bosque parecía un ser vivo que alargaba sus brazos para no dejarte pasar. Hacía calor y humedad y empecé a sudar profusamente.

Los cazadores no iban juntos. Cada uno progresaba por donde podía, separados varios metros, y gritaban para anunciar su posición o para avisar si veían algún rastro. No bajaban la guardia: observaban las copas de los árboles, inspeccionaban las sendas en busca de huellas y revisaban las trampas para pequeños roedores. Había decenas de mecanismos diminutos formados por palos estrechos y afilados que se accionaban con un ligero roce.

Tras un buen rato de marcha, en el que constantemente debían esperarnos para que los alcanzáramos, nos topamos con una palmera de palma. Un chico subió una decena de metros abrazado al tronco, a pies desnudos, con una habilidad extraordinaria. Al poco bajó con un manojo pardusco repleto de nueces rojas resplandecientes.

Un poco más adelante, cometí un error. Encajado entre decenas de arbustos, lianas y ramas, me detuve un instante. Quería grabar el sonido de la selva y esperé a que los demás se alejaran. Uno de los cazadores se quedó a unos metros a esperarme, pero le hice señas para que siguiera adelante; iría detrás de él enseguida. Desapareció y, al cabo de unos minutos, me envolvió un siseo ensordecedor. El viento mecía las hojas de las copas de los árboles, las ramas se estremecían y se oía el lejano canto de unos pájaros. Me quedé absorto, como si aquel vaivén de ramas y lianas me estuviera persuadiendo para que me quedara un poco más. Me quedé hipnotizado por la magnitud de aquella naturaleza magnánima. La selva me atrapó y perdí la noción del tiempo. Finalmente guardé la grabadora y me dispuse a seguir al grupo.

En cuanto me volví para buscar por dónde habían ido, me di cuenta, horrorizado, de que no tenía ni idea de hacia dónde debía ir.

No se oía absolutamente nada. Ni un grito. Tras dar una decena de pasos, los rastros que habían dejado los cazadores a su paso dejaron de ser evidentes. Estaba perdido. Miré a mi alrededor y me sentí atrapado, como si hubiera caído en una trampa inconmensurable. Noté que se me aceleraba la respiración y que la selva se abalanzaba sobre mis hombros, divertida ante mi miedo y mi torpeza. Los árboles se cernían sobre mí, las hojas se agitaban en una risa nerviosa y las lianas se reían burlonas. Me sentí como si a mi alrededor se extendiera un océano infinito y yo no fuera más que un náufrago condenado. Sin salida.

De repente, oí un grito. Lundi y uno de sus compañeros me estaban buscando. Grité desesperado y me dirigí a toda prisa hacia el lugar desde el que venían los sonidos. En seguida aparecieron ante mí.

—¿Dónde estabas? No te quedes parado o te perderás. Síguenos.

Cuando llegamos con el resto, Pau estaba haciendo fotos a uno de los cazadores, que observaba muy quieto el suelo. El chico había visto a un roedor correr y meterse en un agujero. Encendieron una pequeña fogata y Lundi se arrodilló frente a la entrada principal, recubierta de hojas húmedas, e introdujo con suaves soplidos una columna de humo en la madriguera. Algunos hombres se colocaron frente a las otras entradas a esperar a que saliera el animal mientras el resto daban golpes con ramas en el suelo y pegaban la oreja al suelo para escuchar el movimiento del animal bajo tierra. Después de una hora de intentarlo, se dieron por vencidos. No se oía nada: el roedor debía de haber escapado por un agujero oculto en algún otro sitio. Decepcionados, emprendieron el camino de regreso.

Lundi estaba abatido.

—Antes salíamos a cazar y casi siempre volvíamos a casa con alguna pieza. Desde que cortan los árboles, no hay forma. Es imposible que mis hijos crezcan como yo lo hice. Creo que seremos la última generación de pigmeos del bosque. —Para Lundi, cada árbol cortado era un obstáculo para el futuro de su pueblo—. No queremos irnos, pero si nos quitan el bosque estamos condenados a desaparecer.

Regresamos al poblado y nos recibieron dos hombres pigmeos con más lamentos. Protestaban porque la empresa china que operaba en sus tierras contrataba como taladores y ayudantes a los bantúes y marginaba al pueblo pigmeo, considerado inferior por varias tribus

locales. Pese a sus protestas, estar empleado por los asiáticos tampoco era el paraíso. Los pocos pigmeos que trabajaban para ellos denunciaban unas condiciones de trabajo infrahumanas: recibían salarios indecentes, no se les facilitaba comida ni un lugar para pernoctar, había una total ausencia de medidas de seguridad y en caso de accidente, aseguraban, la desidia era absoluta.

A la salida de la aldea había que subir por un camino de tierra y barro que se ensartaba en la selva para llegar a la cantera de Banjo, donde la empresa china había instalado una docena de contenedores metálicos en mitad de una explanada yerma. Era el centro de operaciones de la compañía en esa zona selvática, donde vivían una decena de empleados asiáticos que coordinaban a los 140 empleados locales. Los asiáticos vivían dentro de los contendedores, acondicionados con un wifi precario, ventiladores y cocina. Los congoleses vivían en chozas de barro y paja a unos cientos de metros de allí.

Ashil Zheng Zhou fue el único de los empleados chinos que se prestó a dar su opinión. Insistía en que su empresa no era corrupta y tenía todos los papeles en regla. Zheng llevaba cuatro meses en la selva congolesa. Estaba allí por dinero: tenía un hijo y a quienes trabajaban en Congo les pagaban entre un 20 y un 50 % más que en China. Le quedaban dieciocho meses antes de regresar a casa. Zheng chapurreaba francés y ejercía de traductor del resto de los compañeros. Hacía gala de una prudencia machacona.

—Para el medio ambiente lo que hacemos es malo. Aquí cortamos árboles, eso no es bueno para la naturaleza. Pero el Gobierno nos da permiso, lo tenemos todo en regla.

Cuando se le aseguraba que se estaban cometiendo irregularidades, lanzaba balones fuera.

—Claro que existe la corrupción. Hay personas que pagan sobornos para poder hacer lo que quieren y ganar mucho dinero. Mucho dinero. Pero nosotros actuamos bien. En un 99 % bien.

Por encima de los contendedores se alzaba una selva imponente, de árboles de varias decenas de metros de altura. No solo sentía pena al saber que aquellos colosos majestuosos iban a desaparecer pronto; me atenazaba también la rabia. De que aquella salvajada fuera posible, de que aquel paraíso natural estuviera a merced de personas sin escrúpulos, de que la naturaleza sucumbiera a la codicia de los

seres humanos.

31

Mbandaka

Debíamos superar apenas dos recodos del río para alcanzar Mbandaka, la ciudad más importante antes de Kinsasa. Desde allí, quedaban cuatro o cinco días hasta la capital; una semana, como máximo. Muchos pasajeros tenían la antigua Coquilhatville como destino final, así que a bordo el ambiente era impaciente y feliz. También yo tenía ganas de llegar. Además de la apremiante necesidad de darme una ducha y lavar la ropa, quería dar señales de vida, porque hacía cuatro días que no tenía conexión en el teléfono e imaginaba que en casa debían de estar inquietas.

Augustine y su hija Joyce estaban locas de contentas porque su viaje en el Mampeza llegara a su fin. La pequeña podría volver a la escuela y hacer lo que más le gustaba: dibujar. Días antes le había regalado uno de mis cuadernos de notas vacíos y un bolígrafo para que se entretuviera y ella se había pasado horas sumergida en aquellas hojas. Había hecho dibujos para todos. Una casa para su madre, una vaca y un sol para Japhet, un pez con la boca abierta para mí, un paisaje con un barco para el *commandant*... Irremediablemente me acordé de mis hijas, Lena y Aina, a quienes también les encantaba pintar. Las semanas fuera de casa empezaban a pesar.

Los grumetes también se agitaban nerviosos. Absolutamente todos se habían aseado, se habían puesto ropa limpia y se relamían pensando en la fiesta desatada de aquella noche.

El *commandant* Papy también tenía ganas de juerga, pero simuló contención. Cuando las primeras casas de Mbandaka aparecieron en el horizonte, recordó a todos que debían regresar al barco a las ocho de la mañana del día siguiente. Zarparíamos más tarde de lo habitual, sobre las nueve o las diez, aseguró. Japhet y yo nos miramos y nos hicimos un gesto cómplice: con suerte, pensamos, saldríamos al

atardecer.

Y no hubo suerte.

El puerto de Mbandaka se agitó al ver llegar nuestra barcaza. Cientos de personas faenaban en un puerto escaso, apenas una orilla arenosa donde había amarrados varios barcos.

De pie, en una suerte de muelle cubierto de malas hierbas, nos esperaba el padre de Japhet, el coronel Gaby Lokotomi. Nada más pisar tierra, Japhet se lanzó a los brazos de su padre y chocaron cabeza con cabeza tres veces.

Supe que el coronel Gaby era honesto porque no quiso convencerme de su honestidad. Vivía con sencillez: su casa de Mbandaka, algo destartalada pero acogedora, era un edificio austero de una sola planta rodeado de una empalizada de caña y un jardín en el que pacían cinco cabras, dos perros y un cerdo pequeño. En una esquina del verde, había una pequeña garita de caña con dos policías armados con ametralladoras que se turnaban para hacer guardia o acompañar al coronel cuando salía a hacer un recado. La propiedad, donde vivía con dos de sus hijos pequeños y un sobrino, no tenía electricidad y había que ducharse lanzándose por la cabeza baldes de agua fría.

Tras cincuenta años en el ejército congolés, ocupando rangos de poder y mando, el coronel Gaby llevaba una vida espartana y, más que una extravagancia, aquello era un fenómeno excepcional. Aquellas paredes desconchadas gritaban decencia. En Congo era habitual que los políticos y militares acumularan fortunas a costa del sufrimiento de la población y vivieran en mansiones morrocotudas. A sus sesenta y siete años, el coronel Gaby decía orgulloso que solo tenía un patrimonio: la educación de sus hijos. Los mayores habían acabado la universidad —uno era médico, el otro, abogado, y Japhet, ingeniero electromagnético— y los pequeños estaban todos estudiando.

Al salir de la ducha me encontré con el mantel puesto y una gran bandeja de metal tapada en mitad de la mesa. Me insistieron en que me sentara el primero e hiciera los honores. Me temí lo peor. Al destapar la bandeja, confirmé mis temores: era una ración palabra de honor de arroz blanco, mi menú diario en el Mampeza.

—¡Japhet me dijo que era tu comida favorita! —exclamó Gaby.

Levanté la cabeza intentando disimular mi desazón y vi que todos me estaban mirando con una enorme sonrisa en los labios.

—¡Vaya cara has puesto! —dijo Japhet, que se agarraba la barriga para contener una carcajada.

En seguida sacaron varias bandejas de pollo, cerdo, fufu y salsa de cacahuete.

En la televisión, el informativo en lengua lingala narraba la primera visita del rey Felipe de Bélgica a Congo. En un intento de pasar página y avanzar hacia un futuro de colaboración y confianza entre la metrópoli y su excolonia, el rey belga había viajado a Kinsasa para entregar al Museo Nacional de Congo un *kakuungu*, una enorme máscara de la etnia suku para ritos iniciáticos. Más allá del gran valor de la pieza, equiparable a un Rubens o un Rembrandt, según los especialistas, el gesto de devolver la reliquia —apenas se conservaban diez máscaras de este tipo— se enmarcaba en el lento proceso de reconocimiento de los horrores del colonialismo belga. El rey evitó pedir perdón, pero adoptó un tono de contrición.

Japhet y su padre escuchaban la escena con indiferencia mientras chupaban unos huesos de pollo, pero Benni, el hermano pequeño, de diecisiete años, que esperaba en el sofá a que los mayores terminaran de cenar, hizo rechinar los dientes.

—Con todo lo que hicieron y los recibimos con una fiesta y con honores. Que nos devuelvan lo que nos robaron.

El discurso del rey belga era histórico por el tono y el lugar. En ese mismo espacio, la Asamblea Nacional, su tío, el rey Balduino, pronunció el 30 de junio de 1960 un discurso cínico que desencadenó uno de los episodios más oscuros de la historia reciente de Congo. Fue durante el traspaso de poderes, con la independencia ya consumada. El monarca no solo alabó a Leopoldo II y obvió los horribles crímenes y el dolor que había infligido en millones de congoleses, sino que utilizó un tono que rebosaba condescendencia.

> La independencia de Congo constituye la culminación de la obra concebida por el genio del rey Leopoldo II, llevada a cabo por él con un coraje tenaz y continuado con perseverancia por Bélgica. [...]. Ahora les corresponde a ustedes, señores, demostrar que teníamos razón al confiar en ustedes [...]. No tengan miedo de recurrir a nosotros. Estamos dispuestos a seguir a su lado para ayudarlos con nuestros consejos.

Tras los aplausos de cortesía, el presidente Kasavubu recitó un discurso anodino escrito por un consejero belga. Pero algo estaba ocurriendo entre el público. El primer ministro congolés, un joven y

visiblemente agitado Patrice Lumumba, tomaba notas apresurada y furiosamente. A pesar de que el protocolo del día no había previsto más intervenciones, Lumumba salió al estrado dispuesto a pronunciar uno de los mayores discursos del siglo XX y unas palabras clave en la era de la descolonización de África. Probablemente también firmó su sentencia de muerte.

> Porque esta independencia de Congo[...] ningún congoleño digno de este nombre podrá olvidar jamás [...] que se ha conquistado por la lucha, una lucha de todos los días, una lucha ardiente e idealista, una lucha en la que no hemos escatimado ni fuerzas ni privaciones ni sufrimientos ni sangre. Ha sido una lucha de lágrimas, de fuego y de sangre, de la que estamos profundamente orgullosos, porque ha sido una lucha noble y justa, una lucha indispensable para poner fin a la humillante esclavitud que nos fue impuesta por la fuerza. [...] Hemos conocido el trabajo agotador, exigido a cambio de salarios que no nos permitían ni comer para saciar el hambre ni vestirnos o vivir en una casa decente ni criar a nuestros hijos como seres queridos. Hemos conocido las burlas, los insultos y los golpes soportados mañana, tarde y noche por ser negros. [...] Hemos visto nuestras tierras expoliadas en nombre de textos supuestamente legales, que no hacían más que reconocer la ley del más fuerte. [...] ¿Y [...] quién puede olvidar las ráfagas de disparos bajo las que muchos de nuestros hermanos sucumbieron, las celdas a las que las autoridades arrojaron a aquellos que no se sometían a sus leyes, en las que «justicia» significaba solo opresión y explotación?

El discurso de Lumumba recorrió el país como un trueno. La comitiva real belga, ultrajada y ofendida, sopesó marcharse de inmediato del país y el convite posterior se retrasó varias horas. Aunque el joven político trató de matizar sus palabras en el brindis posterior, consciente del impacto negativo que habían tenido en la contraparte belga, su suerte estaba echada. En el contexto polarizado que dictaba la Guerra Fría, Lumumba se convirtió, sin matices, en un diablo para los aliados de Europa Occidental y Estados Unidos y en un ángel para el bloque soviético. Pocos meses después, alertados por la influencia y popularidad de aquel político decidido y de ideas radicales a ojos del bando occidental, los servicios de inteligencia estadounidenses y belgas urdieron un plan para deshacerse de él. Acorralado, Lumumba, un tipo sin complejos, orgulloso y temperamental, tomó una decisión que le costó la vida: se acercó a la Unión Soviética para pedir ayuda. Ese fue el punto de no retorno.

En realidad, el gesto de la devolución de la máscara que estábamos viendo en el televisor del comedor del general Gaby era el primer paso, pequeño aún, para la verdadera restitución que

esperaban muchos congoleses: la devolución del diente de Lumumba. Tras el asesinato y la disolución del cuerpo del primer ministro en ácido, un agente belga se quedó como trofeo uno de sus dientes. Tras múltiples e incansables requerimientos de los descendientes de Lumumba, las autoridades belgas accedieron a la devolución del único resto humano que quedaba del líder congolés, aunque precisaron que debía ser el Gobierno quien se encargara del proceso. Meses después de aquella comida en casa de coronel Gaby se realizó una ceremonia en Bruselas en la que se devolvió a Congo el diente y se cerró, al menos en parte, una herida que sangraba desde hacía más de sesenta años.

Mientras en la televisión unos tertulianos seguían debatiendo sobre la visita del rey belga, noté como el coronel Gaby no me quitaba el ojo de encima. Durante el café posterior, me desveló el porqué.

—Te he estado mirando y, dime la verdad, tú también eres militar, ¿a que sí?

Sus palabras casi me hicieron escupir el cortado. Lo más cerca que había estado de un cuartel había sido una vez que de adolescente fui detrás de la hija de un capitán. No me creyó.

Llevábamos apenas unas horas juntos, pero para el coronel Gaby no había dudas. La organización de mi mochila, mi rapidez en ducharme y mi apetito comedido para evitar enfermedades eran, para él, señales inequívocas. Le aseguré que estaba en un error, pero respondió que a él no lo iba a engañar.

Le expliqué que, aunque en mi día a día yo era un tipo bastante desorganizado, cuando emprendía un viaje así necesitaba mantener siempre la concentración. Puede que mi actitud espartana fuera herencia de mi afición por las montañas, especulé. De joven atravesé a pie los Pirineos con mi hermano mayor durante treinta y ocho días. Para lograr nuestro objetivo, tuvimos que organizarnos al milímetro, cargar el peso imprescindible, aprender a montar y desmontar la mochila con rapidez y mantener una disciplina constante. Esa era la actitud que adoptaba desde entonces cuando me preparaba para un viaje.

El coronel Gaby se encogió de hombros risueño, aunque no demasiado convencido por mi respuesta.

—La disciplina de las montañas y la disciplina del río Congo.

Puede ser.

32

La guerra es un desierto

El día amaneció con una noticia esperada. La descarga de algunas mercancías —y probablemente también algunas sábanas removidas— había retrasado los planes del *commandant* Papy: el Mampeza saldría por la tarde.

Aproveché para tomar un café en el Nina River, un hotel con unas vistas fantásticas del río, con Jean Louis Tangofa, un exsoldado del ejército de Mobutu que había combatido en las dos grandes guerras congolesas y había accedido a contarme sus batallas.

Como el tipo llegaba tarde, me dejé encandilar por el paisaje. Desde las mesas de la terraza, justo encima de una piscina de agua verde con una fuente en forma de delfín azul despintado, se veía el constante vaivén de canoas, barcas o barcazas que llevaban mercancías o pasajeros río abajo, hacia Kinsasa.

La banda sonora era menos angelical. Justo al lado del hotel había un embarcadero improvisado que hacía las veces de matadero artesanal. Varios cerdos mugrientos rebuscaban despreocupados entre la basura mientras un hombre con un enorme cuchillo tumbaba a un gorrino gris sobre una piedra plana en el suelo y le rebanaba la garganta de un tajo rápido y preciso. Mientras se desangraba, el cerdo, con las cuatro patadas atadas, se revolvía y lanzaba unos gritos terribles que sobrevolaban los *cappuccini* de los clientes del hotel.

Cuando Tangofa finalmente llegó, y pese a que en la terraza del Nina River apenas había un puñado de empleados de una maderera china, se dirigió a mí en voz baja, casi en un susurro. Prefirió la discreción a la belleza de las vistas y señaló hacia el restaurante interior, una sala de mesas redondas con manteles blancos y rojos sobre las que colgaban dos lámparas de cristales resplandecientes y detalles dorados. En un rincón, lleno de polvo, había un muñeco de

metro y medio de un Papá Noel, calvo y sin gorro, tocando el saxofón.

Para Tangofa, las cicatrices de la guerra eran cuatro de sus ocho hijos sin ir a la escuela y algún muerto en la mochila. Lamentaba solo lo primero.

Tenía cincuenta y seis años y era un hombre delgado, alto y de mirada amigable, a veces inocente. Llevaba la cabeza rapada y solo cuando estrechaba la mano —firme y robusta— se adivinaba fugaz su pasado como comandante de la segunda república, a las órdenes de Mobutu. Escogió la mesa del rincón, bajo la escalera de madera que llevaba a una sala privada en el piso superior, junto a la barra de bar y unas estanterías repletas de botellas de licores importados.

—Empezamos por la primera guerra, ¿no? —preguntó.

Aquella primera guerra nació, como casi todas las guerras, con un nombre épico: revolución. En 1996, un joven Laurent-Désiré Kabila lideró una rebelión de nueve meses con el objetivo de derrocar al dictador Mobutu, enfermo y debilitado por la crisis interna del país. A principios de los años noventa, Congo era un desastre. El país estaba arruinado, los salarios de los funcionarios no se pagaban, la corrupción era parte de la rutina y la violencia era generalizada. Pero hubo otra razón de peso de la caída en desgracia del dictador: Estados Unidos, además de haberse cansado del espíritu corrompido del líder congoleño, tras la caída del muro de Berlín había perdido interés en su amistad antisoviética. Mobutu ya no era necesario. Y Kabila aprovechó la ocasión. Con la ayuda de Uganda y Ruanda, cuyos líderes tutsis clamaban venganza por el apoyo de Zaire a los hutus radicales durante el genocidio de 1994, el líder de la rebelión realizó una marcha de este a oeste el país con una efusividad revolucionaria. Y apretando el gatillo.

Tangofa recordaba aquellos días de soldado con nostalgia. Tenía un sueldo aceptable, todos sus hijos iban al colegio y siempre había un plato de comida en la mesa. Al menos hasta que empezaron a perder contra los rebeldes. Aunque las principales escaramuzas se produjeron primero en las zonas fronterizas ugandesas y ruandesas, donde nació la rebelión, la gran batalla se dirimió en Kisangani.

—Primero luché en los Kivus, hasta que nos ordenaron reagruparnos en Kisangani. Teníamos que defender el aeropuerto y en cuanto los vimos llegar empezamos a disparar a disparar y a disparar. ¡Eran muchos! Sacrificamos muchas vidas y no sirvió de nada, porque

nos rodearon y perdimos. Y una vez la ciudad cayó, la guerra dejó el campo de batalla y entró en el campo político.

El descenso por el río fue un paseo casi triunfal para Kabila. Aunque todavía hubo enfrentamientos, cuando se corrió la voz de que Kisangani había caído, la desbandada del ejército nacional fue general. Entre los soldados rasos que huían estaba Tangofa. Para él, aquella retirada río abajo definió la única verdad de la guerra: que todo era mentira. Se eslabonaron las deserciones, las traiciones y, con un Mobutu enfermo y derrotado, se produjeron cambios de chaqueta desvergonzados de los rangos superiores del ejército. Fue el fin del Mobutu.

A Tangofa le entraban ganas de vomitar.

—¡Nos vendieron! Después de sacrificar vidas en el campo de batalla, ¡nos vendieron!

Aquella huida líquida también fue una pesadilla para algunos. Como los ruandeses tutsis eran aliados de Kabila en su rebelión para derrocar a Mobutu, aprovecharon su avance hacia la capital para ajustar cuentas con los refugiados hutus, mujeres y niños incluidos, que habían huido de Ruanda tras el genocidio. Si el horror genocida ruandés quedó para la historia, con un millón de tutsis y miles de hutus moderados asesinados, no así la venganza en suelo congolés, que ha sido olvidada, y que fue bestial. Las matanzas impunes a lo largo del río Congo, con más de 230.000 hutus asesinados, tiñeron de sangre la corriente.

Al llegar a la capital después de tres años jugándose la vida en las trincheras y con las tropas rebeldes de Kabila pisándole los talones, Tangofa se quitó el uniforme militar y lo tiró entre unos arbustos. Mobutu había sido derrocado.

En un gesto a favor de la unidad nacional, Kabila anunció una amnistía a todos los soldados que habían luchado con Mobutu. Tangofa lo creyó y regresó a filas. Unas semanas más tarde, asegura, empezó la purga.

—Muchos soldados amigos murieron después de comer el rancho. Nos metían veneno en la comida. Pero aquello nunca les afectaba a los ruandeses, a los burundeses o a los demás socios de Kabila: solo moríamos nosotros.

Asustado, Tangofa huyó a la ciudad ribereña de Mbandaka y malvivió vendiendo bananas o pan en puestos callejeros. Fue entonces

cuando se le abrieron las heridas de la guerra: tuvo que escoger cuáles de sus hijos serían analfabetos.

—No me alcanzaba el dinero. Solo cuatro podían ir a la escuela. Los otros cuatro se quedaron en casa.

A Tangofa se le encendían los ojos de dolor al hablar de la guerra.

—Te convierte en malo si eras bueno, y si eras malo, en peor. Y esos son los que ganan.

Aquella primera guerra no fue la última. Tras alcanzar el poder, Kabila rompió con sus aliados ruandeses y ugandeses, a quienes invitó a abandonar el país. Lo hizo sin contemplaciones: les dio veinticuatro horas para que salieran por la frontera.

Aquella deslealtad provocó una hecatombe. Ruanda y Uganda se enfrentaron a su exsocio congoleño y el país se hundió en un conflicto con decenas de facciones internas y países extranjeros implicados. Fue una auténtica guerra mundial africana donde no se luchaba por avanzar en un frente de batalla sino por tomar posiciones y esquilmar las riquezas minerales del país. Mientras ruandeses y ugandeses, con el apoyo de Burundi, extendían un caos provechoso en las zonas mineras del este del país, en el otro bando, Zimbabue, Namibia, Angola, Chad, Libia y Sudán apoyaban a Kabila a cambio de provechosos acuerdos mineros para sus élites o como forma de debilitar a sus enemigos regionales.

El negocio era jugoso. Solo en el año 2000, en pleno auge mundial de la popularización de móviles y videoconsolas, los precios del coltán se multiplicaron por ocho. La fiebre por este mineral escaso atrajo a carroñeros de dentro y fuera de Congo. Un panel de investigadores de las Naciones Unidos estimó que entre 1999 y 2000 Ruanda había ganado 250 millones de dólares gracias a la venta de coltán congolés y determinó que la rapacidad por hacerse con este mineral estaba en el epicentro del círculo vicioso de la guerra.

Tangofa tenía demasiada calle como para no entender la raíz de aquel conflicto.

—La guerra en Congo se produce para poder robar. Aquí hay riqueza, hay minerales, hay café, hay madera. Es por esa riqueza que la guerra viene a esta tierra. Aquí hay de todo y por eso creo que la guerra no acabará nunca.

Sobre el papel, la guerra sí había acabado. El asesinato del

presidente Kabila en 2001 por parte de un miembro de su guardia personal, un suceso oscuro y jamás aclarado del todo, posibilitó una salida inesperada de la crisis en la figura de su hijo Joseph Kabila, de veintinueve años, más moderado que su padre y que se consideró que respetaría los acuerdos de explotación mineral de cada parte implicada.

Pero la firma de la paz en 2003 lo cambió todo para que nada cambiara. El este del país quedó a merced de grupos armados y políticos corruptos y mantuvo un sistema caótico e ineficaz que permitió continuar con la explotación general de los recursos naturales. El desgobierno, la corrupción y la violencia perpetuaron el pillaje. Un dato subraya ese saqueo continuado: veinte años después de la supuesta paz congoleña, Ruanda continúa lucrándose de los minerales congoleses y es, después de Congo y Brasil, el tercer país que más coltán produce del mundo.

La guerra, decía Tangofa, también había dejado un desierto.

—La pobreza, la corrupción, la ausencia de hospitales o las malas carreteras son hijas de la guerra. Todo eso es consecuencia del conflicto. La guerra es una enfermedad.

Tangofa solo tenía una convicción: pasara lo que pasase, jamás volvería a ser soldado. En algún momento creyó que luchaba por defender a su país, por construir un futuro para su pueblo, pero luego se dio cuenta de que no.

—Me arrepiento mucho de haber sido soldado. Luché por mí país y ¿qué me ha dado el Gobierno? Nada, ni siquiera una jubilación. Nada. El Estado nos ha abandonado.

Antes de despedirse, Tangofa quiso ir a observar las vistas del río. Se apoyó en la barandilla y permaneció un rato con la mirada nostálgica clavada en la corriente. No añadió ni una sola palabra. Tosió levemente, volvió a estrecharme la mano con fuerza y se marchó.

Regresé a casa del coronel Gaby para reencontrarme con Japhet y preparar nuestro regreso al Mampeza. Nada más verme, Gaby me plantó dos bolsas en la mano. Como me había visto devorar los mangos en el desayuno, me había comprado varios kilos.

—Te irán bien —dijo.

Nos dimos un abrazo fuerte y quedamos en vernos pronto. Quizás en Kinsasa, adonde tenía que ir en dos o tres semanas por una

formación.

Al pasar por delante de un bar, justo al final de la cuesta que subía del puerto, vi a Zumbe y otro de los grumetes, Bujkoya, bailando agarrados de la cintura de dos chicas, que contoneaban sus caderas exageradamente. En el Mampeza, y pese a que muchos pasajeros habían descendido en Mbandaka, no iba a sobrar espacio: decenas de personas, candidatas a ocupar el hueco que habían dejado, dormían en tierra firme, delante del barco, tumbadas sobre plásticos.

Cuando ya estaba instalado encima del congelador, Al Qaeda vino a verme con el semblante preocupado. Me advirtió que vigilara mucho mis pertenencias hasta que saliéramos de Mbandaka. Aquel puerto, decía, era un nido de ladrones que se colaban sigilosamente en el barco y robaban cualquier cosa.

—Y tú eres un blanco y los ladrones saben que tienes dinero.

La inquietud de Al Qaeda era sincera y le agradecí que se preocupara tanto por mí.

Al Qaeda era también una rareza. Era el único de los grumetes que se había mantenido siempre sobrio. No bebía ni una gota de alcohol. Le pregunté por qué y se ruborizó un poco. A él, como a todos, le gustaba la fiesta y divertirse, pero no le iba ese rollo de emborracharse o irse con prostitutas. Tenía novia y estaba prometido con ella, me contó, así que esperaba casarse pronto. Me dijo que hacía meses que no la veía y que la echaba de menos. Esperaba poder verla pronto, cuando terminara el trabajo. Asumí que la chica vivía en Kinsasa, pero Al Qaeda negó con la cabeza.

—No, no, vive aquí en Mbandaka —respondió.

No entendía nada.

—¿Vive en Mbandaka, llevamos dos días aquí y no has ido a verla?

Al Qaeda arrugó la frente y lanzó una mirada taciturna hacia el río. Su prometida vivía a las afueras de la ciudad y él no tenía dinero para pagarle el transporte a ella, ni podía abandonar el barco porque tenía que trabajar.

No conseguí dormir cuando se apagaron las luces. La advertencia de los ladrones me mantuvo en constante alerta y cualquier leve ruido captaba mi total atención. De repente se oyeron varios gritos y un fuerte chapoteo. Me incorporé y fui a ver qué ocurría: un pasajero, dormido en un lateral, se había caído al agua y estaban ayudándolo a

subir de nuevo a bordo. Enfoqué con mi linterna y vi que no era un pasajero cualquiera: era Isaak, el chico inocente y con sangre de horchata. No era algo que solo dijera yo. Su mezcla de candidez y torpeza empezaba a ser legendaria en el barco.

Isaak regresó a cubierta cabizbajo, empapado en un agua de color regaliz que olía a rayos. Estaba fastidiado y avergonzado. Al final, como nadie paraba de reírse, se frotó el pelo con la mano y acabó riéndose él también.

33

Un infierno en el océano

A las cuatro de la mañana zumbó el motor del Mampeza. Avanzamos unas horas en la oscuridad total, con la selva recortándose negra contra el cielo azulado del fondo. La corriente había adquirido un color verdoso oscuro, casi achocolatado. Una bandada de garcetas blancas en formación de uve pasó por encima del barco. Había cientos de aves. Águilas pescadoras, garzas y garcetas planeaban por encima de la superficie del río con un aleteo pausado y cadencioso y los martines pescadores revoloteaban en la orilla en busca del desayuno. El sol se abrió paso por fin entre una cortina de nubes y estalló cegador en el cielo.

Isaak apareció en el remolcador con un cubo lleno de agua sucia en el que flotaba su ropa, todavía por lavar. El recipiente emanaba un hedor pestilente. Alguien le había dejado una camiseta y un pantalón que le iba grande y él se paseaba por cubierta mendigando un poco de jabón para lavar la ropa. Le di un pequeño saco de detergente y me miró con ojos de cordero degollado.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Quería también un poco de agua mineral.

Isaak me caía bien, pero era un niño que necesitaba que lo despertaran pronto porque Kinsasa, a donde se dirigía, no era una ciudad de caricias. En Mbandaka había tenido tiempo de sobra para conseguir algunas botellas o un bidón donde acumular unos litros de agua del grifo de una fuente, pero no había pensado en ello. Había comprado una botella, juraba, pero se le había terminado antes incluso de zarpar.

—Quedan cuatro o cinco días de viaje, quizás más —le dije—. Tienes que prever las cosas con antelación o tendrás siempre problemas.

Ladeó la cabeza como si le estuviera echando una reprimenda, arrastró las sandalias y se fue feliz con una botella de agua mineral, que, prometió, sería la última que iba a pedirme.

Lucien, el mecánico, se reía cariñosamente de la ingenuidad de Isaak, pero al mismo tiempo la comprendía.

—No se trata solo de falta de educación o de una cuestión de mentalidad —aseguró—. Los blancos tenéis muchas horas para pensar en mañana porque el presente os ocupa menos tiempo. Desde niños os han educado para planificar. Muchos congoleses están demasiado ocupados en el hoy como para sumarle las dificultades del mañana.

Sin Augustine, que lavaba los platos con disciplina germánica, la suciedad a bordo había empeorado, porque ahora eran los propios grumetes los que se ocupaban de la cocina. Las montañas de platos sucios con restos de comida y cubiertos de bichos se acumulaban en un rincón del remolcador. Había cucarachas por todos lados, y de los pescados colgados al sol caían continuamente larvas blancas que se arrastraban por cubierta.

Como, además, muchos pasajeros llevaban varios días bebiendo agua del río, los estómagos empezaban a cobrarse facturas pendientes. Decenas de pasajeros venían en peregrinación a verme por si tenía algún remedio para ellos. No solo era la suciedad: el parón en Mbandaka había destapado otros dolores, y había varios casos de disentería y fiebre. Enseguida me sentí abrumado porque mi botiquín era limitado y no tenía conocimientos suficientes para ayudarlos.

Japhet también estaba tocado. Tenía diarrea y había adelgazado. Estaba bastante débil, así que le di suero y se tumbó a dormir en mi colchón. Yo me apreté aún más el cinturón: me alimentaría de café y galletas, cacahuetes, una lata de sardinas y un mendrugo de pan diario, además de la fruta que me había regalado Gaby y la que consiguiera comprar a las canoas.

Adelantamos a una barcaza cargada de troncos gigantescos, de varias toneladas cada uno, sobre los que había un poblado instalado. Cientos de personas, con sus cabras, cerdos y mercancías, se escondían entre la madera para viajar hacia Kinsasa. De vez en cuando nos topábamos con almadías, balsas de troncos atados los unos a los otros que sus ocupantes iban a vender a la capital. En el centro de la estructura de madera había una pequeña tienda hecha de palos y tela bajo la que sus tripulantes se refugiaban del sol. Las embarcaciones,

inestables y lentas, tardaban meses en descender por el río desde la selva hasta la gran ciudad.

En aquella zona, el río se retorcía y se declaraba indomable hasta en los mapas. No pertenecía a nadie. Durante unos quinientos kilómetros sus aguas bañaban dos países: República del Congo y República Democrática del Congo.

Pombe, el segundo del capitán, estaba de buen humor y tenía el día teatrero. Al bajar las escaleras se chocó forzadamente con un par de grumetes y, como no le hicieron mucho caso, la tomó con Zumbe, que estaba distraído arreglando el motor de una canoa atada a estribor. Le dio unas voces terribles, cogió una olla de la cocina y simuló aplastársela en la cabeza. Zumbe aceptó participar en el circo. Se hizo el ultrajado, cogió una pieza de metal del suelo y la levantó amenazadoramente haciendo aspavientos. Los dos lucían una expresión seria, pero todo el pasaje asistía al espectáculo admirado y mordiéndose los labios de la risa.

La actuación no había terminado. Pombe subió por las escaleras enajenado, rebuscó en la caja de los platos sucios y sacó un cuchillo de treinta centímetros. Lo empuñó, saltó los peldaños de tres en tres y se colocó a espaldas de Zumbe, que volvía a estar enfrascado en el motor. El técnico dio un brinco exagerado para asestarle un cuchillazo a traición en la espalda, pero en el último instante giró la muñeca para darle un suave golpe con la empuñadura. Como Zumbe ni se inmutó, Pombe le dio la vuelta al cuchillo y, por la parte sin filo, simuló cortarle el hombro. Al final Zumbe se revolvió, se levantó y le gritó de todo mientras su rival huía despavorido y riéndose como un loco. Decenas de pasajeros, que se habían reunido para ver aquel teatro improvisado, estallaron en un aplauso regado de risas y golpes en la espalda a los protagonistas.

El *commandant* Papy tenía ganas de llegar a destino y se notaba. El motor bufaba y rechinaba por el esfuerzo. Navegamos catorce horas seguidas sin detenernos ni una vez.

Recorrimos casi 180 kilómetros hasta Lukolela. En un país herido, con arañazos profundos, probablemente Lukolela estaba entre los lugares más castigados. Era una aldea grande de carreteras de tierra y piedra que se levantaba sobre una suave colina frente al río. Apenas un siglo atrás había sido uno de los epicentros del horror.

A partir del año 1900, las atrocidades del Estado Libre del Congo,

comandado por el rey Leopoldo II, empezaron a provocar un ruido ensordecedor en Europa. Las denuncias de los misioneros protestantes o de empleados de compañías navieras y periodistas como Edmund Morel, alarmado porque del puerto de Amberes zarpaban barcos sin cargamento —más allá de armas y munición— y regresaban llenos de caucho, removieron las primeras consciencias en suelo europeo. Pero la indignación por el saqueo y las matanzas tardaría todavía un poco en desatarse y cambiar la suerte del rey belga. Ocurrió sobre todo gracias a un hombre: Roger Casement, el cónsul británico en Boma, una de las ciudades principales en la desembocadura del río Congo. Casement remontó parte del río hasta Mbandaka y redactó un informe demoledor. En uno de sus capítulos más terribles, citaba su visita a Lukolela.

En el año 1884, aquella aldea ribereña tenía casi 6.000 habitantes. Era un enclave de importancia notable en el río y un puerto comercial activo. Pero cuando Casement amarró su barca en 1903 en el puerto de Lukolela para recabar nuevos testimonios sobre los horres del sistema de gobierno del soberano belga, se quedó horrorizado: había llegado a un pueblo fantasma. Apenas quedaban en la población 352 habitantes. En dos décadas, más de cinco mil personas habían desaparecido asesinadas o en una huida sin retorno hacia la selva.

La codicia del rey Leopoldo estaba detrás de aquellas desapariciones. El monarca belga controlaba su coto privado congolés mediante un ejército privado de unos 19.000 hombres conocido como Fuerza Pública. El método era despiadado: asaltaban una aldea, tomaban a las mujeres y a las niñas como rehenes —y a menudo las violaban después— y obligaban a los hombres a adentrarse en la selva para recolectar una cuota determinada de caucho. Si no conseguían la cantidad exigida, se les amputaban las manos a ellos o a alguno de sus hijos.

El horror de las manos amputadas se convirtió en un símbolo de la crueldad europea en Congo, y explicaba en gran parte la existencia de poblaciones fantasma como Lukolela. Como los miembros de la Fuerza Pública eran castigados si malgastaban munición, se les exigía que, por cada bala utilizada, presentaran la mano cortada de quien se hubiera negado a trabajar o se hubiera rebelado. Cuando los soldados regresaban de una expedición para sofocar un motín, traían cinturones

y cestas repletas de manos cortadas. Se cometieron abusos inimaginables. Si un soldado fallaba un disparo o simplemente pasaba el rato jugando al tiro al blanco tras una borrachera, en ocasiones le cortaba la mano a un nativo para justificarse ante su oficial a cargo y evitar el castigo.

Las denuncias de Casement, un representante oficial de Gran Bretaña, una voz respetada por su autoridad moral, fueron imposibles de ignorar. Escritores como Arthur Conan Doyle, Mark Twain o Joseph Conrad —que había publicado años antes *El corazón de las tinieblas,* donde ya describía el abuso sistemático en Congo— sumaron su voz al grito de indignación global. Una comisión de investigación se desplazó al país y regresó traumatizada por las historias recopiladas. La presión internacional fue en aumento y obligó al rey Leopoldo II a renunciar a su capricho de ultramar. En 1908, tras dos años de reticencias, el monarca cedió sus territorios africanos a Bélgica. Antes del traspaso, ordenó quemar el archivo del Estado Libre de Congo para que no quedara rastro de sus fechorías.

Lukolela, como otros cientos de aldeas en territorio congolés, era un lugar recóndito y los europeos se aprovecharon de aquel silencio para cometer atrocidades impunemente. Las envidias, enemistades históricas y cuitas entre tribus ayudaron también, y cualquier enfrentamiento por unas tierras podía acabar en una traición que condenara para siempre al pueblo vecino. Y algunos pobladores de la zona tenían motivos para su ojeriza contra los habitantes de Lukolela. Sobre todo uno: que eran caníbales.

En 1880, el misionero George Grenfell, un devoto cristiano con una fe mesiánica a la hora de llevar la luz de Dios a los africanos, llegó a la ciudad con la intención de establecer la primera misión católica en la región. Fue expulsado a punta de lanza y flechas, y salvó la vida de milagro. Empujado por su fe inquebrantable, perseveró en su intento y entró en contacto con el jefe local. Cuando le preguntó por los rumores que aseguraban que sus hombres eran caníbales, se le dibujó una gran sonrisa en el rostro: «Sí, comemos carne humana, de hecho desearía comerme a todas las personas el mundo».

Unos años después, cuando Grenfell visito de nuevo el principal asentamiento de los bangalas se topó con los preparativos de una gran fiesta y desde la barca vio como habían decorado la calle principal, que subía hasta la aldea desde la orilla, con estacas con adornos

blancos en la punta. Al poner el pie en tierra, se dio cuenta de que los vecinos, que participaban ufanos en los preparativos, estaban cortando en pedazos los cuerpos de unos prisioneros y comprobó espantado que las estacas que decoraban la cuesta hacia el poblado no tenían adornos blancos en la punta, sino calaveras humanas. Algunos de los vecinos llevaban collares alrededor del cuello con hileras de dientes humanos.

Por suerte, cuando aquel día Mampeza atracó en su puerto, Lukolela había dejado muy atrás aquel pasado tétrico. Tras el trajín habitual, y el griterío descomunal de cientos de personas que buscaban pasaje en una canoa o cargaban mercancía en embarcaciones inestables, parecía una aldea agitada pero sin ninguna particularidad. Las calles del pueblo estaban llenas de pequeños negocios donde se podía comprar provisiones de todo tipo o comida para llevar. Japhet, que se había recuperado un poco, aunque tenía una afonía terrible que solo le permitía susurrar, me acompañó a dar una vuelta por sus callejuelas.

La localidad de Lukolela condensaba el sufrimiento histórico de aquellas poblaciones ribereñas. Costaba creer que, antes del horror de las manos cortadas del reinado de Leopoldo II, por la larga cuesta que conducía desde la orilla a las primeras calles hubieran desfilado también cientos de personas encadenadas a la espera de ser conducidas en un viaje infernal hacia la costa, primero, y hacia Estados Unidos, después. Una trata de seres humanos de proporciones descomunales unía el agua dulce de Congo y la sal del Océano Atlántico. Porque para quienes eran apresados como esclavos y conducidos hacia la desembocadura del Congo, en el río no terminaba la pesadilla: continuaba en el mar.

Las embarcaciones, diseñadas como prisiones flotantes bajo el mando de capitanes despiadados y marineros salvajes, se convirtieron en infiernos donde se practicaban torturas, asesinatos y violaciones con total impunidad. Aquellas cubiertas y bodegas oscuras donde se hacinaban cientos de personas, diezmadas por el hambre, las enfermedades y los latigazos inmisericordes, fueron la herramienta imprescindible de un comercio tan cruel como beneficioso para cientos de bolsillos europeos, y conformaron los cimientos del capitalismo global. La riqueza heredada de cientos de familias bebe de aquella brutalidad desatada a bordo de barcos negreros que surcaron el Atlántico. Los pocos testimonios que quedaron de aquellos viajes

inhumanos relatan historias de una perversidad descarnada.

En una ocasión, un capitán llamado Edward Kimber azotó hasta la muerte a una chica de quince años por negarse a bailar desnuda ante él. El instrumento habitual para este tipo de castigos era el chicote, que cortaba la carne con un sonido seco y corto. Pensado para infligir el mayor daño posible en cada embestida y lacerar la carne de la víctima, el chicote se hizo muy popular en Congo, y tuvo pronto una evolución en el gato de nueve colas, un mango firme de cuerda robusta o madera de cuyo extremo sobresalían nueve cuerdas o ramas flexibles, en ocasiones con alambre entretejido, con tres o más nudos cada una. Con un objeto similar, Kimber acabó con la vida de aquella chiquilla que se negó a acceder a sus deseos. Aunque fue llevado a juicio, salió absuelto. El juez estimó que los dos miembros de la tripulación que lo habían denunciado le guardaban demasiado rencor para tener credibilidad.

El chicote y el gato de nueve colas no eran los únicos instrumentos de terror. Además de grilletes, cadenas o collares de metal, se usaban otras herramientas de tortura como el aplastapulgares o el atormentador, una especie de tenedor de hierro y grandes dimensiones que se calentaba al rojo vivo para marcar la carne de los esclavos. Era habitual que una turba ingente de tiburones siguiera a los barcos para devorar los cuerpos de quienes eran lanzados por la borda.

El floreciente comercio naval a través del Atlántico pronto se extendió a otros productos. Aunque el principal mercado y el más lucrativo era el de seres humanos, los inversionistas o comerciantes pedían a los capitanes que les trajeran también marfil, oro, sándalo, aceite de palma, malaguetas o curiosidades como animales exóticos, huevos de avestruz o garras de animales salvajes. Esos documentos de «deseos» han permanecido como el testimonio de la bajeza moral de una época negra de la historia occidental. Algunas de las cartas conservadas reflejan el apetito depredador de aquellos hombres de poder que exigen «un tercio de mujeres con buena constitución, pecho amplio y sin imperfecciones corporales» o deslizaban su preferencia por niñas de entre diez y catorce años «muy negras y hermosas». Un funcionario de la South Sea Company hizo una acotación escalofriante al final de su petición de un lote humano del año 1717: pedía que fueran «todas vírgenes».

El eco de aquellos horrores encadenados, y el hecho de encontrarme en Lukolela, donde se había producido tanto dolor, me repiqueteaba las sienes. Había anochecido y estuvimos un rato paseando por el mercado de la localidad, mal iluminado por las luces de los garitos a cada lado de la calle.

Japhet me vio taciturno y propuso que nos alejáramos del bullicio y fuéramos a tomar algo a Chez Guelor, un bar con un patio amplio lleno de mesas y sillas de plástico y rodeado de habitaciones que se alquilaban por horas.

Aunque Japhet casi no podía emitir palabra, se las apañaba para darme conversación. Me contó cuánto echaba de menos a su mujer y su hijo Gabriel.

Le dije que yo también añoraba a mis dos hijas, Lena y Aina, a las que no veía desde hacía varias semanas, pero en cuanto escuché a Japhet enseguida me avergoncé de haberlo dicho. En los primeros ocho meses de vida de Gabriel, Japhet había visto a su hijo solo una semana, porque, pocos días después del nacimiento del bebé, él había volado a Kisangani a buscar trabajo. Sin medios económicos para viajar a menudo, en cinco años Japhet apenas había visto al pequeño cinco o seis veces. Japhet no era un padre despreocupado. Hablaba de su hijo y de su esposa con devoción y alimentaba a menudo los sueños de un futuro juntos, cuando consiguiera un empleo o levantara un negocio próspero.

—Pronto estaremos juntos, ya verás —decía.

Aunque en voz baja por su afonía, Japhet no paraba de hablar. Intentaba distraerme.

De repente se echó a reír.

—Me acabo de acordar de una cosa. Te la tengo que contar.

Y se moría de la risa.

Aquella tarde, contó Japhet, Zumbe, el marinero conductor de la canoa, le había ido a ver para llorar en su hombro.

—Anoche —explicó Japhet—, Zumbe se gastó tres mil francos en dos afrodisiacos para aguantar toda la noche con una amiga, pero tuvo un gatillazo de aúpa. Hoy maldecía al vendedor. «Sin dinero y sin follar», decía todo el tiempo.

A Japhet se le saltaban las lágrimas. Cuando se calmó me habló de la devoción por los potenciadores sexuales en Congo, para los que había una demanda enorme, tanto en el mercado legal como en el

clandestino. Le dije que no me parecía una particularidad congolesa, sino más bien mundial, pero Japhet estaba convencido de que el estrés de la vida afectaba más a las relaciones sexuales de los congoleses. Aseguraba que prácticamente todos los hombres, jóvenes, adultos y ancianos, toman brebajes, raíces o pastillas para mejorar su potencia viril. Si no a diario, cada semana.

La conversación sobre poderíos de paquetes se extinguió por las enérgicas risas que llegaban de unos hombres sentados a pocos metros. Cinco tipos en una mesa redonda de plástico departían alrededor de más de treinta botellas de cerveza de litro, la mayoría vacías. Los recipientes de vidrio casi no cabían en la mesa y cada vez que uno de ellos cogía uno para echar un trago, el resto tintineaba y amenazaba con irse al suelo.

Me pregunté por qué los camareros no recogían los envases vacíos.

Japhet resolvió el enigma.

—Ellos no quieren que los quiten de ahí. Así les demuestran a todos los demás que tienen mucho dinero, y que han podido pagar todas esas cervezas. Hasta que no se vayan, ningún camarero retirará una sola botella.

Tras apurar nuestras bebidas, regresamos al puerto y vimos desde lejos que había fiesta en el Mampeza. Se oía música en la zona del remolcador y varios grumetes y algunas chicas bailaban y cantaban. Sentado frente al congelador, el abstemio Al Qaeda y otros tres chicos se fumaban un petardo descomunal. Al Qaeda me miró con los ojos rojos y achinados, desplegó una sonrisa cándida y me chocó el puño.

—*Ah, monsieur Xavi. La vie.*

34

La pausa

El sol anaranjado llevaba un rato peinando las copas de los árboles y el Mampeza seguía sin moverse. Toda la tripulación permanecía quieta, esperando. El *commandant* Papy, había pasado toda la noche con una amiga y se le habían pegado las sábanas y los abrazos. Lucien sacaba humo por la cabeza.

—Tendríamos que haber salido hace dos horas. ¡O tres! —resoplaba.

Al cabo de unos minutos, Papy apareció por fin con una enorme sonrisa en los labios, ignoró las miradas de impaciencia y puso en marcha el Mampeza controlando el timón con una sola mano.

El día estaba nublado y soplaba una racha de viento fresco, así que aproveché para subir al techo de la torre de mando. Desde el punto más alto del Mampeza, la embarcación parecía más larga y cargada, como si aquella aldea flotante estuviera a punto de estallar. Daba la impresión de que la barcaza hubiera sufrido un vendaval. Los techos de los contenedores y motores estaban repletos de sacos, sillas de madera atadas sin orden ni concierto, manojos de plátanos, esterillas, cubos... Algunos pasajeros, incapaces de encontrar donde tumbarse en cubierta, dormían en los escasos huecos que se abrían encima de los contenedores.

Me quedé extasiado por la inmensidad del paisaje. ¡Qué belleza! Me deleité con la imagen de las colinas boscosas en el horizonte, la presencia imponente de los altos palmerales o la fragilidad de pequeños islotes deshabitados que surcaban un río reluciente y recio, todopoderoso.

Aquel momento de soledad allí arriba, con la brisa acariciándome la cara, me provocó una sensación de puro placer. Por un instante, la nostalgia, el cansancio y el vértigo desaparecieron. El río dejó de

resultarme amenazador. A pesar de que seguía transmitiendo una fuerza arrolladora que me hacía sentir insignificante ante aquella naturaleza virgen e indómita, la corriente plateada concedía una tregua, y me sentí en paz. Fue uno de esos momentos fugaces en los que el periodismo parece de veras el oficio más bonito del mundo. Me sentí privilegiado por aquellos instantes de felicidad suspendida. Por poder emocionarme, ensimismarme y aburrirme para conseguir entender, escuchar o sentir. ¿Dónde había quedado aquella pausa?

A las nuevas generaciones de periodistas les estamos robando el entusiasmo. El periodismo ha sido siempre un oficio ligado a la pasión por contar, a poner en jaque a los poderosos y a acercar mundos lejanos. ¿Cómo no va a precisar de entusiasmo un trabajo que busca hacerse invisible para mostrar las vidas de los otros? El periodismo nunca fue un lugar para amasar riquezas materiales, pero sí para coleccionar verbos vivos. El oficio demanda caminar, escuchar, observar, aprender, sentir, entender, cuestionar, comprometerse. En definitiva: vivir intensamente. No hay un impulso más inspirador que un interrogante ni un privilegio más apasionante que obtener permiso para acceder y contar pedazos de vidas ajenas. Por eso es indispensable encarar el oficio desde la agitación consciente de querer hacer tu trabajo, ya sea internacional, nacional o local, lo mejor posible y hasta el fin de las consecuencias, pero también, y precisamente por ello, desde la firmeza de una rebeldía innegociable: no tan deprisa.

Y a la mierda el *clickbait*.

Cuando llevaba un rato en el techo del Mampeza, disfrutando del paisaje, oí unos golpes en la chapa metálica. El *commandant* Papy me pedía que bajara a verlo. El capitán me señaló a la derecha: al fin se avistaba Congo-Brazzaville. En un tramo ancho, donde el río se extendía como un sistema nervioso, había brotado de improviso el Alima, el río que cambió la historia de Congo-Brazzaville para siempre y a punto estuvo también de cambiar la de la antigua Zaire.

Doscientos kilómetros marcaron aquel destino. En el año 1878, el explorador Pierre Savorgnan de Brazza, que remontaba el río Alima en busca del cauce del río Congo, se quedó a esos doscientos kilómetros de llegar al río de los ríos africanos. «No podía imaginar que el Congo desplegaba sus olas majestuosas frente a mí», se lamentaría de regreso en Francia. De origen aristocrático, nacido en Roma y naturalizado

francés a los veintitrés años, Brazza ha pasado a la historia como el contrapunto civilizado de Stanley, que era un hombre de formas rudas, racista, ambicioso y despiadado, y a quien los lugareños apodaron Bula Matari, «el quebrador de rocas», por su afición a usar la dinamita y la pólvora para abrirse paso.

Humanista y diplomático, Brazza se aproximó con respeto a los pueblos locales y negoció pactos relativamente justos para la bandera francesa, lejos de los burdos engaños que Stanley cerró con los jefes locales del lado derecho del Congo. Brazza consiguió que varios reyes de la región firmaran su adhesión a la corona francesa y no se dejaran seducir por los regalos de Stanley y propició así la creación de la actual República del Congo, cuya capital aún hoy homenajea al explorador: Brazzaville, ciudad de Brazza. Su lápida en el lugar de su muerte, Argel, es una declaración de las formas de conquista que usó el explorador francoitaliano: «Su memoria es pura; está libre de sangre humana». Posteriormente, sus restos fueron llevados a la capital congoleña. A su ciudad.

Tres canoas aparecieron en el horizonte y se aproximaron a toda prisa al Mampeza. En cuanto llegaron a cubierta, estalló la alegría entre los marineros y grumetes. Aquellos hombres no eran pescadores: eran cazadores. Traían pequeños mamíferos, reptiles e insectos. Bujkoya compró una botella de plástico llena de gusanos gruesos y amarillos y empezó a zampárselos allí mismo. Al Qaeda también se relamía. Apareció por la borda con una serpiente colgada del cuello que goteaba sangre por el extremo superior. Al reptil le habían cortado la cabeza y la cola.

—Está deliciosa, haremos un gran caldo esta noche —anunció.

Los abordajes de las canoas se espaciaban porque las orillas estaban cada vez más lejos. El tiempo pasaba lento en el barco y la sensación de inmovilidad convertía cualquier novedad en un entretenimiento excepcional.

Llegó otro pasatiempo a bordo: una gallina. El ave estaba atada a la escalera que llevaba a la torre de mando y Japhet y yo la íbamos alimentando con granos de arroz y trozos de galleta, y le poníamos agua en una lata de tomate pequeña. Decidimos soltarla —total, dónde iba a ir— y nos entreteníamos viéndola picotear el asqueroso suelo o yendo detrás de los gusanos que se arrastraban por cubierta.

François, el ayudante del mecánico, no soportaba a la gallina y

cada vez que pasaba cerca le lanzaba una patada sin levantarse de la silla. François, orondo y con barba, era el tipo más antipático y seco de la tripulación. Su desdén hacia la gallina me hizo cogerle ojeriza, porque no soportaba que tratara mal a aquel animal.

Me fui a dar una vuelta por las plataformas para calmar mi enfado y percibí una sensación extraña. Me puse en guardia. A unos diez metros había tres chicos a los que no había visto antes, que me observaban y cuchicheaban entre ellos. Me dieron mala espina. Había algo en la forma de mirarme que me puso en alerta. Decidí acercarme y preguntarles si todo iba bien. Me contestaron con evasivas. Iba a tardar poco en comprobar que tenía motivos para sospechar de ellos.

La oscuridad atrapó al Mampeza en medio de la nada. Estábamos en mitad de un tramo ancho, a casi una hora de tierra firme y, tras continuar un poco más, el *commandant* Papy decidió hacer noche en una isla a cinco kilómetros de la orilla más próxima. Nada más acercarnos, nos recibió un zumbido. En cuestión de segundos una nube de mosquitos abordó el barco y se lanzó sobre el pasaje con violencia. Salté debajo de la mosquitera, pero apenas servía de barrera: había tantos insectos y la mosquitera tenía tantos agujeros a esas alturas que los malditos se colaban por todos lados y me cosían a picadas incluso a través del saco sábana.

La mayoría de la tripulación prefirió dormir a bordo y protegerse mejor o peor de la invasión en cubierta. A medianoche se levantó una brisa suave que en poco tiempo se transformó en un viento fuerte y constante. Unas olas medianas mecieron el barco de un lado al otro durante toda la noche. Los plásticos golpeaban el casco, provocando un concierto ensordecedor. Aquel frío tuvo un lado bueno: los mosquitos desaparecieron.

35

Te vamos a robar

La ventisca nocturna se alargó hasta la madrugada y el *commandant* Papy volvió a hacerse de rogar para salir de su camarote. La tripulación, despierta y en pie al completo, esperaba paciente a que el capitán apareciera para empezar a navegar.

Distraído por la espera, no los vi venir. Me había colocado en un lateral del barco para lavarme la cara y ellos se situaron a cada lado. Eran los chicos que me habían dado malas vibraciones el día anterior. El más alto vestía una camiseta amarilla sucia y llevaba un bigote recto sobre el labio superior. Noté que se me crispaban los músculos. Su mirada no auguraba nada bueno.

—Tienes un móvil muy bonito. Y muy caro.

Los miré, sonreí y seguí lavándome la cara. Calculé a ojo que uno solo de sus bíceps duplicaba el tamaño de mi cabeza, así que mi calma no nacía del valor sino de la constatación de una realidad: los tres sabíamos perfectamente que en el Mampeza no podían hacerme nada. Solo intentaban asustarme.

—Cuando lleguemos a Kinsasa nos tendrás que dar tu móvil —dijo el más alto pausadamente—. Nos has hecho fotos y vídeos y eso está prohibido.

Les dije que eso era mentira y traté de explicarles que tenía permisos para trabajar y la autorización del capitán. A pesar de ello, si no querían salir en las imágenes, no tenía ningún problema en no grabarles.

—No. Queremos que nos des el móvil para que no te lleves las imágenes.

Hablaban pausadamente, sin fanfarronerías y sin alzar la voz. Eran tipos duros de verdad.

—Cuando lleguemos a Kinsasa lo verás. Tenemos amigos

esperando en el puerto y nos lo llevaremos, lo quieras o no. Ya puedes irte preparando. Te vamos a quitar todo lo que llevas.

Japhet, que había visto desde lejos que algo no iba bien, se acercó a toda prisa y los tipos, que lo vieron venir, aprovecharon para esfumarse.

—Nos volveremos a ver —se despidieron.

Tuve que calmar a Japhet para que no fuera detrás de ellos e intenté quitarle importancia a la amenaza, aunque su aplomo me había dejado intranquilo. ¿A qué había venido esa advertencia? Si querían robarme, ¿no habría sido más fácil pillarme desprevenido al llegar?

Una hora después, Al Qaeda y Japhet vinieron a buscarme. Habían ido a hablar con los tipos y a dejarles claro que estaban de mi lado.

—Esos dos son mala gente de verdad, pero será imposible que te quiten nada —insistió Al Qaeda—. Yo no se lo permitiré jamás. La única forma sería con la magia, ahí yo no puedo hacer nada, pero ¿cogértelo ellos? Imposible. Estamos aquí.

La ocurrencia de la magia me hizo reír. ¿Robarme con magia? El mecánico Lucien, que estaba escuchando, se unió a la conversación y pronto se formó un corro de pasajeros y grumetes que daban su opinión. Absolutamente todos creían que la magia no solo existía sino que era una realidad indiscutible.

—La magia es lo que hace el diablo para imitar a Dios, aunque nunca sea capaz de igualarlo —dijo Lucien.

Cada uno de los presentes exponía ejemplos de conjuros, maldiciones o ritos que habían generado extrañas riquezas o poderes a quienes los habían practicado: un hombre feo como un mono que había enamorado a la mujer más bella de la ciudad, otro que se había enriquecido de la noche a la mañana, otro que había provocado la desgracia de su gran rival...

Al Qaeda decía que él no tenía miedo a la magia porque era cristiano y Dios lo protegía, pero admitía que existían marabús poderosos que ofrecían el éxito, el amor o el poder rápido a cambio de que después sirvieras al diablo.

Lucien, evangelista convencido, insistía en que había un mundo paralelo al nuestro.

—Y está ahí —dijo señalando el río.

Debajo del agua, aseguraba, había una ciudad donde vivían los espíritus malignos. En ella había edificios y carreteras como los de la superficie, pero solo podían acceder a ella los espíritus y quienes los invocaban para ir a recoger su don. Músicos, deportistas o políticos, explicaba, viajaban constantemente a las profundidades del río para hacer pactos de sangre o contraer matrimonios con sirenas a cambio de que les proporcionaran su ansiada habilidad o un golpe de suerte que les diera riqueza para vivir como reyes.

Lucien decía que, a lo largo de la orilla, había varios puntos de entrada a ese mundo submarino habitado por espíritus. Los marabús los conocían y llevaban allí por la noche a quienes querían descender a las profundidades del río. Tras invocar a los espíritus, estos los venían a buscar y los guiaban hasta las profundidades.

Japhet y Al Qaeda asentían convencidos.

—Así es aquí —decía Al Qaeda.

—¡Lo que cuenta es verdad! —confirmaba Japhet.

Tras pasar junto a la localidad de Bolobo, el Mampeza se introdujo en un río vestido de mar. El Congo era tan ancho en ese punto que apenas se veía el perfil de la orilla más alejada, y navegábamos a más de un kilómetro de la más cercana. Nos cruzamos con barcos europeos y chinos que transportaban madera y tocaban sus bocinas al vernos pasar.

Bolobo era un pueblo bellísimo. Levantado sobre una suave colina de hierba verde y surcado de caminos de arena rojiza, sus casas conservaban el aire colonial que un siglo atrás había convertido la localidad en un puerto de referencia para las misiones católicas que hacían proselitismo río arriba.

Justo encima de las piedras enormes de unos acantilados anaranjados descansaban palmeras y mangos del tamaño de castillos. En sus ramas reposaban ibis sagrados y halcones, y en las piedras junto al agua secaban sus plumas al sol algunos cormoranes que se habían aventurado lejos del mar. Un poco más al sur, la orilla izquierda se abrió en una herida líquida goliatesca: el río Kasai. La entrada de la veloz corriente del río que penetraba en el centro de Congo empujó todavía más al Mampeza, que aumentó su velocidad hasta los diecisiete kilómetros por hora. El horizonte de Kinsasa empezaba a ser una realidad.

A media tarde, el capitán Papy me pidió que fuera a verlo a la

sala del timón. No se anduvo por las ramas.

—Ya me han dicho que te han amenazado unos imbéciles. No tienes por qué preocuparte: eres uno de los nuestros y nosotros nos protegemos. Estamos juntos en esto.

Al salir de la habitación, vi a François, el ayudante perezoso del mecánico, pegando unos gritazos enormes a uno de los grumetes más jóvenes. El chico llevaba una bolsa en la mano e intentaba protestar, pero, en cuanto abrió la boca, François le dio un tortazo que le giró la cara y le secó las palabras. Se marchó cabizbajo y humillado.

Aquella escena confirmaba lo que ya pensaba: que François era un imbécil.

Vi que Japhet observaba desde la distancia y me acerqué a él para preguntarle qué había ocurrido.

—Es un idiota —empecé yo.

Japhet afirmó con la cabeza y añadió que el chaval se lo tenía merecido.

Levanté la mirada confundido. ¿Cómo? ¿El grumete se merecía ese tortazo? No podía creer que Japhet le estuviera dando la razón a François, un vago rematado que trataba mal a todo el mundo.

Japhet me dijo que estaba equivocado. Quizás François era rudo y brusco en las formas, admitió, pero a aquel grumete le estaba diciendo que dejara de fumar marihuana de una vez. El grumete estaba tan drogado que había estado a punto de caerse al agua tres veces. François le había quitado el porro y le había dado un tortazo porque estaba preocupado por él. Porque si ese grumete se caía al río sería su final, ya que no sabía nadar.

—Se estaba preocupando por él, porque no reacciona. Míralo tú mismo.

Alargué el cuello y vi al grumete con un petardo en la boca, fumando a escondidas en el borde de la barcaza. Tenía los ojos tan rojos que parecían un volcán.

El día murió en tierra de nadie. Cuando ya estaba anocheciendo, el *commandant* Papy decidió hacer virar la nave para amarrar en una isla junto a una ballenera, una barca de madera de casco plano y dos pisos en la que se amontonaban más de trescientas personas. La maniobra era lenta y, como la corriente era fuerte, el Mampeza tardó media hora en colocarse en posición paralela a la otra embarcación. Primero se apagaban los motores, la barcaza empezaba a girar

lentamente hacia un costado, rebasaba el lugar donde quería detenerse y, cuando estaba casi en paralelo a la corriente, la sala de máquinas volvía a tronar y el Mampeza recorría a contracorriente la distancia hasta el punto donde iba a detenerse. En cuanto nos acercamos, el pasaje de la otra barcaza empezó a gritar.

Lucien afinó el oído y se frotó la cara con las dos manos

—Dicen que el lugar está infestado de serpientes. Protestan porque su capitán no quiere moverse y van a tener que pasar la noche aquí. Intentan evitar que nos pase lo mismo.

La orilla junto a la otra embarcación estaba cubierta por un manto de hierba alta y nadie se había atrevido a bajar.

Al Qaeda fue a informar al capitán de que estábamos amarrando en un nido de serpientes y salió escaldado a los dos minutos.

—Pasaremos la noche aquí. No vamos a buscar otro lugar.

Miré al agua, negra como una piscina de alquitrán, y cada vez que veía flotando algo cruzaba los dedos para que fuera una rama o un manojo de nenúfares que flotaba río abajo.

En el Mampeza nadie a bordo parecía especialmente preocupado por los reptiles. Al revés. Después de cenar, los grumetes se sentaron en los tablones del fondo de la embarcación o sobre la cama a escuchar música en el móvil. Cantaban, bailaban y reían. Dos chicas muy jóvenes de la otra barcaza habían subido al Mampeza atraídas por el ruido y la fiesta. Los grumetes las habían recibido con vítores y risas. También se acercaron algunos pasajeros jóvenes de las plataformas. Me quedé observando la fiesta desde la parte alta de las escaleras: los pasajeros conversaban, se hacían bromas y bailaban divertidos. En el juego de luces y sombras del remolcador, una de las chicas y Bujkoya, uno de los marineros, miraban muy concentrados unas fotos en el móvil de ella. Poco a poco iban juntando más y más las cabezas, hasta que al fin se apoyaron el uno en el otro. Al cabo de un rato, Bujkoya le pasó la mano por encima del hombro y la chica se acomodó en su pecho mientras seguían mirando distraídamente el móvil.

36

La despedida

El Mampeza se había perdido. Tras iniciar su marcha temprano, a las cuatro de la mañana, la espesa niebla había confundido al *commandant* Papy, que paró los motores contrariado. No se veía absolutamente nada que quedara fuera de los veinte metros que iluminaba la luz del foco. La negritud de la corriente golpeaba el casco de la embarcación, envuelta en una mancha gris difuminada. Era como si el Mampeza estuviera a la deriva en mitad del espacio.

A nuestro alrededor una nada terrorífica y silenciosa nos acechaba. En un momento en el que se disipó momentáneamente la niebla, divisamos una lengua de tierra frente a nosotros. Papy no podía disimular su angustia. Aquel trozo de tierra no debería estar allí.

El Mampeza disminuyó la velocidad.

Le enseñé a Papy una aplicación de mi móvil que mostraba, aunque no hubiera conexión a internet ni señal, nuestra posición, la velocidad y las distancias a tiempo real. El capitán observó la pantalla y confirmó sus sospechas: el Mampeza se había desviado y la proa señalaba hacia la orilla de Brazzaville. Habíamos avanzado tres kilómetros en la dirección equivocada. Su hubiéramos continuado un kilómetro más, nos habríamos chocado contra las rocas de la orilla. El *commandant* Papy viró el rumbo y, a ciegas pero guiándose por el móvil, retomó el trayecto correcto y encaramos el río en dirección sur. En unas horas el Mampeza estaría en Kinsasa.

Al amanecer, la niebla desapareció y el Congo mudó de piel. La selva espesa había dado paso a un escenario de cuento de hadas. La bruma sobrevolaba la superficie del agua y las copas de los árboles de la orilla y el río parecían envueltos de un halo de irrealidad. Largas hileras de palmeras oteaban desde la orilla como soldados en

formación. A sus espaldas, la silueta de suaves colinas de diferentes tonalidades aparecía coronada por las mansiones de políticos o militares de alto rango con vistas excepcionales al río. Eran los privilegiados del Congo. Las construcciones de la orilla tenían muelles privados con lanchas rápidas y motos acuáticas amarradas, y frente a las casas había aparcados varios todoterrenos.

La alegría contenida a bordo se palpaba en el ambiente. Todos tenían unas ganas tremendas de llegar. Awas y Philippe, los dos pícaros de las plataformas, vinieron a despedirse a la barca remolcadora. Antes de irse, Philippe alargó el brazo disimuladamente.

—¿No te olvidas de algo? Una promesa es una promesa —dijo.

Me quité la pulsera verde y se la coloqué en la muñeca.

—Una promesa es una promesa.

Al Qaeda apareció con más motivos para la fiesta: un canuto de marihuana del tamaño de una bazuca. Se lo fumaron entre todos y, al terminar, se repartieron cigarrillos de tabaco para fumar juntos otra vez.

Aquella celebración fue un error. A veinte kilómetros de la capital, el cauce se agitó y el río regurgitó decenas de olas violentas que golpeaban con fiereza nuestra nave. El Mampeza avanzaba renqueante entre el oleaje, y los pasajeros debían agarrarse para no salir despedidos. Tras una ola violenta que nos alcanzó por estribor, los hierros del barco chirriaron, la barcaza dio una sacudida y una mochila negra cayó al agua. Su dueño gritó aterrado al ver como nadie acertaba a pescar su equipaje, que se alejó flotando por el río. Reconocí al propietario de la mochila al instante: era Isaak, el chico inocente que iba a Kinsasa a ver a su hermana. El chaval lloraba desesperado. Lo tenía todo en esa mochila: la ropa, el dinero, el móvil... Aunque todos intentamos animarlo, estaba desolado.

Cuando las olas se apaciguaron, vi que Isaak continuaba en silencio, acurrucado en un rincón. El alma le llegaba a los pies: estaba perdido. En la mochila estaba su teléfono y sin él no tenía el contacto de su hermana. No sabía cómo podría localizarla. Era la peor situación posible para aquel chaval despistado y buenazo que estaba a punto de enfrentarse a la gran ciudad. Japhet propuso hacer una recolecta para echarle una mano, al menos los primeros días. Isaak sollozó agradecido, probablemente asustado también, al guardarse el puñado de billetes en un bolsillo.

Estábamos a poco más de una hora de Kinsasa, pero quedaba una última sorpresa. El *commandant* Papy quería evitar reprimendas de las autoridades por llevar tantos pasajeros a bordo y había decidido hacer bajar a todo el pasaje a diecisiete kilómetros de la capital. En cuanto el Mampeza se detuvo en una orilla, el caos se adueñó de cubierta. Todos corrían para subirse a las pocas canoas que podían trasladarnos hasta el puerto de Kinsasa. Quien no encontrara asiento, debería esperar a que llegaran nuevas embarcaciones o recorrer a pie la distancia hasta la entrada fluvial a la ciudad. Japhet y yo ocupamos por los pelos las dos últimas plazas de una canoa rápida, con un motor de 15 caballos enganchado en la parte posterior. Conducía Zumbe.

La despedida de Al Qaeda, Papy *deux*, Lucien y el resto de la tripulación fue emocionante. Nos abrazamos y prometimos volvernos a ver algún día. Quizás de nuevo en el Mampeza, quién sabe. También vinieron a decir adiós Pombe, François y el *commandant* Papy.

—¡Ah! Hemos llegado, ¿eh? ¡Y has viajado como un congolés! ¡No habría apostado ni un dólar a que lo lograrías! —dijo soltando una fuerte risotada.

Yo estaba emocionado y agradecido a todos por su ayuda y compañía aquellas semanas. Habían sido mi familia.

Salté de la barca, me coloqué el último, justo delante del motor, y arrancamos sin más demora. También habían conseguido sitio Paulin, James, Kero, André e Yvon, los cinco amigos aspirantes a albañiles. Desde las plataformas, decenas de pasajeros se asomaron para despedirse de los afortunados que partían los primeros. Vi a Prime, el poeta keniano, junto a Jean Paul, el amante de la arquitectura europea, que ondeaban las manos risueños. Parecían haber limado asperezas y desconfianzas. Penda y Espoir hacían fotos hacia donde estábamos y aprovechaban para hacerse un selfi sacando morritos. En la puerta del contenedor estaba la adolescente Lisa agitando un brazo mientras con la otra sostenía a un bebé. Awas y Philippe estaban consolando a Isaak, pero los tres se levantaron para decir adiós. Me envolvió una extraña sensación de nostalgia. No iba a olvidar nunca el Mampeza.

En la ventana de la sala de mando apareció acelerado el *commandant* Papy. Lanzó un grito.

—¡Eh, Xavi! ¿Y mi camiseta del Real Madrid?

Se me había borrado completamente de la memoria y en ese

momento no podía dársela porque estaba en el fondo de mi mochila, encajada entre varios equipajes.

—¡Oh, me he olvidado! —le dije—. ¡Yo creo que es mejor que te hagas del Barça!

Papy encajó el vacile con una carcajada y se revolvió.

—¡No, no, que a mí me gusta ganar Champions! Me la das en Kinsasa.

Touché.

Pagamos caro aquel momento de relajación. Poco después de perder de vista el Mampeza, la corriente volvía a estar embravecida y las olas golpeaban sin clemencia a la pequeña canoa, que se tambaleaba y a punto estuvo de lanzarnos por la borda.

Era extraño: aunque el cielo estaba despejado y el sol lucía en un cielo azul lleno de nubes, las sacudidas no amainaban. Las corrientes internas habían convertido la superficie en una trampa y el río era una anguila que daba coletazos eléctricos, como si luchara por su vida, como si se resistiera a aceptar que llegáramos tan fácilmente a nuestro destino. «*Oh my God!*», repetía Japhet después de cada embestida. El agua entraba por todas partes y nos empapamos de arriba abajo.

—¡Venga, todos a sacar agua, rápido! —gritó Zumbe.

La canoa se estaba llenando peligrosamente. Con tazas, ollas e incluso un trozo de colchón a modo de esponja, todos los pasajeros nos afanamos en evitar el naufragio. Una mujer sentada en la parte delantera de la canoa gritaba asustada a cada acometida del río. Me agarré al lateral de la embarcación con todas mis fuerzas para no salir despedido y observé cómo Japhet se agazapaba todo lo que podía. No le veía la cara pero habría apostado a que tenía los ojos cerrados.

El Congo se resistía a dejarnos avanzar. Cuando nos enfrentábamos a un tramo de mayor corriente, la superficie cambiaba de forma: las olas adoptaban una apariencia de temblor, como si el agua vibrara. Antes de entrar en la zona de peligro, Zumbe, que sabía leer bien el río, encaraba la canoa hacia las olas, apagaba el motor y atravesábamos la corriente rabiosa con pequeños acelerones. A veces, las olas eran tan altas que pasaban por encima del borde de la embarcación y volvían a llenarla de agua.

De improviso, cruzamos un saliente de tierra y, al entrar en la cala, el río se calmó. Estábamos completamente empapados pero felices de haber pasado el mal trance. En el fondo de la canoa nuestro

equipaje nadaba en un palmo y medio de agua. El río avanzaba ahora tranquilo y dócil, como si apenas unos minutos antes no hubiera estado a punto de devorarnos. Japhet se dio la vuelta y resopló aliviado.

Aparecieron decenas de canoas en contradirección, con las velas desplegadas. Eran velas llenas de jirones, con remiendos de colores o hechas con pedazos de banderas viejas de países o de partidos políticos. Las embarcaciones pasaban tan cerca al cruzarse con nuestra canoa que casi podían tocarse.

Súbitamente, Zumbe apagó el motor. Algo no iba bien. Se puso de pie, miró hacia a la orilla y se rascó la cabeza. Parecía inquieto. Miré a todos lados en busca del motivo de aquella parada súbita y busqué un cocodrilo entre la maleza o, peor, un hipopótamo que estuviera a punto de atacarnos. No sabía si en aquella zona podría haber ladrones que asaltaban las canoas cerca del puerto. Giré la cabeza a los dos lados en busca de alguna pista que me advirtiera del ataque inminente que estaba a punto de producirse.

—¿Qué pasa, Zumbe? ¿Por qué paras? —le grité.

Él seguía de pie, justo detrás de mí, a apenas veinte centímetros de mi cabeza, sin decir una palabra. Oí un sonido extraño.

Zzzziiiiiip.

Se bajó la bragueta del tejano y lanzó, a apenas un palmo y medio de mi nuca, una sonora y poderosa meada hacia el río, que sonó como un arroyo salpicando el agua para toda la eternidad.

Continuamos el resto del viaje en silencio hasta que tosió el motor. Aquella primera vez, estábamos todos demasiado embobados para hacer caso al quejido. El puerto de Maman Zozou asomaba en el horizonte y antes de llegar vislumbramos decenas de barcazas, canoas y balleneras repletas hasta arriba. De lejos parecía como si toda la capital estuviera emprendiendo una huida desesperada por el río. Había cientos de embarcaciones moviéndose peligrosamente las unas junto a las otras y, en medio, una lancha motora con militares iba abordándolas de vez en cuando para revisar permisos o controlar a los pasajeros. Junto a la orilla había decenas de barcos de madera abandonados, rotos o semihundidos. Otros esperaban para zarpar, con sus dos pisos tan cargados que los pasajeros del piso inferior debían ir tumbados, porque los sacos ocupaban prácticamente todo el espacio desde el suelo hasta el techo.

A lo lejos, remontando la corriente, apareció un remolcador similar al Mampeza, aunque más grande: empujaba ocho plataformas desiertas, tenía unos ciento veinte metros de eslora y cargaba una veintena de contenedores. Su paso frente al puerto provocó una estampida fluvial. Las barcas de madera se aproximaban a la nave y, en un abordaje sin cuartel, sus ocupantes saltaban a la carrera a las plataformas. Muchos se daban empujones y caían rodando por cubierta en su avidez por conseguir un buen lugar en el que viajar río arriba. Al llegar al rincón escogido, los pasajeros desplegaban con avidez plásticos o levantaban pequeños refugios en segundos. En apenas cinco minutos había miles de personas a bordo y, aunque desde lejos parecía que ya no quedaba sitio para nadie más, embarcaciones con centenares de personas a bordo seguían abordando la barcaza.

Le pregunté a Zumbe si sabía cuánto podía tardar en remontar el río hasta Kisangani un gigante tan descomunal de hierro. Se encogió de hombros.

—Uno o dos meses. Quizás tres.

Justo después de decir tres, sonó otro tosido ronco y el motor se apagó. Zumbe no jugó con el misterio:

—¡Demonios! Se ha acabado la gasolina.

Apenas quedaban unos cientos de metros para llegar a puerto y sacamos los remos para impulsarnos hasta la orilla. No quería ni pensar que habría pasado si nos hubiéramos quedado sin combustible en mitad de las olas de hacía apenas unos minutos.

Si la avalancha en la barcaza de plataformas quitaba el aliento, el hormigueo de gente en la orilla era de impresión. Miles de personas peleaban por subirse a las barcas o vendían lo que podían en mitad de la basura y el barro. Algunos mozos empujaban carros de metal y ruedas neumáticas sobre los que transportaban sacos y equipajes de quienes estaban a punto de zarpar. Decenas de mujeres vendían pan y buñuelos en bolsas y gritaban sin parar, y niños de siete u ocho años ofrecían bolsitas de agua a cambio de unas monedas.

En cuanto puse un pie en tierra, vinieron hacia nosotros tres militares con sus ametralladoras en ristre.

—*Mundele!* —gritó uno—. *Monsieur Xavi?*

Me estaban buscando a mí.

Al principio no entendí nada, pero cuando crucé la mirada con

Japhet lo comprendí todo. Preocupado por la intimidación de los tipos del barco, y ante la posibilidad de que cumplieran su amenaza de asaltarme en el puerto, Japhet había llamado a su padre. El coronel Gaby se había tomado en serio aquella bravata y había enviado a unos amigos militares para que nos protegieran al llegar al puerto.

—Aquí no debéis preocuparos, esos delincuentes no conseguirán su propósito mientras estemos nosotros.

Miré alrededor en busca de alguien con aspecto de estar interesado en robarme en mitad de un jaleo como aquel. Algunas personas me miraban con curiosidad, pero la gran mayoría iban a lo suyo, se dirigían hacia el embarcadero o vendían cualquier cosa desde comida a ropa, zapatillas o bufandas, pese al calor.

De lejos vi a Zumbe subir una cuesta llena de basura, cargado con el bidón vacío de gasolina. Aguardaba su turno para que lo atendiera un chico sentado detrás de una mesa de madera con seis botellas de cristal llenas de combustible. Al ver que lo miraba, Zumbe me hizo un gesto de despedida con la mano. Viéndolo erguido, tan serio y digno, con la mirada perdida, no pude evitar oír de nuevo un arroyo salpicando el agua para toda la eternidad.

37

Kinsasa

Japhet invitó a Paulin y a sus cuatro amigos a casa de su madre en Kinsasa, así que, tras pasar el trámite policial en el puerto de Maman Zozou sin incidentes y con un par de pines culés menos en la mochila, nos subimos en una furgoneta y nos dirigimos al Babel africano.

El caos de Kinsasa no era como otros caos: era un revoltijo urbano. Las largas avenidas de la capital congoleña estaban atestadas de coches, camiones, furgonetas, *rickshaws*, motos y carros de ruedas neumáticas tirados por caballos. En el asfalto reinaba la ley de la selva. Los vehículos sorteaban baches y agujeros mientras peleaban por conquistar cada centímetro libre, envueltos en una ensalada ensordecedora de pitidos y gritos. Las furgonetas, el transporte diario de millones de personas, se detenían en cualquier momento en el lado de la carrera o en mitad de la vía, sin avisar. A veces los vehículos pasaban tan cerca unos de otros que los chicos encargados de cobrar el pasaje en las furgonetas, que viajaban de pie con la puerta lateral abierta, plegaban los retrovisores de los coches a los que adelantaban para poder avanzar.

Centenares de personas cruzaban por cualquier parte, esquivando a los coches. Cuando alguien quería atravesar la calzada, se detenía a un lado, observaba el tráfico dubitativo y esperaba a que fuera llegando más gente con el mismo propósito. Enseguida se acumulaba tal cantidad de personas que formaban un enjambre humano visible desde lejos. Cuando se abría un hueco en el tráfico salían todos a la carrera, sin detenerse, para cruzar al otro lado.

En algunas avenidas, los carriles de distinta dirección estaban separados por barreras de hormigón New Jersey y los peatones debían subirse a ellos para otear un hueco, bajar de un salto y poder pasar. Había gente por todos lados y las aceras no existían. Las calles hervían

de vida. Cortejados por nubes de polvo, los laterales de las grandes avenidas, las esquinas o las callejuelas eran el escenario de un teatro en movimiento con tenderetes improvisados por todos lados.

Las tiendas, que exponían su mercancía en el exterior, competían para que su hilo musical se oyera entre el guirigay de gritos y cláxones. Mientras, en el arcén inexistente —es decir, en el espacio estrecho entre las tiendas y los coches—, una caravana de hombres y mujeres cargados con todo tipo de objetos o dando gritos al teléfono se desplazaban arriba y abajo siempre deprisa, con aspecto ocupado.

Kinsasa había perdido la paciencia. En otras capitales africanas, como Dakar, Adís Abeba, Maputo o incluso la caótica El Cairo hay algo de calma, incluso de orden, dentro del bullicio. En esas ciudades es habitual ver a hombres, a menudo ancianos, observar la vida desde el umbral de sus casas, ajenos al ruido, o tomando un té mientras charlan con amigos. En cambio, en Kin-la-belle —como se la conocía por su belleza hasta que alguien la bautizó por su suciedad como Kin-poubelle (Kin basura)— no había pausa.

En los embotellamientos, el espacio entre los coches era un mercado. Habituales a cualquier hora, esos atascos gigantescos eran el ecosistema preferido de los buscavidas como los hermanos Benoît y Sara Lokumbé. Tenían veintidós y diecinueve años, respectivamente, y habían llegado a Kinsasa hacía dos desde un pueblo cerca de Mbandaka, río arriba. Ambos formaban parte de la legión de vendedores ambulantes que ofrecían todo tipo de mercancías imaginables a los conductores atrapados. Como el tráfico no avanzaba y yo miraba fascinado a mi alrededor, se apoyaron en la ventanilla de la furgoneta para charlar un poco.

—Eh, *mundele*, ¿de dónde eres? —preguntó Sara.

Sara resoplaba. El suyo era un trabajo duro.

—Estoy todo el día bajo el sol para ganar, con suerte, lo suficiente para poder comer ese día y el siguiente. Es imposible ahorrar.

La oferta en los atascos de Kinsasa era una mezcla de imaginación, mercado libre y supervivencia. Sara y Benoît ofrecían un cóctel clásico de cacahuetes, galletas, refrescos y cargadores de móvil, pero a su alrededor sus colegas exponían frente al parabrisas de los coches una ristra de artículos infinita. Sin límite: mapas, balones, ollas, cubiertos, pelucas, espejos, colchones, banderas, bolígrafos,

pinchos de carne o de pescado, melones, mangos, bananas, piñas, jarrones, anacardos tostados, libros y libretas, bolígrafos, pulseras, cachorros, pájaros en jaulas, pinzas de madera, cargadores solares portátiles, cuchillos, gafas de sol, guitarras, uñas postizas, películas pirateadas, bridas, lámparas, escaleras de metal, figuras de madera, tableros de ajedrez, golosinas, llantas de coche, paraguas, fundas de móvil, mascarillas... Se podía comprar absolutamente de todo en los atascos de la capital congolesa. Bastaba con abrir la ventana, hacer un gesto al poseedor de la mercancía deseada e iniciar un rápido regateo. La negociación podía alargarse varios minutos, se interrumpía cada vez que el vehículo, obligado por el movimiento del tráfico, debía avanzar unos metros, y se reemprendía cuando el vendedor llegaba de nuevo a su altura.

Para Sara, Kinsasa era una telaraña.

—Todos venimos aquí por lo mismo: para trabajar. En nuestros pueblos no hay nada que hacer y vienes aquí para conseguir un empleo, ahorrar un poco y volver a tu aldea a construir una casa con un huerto. Pero ese trabajo nunca llega y te quedas atrapado en esta gran ciudad. Si eres pobre, es difícil salir.

Paulin, James, André, Yvon y Kero seguían nuestra conversación en silencio desde los asientos traseros de la furgoneta. No habían dicho nada en todo el trayecto. Su sigilo quizás respondía a la fatiga de la navegación, pero observé la cara de Kero en el reflejo del retrovisor y vi cómo se mordía el labio inferior. Estaba nervioso.

Para aquel quinteto de amigos, Kinsasa no era una ciudad: era vértigo recubierto de asfalto. Los cinco observaban por la ventana la anarquía portentosa de aquella mole de 14 millones de habitantes que iba a determinar su futuro. Quienes como ellos probaban suerte en la ciudad eran legión. De una extensión similar a la de Madrid, Kinsasa engullía anualmente a 600.000 habitantes nuevos. En los últimos cinco años, la principal urbe del país había recibido una media de 1.650 nuevos vecinos cada día, una ola migratoria sin precedentes. Su gigantismo era tan disparatado que los expertos preveían que en medio siglo la capital congoleña iba a superar incluso a megaurbes como Tokio, Nueva Delhi, Nueva York, Pekín o Bombay, y creían que para el año 2100 sería el segundo mayor mastodonte urbano del planeta, con 83 millones de habitantes y solo por detrás de otra ciudad africana: Lagos, en Nigeria, que superaría entonces los 88

millones.

En realidad, Kinsasa solo era la punta de lanza de un cambio continental: si en el año 2022 solo dos de las veinte ciudades más pobladas de mundo eran africanas, a finales de siglo XXI iban a ser trece y albergarían un tercio de la población mundial.

Al veloz trasvase en África de población de zonas rurales a urbanas, espoleado por la desigualdad económica, la violencia y los estragos del cambio climático, se sumaba el estallido demográfico en el continente. La situación se había acelerado ante la pasividad de sus Estados que, a diferencia de países como China o Vietnam, no habían desarrollado políticas de control de natalidad. Y África crecía: a finales de siglo la población por debajo del Sáhara se iba a triplicar y superar los 3.000 millones de habitantes. Congo iba a poner definitivamente de su parte, puesto que tenía la tercera tasa de fecundidad más alta del mundo después de Níger y Somalia. Cada congoleña tenía de media 5,7 hijos, más del doble que la media mundial, casi cuatro veces más que la media de la Unión Europea y a años luz de los 1,2 hijos por mujer de España.

Kinsasa era un caso especial, además. Mientras en otros países el fenómeno se repartía entre varias metrópolis a lo largo de su territorio, en Congo la subida de población se concentraba casi exclusivamente en su capital. El olvido y la conflictividad en el interior del país, las malas infraestructuras, además de la posibilidad de viajar río abajo por unos pocos francos hasta el pulmón económico indiscutible del país, a tiro de piedra del océano y su comercio, alimentaban el sueño de una vida mejor de miles de jóvenes de familias humildes.

Antiguo asentamiento de los pueblos humbu y teke hasta la llegada de los blancos europeos, Kinsasa había vivido una transformación radical: en el año 1880 acogía a 30.000 personas; un siglo después, en 1984, un censo oficial estableció que sus habitantes eran 2,6 millones. Desde entonces, su población se ha multiplicado por cinco.

Llamé al arquitecto y urbanista congolés Corneille Kanene para que me contara más sobre el caos de aquella ciudad monstruosa. Kanene se revolvió enseguida y apuntó al pasado. Que la miseria y el caos formen parte indisoluble de la ciudad, dijo, no era un hecho casual: era intencional, porque las autoridades coloniales trazaron un

plan para separar a blancos y negros. «Kinsasa, a través del plan urbano del año 1953 aprobado por la autoridad colonial, debía ser una ciudad segregacionista», señaló.

Solo había que recorrer las calles de la capital para comprobarlo. Por un lado, la ciudad reservada a los colonos belgas estaba bien equipada, con edificios de la administración, centros comerciales o zonas de negocio y ofrecía servicios públicos en barrios de villas suntuosas y apartamentos de diseño, ahora también disponibles para las élites ricas congolesas y las burbujas de expatriados. En el otro lado no había más que desconcierto. La ausencia de planificación urbana más allá del antiguo barrio europeo en el centro de la ciudad había desembocado en un caos generalizado en las zonas del extrarradio, repleto de barrios dormitorio que suministraban trabajadores locales.

Para Kanene, aquella herencia permanecía en la mente de los vecinos de la ciudad: «Aún hoy, cuando los kinois van al centro, dicen que "van a la ciudad", mientras que cuando regresan a casa dicen que regresan a su choza. La dualidad ciudad-aldea está todavía presente en la vida de sus habitantes». Los suburbios más recientes, que proliferaron bajo la dictadura de Mobutu, añadían aún más enredo a un desorden estructural.

En Kinsasa, las desigualdades extremas convivían de manera obscena. En la misma ciudad donde solo uno de cada diez congoleses tenía luz eléctrica en casa, donde había barrios enteros sin sistema de alcantarillado ni recogida de basuras y donde el alumbrado de calles era una quimera, existían también barrios ricos de avenidas amplias y asfalto impoluto donde se levantaban embajadas internacionales, hoteles y restaurantes de lujo y proliferaban centros comerciales donde tomarse un humeante café por cinco dólares, servido con galletitas crujientes. Ambos mundos vivían de espaldas, ajenos uno al otro, en la misma capital.

En el suroeste de Kinsasa, el barrio de Mont Ngalufa era uno de los muchos escaparates de los retos de la ciudad. También de sus cambios. Aunque algunos de sus sectores todavía mantenían un aroma semirrural, el progreso allí se vestía de nuevas calles y construcciones recién estrenadas para acoger a quienes llegaban a la zona con la maleta jubilada.

A pesar de que muchos de los recién llegados venían de zonas

rurales y humildes, también había quien volvía a casa con la convicción de que era su deber. Años antes, en mi primer viaje a Kinsasa, había conocido allí a Céline Tendobi, una de esas mujeres que no tuvo dudas a la hora de escoger entre la comodidad y el amor a su gente.

Tras estudiar Medicina en Congo y especializarse en ginecología y ecografía en España, Tendobi había regresado a su país para ejercer como jefa del servicio de ginecología del hospital Monkole, un centro sanitario de primer nivel que, además de a quien se lo podía pagar, prestaba servicio también a los vecinos con estrechuras diarias. El hospital era iniciativa de un grupo de estudiantes y promotores congoleses y de médicos europeos residentes en suelo congolés, y disponía de unas instalaciones sin nada que envidiar a las de cualquier hospital europeo. Era un pequeño oasis en una red sanitaria deficiente, con hospitales desabastecidos y en condiciones higiénicas deplorables, que habían convertido a Congo en uno de los países más peligrosos donde dar a luz y le habían llevado a ocupar el décimo lugar mundial en mortalidad maternal y la undécima plaza en mortalidad infantil.

Monkole estaba situado en un edificio alto de paredes blancas y puertas anchas y abiertas. Aunque las calles de arena de alrededor levantaban algodones de polvo, los pasillos dentro del recinto estaban limpios y todo tenía un alentador aire de reloj suizo. En la recepción había un marcador digital que indicaba los turnos y los pacientes aguardaban en bancos robustos de metal. En aquella visita de unos años antes, una recepcionista atenta me dio indicaciones para llegar al despacho de la doctora. Cuando llamé a la puerta, Tendobi me estaba esperando.

—Adelante —dijo en perfecto castellano.

Tendobi llevaba unas gafas redondas y lucía una sonrisa cálida que invitaba a quedarse a vivir. Teníamos solo unos minutos porque, me indicó, en breve debía ir al paritorio para practicar una cesárea, aunque me invitó a acompañarla si quería ver cómo trabajaba. Acepté y mientras bajábamos por las escaleras, le pregunté por el motivo de su vuelta a casa.

—Por eso mismo: porque esta es mi casa, mi hogar, mi país —sentenció.

La vocación social del centro, que cobraba a sus pacientes según sus posibilidades económicas y también disponía de una escuela de

formación y tres centros de salud periféricos, había atrapado a la doctora Tendobi.

Calculé a vuelapluma que, si se hubiera quedado en Europa, Tendobi podría ganar hasta ocho veces más que en aquel hospital congolés.

—El dinero no lo es todo en la vida —respondió sonriente—. Claro que debemos luchar para tener los medios para satisfacer nuestras necesidades y las de nuestras familias, pero la población congolesa necesita sus cerebros, sus profesores, sus especialistas y sus médicos. Y yo soy médica.

Su sacrificio, no tan habitual, era vital en un continente sangrado por la fuga de cerebros. Según la Unión Africana, cada año unos 70.000 profesionales con estudios universitarios emigran de África hacia países desarrollados. Mientras que en el continente africano solo Túnez y Mauricio tienen un doctor por cada mil ciudadanos —España tiene una ratio de 3,9 doctores por esa misma cantidad de habitantes —, unos 15.000 médicos formados en África trabajan legalmente en Estados Unidos. En la última década, el país norteamericano ha recibido a un médico procedente de África al día.

Para la doctora Tendobi, sus conciudadanos pagaban el precio de aquel éxodo de talento.

—En Congo, como en muchos otros países de África, faltan profesionales bien formados, que puedan proporcionar cuidados de calidad. Si a eso le sumamos los bajos salarios y la falta de medios en la mayoría de los centros hospitalarios públicos congoleses, la situación es complicada.

Mientras la furgoneta avanzaba por las calles de Kinsasa, con los cinco aspirantes a albañiles en la parte trasera y Japhet junto a mí, pensé en aquella lucha de la doctora Tendobi para cambiar las cosas. Por combatir aquella desigualdad que en Kinsasa o en Brazzaville, la capital de la vecina República del Congo, era fruto del olvido e indiferencia de las autoridades y se reflejaba en hospitales deteriorados o callejuelas de tierra encharcadas de lodo que quedaban completamente a oscuras cuando llegaba la noche.

Al final de una de esas calles de tierra, llena de baches, vivía Maman Brigitte Engwa Mokonda, la madre de Japhet. La mujer nos recibió con saltos de alegría. En cuanto abrió la puerta metálica de la entrada, Japhet y ella se fundieron en un abrazo.

—¡Qué alegría, Japhet! ¡Que Dios te bendiga, hijo mío! —repetía Brigitte.

La mujer había preparado un banquete para todos. Su casa era un edificio de una planta y paredes de cemento a vista, amplio pero sin electricidad desde hacía meses porque unos ladrones habían robado el cobre de la instalación general de la calle. Nos esperaban cinco hermanos de Japhet: Iddo, Joseph, Steve, Bénit y Junior Mabasa.

Brigitte se lamentó de la inseguridad del barrio. Unas semanas atrás, unos ladrones habían entrado por la ventana y se habían llevado la televisión y algunas cosas más.

Japhet insistió en que yo ocupara su habitación, una estancia sencilla con un colchón en el suelo, una silla y una mesa llena de cosas. Tras ducharnos y atiborrarnos de comida, Japhet y yo organizamos la ruta del día siguiente.

A partir de Kinsasa, el río se estrecha hasta formar una trampa infernal de rápidos y cascadas imposibles de navegar. En el lugar donde las capitales vecinas de Brazzaville y Kinsasa se dan la mano, los millones de metros cúbicos de agua acumulados en el interior de la selva salen disparados por un desfiladero angosto, de apenas 250 metros de ancho, que desciende 300 metros de altura en 66 cataratas. El río no vuelve a ser navegable hasta Matadi, una ciudad portuaria donde atracan los portacontenedores tras remontar la fuerte corriente, y desde allí recorre 150 kilómetros hasta la desembocadura. El río Congo lanza un último suspiro de una manera singular: a diferencia de otros ríos, como el Nilo, que pierde fuerza antes de alcanzar el mar y se divide en múltiples y apacibles canales entre un poso de sedimentos, el Congo se abalanza sobre el océano, sin formar un delta. No es un final en paz. El río Congo no muere en el océano: lo embiste.

Me azotó un amago de fatiga, pero no podía permitirme sucumbir al cansancio. Al día siguiente descenderíamos por carretera hasta Matadi y allí deberíamos encontrar una embarcación que nos llevara río abajo, hasta otro puerto histórico, Boma, a unas horas de distancia. Quedaría el empujón final: una barca rápida tardaba apenas cuarenta y cinco minutos en recorrer la distancia entre Boma y el mar.

Los nervios me punzaban la boca del estómago. Estaba tan cerca de conseguir completar la navegación del río Congo que no podía estarme quieto. Me sentía agotado pero no quería descansar: necesitaba partir cuanto antes.

Aquella noche apenas pude dormir. Al día siguiente a primera hora Japhet y yo encararíamos el último tramo del río Congo con una sola idea en la cabeza.

Hasta el mar.

38

El mar

El río olía a mar, las olas golpeaban el lateral de nuestra barca diminuta y yo dudaba si mandar un mensaje de socorro con el teléfono móvil antes de que fuera demasiado tarde.

Íbamos a la deriva.

Jean Valerie, *Jive*, el conductor de la barca rápida, soltaba una retahíla de insultos y maldiciones mientras desmontaba el motor y confirmaba sus peores temores.

—Malditos ladrones. ¡Nos han vendido gasolina mezclada con agua!

Estábamos a menos de veinte minutos del lugar donde el Congo desemboca en el mar, a punto de terminar la travesía que había soñado durante tantos años, y, en lugar de estar felizmente emocionado, me corría un sudor frío por la espalda. Aquel engaño podía ser peligroso. Los tipos que nos habían vendido el combustible para la barca el día anterior no solo nos habían timado rellenando la mitad de los recipientes con agua: nos habían metido en un buen lío. Si no conseguíamos arrancar la barca, la fuerza de la corriente nos iba a vomitar hacia el mar.

—Tenemos que salir de aquí —le dije a Japhet, que no estaba para obviedades.

Jive tampoco.

Estábamos en las mejores manos posibles, dadas las circunstancias: además de conductor de barcas, Jive era mecánico. Sin tiempo que perder, desatornilló apresuradamente una tapa metálica. Del interior salió un chorro de líquido transparente.

—¡Mierda! —gritó.

Mientras caía agua del motor, Jive miraba de reojo al horizonte. Al fondo, se abría la inmensidad del mar. No era el mejor lugar para

estar a merced de la corriente. Debíamos retomar urgentemente el control de la barca o saldríamos prácticamente despedidos. El Congo, la madre de todas las corrientes, entra en el Atlántico proyectándose sobre un canal de roca que la fuerza del agua ha ido excavando a lo largo de los siglos en la placa continental y que se introduce 200 kilómetros mar adentro. A hasta dos días de navegación de la costa, el agua aún es dulce y es posible ver árboles arrancados de cuajo que el río ha escupido como si fueran barcos de papel.

Japhet intentaba mantener la calma y ser positivo —«Jive lo arreglará a tiempo», repetía—, pero yo miraba preocupado los dos o tres kilómetros que nos separaban de la orilla más cercana. A un lado, Congo; al otro, Angola.

—¡Mierda, no es posible! ¡Malditos!

Jive continuaba con sus blasfemias mientras con una llave inglesa a modo de martillo golpeaba un destornillador para desatascar una pieza rebelde. Observé la corriente y sopesé las posibilidades que tendríamos si nos lanzábamos al agua para alcanzar tierra firme a nado. Japhet me leyó el pensamiento y negó con la cabeza. La fuerza del agua nos arrastraría. Ni siquiera con los chalecos salvavidas lo conseguiríamos.

—Aún hay tiempo, aún hay tiempo. Jive encontrará la solución —insistió Japhet.

Angustiado y sin saber muy bien qué hacer, escribí un mensaje en el móvil pidiendo ayuda. En él explicaba nuestra situación, compartía la ubicación y explicaba las provisiones a bordo: cuatro botellas de agua, un paquete de galletas y una capelina. No llegué a enviarlo. Todavía no, me dije. Sabía que al final del río, justo antes de la desembocadura, pasaríamos cerca de Banana Point, un pequeño puerto enclavado en una última lengua de arena extendida hacia el río, y allí probablemente habría cobertura. Si Jive no había solucionado el problema para entonces, y nadie había salido a rescatarnos, enviaría el mensaje a mi compañera, Júlia, antes de precipitarnos al océano.

Finalmente me rendí. Mientras Jive seguía dando golpetazos al motor, me acerqué a un costado de la barca y dejé caer el brazo hasta mojarme los dedos. Una fatiga descomunal me atenazaba los músculos y sentía una desesperación tan enorme que hice algo que pensé que no haría jamás. Yo, que nunca he creído en cuestiones esotéricas, en la

magia o en los espíritus naturales, hundí la mano en el agua y, en un susurro, le rogué al río que me permitiera llegar.

Le pedí al propio Congo que me dejara navegarlo en su totalidad.

—Por favor, déjame. Solo unos kilómetros más.

En aquel instante, el motor se sacudió y escupió un carraspeo seco. Se estaba encendiendo. Jive lanzó un grito de júbilo y Japhet y yo nos abrazamos. Lancé un aullido de felicidad. «¡¡¡Síííí!!!»

Aquella era una victoria momentánea. Había que reaccionar rápido porque en cualquier momento el motor podía volver a detenerse. Jive giró el timón y la barca se introdujo como un resorte por el último regalo natural del Congo: el humedal de manglares de la desembocadura, una reserva de la biosfera formada por un laberinto de meandros verdes bordeados de arbustos y lianas aéreas. Dejamos atrás la furia de la corriente principal y nos adentramos en un paraíso. El agua, de color verde turbio, avanzaba entre murallas de vegetación frondosa coronada por palmerales de hojas gigantescas. Se oía el canto de las aves y el chapoteo de los peces que saltaban entre las raíces de los manglares, hundidas en el agua junto a la orilla. Una calma armónica subrayaba la belleza del lugar. Cerré los ojos y disfruté de aquella inesperada serenidad.

Tras un giro pronunciado hacia la derecha apareció una pequeña aldea de casas de madera y tejados de paja. El suelo estaba recubierto de conchas blancas y negras de agua dulce. Delante de la casa más cercana al río había un hombre fabricando una canoa. Alrededor de la embarcación, todavía de madera tierna y blanquecina, había apilados cientos de tacos, virutas y montañas de serrín. Al vernos, el hombre sonrió y levantó la palma de la mano. Desembarcamos.

—Bienvenidos a la aldea de Mtbea —saludó.

Tras explicarle lo ocurrido, el tipo se levantó pausadamente y fue a buscar recipientes de plástico con los que separar el combustible del agua. Enseguida aparecieron niños y curiosos a observar la escena. Los chavales caminaban descalzos sobre las conchas y jugaban a subirse a los árboles inclinados hacia el agua con una agilidad pasmosa. Los niños más pequeños me miraban asustados y mantenían una distancia prudencial.

Alrededor se extendía el edén. El parque nacional de manglares de la desembocadura, una joya natural, es la zona protegida más

pequeña del país. Además de una ingente cantidad de plantas y árboles, el parque es el hogar de hipopótamos, cocodrilos, antílopes, tortugas marinas y manatíes, unos mamíferos marinos herbívoros, a medio camino entre una morsa, un león marino y un delfín, que viven en las aguas poco profundas y las áreas costeras pantanosas. Amenazada por la tala ilegal, perpetrada sobre todo por los lugareños pobres que cortan madera para cocinar, por la caza furtiva y por el comercio clandestino, la reserva sobrevivía gracias a la defensa de un puñado de guardias forestales que patrullaban como podían aquel ecosistema delicado.

En la orilla, Jive separaba el agua de la gasolina como si llevara toda la vida haciéndolo. Vació todo el líquido en una palangana negra y en una lata grande cortada por la mitad y se puso manos a la obra. Con la mitad de una botella de plástico como recipiente rescataba el combustible rojizo de la superficie, que, como pesaba menos, quedaba por encima del agua, y lo retornaba a un bidón vacío. Nuestra suerte dependía de su precisión y él lo sabía. Después de casi dos horas, Jive arrancó el motor y su rugido atravesó los manglares. Japhet y yo nos despedimos de aquel buen samaritano, saltamos a la barca y cruzamos los dedos. Jive quiso ahorrarme la inquietud.

—Ahora no hay nada por lo que preocuparse. En unos minutos llegaremos al mar —prometió.

Zigzagueamos entre los canales y cuando volvimos a adentrarnos en el cauce principal recibí un soplo de brisa salada en la cara. Al abrirse de nuevo el río Congo delante de nuestra barca, no me lo podía creer. ¡La desembocadura estaba allí mismo, a apenas uno o dos kilómetros! Tras entrar al laberinto de manglares para reparar el motor había perdido la conciencia de dónde estaba y me había desorientado. Pero el final del Congo estaba ante nosotros. Casi podía rozarlo con los dedos.

Me embargó una felicidad electrizante. ¡Lo habíamos conseguido! Me abracé a Japhet.

—Ha costado, ¿eh? ¡Ha costado pero lo hemos hecho! —gritaba.

Me envolvió una emoción indescriptible y me sentí extrañamente libre. Después de tantos años de soñar con aquel momento, de sortear obstáculos, contrariedades y decepciones, lo había conseguido. ¡Había navegado el Congo desde sus fuentes hasta el mar! Por un instante fui plenamente consciente de ser feliz. Sentí una gratitud inmensa. Hacia

Japhet, compañero fiel y amigo para siempre, que no podía disimular las lágrimas en los ojos al verme emocionado, hacia mi familia que me había empujado desde la distancia y hacia todos los congoleños que se habían cruzado en mi camino. También hacia el río Congo, por haber dejado que me sumergiera en los secretos de un país convulso y agotador, pero también generoso y apasionante.

Miré de nuevo la corriente de aquel río enloquecido, que tras vivir aventuras extraordinarias, discurría valeroso y desenvuelto, sin importarle el qué dirán ni dejarse detener por nadie, hacia el océano inmenso. Un río que, como el gran caballero don Quijote, avanzaba decidido hacia un destino incierto. Su destino.

Progresé por la estrecha cubierta hacia la proa y me apoyé en el extremo de la embarcación. El viento soplaba tan fuerte que apenas podía abrir los ojos. La barca navegaba veloz, propulsada por el estrépito del motor, y el mar se abría delante de nosotros. A lo lejos, un gran barco pesquero flotaba congelado y del territorio angoleño brotaban las torres metálicas de una industria petrolera. A la derecha, en suelo congoleño, la manga de Banana Point salía al encuentro del río y terminaba en una pequeña playa custodiada por una ristra de palmeras. En la arena había desperdigados varios tocones, los restos de unos árboles cortados, que desde la distancia parecían caparazones de tortugas negras. De la orilla emergían media docena de hileras de piedras irregulares, como si la tierra extendiera sus garras en un último intento desesperado de detener al Congo antes de que se fundiera con el mar.

En la playa había un grupo de personas elegantemente vestidas. Ellas con prendas de colores, ellos de traje y corbata. Una de las chicas, con un vestido rojo largo que acentuaba su piel negra, se subió a uno de los muelles de piedra y avanzó hacia la punta, en dirección a la corriente. La seguía un hombre alto con un traje oscuro, camisa blanca y corbata.

El viento agitaba la falda de la mujer, que se agarraba suavemente la tela con una mano. Al llegar al extremo, la chica se colocó de lado, flexionó ligeramente una rodilla y extendió un brazo. Mientras su compañero le hacía una foto con el móvil, ella se quedó un instante congelada, sonriente, mirando al horizonte. Señalando hacia el mar.

Agradecimientos

—Solo te lo preguntaré una vez y ya no lo hablaremos nunca más. Si no vuelves del río, ¿qué quieres que hagamos?

Júlia cumplió su palabra: no volvió a preguntármelo. Emprender el reto de navegar el río Congo desde sus fuentes a la desembocadura no es un viaje en solitario. No puede serlo. Es necesaria la generosidad de quien te quiere de la forma más arriesgada, definitiva y hermosa que existe. La más difícil también: libre. Dedicarle a ella este libro es quedarse corto para darle las gracias. Júlia vivió de cerca las partes oscuras del río; las dudas, los nervios, la desesperación. Su presencia serena, su consejo templado y su inteligencia precisa han sido siempre un apoyo incalculable, pero fueron vitales para que esta travesía, este libro, pudieran ser una realidad.

A cambio me pidió saber qué canción querría en mi funeral.

No he conocido a una persona más generosa que Júlia.

Mis hijas Lena y Aina vienen después. «¿Por qué papá tiene que marcharse tantas veces, tanto tiempo?» Antes de irme, como hacen cada vez que viajo al continente africano, cada una de ellas me regaló uno de sus juguetes para que se lo diera a algún niño congolés con el que conviviera durante el viaje. Para ellas, esos muñecos son una manera de viajar conmigo y de calmar la nostalgia. Su añoranza se transforma así en preguntas sobre el receptor de sus regalos: ¿quién es?, ¿cómo vive?, ¿cómo juega? Para la navegación por el Congo, Lena me dio una jirafa de plástico y Aina una ballena sonriente de color verde. La primera se la di a Tsé, una niña que viajaba con su madre y que conocí en el primer tramo navegable del río. La ballena la tiene Nteva, un niño de seis años que conocí en la desembocadura del Congo, en una aldea con el suelo de conchas blancas y chozas de caña desde donde se olía el mar. Aquellos juguetes evitaron que las llamadas a casa se volvieran tristes, pero fueron algo más: me acompañaron por el río desde el primer día hasta el último. Como Lena y Aina, siempre.

Sé que no habría conseguido navegar el Congo sin Japhet Lokombi y Sylvain Muyali, a quienes estaré siempre agradecido. Tampoco sin la mano tendida de cientos de congoleses y congolesas que me ayudaron, alentaron y sostuvieron durante la navegación. Desde la tripulación del Mampeza, que se convirtió en mi familia, a todos aquellos que me acompañaron en canoas y barcazas o a través de senderos y caminos. Mi río Congo habría sido imposible sin la generosidad y aliento de sus gentes. Me ayudaron y cuidaron especialmente Jim Ilunga, Gaby Lokomby, Maman Irène, Elvis Gori, Filon Mwanza, Emery Makumeno, Olivier Malomba, Pablo Martínez y Jean Paul Kahamba.

Este viaje se inicia también mucho antes siquiera de poner un pie en la orilla del Congo. Empieza con la ayuda y el apoyo caluroso de decenas de amigos y de mi familia. Mi gratitud es infinita porque habría sido imposible sin ellos.

Gracias por la amistad y la complicidad sostenida a Ernesto, Raúl y Jordi, Jaume, Marta, Vero (gracias por los vídeos marineros), Oriol, Judith y Uri, Rodri y Barry. También a Agus y Anna (bienvenida, Nur) y al resto de la familia de *5W*. Algunas historias de este libro tuvieron compadres inmejorables como Alfons Rodríguez o Pau Coll. Gracias también por las conversaciones, ánimos y consejos a Pere Ortín, Pep Bernadas y Mario Trigo, de Altaïr; al doctor Antoni Trilla y su equipo del Hospital Clínic por cuidarme tanto, al embajador español en Kinsasa, Carlos Robles, y a su mujer Begoña; a Jordi Molina por su generosidad con sus conocimientos y a Iván Lorente por entrenarme y quitarme la pereza tantas veces; también gracias a Laura de Tolosa, a Marc y a Maldonado (gracias a ambos por los pines del Barça), y a Lisbel y Dani, de Turkish, por el apoyo, siempre.

El Congo fue un viaje de renuncias. Renuncié a la tecnología que me habría hecho llegar antes, rechacé el confort de las barcas rápidas, de los hoteles caros o de las comunicaciones sencillas y deseché la seguridad de los aviones que habrían disminuido el riesgo en el camino. En el gran río de África renuncié conscientemente a la certidumbre a cambio de pausa para observar y escuchar, a cambio de la épica que da valor a cada paso, a cambio de tiempo para disfrutar de la travesía y a cambio de aprender y comprender. A cambio, en definitiva, de sentirme vivo.

El río Congo fue durante tanto tiempo el objetivo de mis sueños y

esperanzas, fue el destinatario de tantos desvelos que dejó de ser solo un río y fue vértigo, adrenalina, amistad, pasión, compañerismo, miedo y entusiasmo. Pero, sobre todo, fue pura felicidad. En el río Congo fui inmensamente feliz porque viví de la manera más arriesgada, definitiva y hermosa que existe: libre.

Gracias por leerme.

Láminas

Cartel en la aldea de Munema, vecina de Kilela Balanda, y lugar más próximo a las fuentes del río Congo.

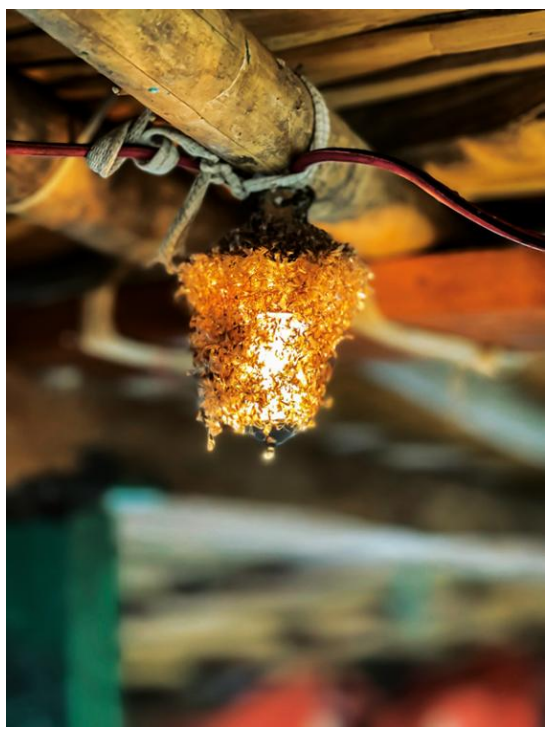
Para acceder al manantial del río, el visitante debe lanzar unos francos al agua como deferencia a los ancestros o sacrificar una gallina.

El estado de los caminos de acceso a la fuente era horrible debido a las lluvias, la falta de mantenimiento y el constante paso de camiones que cargan minerales.

Preparativos antes de zarpar de Bukama, el primer punto navegable del Congo.

Los marineros del Lunda Nkimba negociando con otro barco la compra de unos sacos en su camino hacia Kongolo.

Cubierta y dormitorio del Lunda Nkimba.



Las luces del barco amanecían cada día recubiertas de mosquitos.

Bracard tras diez horas de viaje para llegar a Kasongo. El camino atraviesa territorios controlados por grupos rebeldes.

Unos niños juegan a saltar desde unas rocas a las afueras de Kongolo.

El doctor y Nobel de la Paz Denis Mukwege en el hospital Panzi de Bukavu.

En canoa desde Kindu hacia Ubundu.

Un pescador wagenya prepara una de sus tradicionales trampas para peces en unos rápidos cerca de Kisangani.

Vista de una mina de coltán en la región de Walikale.

Dos rebeldes del MAC «me protegen» en la cabaña que nos sirvió de refugio en las montañas del este de RD Congo.

© Alfons Rodríguez

El general Mbura junto a Gloire (izquierda) y Rodrigue, dos niños soldado que ejercían de su guardia personal.

© Alfons Rodríguez

Parada para pasar la noche.

Los pescadores abordan con sus canoas las barcazas para vender sus mercancías.

Primera noche del Mampeza en su travesía entre Kisangani y Kinsasa. Más de 300 pasajeros se hacinaban a bordo.

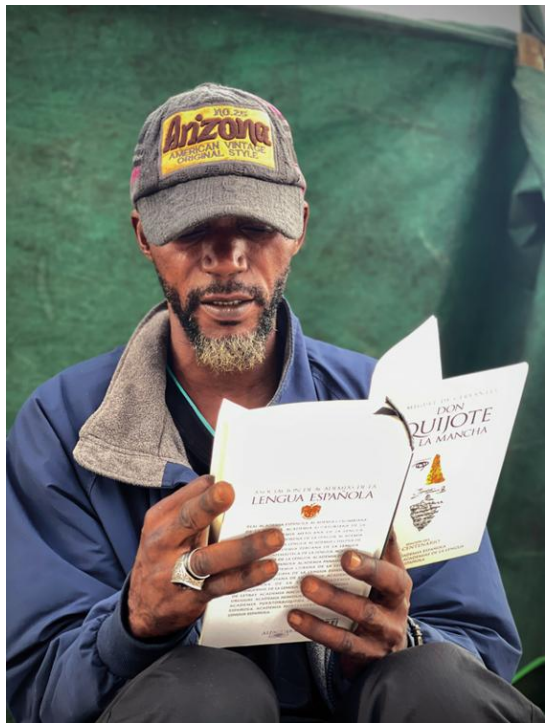
El Mampeza se detiene para pasar la noche.

Los pasajeros de las plataformas del Mampeza viajaban pegados los unos a los otros, sin espacio para estirarse.

«Suite» del Mampeza. La nevera sirvió de cama al autor durante varias semanas de

navegación.

Pasajeros en el remolcador. En esta zona el espacio era mucho más amplio y soportable que en las plataformas de delante de la embarcación.



Papy *deux* leyendo el *Quijote*. No hablaba una palabra de español.

Le commandant Papy, capitán del Mampeza.

Decenas de canoas se acercaban cada día al Mampeza.

Japhet, el mejor compañero de viaje.

La barcaza desde una de las canoas de pescadores.

Habituados a moverse en canoa desde niños, los pescadores locales tienen una capacidad sobrenatural para mantener el equilibrio en sus inestables embarcaciones.

Una barcaza de troncos espera a zarpar en el puerto de Mbandaka.

Una siestecilla con estilo.

© Pau Coll

Barcazas, canoas y barcos atestados surcan cada día el río Congo. Los accidents son habituales.

En las zonas menos habitadas del río, los lugareños vendían monos, serpientes o tortugas.

Una mujer corta y desangra una pata de mono para cocinar su carne.

El remolcador del Mampeza era cada día una lonja y un mercado a cielo abierto.

La cocinera Agustine y su hija Joyce.

El grumete Al Qaeda y una serpiente a punto de pasar por el fuego.

Unos lugareños venden caña de azúcar, muy celebrada, entre los pasajeros del Mampeza.

Una barcaza atestada espera a salir hacia Kinsasa.

Los inolvidables atardeceres en el río Congo.

Minutos antes de esta imagen, el hombre había dicho muy serio: «Debo ir delante para avisar de las rocas u otros peligros del río. Es muy importante».

Empleados de una empresa china entre las ramas de un árbol recién abatido.

Cada día, árboles centenarios de la selva

congolesa son talados, especialmente por compañías chinas, para ser vendidos en Asia o Europa.

© Pau Coll

El baobab donde durmió el explorador Stanley convertido hoy en museo en Boma, a poco más de cien kilómetros de la desembocadura.

El puerto de Kinkole, a las afueras de Kinsasa, acoge los troncos talados río arriba.

El Mampeza entre decenas de troncos que esperan a ser transportados.

Muaka Kumbu, la mayor de los siete abuelos de la residencia de ancianos de Boma, recordaba los tiempos de la colonización belga.

Zumbe, el marinero más veterano del Mampeza y el mejor en el arte de regatear.

Un hombre explica con un mapa la historia de Banana Point, el punto donde el río Congo se funde con el mar. Aquí terminaba el viaje.

Quijote en el Congo
Xavier Aldekoa

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Xavier Aldekoa, 2023

Diseño de colección y cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Fotografía de cubierta: AFP/Getty Images

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2023

ISBN: 978-84-1100-150-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!